DIÓN DE PRUSA

DISCURSOS

XXXVI-LX

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
GONZALO DEL CERRO CALDERÓN



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 232



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por HELENA RODRÍGUEZ SOMOLINOS.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

Depósito legal: M. 423-1997.

ISBN 84-249-1264-0. Obra Completa.
ISBN 84-249-1845-2. Tomo III.

Imprenso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

XXXVI

BORISTÉNICO, QUE DIÓN PRONUNCIÓ EN SU PATRIA

INTRODUCCIÓN

Uno de los discursos de Dión, más justamente apreciado por los lectores y por la crítica, es el *Boristénico*. Pieza, en la que se refleja el mejor Dión de las comparaciones y los mitos, hace justicia a su fama. Encontramos en este discurso vivísimas estampas de una sociedad que se mantenía junto a las fronteras de la Hélade. En la península estrecha, formada por las desembocaduras de los ríos Borístenes (Dniéper) e Hipanis (Bug), se levantaba la ciudad de Olbia-Borístenes en un emplazamiento ideal para la práctica del comercio. Telas, vino, grano, pescado eran algunos de los alicientes que brindaba aquel mercado.

Los griegos necesitaban aquellas mercancías, lo mismo que los escitas añoraban la presencia de las naves griegas. El resultado era una ciudad, relativamente próspera, que sufrió períodos alternantes de prosperidad y decadencia. Rodeada de bárbaros, Borístenes había sido objeto de frecuentes ataques y destrucciones. Precisamente, la víspera de la alocución de Dión a los boristenitas, los escitas habían hecho una incursión, en la que hubo muertos y prisioneros (§ 9). Y mientras le escuchaban, se respiraba una alarmante y alarmada inquietud. Todos estaban armados por lo que pudiera suceder. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, y

sobre ellas, estaban colgadas las señales de guerra (§ 16). Sin embargo, se agolpaban deseosos de oír a un hombre que llegaba precedido de una gran fama de hombre sabio y prudente (§ 15).

El título del discurso une dos circunstancias diferentes de lugar y de tiempo. El apelativo de «Boristénico» alude al lugar donde se desarrollaron los hechos que son objeto del relato. La aclaración «Pronunciado en su patria» indica el lugar en el que se pronunció el discurso. Estas diferencias ponen de manifiesto que Dión, regresado del destierro, pronuncia una alocución sobre determinados acontecimientos y experiencias de su vida de desterrado. Como es sabido, el exilio de Dión terminó el año 97 d. C. Por consiguiente, Dión estuvo en Borístenes antes de esta fecha, y pronunció el Boristénico después de ella. Von Arnim sugiere que Dión estuvo en Borístenes el año 95, y que pronunció su alegato en Prusa el año 101 d. C.

El texto de Dión nos informa de su intención de visitar el territorio de los getas (§ 1). Y el anciano Hierosón da a entender que el orador pensaba partir en breve para regresar a su casa.

Estos son los puntos básicos del discurso:

1. Introducción (1-17). Dos partes articulan la introducción del discurso:

La primera (1-6) empieza con una evocación de la circunstancia concreta de tiempo y lugar: a media mañana y junto a las riberas del Hipanis. Detalle éste que ha recordado a muchos estudiosos el inicio del *Fedro* de Platón, con un Sócrates bucólico paseando con Fedro por las orillas del Iliso (*Fedro* 229a-230e). Unas descripciones plásticas de la geografía económica del lugar, con unos ligeros toques de historia, nos llevan al punto de arranque temático del discurso.

En la segunda (7-17), entre los boristenitas que salen a ver a Dión, hay un joven llamado Calístrato, lector entusiasta de Homero. Dión entabla con él un dialogo desenfadado comparando a Homero con Focílides. Y es una cita de Focílides la que da pie al primero de los dos grandes temas del discurso. En efecto, Focílides aseguraba que una ciudad ordenada, por pequeña que sea, es más grande que la caótica y gigantesca Nínive.

2. Tema primero: Qué es una ciudad (18-38). Dión abre el tema diciendo que una ciudad es «un grupo de hombres que habitan juntos y están gobernados por una ley» (§ 18). Pero la verdad es que no existe ciudad perfecta y feliz si no es la de los dioses en el cielo. Dión habla de los astros jugando con la idea de los dioses y su identificación con los astros. Es el tema que más interesa a sus oyentes, que le piden que hable de la ciudad de los dioses. Dión entre de lleno en la idea estoica de que el mundo es como una ciudad. Pero la ciudad verdadera es ese mundo en cuanto que está organizado y dirigido por los dioses, cuyo arconte y legislador supremo es Zeus.

3. Tema segundo: El mito del carro del Sol (39-60). Se trata de un mito que Dión atribuye al persa Zoroastro y a sus Magos. Es una visión mítica de la organización y marcha del universo. Los cuatro caballos del carro del Sol coinciden con los cuatro elementos primitivos del mundo: aire (éter), fuego, agua, tierra. La actitud recalcitrante de los caballos del carro y las irregularidades de su carrera provocan las destrucciones cíclicas del mundo, unas veces por el fuego, otras por el agua. Era una idea muy querida de la mentalidad estoica. El mito de Faetón ejemplifica la destrucción por el fuego; el de Deucalión y Pirra, la destrucción por el agua mediante el diluvio universal que, en algunas de sus versiones, como el de Luciano en su *De Dea Syria* 12, tiene detalles paralelos al diluvio bíblico *(Gén.* 6-8)

4. Conclusión (61). El mito no puede ser desvelado del todo, porque su grandeza sobrepasa la capacidad humana de comprensión.

Gran parte de la fama y el aprecio de que goza este discurso se debe al desarrollo del Mito del Carro del Sol. Sea lo que sea de su origen, que Dión atribuye a los Magos persas, Dión le imprime su sello personal y le aplica su propia mentalidad estoica con resabios platónicos del Fedro y del Timeo.

BORISTÉNICO, QUE DIÓN PRONUNCIÓ EN SU PATRIA

1 Me encontraba casualmente de visita en Borístenes[1] durante aquel verano en que llegué por mar después de mi destierro para dirigirme, si podía, hasta el territorio de los getas a través de Escitia, con la intención de observar cómo eran allí las cosas. Y me estaba dando un paseo a lo largo del Hipanis[2] hacia la hora en que el ágora está llena[3]. Pues aunque la ciudad ha tomado el nombre del Borístenes por la belleza y grandiosidad del río, sin embargo, está situada a orillas del Hipanis. Tanto la ciudad moderna como la ante-

---

[1] Borístenes, nombre tomado del río más importante de la región en la que se asienta la ciudad, recibe también el nombre de Olbia. Heródoto, en IV 17-18, habla de su emplazamiento y de las tribus que habitaban aquella región.

[2] El Hipanis es el actual río Bug, que baja de Ucrania para desembocar en el Mar Negro. Heródoto (*op. cit.*) nos da noticias del río y de sus circunstancias. Allí, en efecto, los escitas cultivan trigo, pero no para comerlo sino para venderlo. Es la zona habitada por los escitas agricultores, con los que los griegos mantuvieron un activo comercio a través del Borístenes (Dniéper).

[3] La expresión griega *perí agoràn plêthousan* (cuando el ágora está llena) quiere decir «hacia media mañana». Los pueblos antiguos definían el tiempo con referencias a circunstancias de la vida diaria.

rior están en esa posición, no mucho más arriba del denominado promontorio Hipolao en la ribera de enfrente[4].

2 Esta parte del territorio, por donde confluyen los ríos, es afilada y firme como el espolón de un navío. Pero a partir de aquí forman ya los ríos una especie de laguna hasta el mar en una extensión de cerca de doscientos estadios. No es menor la anchura de los ríos por esa zona. La mayor parte es terreno pantanoso, y en el buen tiempo suele haber calma constante como en una laguna. Por su parte derecha, se nota que es un río, y los que navegan por él calculan su profundidad por la corriente. De ahí que, gracias a la fuerza de su corriente, puede desembocar en el mar. Pues por el contrario, cuando sopla el viento del sur contra la desembocadura, se podrían formar

3 fácilmente bancos. Por lo demás, las orillas son pantanosas y están cubiertas de cañaverales y de árboles. Muchos de los árboles surgen también en medio del agua, de forma que parecen mástiles. Y ya se han equivocado algunos inexpertos al pretender dirigirse a ellos como si fueran naves. Por esa zona, existe gran cantidad de salinas[5], en donde compran sal la mayor parte de los bárbaros, así como los griegos y los escitas que habitan el Quersoneso Táurico[6]. Estos ríos desembocan en el mar junto a la for-

---

[4] Según HERÓDOTO, el promontorio Hipolao es «la parte situada entre los dos ríos, por donde la tierra avanza como un espolón» (IV 53).

[5] El Borístenes es, para HERÓDOTO (IV 53), el más útil de todos los ríos, excepción hecha del Danubio y del Nilo. Proporciona excelentes pastos para el ganado, cría abundantes y sabrosos pescados, Y junto a su desembocadura, la sal cristaliza espontáneamente en grandes cantidades.

[6] Así se llamaba en la antigüedad la península de Crimea.

taleza de Alector[7], que pertenece, según se dice, a la mujer del rey de los saurómatas[8].

La ciudad de Borístenes, por lo que al tamaño se refiere, 4
no se corresponde con su antigua fama a causa de los conti-
nuos asedios y las guerras. Pues por estar situada desde hace
ya tanto tiempo en medio de los bárbaros, y posiblemente
de los bárbaros más belicosos de todos, siempre está su-
friendo guerras, y muchas veces hasta ha sido conquistada.
La última conquista y la más importante sucedió no hace
más de ciento cincuenta años. Los getas la tomaron también
en una ocasión junto con las otras ciudades situadas en la
orilla izquierda del Ponto hasta Apolonia[9]. Por ello, los in- 5
tereses de los griegos de esta zona quedaron muy mengua-
dos, porque las ciudades o no se constituyeron o no lo hicie-
ron de forma correcta. Además, muchísimos bárbaros se
congregaron en ellas. En realidad, se dieron muchas con-
quistas de ciudades en otras muchas partes de Grecia, ya
que Grecia estaba diseminada por varias regiones[10]. Los
boristenitas, después de verse conquistados entonces, vol-
vieron a reconstruir la ciudad, pues se lo permitieron los
escitas, al parecer, ya que tenían necesidad del comercio y
de que los griegos pudieran arribar hasta allí. Pues, en
efecto, habían cesado de llegar por barco mientras la ciudad

[7] Lugar desconocido, pero que, por su significado, debía de ser un puesto fortificado de gran valor defensivo.

[8] Habitaban los saurómatas, según HERÓDOTO (IV 21), junto al «ángulo interior de la Laguna Meótide (Mar de Azof) hacia el norte hasta 15 días de camino».

[9] La orilla izquierda del Ponto (Mar Negro) es la occidental, y en ella estaba Apolonia, mucho más cerca ya del Bósforo, a unos 200 kms. de Bizancio (cf. HERÓDOTO, IV 90).

[10] Dión refleja la opinión de los griegos, que consideraban a Grecia, más que como una unidad geográfica, el conjunto de los hombres que compartían la cultura griega.

estaba devastada, porque no encontraban gente de su lengua que los acogiera y porque los escitas o no consideraban importante o no sabían organizar su propio comercio a la manera griega.

6 Señal de aquella devastación es la mala calidad de las edificaciones y el que la ciudad quedara reducida a pequeño tamaño. Pues está construida junto a una parte del antiguo recinto, en donde permanecen algunas torres, no muchas, que no guardan proporción con el tamaño y el poder de la ciudad. La zona interior queda encerrada por aquel lugar con las casas que no dejan espacio libre. A lo largo se ha construido una pequeña muralla muy baja y frágil. Algunas de las torres están muy alejadas de la parte habitada ahora, de modo que no es posible siquiera imaginarse que formaron parte de aquella única ciudad. Éstas son señales evidentes de aquella devastación, pero también lo es el que ninguna de las estatuas que había en los templos haya permanecido intacta, sino que todas han sido dañadas, como también las de los monumentos sepulcrales.

7 Pues, como decía, me encontraba casualmente paseando delante de la ciudad, cuando algunos de los boristenitas salían a verme según su costumbre. Luego, pasó en primer lugar a mi lado Calístrato, jinete sobre su caballo, como quien llega de fuera. Y pasando un poco adelante, se bajó, entregó el caballo a su criado, y él se acercó muy gentilmente con las manos ocultas bajo el manto[11]. Llevaba ceñida una gran espada de las de los caballeros, y vestía unos pantalones anchos[12] y

[11] No estaba bien visto entre los griegos llevar armas en público. En son de elogio, dice PLUTARCO que nadie vio a Foción con las manos fuera de la capa (*Foción* 4).

[12] Esta forma de vestir era extraña a las modas griegas; sin embargo, es la que está reflejada en vestiduras usadas todavía por los hombres de la región.

el resto de la vestimenta de los escitas. De sus hombros colgaba un pequeño manto negro, muy fino, como es costumbre entre los boristenitas. Los otros vestidos que éstos usan son generalmente negros por influjo, creo yo, de un grupo de escitas llamados por los griegos «Túnicas Negras»[13].

Calístrato tenía unos dieciocho años, era hermoso y alto, 8
con mucho de jonio en su aspecto. Se contaba que era un valiente en asuntos de guerra, y que había matado a muchos saurómatas, y a otros los había hecho prisioneros. Se había interesado también por la retórica y la filosofía, de tal manera que tenía deseos de hacerse a la mar conmigo. Por todas estas cosas, gozaba de prestigio ante sus conciudadanos, particularmente por su belleza, con lo que tenía muchos enamorados. Esta costumbre, la de los amores entre varones, les ha quedado como heredada de su ciudad de origen[14]. Tanto que corren el riesgo de arrastrar incluso a algunos bárbaros, y no con buen fin, sino como adoptarían aquéllos tales prácticas, de forma bárbara y no sin insolencia.

Sabiendo, pues, que era aficionado a Homero, traté de 9
informarme inmediatamente sobre el tema. Pues prácticamente todos los boristenitas están interesados por el poeta[15], quizá porque siguen siendo aun ahora belicosos, aunque también posiblemente por su buena disposición para con Aquiles. Pues lo aprecian sobremanera, y le han erigido un templo en la isla que llaman de Aquiles, y otro en la ciudad. Hasta el punto de que no quieren oír hablar de nadie más

---

[13] Los «Túnicas Negras», según HERÓDOTO, no eran escitas, pero seguían sus costumbres (IV 107).

[14] Dión se refiere a Mileto.

[15] Los griegos son muy dados a distinguir a ciertos personajes con la etiqueta de que son los mejores. Así, se refieren a Homero llamándolo simplemente «el poeta».

que de Homero. Por lo demás, aunque no hablan el griego correctamente por habitar en medio de bárbaros, sin embargo, casi todos se saben la *Ilíada* de memoria.

10 Le dije, pues, bromeando: «Calístrato, ¿cuál te parece a ti mejor poeta, Homero o Focílides?»[16]. Y él, sonriendo, respondió: «Pero, si no conozco ni siquiera el nombre del otro poeta; y pienso que tampoco ninguno de éstos. Además, nosotros no consideramos poeta a nadie más que a Homero, y no hay persona que no lo conozca. Sólo de Homero se acuerdan nuestros poetas en sus composiciones, y acostumbran a recitarlo en cualquier ocasión. Siempre, cuando las tropas se disponen a entrar en batalla, las exhortan con sus poemas, como cuentan que ocurría en Lacedemonia con los de Tirteo[17]. Pues todos ellos están ciegos, y no creen simplemente que se pueda ser poeta de otra manera».

11 Yo respondí: «Entonces, es que sus poetas disfrutan de Homero como si tuvieran inflamados los ojos[18]. En cuanto a Focílides, vosotros no lo conocéis, según tú dices, pero se ha convertido en uno de los más famosos poetas. Pasa lo mismo que cuando algún comerciante arriba a vuestro puerto por primera vez; no lo despreciáis en seguida, sino que después de gustar su vino o de tomar pruebas de cual-

[16] Focílides es un autor de poesía gnómica, cuyas sentencias solían ir precedidas de la referencia: «También éste es un dicho de Focílides». Aunque la tradición situaba su florecimiento hacia el 544, todo indica que es anterior. Su pensamiento es cercano al de Solón y su obra parece aludir a la destrucción de Nínive, ocurrida en el 612 a. C.

[17] Legendario poeta griego (s. VII a. C.), quien con sus cantos enardeció a los espartanos para lanzarse con ardor a la batalla durante la segunda guerra mesenia.

[18] Es conocida la tradición de que Homero era ciego. Así suele interpretarse la descripción que el poeta hace de Demódoco en la *Odisea* VIII 62-64.

quiera otra carga que transporta, si os agrada, la compráis, y si
no, la dejáis. Del mismo modo, añadí, tú puedes tomar una
prueba de la poesía de Focílides en un momento. Pues no es 12
de aquellos que construyen poemas largos e interminables,
como vuestro poeta, que describe una sola batalla con más de
cinco mil versos[19]. En cambio, Focílides, con dos o tres ver-
sos, da principio y fin a un poema. Hasta el punto de que aña-
de su propio nombre junto a cada pensamiento, como quien
piensa que se trata de algo interesante y muy importante. No
como Homero, que en ningún lugar de su poesía se nombra a
sí mismo. O ¿no te parece que Focílides añade con razón a 13
esta opinión y sentencia aquello de

Así dice Focílides: Una ciudad bien ordenada, sobre una [roca
situada, aunque pequeña, es más grande que la insensata [Nínive[20].

¿No son estos versos preciosos en comparación con la *Ilíada* y la *Odisea* enteras para los que escuchan con atención? ¿O más bien os interesa oír sobre los saltos de Aquiles, sus ataques y su voz, porque con sólo sus gritos hacía huir a los troyanos? ¿Es que es más provechoso para vosotros aprender estas cosas que no aquello de que una pequeña ciudad situada sobre una roca escarpada es mejor y más feliz, si está bien organizada, que una ciudad grande edificada en una llanura lisa y abierta, si está gobernada sin orden ni concierto por hombres insensatos?».

---

[19] Los relatos de batallas son, en Homero, prolijos y por demás detallados. Pueden verse, por ejemplo, los cantos XI y XXI.

[20] «Ciudad grande», según la profecía de Jonás (1, 2) y paradigma de impiedad. Estaba situada en la orilla oriental del Tigris, frente a la moderna Mossul.

14 Calístrato, aceptando no de buen grado mis apreciaciones, dijo: «Extranjero, nosotros te apreciamos y te respetamos en gran manera; de lo contrario, ningún boristenita hubiera permitido que dijeras tales cosas de Homero y de Aquiles. Pues Aquiles, como ves, es nuestro dios; y a Homero, lo honramos prácticamente a continuación de los dioses». Entonces yo, tratando de tranquilizarlo y de llevarlo a la vez hacia un tema de utilidad, le dije: «Te ruego que me disculpes según aquello de Homero,

si he dicho ahora alguna inconveniencia[21].

En otro momento, pronunciaremos el elogio de Aquiles y de Homero en la medida en que creemos que habló correcta-
15 mente. Pero por ahora deberíamos abordar el caso de Focílides, que, según mi opinión, habla muy hermosamente sobre la ciudad». «Pues hazlo», dijo, «ya que ves a todos éstos que desean escucharte, y, por eso, se han congregado aquí junto al río, aunque no en actitud muy tranquila. Pues seguramente sabes que ayer los escitas hicieron una incursión hacia el mediodía y mataron a algunos guardas que estaban distraídos, y a otros igualmente los hicieron prisioneros. Pero no tenemos ideas muy claras de lo sucedido, porque cuando huyeron se encontraban lejos, ya que no huyeron en dirección a la ciudad».

16 Esto sucedió en realidad así. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, y se había colgado sobre la muralla la señal de guerra. Sin embargo, estaban tan ávidos de escuchar a la manera de los griegos, que casi todos se presentaron con las armas, deseosos de oírme. Yo, alabando su disposición, les dije: «¿Queréis que vayamos a sentarnos a algún lugar de la ciudad? Pues posiblemente no todos pueden oír-

[21] *Ilíada* IV 362-363.

me ahora por igual cuando andan paseando; además, los de atrás tienen dificultades y molestan a los que están delante de ellos al apresurarse para acercarse más[22]». Cuando esto 17
dije, se lanzaron todos al punto en dirección al templo de Zeus, en donde acostumbran a reunirse en consejo. Los más ancianos, los más conocidos y las autoridades se sentaron en círculo en asientos, mientras el resto de la gente asistía de pie. Pues había un gran espacio abierto delante del templo. Cualquier filósofo hubiera disfrutado grandemente con esta vista, porque todos estaban a la manera antigua, como dice Homero de los griegos, con largas cabelleras y luengas barbas; solamente uno de ellos estaba afeitado, y todos le ultrajaban y aborrecían. Se contaba que lo hacía no por otra cosa sino por adular a los romanos y por demostrar su amistad con ellos. Por ello, cualquiera podría ver en este caso lo vergonzoso de este comportamiento y cómo no es en modo alguno decente en los hombres.

Cuando se hizo la tranquilidad, dije que me parecía que 18
obraban correctamente poque, habitando en una ciudad antigua y griega, deseaban oír hablar de lo que es una ciudad. «Lo primero, dije, es conocer con claridad de qué va a tratar mi discurso. Porque así os daréis cuenta a la vez de cómo va a ser. Pues muchos hombres, añadí, conocen y usan el nombre de las cosas, pero desconocen la cosa misma. En cambio, las personas instruidas se preocupan de saber el significado de todo lo que dicen. Por ejemplo, todos los que hablan griego usan el nombre *ánthrōpos*[23], pero si se les pregunta lo que es, quiero decir su contenido por el que significa eso y no otra cosa, no sabrían qué decir, sino que se señalarían a

[22] La descripción no puede ser más plástica. Al parecer, la reunión era un tanto informal y no era, lo que se dice, modelo de organización.

[23] *Ánthrōpos* significa en griego «hombre», «ser humano».

sí mismos o a otro, como hacen los bárbaros. Pero si se pregunta a un hombre experimentado qué es un *ánthrōpos*, responde que es un ser vivo mortal dotado de razón. Pues esto
20 es propio sólo del hombre y de ningún otro ser. De la misma manera, se dice que la ciudad es un grupo de hombres que habitan juntos y están gobernados por una ley. En seguida se ve que esta denominación no vale para ninguna de esas llamadas ciudades de gente sin razón y sin ley. Por lo tanto, tampoco el poeta hubiera podido hablar de Nínive como si fuera una ciudad, ya que está sumida en la locura. Pues del mismo modo que no es hombre aquel que carece de razón, así tampoco es ciudad aquella en la que no impera la ley. Pues no podría ser legal una ciudad insensata y desordenada.

21 Quizás alguien podría entonces preguntar si, cuando los gobernantes y los jefes son sensatos y sabios, y el resto del pueblo es gobernado según el criterio de los jefes, conforme a las normas de la legalidad y la prudencia, debemos llamar a tal ciudad prudente y legal, y tenerla como una auténtica ciudad gracias a sus gobernantes. De la misma manera podríamos llamar musical a un coro porque su director tiene sentido musical, cuando los demás le siguen sin emitir ningún sonido al margen de la melodía, o si acaso, pequeñas
22 cosas imperceptibles. Pues lo que es una ciudad buena, formada enteramente de buenos elementos, nadie sabe ni que haya existido antes siendo perecedera, ni que sea posible imaginar que pueda existir en el futuro; a no ser una ciudad de dioses felices en el cielo, en modo alguno inerte y ociosa, sino vigorosa y en continuo progreso, bajo la guía y el mandato de los dioses, lejos de rencillas y fracasos. Pues no es de ley que los dioses tengan pendencias ni sufran derrotas, ni entre ellos mismos, ya que son amigos, ni frente a otros que sean superiores. Lo natural es que realicen sus obras con en-

tera amistad y siempre en armonía unos con otros. Los más ilustres actúan con independencia, pero sin andar errantes de forma insensata por otros derroteros, sino danzando una danza feliz con inteligencia y perfecta prudencia[24]. El resto de los dioses se deja llevar por un movimiento común con una misma finalidad y un único impulso de todo el cielo.

Es ésta la única forma de gobierno o la única ciudad que 23
puede llamarse realmente feliz, la que está formada por la comunión de los dioses entre sí. Pero si uno se refiere a todo el mundo racional, puede incluir a los hombres con los dioses, del mismo modo que se dice que los niños forman parte de la ciudad junto con los varones, ya que son ciudadanos por naturaleza, y no porque comprendan y practiquen las funciones de los ciudadanos, ni entiendan de leyes, siendo como son ignorantes en la materia. Pero si partimos de las demás ciudades de cualquier lugar, que, prácticamente todas, están desorientadas y desordenadas en comparación con la perfecta rectitud de la bendita ley divina y de su correcta organización, tendremos abundancia de ejemplos[25], para nuestro tema actual, de la ciudad que goza de un estado razonable en comparación con la que está totalmente corrompida. Es lo mismo que entre todos los enfermos, si comparamos al que tiene una ligera indisposición con el que se encuentra en una situación extrema.

Pues bien, yo me disponía a abordar un tema así en mi 24
discurso. Pero uno de los presentes, que era el más anciano y el de mayor dignidad, tomó la palabra en pleno discurso y

[24] Dión está hablando de los dioses identificándolos con las estrellas, cuya danza es una idea corriente entre los griegos, particularmente en PLATÓN (*Epinomis* 982e y *Timeo* 40c).

[25] Una de las características del estilo de Dión es su costumbre de ilustrar sus enseñanzas con ejemplos. En este mismo contexto, habla del coro de música, de los niños y de los enfermos.

dijo muy respetuosamente: «Extranjero, no consideres mi conducta como propia de un hombre maleducado o bárbaro, porque te he interrumpido mientras hablabas. Entre vosotros, no es costumbre hacerlo, porque hay una gran abundancia de discursos sobre filosofía, y cualquiera puede escuchar a muchos oradores hablar sobre cualquier tema que desee. Pero entre nosotros, ha sido como un milagro el que
25 tú hayas venido a nuestra ciudad. Pues llegan aquí generalmente griegos de nombre, pero que, en realidad, son más bárbaros que nosotros, comerciantes y traficantes, que importan telas de mala calidad y vino malo, y se llevan de aquí productos en nada mejores. Parece como si el mismo Aquiles te hubiera enviado hasta nosotros desde su isla[26]. Por eso, te vemos con todo agrado, y con todo agrado escuchamos lo que nos digas. No pensamos, sin embargo, que te vayas a quedar mucho tiempo, ni lo queremos, sino que deseamos que vuelvas a tu casa en buen estado y lo más
26 pronto posible. Pero ahora, puesto que has abordado en tu discurso el gobierno de los dioses, me encuentro extraordinariamente entusiasmado, y veo que todos éstos están igualmente excitados con el tema. Pues tenemos la impresión de que lo que has hablado sobre el asunto ha estado magnífico, lleno de dignidad y tal como a nosotros más nos gustaba escuchar. Porque no somos expertos en esta refinada filosofía; en cambio, como sabes, somos muy aficionados a Homero, y algunos, aunque no muchos, a Platón. Entre éstos, como ves, me encuentro yo; y me dedico a la lectura de sus obras siempre y en la medida en que puedo. Sin embargo, quizás parezca extraño que el más bárbaro de los ciudadanos se goce con la presencia del hombre más griego y más sabio.

---

[26] Se trata de la isla que llevaba el nombre de Aquiles y a la que alude Dión en el § 9 de este mismo discurso.

Como si alguien que estuviera casi ciego apartara la vista de cualquier luz, y dirigiera la mirada hacia el mismo sol.»

«Eso nos pasa a nosotros. Pero tú, si quieres hacernos a 27
todos un favor, deja a un lado el discurso acerca de la ciudad mortal, a ver si nuestros vecinos nos dejan tranquilos mañana y no tenemos que enfrentarnos a ellos, como ya hace mucho tiempo tenemos por costumbre. Y dinos dónde está y cómo es la ciudad o la organización, como prefieras llamarla, de los dioses utilizando un lenguaje lo más cerca posible de la nobleza de expresión de Platón, tal como hace un momento nos pareció que hacías. Pues aunque no entendamos de otra cosa, entendemos al menos por la práctica que tu lenguaje suena bastante cercano al de Homero.»

Yo me alegré grandemente de la sencillez del anciano, y 28
sonriendo le dije: «Querido Hierosón[27], si ayer, cuando los enemigos os atacaban, me hubierais recomendado que, tomando las armas, luchara como un Aquiles, os hubiera obedecido en una de las dos cosas, pues hubiera intentado combatir a favor de unos hombres amigos; pero en lo segundo, lo de luchar como Aquiles, creo que no hubiera podido por más que lo hubiera deseado ardientemente. Pues ahora, de las dos cosas que me pides, haré una: intentaré pronunciar mi discurso a mi manera del mejor modo que yo pueda:

No intentaré rivalizar con hombres próceres[28],

ni con Platón ni con Homero. Pues tampoco, según dice el poeta, fue provechoso para Eurito el hecho de rivalizar con

---

[27] No sabemos quién pueda ser este personaje. Sólo sabemos que en una inscripción que habla de Borístenes, se hace mención de un tal Hierosón (*Corp. Inscr. Graec.*, 2, 2077).

[28] *Odisea* VIII 223.

superiores[29]. A pesar de todo, añadí, no ahorraré esfuerzos».
29 Una vez que terminé de decir estas cosas a aquel hombre, no me volvieron a molestar, y yo proseguí con la mente puesta de modo especial en Platón y en Homero.

Hay que escuchar, añadí, el tema de la ciudad entendiendo que los nuestros no definen abiertamente el mundo como una ciudad[30]. Pues esta opinión estaría en contra de nuestro discurso sobre la ciudad, ya que, como he dicho, ellos definen la ciudad como un conjunto de hombres. Y posiblemente no sería ni conveniente ni verosímil decir que el mundo es a la vez básicamente un ser vivo, y luego andar
30 diciendo que es una ciudad. Porque nadie, creo yo, podría aceptar que lo mismo es a la vez una ciudad y un ser vivo. Pero, dado que el universo está repartido y dividido en muchas formas de plantas y seres vivos tanto mortales como inmortales, y también de aire, tierra, agua y fuego, habiendo no obstante algo común a todas las cosas y estando todo gobernado por un mismo espíritu y fuerza, los estoicos comparan en cierto modo la organización actual del mundo a una ciudad por la cantidad de seres que en ella nacen y desaparecen, e incluso, por el orden y la buena marcha de su administración.

31 Este discurso, para decirlo con brevedad, se ha esforzado en armonizar la raza humana con la divina, y en comprender bajo un mismo tratado todo el mundo racional, pues encuentra que este principio de comunión y justicia es el único firme e indisoluble. Pues según esto, por Zeus, no podría llamarse ciudad la que se encuentra con dirigentes ma-

---

[29] En los versos 224-228 del mismo canto de la *Odisea,* cuenta el poeta cómo el gran Eurito murió por haber rivalizado con Apolo en el disparo con arco.

[30] Dión profesaba, en términos generales, la doctrina de los estoicos. Es, pues, a los estoicos a los que se refiere cuando habla de «los nuestros».

los y mezquinos, ni la que está esquilmada por tiranías, democracias, decarquías, oligarquías y otras semejantes calamidades, ni la que está metida en revoluciones a todas horas, sino la que está gobernada por la más prudente y la mejor de las monarquías, y administrada según la ley con toda amistad y concordia. Eso es lo que el más sabio y an- 32
ciano arconte y legislador asigna a los mortales y a los inmortales. Él, que es el gobernador de todo el cielo, dueño y señor de todos los seres, lo expone de este modo y ofrece como ejemplo su propia administración de una situación feliz y dichosa. Los divinos poetas, alumnos de las Musas, le cantan himnos a la vez que lo denominan padre de los dioses y de los hombres.

Pues la raza de los poetas corre el riesgo de no estar 33
demasiado acertada acerca de las doctrinas sagradas, ni de expresar muchas veces con acierto estos temas. Más aún, tampoco están genuinamente iniciados según las normas y la ley de los iniciados, ni saben nada con claridad, por así decirlo, de la realidad del universo. Se parecen, sencillamente, a los servidores de los misterios que están fuera, en la puerta, adornan el vestíbulo y los altares que quedan a la vista, y preparan otras cosas por el estilo, pero nunca entran dentro. Por esta razón, se dan a sí mismos la denominación de «servidores de las Musas»[31], no la de iniciados o la de cualquier otro nombre solemne. Por consiguiente, como ya 34
he dicho, es natural que los que están ocupados cerca de alguna ceremonia de iniciación, delante de las puertas, perciban algo de lo que pasa dentro, bien porque se oiga fuera alguna simple expresión secreta o porque se vea aparecer algún fuego. Y algunas veces a los poetas, me refiero a los muy antiguos, les llegaba una ligera voz de las Musas y un

[31] Hesíodo, *Teogonía* 99-101.

cierto soplo de naturaleza divina y de verdad[32], algo así como un rayo de fuego que surgía de la oscuridad. Eso es lo que experimentaron Homero y Hesíodo cuando fueron po-
35 seídos por las Musas. Más adelante, los que vinieron después sacaron a los escenarios y a los teatros su propia sabiduría y expusieron modelos imperfectos de ceremonias como hombres no iniciados para otros no iniciados. Pero, al ser objeto de admiración por parte de la mayoría, intentaron iniciar a la muchedumbre y levantaron de hecho tiendas públicas para los ritos báquicos en algunas representaciones trágicas de barrio[33].

Todos estos poetas, al dios primero y más importante, lo llaman por igual padre y rey de todos los seres racionales.
36 Fiándose de ellos, los hombres edifican altares a Zeus rey, e incluso no dudan algunos en dedicarle el apelativo de padre en sus oraciones, ya que piensan que existe un principio así y una organización del universo. De modo que me parece que, por esa razón, no titubean en señalar el mundo entero como casa de Zeus[34], si es el padre de todos los que lo habitan y ¡por Zeus!, también su ciudad, como nosotros la hemos designado por ser él quien tiene la autoridad principal.
37 Pues el nombre de reino se aplica con más propiedad a una ciudad que a una casa. Ahora bien, los que no llaman rey al que está por encima de todos los seres, tampoco podrían conceder que el universo está gobernado por un rey; ni los

---

[32] Es bien conocido el pasaje de PLATÓN, en el que explica el carácter de la inspiración poética como una especie de posesión divina. El poeta compone no por arte, sino por participación divina (*Ión* 533e-534e)

[33] Dión contrapone el secreto con que se realizan los misterios de iniciación a la falsa publicidad de algunos poetas. La expresión usada por Dión, «*en triódois*» se suele interpretar como algo vulgar, expuesto a la vista de todo el mundo, como nuestras comedias de barrio.

[34] Para Eurípides, por ejemplo, el éter es la morada de Zeus. Cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 100.

que admiten que está gobernado por un rey, podrían negar que forman parte de una comunidad política ni de que existe un gobierno monárquico del universo. Más aún, al conceder que es un gobierno, no tendrían problema en admitir que es una ciudad o algo semejante organizado políticamente.

Éste es el razonamiento de los filósofos, que pone de 38
manifiesto una positiva y benévola solidaridad entre los dioses y los hombres, y que hace partícipes de la ley y la política no a cualesquiera de los seres, sino a aquellos que están dotados de razón y sensatez. Introduce así una legislación mejor y más justa que la de Esparta, según la cual los ilotas no tienen ni siquiera la posibilidad de hacerse espartanos. Por eso, se pasan la vida conspirando contra Esparta[35].

Hay otro mito que cantan los magos en las ceremonias 39
secretas de iniciación y que es motivo de admiración. Dedican, en efecto, himnos a este dios como el perfecto y principal auriga del más perfecto de los carros. Pues dicen que el carro del Sol es más reciente en comparación con aquél, y que es manifiesto a todos por cuanto su carrera se hace a la vista de todos. De ahí que haya conseguido fama universal, porque, al parecer, los poetas, empezando por los primeros, están hablando a todas horas de las salidas y las puestas de sol y explicando de la misma manera que los caballos están uncidos y que el Sol sube sobre su carro[36].

En cambio, ninguno de los poetas de esta tierra ha can- 40
tado himnos al carro fuerte y perfecto de Zeus, ni siquiera

---

[35] Como es sabido, los ilotas eran la ínfima clase de los habitantes de Esparta, siervos de la gleba de por vida. La vida de los espartanos, los denominados «iguales», venía a ser una guerra contra el ilota. Ello fue fuente y raíz de numerosas revueltas.

[36] La más antigua alusión al carro del Sol aparece en el *Himno a Hermes* 68-69.

Homero o Hesíodo[37], sino que se lo canta Zoroastro y los discípulos de los magos, que han aprendido con él. De Zoroastro, cuentan los persas que, por amor a la sabiduría y a la justicia, se apartó de la gente y vivió a solas en un monte; que ese monte se incendió al caer del cielo un gran fuego, y que estaba ardiendo sin cesar; que el rey en compañía de los más ilustres de los persas se acercaba con intención de orar al dios; y que aquel varón salió del fuego indemne, y se les mostró propicio mandándoles que tuvieran confianza y ofrecieran ciertos sacrificios por haberse dignado el dios venir a
41 aquel lugar. Después de estos sucesos, no solía relacionarse con todos, sino con los que estaban mejor dotados para entender la verdad y podían comprender al dios. Éstos son aquellos a quienes los persas llamaron magos, porque sabían cómo tratar a la divinidad; no como los griegos, que, por ignorancia del nombre, denominan así a hombres charlatanes[38]. Aquéllos, entre otras cosas que hacen, según los relatos sagrados, mantienen para Zeus un carro de caballos niseos[39], que son los más hermosos y grandes que hay en Asia, y para el Sol, únicamente un caballo.

42 Exponen el mito, pero no como nuestros profetas de las Musas, que explican cada detalle con mucho poder de persuasión, sino de manera muy presuntuosa. Pues dicen que hay un único conductor y auriga del universo, que actúa siempre con experiencia y poderío extremos, en movimien-

[37] Homero y Hesíodo son para Dión, como ya lo reconocía HERÓDOTO (II 53), los que sientan las bases de las creencias religiosas de los griegos.

[38] Como en el discurso XLIX 7, Dión recuerda que los griegos asociaban a los Magos con las prácticas de magia.

[39] Cuando Heródoto describe el desfile del ejército de Jerjes, menciona un grupo de diez «caballos sagrados, llamados niseos». Su nombre les viene de su lugar de origen, una llanura de la Media, llamada precisamente Nisea. Detrás de ellos, iba «el carro sagrado de Zeus, tirado por ocho caballos blancos» (HERÓDOTO, VII 40).

to incesante y en incesantes períodos de tiempo. Los recorridos de Helios y Selene, según dijeron, son movimientos de partes del universo; por eso, los hombres las perciben con mayor claridad. En cambio, la mayoría no comprende el movimiento y la marcha del universo, sino que ignoran la magnitud de la competición[40].

Después de estos detalles, siento vergüenza de seguir 43
hablando sobre los caballos y la forma de llevarlos con las riendas, tal como ellos lo explican, pues no se preocupan en absoluto de mantener en todos los pasajes la coherencia de la imagen. Pues posiblemente, yo podría parecer absurdo si, en comparación con la forma griega y graciosa de cantar, me pongo a cantar una canción al estilo bárbaro. Y sin embargo, habrá que intentarlo.

Cuentan que el primero de los caballos, el más alto, sobresale infinitamente en hermosura, tamaño y rapidez, ya que, al ir por la parte de fuera, recorre la parte más larga de la carrera; es el que está consagrado al mismo Zeus. Es, incluso, un ser alado, de piel brillante, del más puro resplandor. En él se pueden ver claramente las marcas de Helios y Selene, unas en forma de media luna, otras de forma distinta, lo mismo que pasa, creo yo, con las marcas de nuestros
caballos. Nosotros las vemos agrupadas como poderosas 44
centellas de fuego que se trasladan con brillante resplandor, pero todas con su movimiento particular. Los demás astros, que aparecen gracias al caballo de Zeus, todos como partes naturales suyas, unos se mueven con él en un mismo movimiento, y otros siguen otras órbitas. Y sucede que, entre los hombres, estos astros tienen cada uno su propio nom-

---

[40] El autor está considerando la marcha del universo bajo la imagen de una carrera de competición. Los movimientos del sol y de la luna son fácilmente perceptibles por los hombres. No así, el movimiento del universo, por la falta de perspectiva.

bre[41], mientras que los demás, considerados en conjunto, son agrupados en ciertas figuras y formas[42].

45 Ahora bien, el caballo más brillante y más adornado, el más querido de Zeus, celebrado así con himnos por los Magos, al ser el primero, recibió lógicamente los primeros sacrificios y honores. El siguiente después de él, y en estrecho contacto con él, es el denominado de Hera, de rienda dócil, manso y muy inferior en fuerza y rapidez. Es por su naturaleza de piel negra, pero la parte iluminada por la luz de Helios está radiante, mientras que la parte de sombra vuelve a
46 tomar el aspecto propio de su piel[43]. El tercer caballo, consagrado a Poseidón, es más lento que el segundo. De este caballo mitologizan los poetas diciendo que su imagen apareció entre los hombres, y es, según creo, el que llaman Pegaso, y añaden que hizo brotar una fuente en Corinto golpeando la tierra con el casco[44]. El cuarto caballo parece ser el más extraño de todos, sólido e inmóvil, no precisamente alado, de nombre Hestia[45]. Sin embargo, los magos no se apartan de la imagen, sino que aseguran que está uncido también al carro, aunque permanece en el mismo sitio mor-
47 diendo su freno de acero. Por todas partes, le están opri-

[41] Se trata de los planetas, conocidos cada uno por su nombre y seguidos en su movimiento particular, que es el que hace que se llamen «planetas» o estrellas errantes.

[42] Las estrellas fijas están, en efecto, agrupadas en constelaciones.

[43] Dión parece referirse a las fases de la luna.

[44] Junto a los Propileos del ágora de Corinto, estaba la fuente de Pirene. Pero PAUSANIAS (*Descripción de Grecia* II 3) refiere que la fuente brotó por las lágrimas derramadas por una mujer que lloraba a su hijo Cencreas, muerto por Ártemis sin intención. Pero sobre los Propileos había dos carros dorados, uno de Helios, y otro de su hijo Faetón. No obstante, otros autores, J. W. Cohoon y H. Lamar Crosby, piensan que Dión se refiere a una fuente homónima situada en Acrocorinto.

[45] Figuradamente, la tierra.

miendo, y los dos caballos que están más cerca se inclinan sobre él, dejándose caer simplemente y empujándole. El que está más hacia fuera va siempre el primero rodeando al que está inmóvil como el poste de giro en el hipódromo.

Generalmente, prosiguen en paz y amistad sin sufrir ningún daño unos de otros. Pero en una ocasión, después de tan gran lapso de tiempo y tan numerosos ciclos, cayó de lo alto un fuerte resoplido del primer caballo, particularmente fogoso, que calentó a los demás, y de manera más violenta, al último. El fuego quemó no sólo sus propias crines, de las que se sentía especialmente orgulloso, sino también el mundo entero[46]. Y cuentan que los griegos, recordando este su- 48
ceso como excepcional, lo relacionan con Faetonte, al no poder censurar la forma de conducir de Zeus, ni querer reprender la marcha de Helios. Por eso, cuentan que el auriga más joven, hijo mortal de Helios, deseando practicar un juego difícil y perjudicial para todos los mortales, pidió a su padre que le permitiera conducir su carro, y, dejándose llevar de forma desordenada, prendió fuego a todas las cosas, animales y plantas, y al final, se destruyó a sí mismo, alcanzado por un fuego todavía mayor[47].

En otra ocasión, cuando en el correr de los años el potro 49
sagrado de las Ninfas y de Poseidón se encabritó, espantado y agitado más de lo acostumbrado, inundó de sudor a este mismo corcel, ya que lo tenía como compañero de yugo.

---

[46] Los estoicos, al creer en destrucciones cíclicas del universo, recogían la doctrina de PLATÓN en el *Timeo* 22c: «Ha habido frecuentemente muchas destrucciones de los hombres, y las habrá. Pero las mayores lo han sido por el agua y el fuego».

[47] El mito de Faetón ha sido narrado por autores tan diversos como Hesíodo, Esquilo o Eurípides. Pero PLATÓN (*Timeo* 22c-d), después de referir lo esencial del mito, trata de dar una explicación racional. Con el correr de los tiempos, los astros sufren una desviación, que es la que provoca esas catástrofes periódicas. Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* I 750-II 400.

Además, se enfrentó a una destrucción contraria a la anterior, al ser arrastrado por una gran inundación. Los Magos siguen diciendo que los griegos narran esta inundación, como si fuera la única, por su juventud y la debilidad de su memoria, y afirman que Deucalión[48], que entonces era rey, los protegió para que no perecieran completamente.

50 A los hombres, les parece que estos raros sucesos ocurren para su propia perdición, y no según la razón ni como parte del orden del universo. Pero se les oculta que estas cosas suceden por disposición del que cuida y gobierna el universo. Pues es lo mismo que cuando un cochero castiga a alguno de los caballos tirando de las riendas o picándole con el aguijón. El caballo se encabrita y se espanta, pero en seguida se porta como es debido.

Dicen que ésta es una forma de llevar las riendas que, aunque violenta, no produce la destrucción del universo
51 entero. También dicen que hay otra forma de movimiento y de cambio de los cuatro caballos, que se transforman e intercambian sus apariencias hasta que todos convergen en una única naturaleza, dominados por el que es superior. Sin embargo, también se atreven a compararla con la forma de llevar las riendas y de conducir un carro, para lo cual necesitan una imagen más extraña. Es como si un prestidigitador modelara unos caballos con cera, y luego quitara y raspara cera de cada uno de ellos y se la añadiera unas veces a uno y otras a otro, hasta que el final, habiendo gastado la cera de todos en uno, labrara una forma con toda la materia.
52 Sin embargo, este proceso no es como el del artesano que trabaja y transforma la materia de objetos inanimados como

[48] Deucalión es el Noé pagano. Cuando Zeus aniquiló con un diluvio a los seres humanos, aquél construyó un barco por consejo de Prometeo, en el que se salvó con su mujer Pirra. Cf. Ovidio, *Metam.* I 318-1329.

desde fuera, mientras que el cambio lo experimentan aquellos caballos mismos como si lucharan por la victoria en un combate grande y auténtico. La victoria y la corona pertenecen por necesidad al primero y mejor en velocidad, en valentía y en toda clase de virtud, aquel que llamamos al principio de estas palabras el extraordinario caballo de Zeus.
Pues éste, por ser el más valiente de todos y fogoso por na- 53
turaleza, agota rápidamente a los otros, como si realmente, digo yo, fueran de cera, en un tiempo no muy grande, pero que a nosotros se nos antoja infinito para nuestros cálculos. Y cuentan los Magos que, después de haber tomado la sustancia de todos para sí mismo, aparece mejor y más brillante que antes, y no por la ayuda de ninguno ni mortal ni inmortal, sino que él por sí mismo llegó a ser vencedor en la más importante competición. Y como era altivo y orgulloso, alegre con la victoria, ocupó el mayor espacio posible y tuvo entonces necesidad de una zona más amplia como consecuencia de su fuerza y de su ardor.

Llegados a este punto de su relato, los Magos andan 54
confusos sin saber qué nombre dar a la naturaleza de ese animal, criatura suya. Pues en este momento, es simplemente el alma de su auriga y amo, aunque más bien es el mismo entendimiento de esa alma y su capacidad de dirigir. Y así lo decimos también nosotros cuando honramos y veneramos al dios más grande con obras buenas y palabras devotas.
Porque la inteligencia, abandonada a sí misma, llenó de sí 55
misma un lugar inmenso, por estar derramada en todas partes por igual, y no quedar en ella nada denso, sino totalmente sutil. Es entonces cuando se hizo más hermosa, y después de tomar la más pura naturaleza de una luz incontaminada, añoró su vida del principio. En efecto, enamorada de aquella función de llevar las riendas, el mando y la concordia no sólo de las tres naturalezas del sol, la luna y los astros, sino

también sencillamente de los animales y las plantas, se sintió inclinada a engendrar, a distribuirlo todo y a fabricar el mundo actual haciéndolo desde el principio mucho mejor y
56 brillante, como nuevo que era. Y emitiendo un gran relámpago, no confuso ni sucio, como el que en invierno traspasa las nubes que avanzan con inusitada violencia, sino puro y sin mezcla alguna de oscuridad, realizó una fácil transformación con la velocidad del pensamiento. Acordándose de Afrodita y de la procreación, se tranquilizó y se relajó, y apagando mucho de su luz, se convirtió en aire inflamado de suave calor. Se unió con Hera y disfrutó del más perfecto amor. Y habiéndose reposado, emitió la semilla toda del universo. Éste es el feliz matrimonio de Hera y Zeus[49], que celebran los hijos de los sabios en sus ceremonias secretas.
57 Y después de hacer fluida toda su esencia, como una sola semilla de todo el universo, se mueve por él como el espíritu que modela y labra en la generación. Entonces precisamente, se asemeja a la composición de los demás seres, en cuanto que no sin razón se podría decir que están compuestos de alma y cuerpo; y moldea y configura con facilidad las restantes cosas derramando a su alrededor su esencia de forma lisa y suave y emitiéndola toda con facilidad.

58 Después de realizar y completar su tarea, dio a conocer desde el principio el mundo llegado a la existencia, agradable de ver y extraordinariamente hermoso, mucho más brillante de lo que actualmente se ve. Pues también todas las demás obras de los artesanos, cuando acaban de salir del arte y de las manos del que las ha hecho, son mejores y más brillantes; y las plantas más jóvenes son más loza-

---

[49] Es una más que probable alusión a la escena descrita en la *Ilíada* XIV 294-296. Por lo demás, Hera es la diosa que preside los ritos matrimoniales.

nas que las antiguas, y parecen totalmente retoños nuevos. Igualmente, los animales son graciosos y agradables de ver después de su nacimiento. Y no sólo los más hermosos, como los potros, los terneros y los perros, sino también los cachorros de las fieras más salvajes. Porque la 59
naturaleza del hombre es indefensa y débil como la inmadura hierba de Deméter, la cual, cuando llega a la sazón del tiempo y de la madurez, es sencillamente un retoño mejor y más distinguido que el de cualquier otra planta. En cambio, cuando el cielo entero, —y lo mismo el mundo—, fue terminado en el principio, adornado por el arte más sabio y más noble, apenas salido de las manos de su hacedor, brillante y luminoso, resplandeciente en todas sus partes, no estuvo en momento alguno indefenso ni débil según la debilidad de la naturaleza de los hombres y de otros mortales, sino joven y lozano ya desde su mismo principio. Así, cuando su creador y padre lo vio, no se 60
alegró simplemente, pues ésta es una sensación humilde que se da entre seres humildes; se regocijó y se deleitó extraordinariamente

sentado sobre el Olimpo, se rió su corazón
de gozo, cuando vio a los dioses[50]

que ya existían y estaban presentes.

La forma que entonces tenía el mundo, me refiero a la lozanía y belleza de un mundo que siempre es extraordinariamente hermoso, no hay hombre que la pueda imaginar ni expresar dignamente, ni de los actuales ni de los antepasa-

[50] Zeus, en efecto, sentado en las cimas del Olimpo, se ríe al ver a los dioses que riñen (*Ilíada* XXI 389-390). El contexto de Dión nos hace recordar el estribillo repetido por el autor del libro del *Génesis*: «Vio Dios todo lo que había hecho; y era todo muy bueno» (*Gén.* I 31).

dos, a no ser las Musas y Apolo con el ritmo divino de su
61 clara y suprema armonía. Por ello, dejémoslo también nosotros por el momento, ya que no hemos tenido pereza de ensalzar el mito en la medida de nuestras posibilidades. Pero si se esfuma la silueta del mito por ser un tema sencillamente elevado y evanescente, como los expertos en pájaros dicen que, cuando uno se eleva muy alto y se oculta entre las nubes deja la adivinación incompleta, no es justo que se me acuse a mí, sino a la pretensión de los habitantes de Borístenes, porque fueron ellos los que entonces me ordenaron hablar.

XXXVII

CORINTÍACO

INTRODUCCIÓN

El discurso XXXVII del *corpus* de Dión, denominado *Corintíaco*, es con absoluta evidencia extraño a las maneras estilísticas de Dión de Prusa. Sus formas reiterativas, vacías de entusiasmo, delatan un autor más bien frío y academicista. La opinión de A. Emperius (1832), que lo atribuía a Favorino de Arlés, se ha impuesto hasta convertirse en una relativa *pacifica possessio.*

El tema de la estatuas ya fue tratado por Dión en sus espléndido discurso XXXI, pronunciado en Rodas. Además, el autor se confiesa romano (§ 25 y 26), aunque profesa la ideología griega, practica sus costumbres y domina su lengua. Frente a los griegos, que se hacían romanos en hábitos y costumbres para agradar a los amos del momento, él sigue las formas griegas hasta en el vestido.

Favorino (85-143 d. C.) fue discípulo y admirador de Dión. Según Filóstrato en su *Vida de los Sofistas,* ambos pertenecen al grupo de los sofistas filósofos, es decir, al de aquellos filósofos que a su profundidad doctrinal unían una apreciable habilidad retórica. Los dos son doctos maestros de elocuencia, declamadores muy cotizados, preocupados por la filosofía, aunque Favorino acabara inclinándose por las posturas escépticas frente al estoicismo de Dión.

Nacido en Arlés, al sur de la Galia, había estudiado en Marsella y recalado en Roma. En la capital del imperio, llegó a gozar de gran fama, y fue particularmente apreciado por el emperador Adriano, quien fue más bien indulgente con ciertas debilidades de conducta del sofista. Filóstrato cuenta que la elocuencia de Favorino era tanta, y la belleza de su pronunciación tan agradable, que acudían a oírle incluso los que no entendían el griego. Tenía la voz atiplada, carecía de barba, era andrógino y presentaba un aspecto típico de los eunucos. El mismo Favorino presumía de tres paradojas que se daban en su persona: era galo y dominaba el griego; eunuco, y había sufrido un proceso de adulterio; había tenido diferencias con el emperador y seguía vivo (*Vida de Sofistas* I 489, 1 y 3).

Éste es, pues, el perfil del que es considerado autor de este discurso. Un personaje lo suficientemente importante como para que se le hubiera dedicado una estatua en Corinto, lo mismo que a otros ilustres próceres de la historia griega. Él mismo nos informa de que la ciudad premiaba a los visitantes ilustres dedicándoles una estatua conmemorativa. En Corinto, dice, había una avenida o Paseo de Grecia para tales dedicatorias (§ 7). Entre otros distinguidos con ese honor, se encontraba el autor del discurso. Pero lo que le lleva a pronunciarlo es la desaparición de la estatua que en otro tiempo le había dedicado el pueblo de Corinto. Ése es el tema central propiamente dicho. La euforia que sintió en la visita anterior, en la que todo fueron distinciones y agasajos, se convirtió en desolación cuando, en una nueva visita, constató que su estatua había desaparecido.

La presentación del tema va acompañada de datos abundantes sobre Corinto, su geografía, sus costumbres, su historia, su política. El orador capta la benevolencia con halagos generosos. Corinto tiene, según el orador, la

hegemonía sobre las demás ciudades porque la protegen Poseidón y Helios, los dioses del agua y el fuego respectivamente (§ 11-12). Fue la ciudad que desterró de Grecia las tiranías, y la que colaboró eficazmente al establecimiento de las democracias, incluida la ateniense (§ 17).

A partir del § 22, adopta el autor una actitud de acusado que presenta su defensa ante los jueces. No es justo, dice, portarse así con un hombre que tanto se distinguió por su aprecio hacia la ciudad, que le dedicaron una estatua. Antes de la erección, era una cuestión discutible; después, hay que respetar la fuerza de los hechos. Para derribar una estatua, deben presentarse razones convincentes. Pues condenar sin pruebas podría conducir a errores, tales como la condena de Sócrates.

Es vergonzosa la costumbre de cambiar los nombres de las estatuas; costumbre que conduce a estridentes absurdos, como el de un Alcibiades lisiado o las numerosas estatuas con nombre romano y figura griega. Pues es ridículo atribuir, mediante un nombre superpuesto, la representación de un personaje hermoso a otro contrahecho. Como es una llamativa incoherencia quitar los nombres griegos para esculpir en su lugar nombres romanos. Porque la figura seguirá siendo griega en su vestido y en su porte.

Era la picaresca de los que, sin peso de gloria que los avalara y sin méritos relevantes, recurrían a la fórmula arbitraria de quitar el nombre de un dios o un héroe para poner el suyo propio. O el sistema de honrar públicamente a un ciudadano sin más gastos que los del picapedrero que borra la inscripción antigua y auténtica para poner la nueva espúrea. La práctica de los corintios, a la que se refiere el autor del discurso, es la misma que Dión denunció en Rodas con mayor gracia y contundencia (cf. XXXI 9).

Con la agravante de que eran los mismos magistrados los que practicaban un cambalache que tenía más de trapicheo político que de justo reparto de premios honoríficos.

CORINTÍACO

Cuando por vez primera estuve de visita en vuestra 1
ciudad, hace ya unos diez años, y ofrecí mis discursos a
vuestro pueblo y a sus autoridades, tuve la impresión de
ser vuestro amigo, más aún, vuestro familiar, como no lo
fue ni siquiera Arión de Metimna[1]. Pues no hicisteis ni
una estatua de Arión. Y cuando hablo de vosotros, hablo
de vuestros antepasados y de Periandro[2], el hijo de Cípse-
lo[3]. En tiempo de Cípselo vivió Arión, que fue el primero

[1] Arión fue un cantante y poeta lírico, oriundo de Metimna, en la isla de Lesbos. Vivió mucho tiempo en Corinto, en la corte de Periandro. Durante un viaje a Italia, los marineros quisieron apoderarse de sus riquezas y matarlo. Él se vistió de gala, cantó y se arrojó al mar. Un delfín lo recogió y lo transportó al cabo Ténaro, al sur del Peloponeso. Vuelto a Corinto, hizo castigar a los infieles marinos.

[2] Periandro, uno de los Siete Sabios de Grecia, dio a Corinto unos años de prosperidad económica y política continuando la iniciada por su padre. Vivió a finales del siglo VII a. C.

[3] Tirano famoso de Corinto (s. VII a. C.). Su nombre alude al hecho legendario de que su madre lo ocultó en una caja para librarlo de sus enemigos cuando era niño.

de los hombres que compuso un ditirambo, el que le dio este nombre y lo enseñó en Corinto[4].

2 Fue tan querido de los dioses, que, en una ocasión en que regresaba por mar con grandes riquezas, que se había granjeado entre los tarentinos y los griegos de aquella región, cuando estaba a punto de ser arrojado al mar por los marineros, les rogó que le permitieran cantar. Así cuentan que hacen los cisnes que van a morir y presienten la muerte:
3 como si embarcaran su alma a bordo de una canción[5]. Arión, pues, cantaba, y en el mar había bonanza y tranquilidad. Los delfines oyeron la canción, y al oírla, se abalanzaron alrededor de la nave. Cuando Arión terminó, como los marinos no demostraron ningún cambio, se arrojó al agua, y un delfín se puso debajo y transportó al cantor hasta el Ténaro[6] tal como se encontraba ataviado. Salvado Arión de este modo, llegó a Corinto antes que los marinos, y contó estos sucesos
4 a Periandro. Arribados a su vez los marinos, y llevado el suceso a juicio, los marinos fueron condenados a muerte. Y Arión —y no precisamente Periandro, sino Arión— se hizo una estatua de bronce no muy grande y la erigió sobre el Ténaro. En la estatua se representaba a sí mismo sentado sobre su bienhechor[7].

---

[4] El ditirambo era un himno a Dioniso, cantado a coro. Es famosa la teoría de Aristóteles en su *Poética* 1449a, según la cual, el ditirambo habría sido el origen de la tragedia.

[5] Es más que posible, como sugiere H. Lamar Crosby, que el autor aluda a Píndaro, frag. 89: *óchēma aoidân*.

[6] El cabo o promontorio Ténaro es el actual cabo Matapán, al sur del Peloponeso.

[7] Pausanias, II 25, 5, refiere que en el promontorio había un templo en forma de gruta por donde, según los poetas, Heracles había llevado al infierno el perro de Hades. Luego (*ibid.*, 7), alude a la estatua de bronce de Arión, a caballo sobre un delfín. También menciona Pausanias el hecho de

Por aquel mismo tiempo, Solón también estuvo en Co- 5
rinto huyendo de la tiranía de Pisistrato, pero no de la de Periandro. Pero es que no era lo mismo. Pisístrato fue tirano de Atenas después de disolver la democracia; en cambio, Periandro lo fue por haber recibido el reino de su padre[8]. Y aunque los griegos lo llamaban tirano, los dioses lo llamaron rey. ¿O no es esto lo que quiere decir el oráculo?:

Feliz es este varón que llega a mi casa,
Cípselo, el hijo de Eetión, rey de la afamada Corinto,
él y sus hijos[9].

Uno de ellos fue Periandro, quien sucedió a su padre. Este 6
Periandro fue proclamado rey por los dioses, y sabio por los griegos. Mayor título que él, jamás adquirió ningún rey ni tirano; ni siquiera Antíoco, llamado el Divino[10], ni Mitrídates, por sobrenombre Dioniso[11]. El mismo Pítaco de Mitile-

---

que la historia de Arión está recogida por Heródoto, quien la había oído en Lidia (Heródoto, I 23).

[8] Tirano no tenía en los días de Pisístrato y Periandro las connotaciones negativas que adquirió el término con el tiempo. Tanto Pisistrato como Periandro fueron auténticos bienhechores de sus ciudades. El *Edipo Rey* de Sófocles, es en griego *Edipo, el tirano*.

[9] Heródoto nos cuenta la historia del cambio sufrido por Periandro. Al principio era juicioso. Pero una embajada dirigida a Trasibulo, tirano de Mileto, quien cortaba las espigas que sobresalían mientras hablaba con el heraldo, le trajo el mensaje de que para mantener en paz la ciudad, debía cortar las cabezas que destacaban (cf. Heródoto, V 92).

[10] Es Antíoco II Teo (286-246 a. C.), hijo de Antíoco I Soter. Fue rey de Siria desde el 262.

[11] Se trata de Mitrídates el Grande o Eupátor (132-63 a. C.), cuyo sobrenombre de Dioniso está atestiguado por Apiano y Plutarco. Soñaba con crear un gran reino helenístico en Asia Menor. Fue el enemigo más peligroso que Roma tuvo en oriente durante el siglo I a. C.

ne[12] se hubiera sentido orgulloso de que lo llamaran a la vez tirano y sabio. Pero de hecho, prefiriendo el segundo nombre, renunció a la tiranía. Ahora bien, Periandro era sabio con unos pocos, pero tirano con muchos. En cambio, tirano
7 y sabio a la vez, era el único. A visitarlo vino Solón, que participó de sus bienes en común, pues, en efecto, las cosas de los amigos son comunes[13]. Sin embargo, no consiguió tener una estatua, y no porque menospreciara las estatuas, pues apreciaba mucho la estatua de bronce que tenía en Salamina[14]. ¿Por qué, pues, no la tuvo en Corinto, en el Paseo de Grecia? También vino a vosotros Heródoto, el historiador, con relatos nada mentirosos sobre temas griegos, y en particular, sobre Corinto, con los cuales consideraba lógico recibir de la ciudad una retribución. Pero también en esto se equivocó, porque vuestros antepasados no consideraron conveniente comerciar con la gloria[15]. Por eso transformó los relatos que todos sabemos acerca de las batallas de Salamina y de Adimanto[16].

[12] Tirano de Mitilene (650-570 a. C.), uno de los Siete Sabios.

[13] Se trata de un proverbio que pronuncian, por ejemplo, Fedro al final del diálogo que lleva su nombre (PLATÓN, *Fedro*, 279c) y Pílades en EURÍPIDES, *Orestes* 735.

[14] Solón compuso una elegía denominada *Salamina*. En ella, invita a los atenienses a recuperar Salamina para lavar el oprobio de haberla perdido (ESQUINES, *Contra Timarco* 25) asegura que la estatua se levantaba en el ágora de Salamina, donde también estaba la estatua de ébano de Áyax, según PAUSANIAS (I 35, 3).

[15] Heródoto hizo también una lectura de su obra en Atenas, por la que recibió una gran suma de dinero. El que no la recibiera de los corintios, quizá se debiera a que los corintios no quedaban muy bien parados por haber huido antes de la batalla de Adimanto (HERÓDOTO, VIII 94).

[16] En su escrito *Sobre la malignidad de Heródoto* 39, PLUTARCO acusa a Heródoto de injusto con los corintios en el tema de Adimanto, pero no dice que Heródoto actuara por motivos de dinero.

En mi caso, la segunda vez que os visité, me tratasteis 8
de una forma tan agradable que intentasteis retenerme con vosotros. Pero al ver que era imposible, hicisteis al menos una imagen de mi persona y la llevasteis a colocar en la Biblioteca, como para presidirla. Con ello, pretendíais invitar especialmente a los jóvenes a imitar mi conducta. Pues no me honrasteis como a uno de esos muchos que arriban cada año al puerto de Céncreas[17], —comerciante, peregrino, mensajero o pasajero—, sino como a una persona querida que por fin aparece después de largo tiempo de ausencia.

El honor, como un sueño, levantó el vuelo y se fue[18]. 9

De modo que me sentí desconcertado, y me miraba a mí mismo y, por Zeus, también a otros, preguntándome si es que no veía bien, —ya que no era realidad sino sueño lo que estaba sucediendo—, o todo esto era rigurosamente exacto, tanto el interés de la gente como la decisión del Consejo. Pero la estatua, que resultó ser una creación digna de Dédalo[19], desapareció de nuestra vista sin que nos diéramos
cuenta. Pero desde que murió Dédalo, nadie hasta el día de 10
hoy ha llegado a tal grado de arte como para inspirar al bronce la capacidad de huir. Por el contrario, los artistas

---

[17] Céncreas era el puerto situado en el extremo oriental del istmo de Corinto; el del extremo occidental se llamaba Lequeo. Leques y Céncreas eran hijos de Poseidón y Pirene, según PAUSANIAS, II 2, 3.

[18] El verso de la *Odisea* XI 22 lee *psyché* en vez de *timé*. En efecto, el relato de la *Odisea* trata de la visita de Odiseo a los infiernos y la imposibilidad de abrazarse el héroe con su madre. Lo que Odiseo experimenta (vv. 207-8), se lo explica su madre como ley de la naturaleza.

[19] Dédalo, autor mítico del laberinto, es el paradigma de los artistas hábiles y virtuosos. Tenía la virtud de que sus obras no permanecieran donde las creaba. De lo mismo acusaba Eutifrón a Sócrates, quien se consideraba a sí mismo descendiente de Dédalo (PLATÓN, *Eutifrón* 11cd).

modelan estatuas de hombres firme y bellamente plantados, y de algunos incluso a caballo. Pero todos éstos permanecen en su figura y en su lugar, si no es porque alguien los mueve. Pues lo que es por ellos, son bronce incapaz de escapar, y eso aunque tengan alas como el Perseo de Pitágoras[20].

11 Pero aun siendo mi estatua propia del arte antiguo de Dédalo, ¿qué podría haberle pasado para marcharse de vuestra ciudad, por la que, dicen, rivalizaron dos dioses, Poseidón y Helios, uno señor del fuego, y el otro del agua?[21]. Compitieron, pues, los dos y otorgaron el arbitraje a un tercer dios más anciano, de quien

eran muchísimas las cabezas, y muchísimas las manos[22].

A este dios confiaron los dos contendientes el arbitraje, y ahora son los señores de esta ciudad y de esta tierra. Ésta es una señal nada pequeña ni baladí de la supremacía de Corin-
12 to frente a las otras ciudades. Los demás patronatos y posesiones se dan entre los dioses de forma individual: Argos es de Hera; Atenas, de Atenea. Y en cuanto a estos mismos dio-

[20] Este Pitágoras de Reggio es el escultor contemporáneo de Mirón, quien, al igual que Mirón, era especialmente hábil en representar en sus estatuas el movimiento. Los textos nos hablan de varios atletas, cantados por Píndaro, cuyo movimiento inmortalizó Pitágoras.

[21] Aunque la expresión está en forma de quiasmo, es sabido que Poseidón es el dios del mar; y que Helios (Sol) lo es del fuego. Ambos dioses fueron honrados por los corintios con estatuas, como refiere Pausanias (II 2, 1, 3; 3, 2).

[22] La cita es de autor desconocido. Pausanias (II 1, 6) recoge la leyenda corintia, según la cual Poseidón y Helios se disputaban el dominio de aquella tierra. Al no ponerse de acuerdo, encargaron a Briáreo, gigante de cien manos y cincuenta cabezas, el arbitraje. Briáreo decidió que el Istmo y sus cercanías sería para Poseidón; la Acrocorinto, para Helios.

ses, Rodas es de Helios[23]; Onquesto, de Poseidón[24]; pero Corinto es de los dos. Así se imagina uno que, tal como el mito lo expresa enigmáticamente, la franja de tierra en medio de los dos mares fue objeto de renuncia por parte de Helios al pretenderla también Poseidón.

Estos aspectos del mito y de la historia, al coincidir plenamente, invitan a la Sibila, cantora de presagios, para formar el trío de elogios[25]. Habiendo, pues, recibido para sí la voz de un dios, canta con gran voz: 13

¿Hay lugar tan feliz para ti como el dichoso istmo
de Efira[26], la hija del Océano, tierra en donde Poseidón,
progenitor de mi madre Lamia[27], estableció una competi-
[ción[28]
en primer lugar con Helios, y se llevó los honores?

Pues, en efecto, cuentan que fue aquí donde por vez primera 14
se convocó la competición de los dos dioses, y que venció

---

[23] El Coloso de Rodas, edificado a principios del siglo III a. C., era precisamente una estatua en honor del dios Helios.

[24] Ciudad de Beocia que, según el testimonio de la *Ilíada* (II 506) y del *Himno Homérico a Apolo* (229-238), se distinguió por su devoción y culto al dios Poseidón.

[25] Frase oscura, que VON ARNIM resuelve corrigiendo la lectura de los textos por *dissoîs mártysin* (a los dos testigos).

[26] Antiguo nombre mítico de Corinto. Efira es mencionada por HOMERO como situada en el territorio de Argos (*Ilíada* VI 152).

[27] PLUTARCO (*De Pyth. orac.* 9) habla de esta Lamia, hija de Poseidón y madre de la aquella Sibila, que emitía sus oráculos sentada sobre una roca cerca del buleuterion de Delfos.

[28] Esto es, la lucha por la posesión del Istmo, en la que claramente venció Poseidón; cf. PAUSANIAS, II 1, 6.

Cástor[29] en el estadio, y Calais[30] en la carrera doble. Y dicen que Calais corrió frenándose para no salir volando. Conviene, ya que hemos empezado, mencionar también a los otros que ganaron premios y alcanzaron victorias. Orfeo[31] venció con la cítara, Heracles en el pancracio, Polideuces en el boxeo, Peleo[32] en la lucha, Telamón[33] en el disco, Teseo[34] en la lucha con armas. Hubo también una competición ecuestre, y venció en la carrera de jinetes Faetonte[35], y en la de cuadrigas, Neleo[36]. Se celebró luego una competición de naves, en la cual venció Argos[37], que des-

[29] Hermano gemelo de Polideuces, hijos ambos de Leda; pero mientras Cástor era hijo de Tindáreo, Polideuces lo era de Zeus. Ambos acompañaron a Jasón en busca del vellocino de oro en la nave Argo.

[30] Hijo alado de Oritia y de Bóreas, participó con su hermano Zetes en el viaje de los argonautas.

[31] Cantor mítico, hijo de Apolo y Calíope, y esposo de Eurídice. Con su canto no solamente enternecía a los hombres, sino que arrastraba a los mismos animales. Tambien fue uno de los argonautas.

[32] Rey de Ftía, en Tesalia, se casó con Tetis, de la que tuvo a Aquiles. Fue uno de los argonautas.

[33] Hermano de Peleo y padre de Áyax y Teucro, héroes de la guerra de Troya. Era rey de Salamina. En el viaje de los argonautas, fue el amigo preferido de Heracles.

[34] Hijo mítico de Egeo de Atenas y Etra, hija del rey de Trecenia, entre otras hazañas, mató al Minotauro con la ayuda de Ariadna. Con ello liberó a los atenienses de la pesadumbre del impuesto de siete muchachos y siete muchachas cada nueve años.

[35] El mencionado hijo de Helios, que murió al no poder controlar los caballos del Sol. Junto al ágora de Corinto, sobre los propíleos que daban a la vía del Lequeo, figuraban dos carros conducidos, uno por Faetón, y el otro por su padre Helios.

[36] Hijo de Poseidón y de Tiro, fue rey de Pilos. Por negarse a absolver a Heracles de homicidio, fue castigado por el héroe, que lo mató a él y a todos sus hijos, excepto a Néstor.

[37] Nombre de la nave Argo, que viajó, llena de héroes, en busca del vellocino de oro.

pués no volvió a navegar. Jasón[38] la consagró allí mismo a Poseidón, y puso en ella esta inscripción, obra, según dicen, de Orfeo:

Yo soy la nave Argo, Jasón me consagró a un dios,
vencedora en los juegos Ístmicos y coronada con pinos de
[Nemea[39].

Pero ¿qué lugar más hermoso podría descubrir el mismo Dé-
dalo, volando con sus alas, que aquel en donde los dioses
convocan los juegos, y los héroes son los que vencen o son
vencidos, y donde descansa la nave Argos, por no hablar de la
obra de Dédalo?[40]. Pero la estatua ni se escapó, ni lo intentó, 16
ni le pasó por la mente. Sólo queda, pues, pensar que los co-
rintios mismos la desterraron sin juicio previo y sin que tuvie-
ran nada en absoluto de que acusarla. ¿Pero podría creerse al-
guien esto de los corintios, cuyos antepasados fueron, entre
todos los griegos, los que más practicaron la justicia? ¿O es
que no fueron ellos los que destruyeron las tiranías en las ciu-
dades y establecieron las democracias, y los que liberaron a
Atenas de los tiranos, primero de Hipias, luego de Cleóme-

---

[38] Hijo del rey de Yolco, educado por el centauro Quirón, fue destronado por su hermano Pelias. Para recuperar sus derechos, tenía que traer el vellocino de oro de la Cólquide. Se puso en camino con la nave Argo y acompañado por los argonautas. Consiguió su objetivo no sin antes superar diversas pruebas gracias a la ayuda de Medea, quien acabó casándose con él, que más tarde la repudió.

[39] Dístico elegíaco compuesto seguramente por Favorino. Alusión a dos de los juegos más importantes de la historia griega, los Ístmicos en honor de Poseidón, celebrados en Corinto, y los Nemeos, en honor de Heracles, en Nemea.

[40] El autor supone que el lugar ideal, donde los dioses celebran sus juegos, es decir, Corinto, es donde debería estar su estatua, misteriosamente desaparecida.

17 nes?[41]. Más adelante, cuando los mismos atenienses intentaron hacer lo mismo que Hipias e Iságoras, e implantar la tiranía en Grecia, ¿no fueron los corintios los primeros que se dieron cuenta, los que especialmente lo lamentaron, los que se pusieron como campeones de la libertad en favor de los demás, y mantuvieron esa actitud no sólo en el caso de los atenienses, sino también en el de los espartanos? Y realmente, ellos se opusieron a los espartanos en unión con los pueblos de Tebas y de Élide en favor de los derechos comunes de Grecia. Con ello demostraron que eran amantes no de la gloria, sino de Grecia, de la justicia, de la libertad, y enemigos
18 del mal y de la tiranía. Odiaban a los bárbaros de tal manera, que enviaron a cuatrocientos de los suyos a las Termópilas cuando los espartanos tenían a trescientos[42]. En Salamina, fueron los más valientes y los responsables de la victoria. Pues yo no hago caso de Heródoto, sino de la tumba y de Simónides, quien compuso para los corintios muertos, enterrados en Salamina, este epitafio:

Extranjero, habitábamos otrora la ciudad de Corinto, rica [en fuentes;
ahora nos posee Salamina, la isla de Áyax.
Venciendo con facilidad a las naves fenicias, a los persas
y a los medos, salvamos a la sagrada Grecia[43].

[41] El autor trata de halagar a los corintios. Porque no se sabe que tuvieran un papel tan importante en el derrocamiento de las tiranías. Además, Cleómenes I de Esparta (520-488 a. C.) no fue precisamente un tirano, sino el rey que expulsó a Hipias de Atenas y facilitó el establecimiento de la democracia. Iságoras fue el jefe de la oposición que se enfrentó a Clístenes.

[42] En efecto, según el relato de Heródoto (VII 202), entre los que esperaron en las Termópilas la llegada de los persas, había 300 espartanos y 400 corintios.

[43] Plutarco, en *De Herodoti malignitate* 39, recoge también este epitafio, aunque sin designar a su autor. De todos modos, este epitafio re-

Hay otro epigrama de Simónides dedicado especialmente a 19
su general:

Ésta es la tumba de aquel Adimanto, por cuyas decisiones
Grecia se ciñó la corona de la libertad[44].

Libertaron también a Sicilia de los bárbaros, y a Siracusa de los tiranos. Se pudo ver entonces a Dionisio en Corinto —bonito espectáculo—, privado de todo. Y sin embargo, nadie le causó daño, ni lo quería desterrar, ni lo llegó a expulsar[45].

Pero ¿quién quitó la estatua dedicada por la ciudad? Oja- 20
lá hubiera sido un torbellino, un huracán o una tormenta que cayera, removiéndola y dirigiendo un rayo contra ella. Pero si existe alguna clase de proceso sobre la estatua, tal como cuentan que sucedió en Siracusa, no vacilaré en explicar cómo fue a modo de introducción. Los siracusanos, vuestros colonos, en las muchas guerras contra los cartagineses y los demás bárbaros que habitaban en Sicilia y en Italia, andaban
escasos de bronce y de dinero. Decidieron, pues, destruir las 21
estatuas de sus tiranos —de las que había en su ciudad muchas que eran de bronce—, después de haber hecho sobre ellas un juicio para ver cuál de ellas merecía ser fundida y cuál no. Y sobrevivió a este proceso, —para que os enteréis—, Gelón[46], el hijo de Dinomenes. Todas las demás es-

---

cuerda el de la tumba de las Termópilas, atribuido a Simónides, autor del poema famoso en honor de los caídos en aquella batalla, que aparece en el monumento moderno levantado en el lugar donde cayó Leónidas (*Poetae Melici Graeci* 531).

[44] Epitafio citado igualmente por PLUTARCO (l. c.).

[45] Suprimimos, según la propuesta de DINDORF, la expresión «de las cosas de Sicilia» y leemos con él *exêlaune*.

[46] Tirano de Siracusa entre los años 484-478 a. C. Era tirano de Gela cuando los aristócratas de Siracusa lo llamaron en su auxilio. Se apoderó

tatuas fueron destruidas, excepto, lógicamente, las de Dionisio el Viejo[47] que reflejaban la figura de Dioniso.

22 Ahora bien, si hubiera también en vuestra ciudad una decisión por el estilo para abrir un proceso acerca de las estatuas, o mejor, si queréis actuar como si ya se hubiera tomado esta decisión y se hubiera entablado un proceso, concededme que pueda dirigiros la palabra en mi favor como si estuviéramos ante un tribunal.

Señores jueces, dicen que puede esperarse todo a lo largo del tiempo. Y éste, que os habla, corre el riesgo, en un corto espacio de tiempo, de ser considerado como el mejor
23 de los griegos, y de caer en desgracia como el peor. Ahora bien, yo me he comportado correcta, justamente y de forma conveniente para vuestra ciudad y para todos los griegos. Y aunque podría decir muchas cosas, voy a referir una sola que sucedió en la misma Siracusa. Pues el ejemplo es algo familiar y posiblemente justo, ya que del mismo modo que los siracusanos honran a su metrópoli, así también es bueno que vosotros imitéis las acciones de vuestra colonia.

24 Los siracusanos, pues, en aquellos tiempos antiguos, a un cierto habitante de Lucania[48], que comunicó su embaja-

---

del poder y convirtió a Siracusa en la ciudad más poderosa y floreciente del mundo griego. Aliado con el tirano Terón de Acragante (Agrigento), venció a los cartagineses en el 480, cuando los griegos vencían a los persas en Salamina. El haber sido el primero y más moderado de los tiranos de Siracusa pudo determinar la distinción que se hizo con su estatua.

[47] Tirano de Siracusa (405-367 a. C.) en la época en que Cartago amenazaba a las colonias griegas de Sicilia. Fue en muchos aspectos precursor de los reyes helenísticos por el fasto de su corte y sus ejércitos mercenarios. Le sucedió Dionisio el Joven, su hijo, que fue tirano desde el 367 hasta el 357.

[48] Es coherente la mención de Siracusa en un discurso dirigido a los corintios, sus fundadores. El detalle «nacionalista» de tipo sentimental, demuestra la sensibilidad que los siracusanos tenían hacia sus valores loca-

da al pueblo en dialecto dórico, gozosos con su modo de hablar, no sólo lo despacharon después de concederle lo que vino buscando, sino que le regalaron un talento y le levantaron una estatua. Por esta razón, obtuvieron muchos elogios de parte de sus vecinos y de los dorios de aquella región, en especial de los que habitan en Italia, porque habían recompensado con acierto y elegancia, en favor de la raza dórica, a aquel hombre que había cultivado su dialecto hasta el punto de ser capaz de hablarlo.

En cambio, hay uno que no es lucano sino romano[49], 25
que no es de la multitud sino de la orden ecuestre, y que se ha mostrado celoso no solamente de la lengua sino también de la ideología, la forma de vivir y el aspecto de los griegos, y ello de una forma tan correcta y manifiesta como no lo ha hecho nadie de los romanos anteriores a él, ni de los griegos de su tiempo. Pues cualquiera puede ver allí[50] a los mejores de los griegos que se inclinan hacia las costumbres romanas, mientras él se inclina hacia las de los griegos; y por ellos, renuncia a su hacienda, a su dignidad política, en una palabra, a todo, con tal de lograr una cosa por encima de todas, el no sólo parecer griego sino serlo. Siendo así las cosas, ¿no era necesario que tuviera en vuestra ciudad una estatua de bronce? Y en otras ciudades también. En vuestra ciudad, 26

les. Entre ellos, el dialecto dórico, hablado en la zona de la Lucania, cuya capital es Tarento, en el golfo de su nombre.

[49] Como ya dijimos en la introducción al discurso, su origen es debido a un autor anónimo, si bien se ha querido ver en él la obra del sofista Favorino. Al ser natural de Arlés (Arelate) en Francia, podía proclamarse romano, pero fervoroso propagandista de la lengua y la cultura griegas. Sus audiciones y declamaciones en Roma revestían carácter de auténtico clamor. Como refiere FILÓSTRATO en sus *Vidas de los Sofistas* (I 8, 489-492), acudían a escucharle gentes incluso que no sabían griego.

[50] En Roma, donde Favorino gozó de la amistad (y las iras) del emperador Adriano.

porque aun siendo romano, se helenizó lo mismo que vuestra patria; en Atenas, porque es ático en su lenguaje; en Esparta, porque es aficionado a los ejercicios gimnásticos; y en las demás ciudades, porque cultiva la filosofía y ha movido ya a muchos griegos a que la cultiven con él, e incluso
27 ha arrastrado a no pocos bárbaros. Para este menester, parece que ha sido expresamente dotado por los dioses. Por lo que a los griegos se refiere, para que los habitantes de Grecia tengan un ejemplo de que no existe diferencia aparente entre el nacer y el ser educado; en cuanto a los romanos, para que ni siquiera los que se sienten adornados de su propia dignidad menosprecien la educación en comparación con su dignidad; en cuanto a los celtas, para que absolutamente ningún bárbaro que se fije en él, desconfíe de la educación griega.

Por lo tanto, se me erigió una estatua por algunas de estas razones, para no seguir nombrando otras y atraer sobre
28 mí vuestra enemistad. Pero no es lo mismo deliberar sobre la erección de una estatua que sobre su demolición. ¿Por qué? Porque cada uno de los que han recibido estatuas en vuestra ciudad, ya sea mejor, ya sea peor, se ha granjeado ya el honor de sagrado, y es preciso que la ciudad lo defienda como su propia ofrenda. Muchas razones podrían aducirse para demostrar que Gorgias, el sofista[51], no debiera tener una estatua en Delfos[52], y mucho menos con un alto pedes-

---

[51] Gorgias de Leontinos (Sicilia) fue no solamente sofista, sino el iniciador del movimiento sofista, en opinión de Filóstrato. Según este biógrafo, Gorgias representó para la sofística el papel transcendental que Esquilo para la tragedia.

[52] Delfos, lugar del famoso santuario en el que Apolo daba sus oráculos, era un magnífico escaparate para toda clase de propagandas. Una estatua a la sombra del dios ofrecía, además, un tinte religioso muy apreciado por la cultura oficial griega. Los numerosos visitantes se llevaban, entre

tal y de oro. ¿Y por qué menciono a Gorgias, cuando se puede ver también allí a Frine la de Tespias[53], elevada igualmente sobre un pilar lo mismo que Gorgias?

De todos modos, el oponerse abiertamente a la erección 29
es quizá legítimo y conforme al derecho de ciudadano, pero llegar después pretendiendo anular lo acordado es molesto, ¡por Apolo!, y ninguno de los Anfictiones[54] lo hubiera aprobado. Además, si se erigieron las estatuas sin razón, ahora están levantadas legalmente por haber tenido la ventaja de estarlo de hecho. Pues es lo mismo que cuando alguno de los elegidos para ejercer un cargo durante un año, aunque se descubra que es indigno de desempeñarlo, permanece en el cargo durante aquel año para el que fue designado. Igualmente, en el caso de las estatuas, conviene tener en cuenta el tiempo para el que fueron erigidas, y que es todo el tiem-
po en adelante. Porque si no, ¿en qué os distinguís de los 30
que hacen las estatuas de barro? ¿Y qué podréis decir a los que os preguntan la razón de que, en vuestra ciudad, los honores sean mortales, y las deshonras inmortales? En efecto, si esta costumbre no tiene nada de vergonzosa, por más que sea tremenda, ¿no es propio de un gobierno zafio el que las es-

---

los recuerdos de su visita, el de los grandes personajes consagrados con estatuas y otros monumentos.

[53] Frine fue una famosa hetera del siglo IV, que sirvió de modelo a Praxíteles, quien, al decir de PAUSANIAS (X 15, 1), habría sido uno de su muchos amantes.

[54] Los Anfictiones eran una especie de diputados de los estados griegos, reunidos en confederaciones o ligas de carácter político y religioso. Velaban por los intereses comunes de los griegos y celebraban reuniones alrededor de ciertos santuarios. La Anfictionía Délfica tenía su centro en el santuario de Apolo en Delfos, participaba en la administración del templo y en la organización de los Juegos Píticos.

tatuas sean anuales, como los frutos?[55]. Pues a aquéllos, a quienes levantáis estatuas de bronce para que no desaparezcan en seguida sino para que permanezcan con vosotros el mayor tiempo posible, los presentáis como si fueran más blandos que las estatuas de cera.

31 O, por Zeus, ¿es porque fueron vistos más tarde como hombres malvados? Porque si es verdad que después resultaron ser malvados, ello no deja a la ciudad libre de culpa. Pues no ofrecéis honores por cosas futuras, sino por hechos pasados. Ahora bien, si uno que ya antes era malvado, es reconocido después como tal, ¿de qué modo pensáis que seríais más apreciados entre los griegos, y de qué modo podríais atraer a los que quieren haceros algún favor, anulando vuestras decisiones o permaneciendo fieles a lo que habéis decidido de una vez para siempre? De esta última manera, creo yo. Pues lo primero es propio de hombres fracasados; lo segundo, de hombres seguros.

32 Pero todavía no he dicho lo más importante. Y es que se debe hacer desaparecer este honor tan grande, —si es que es inevitable—, no como consecuencia de una falsa acusación, sino por un juicio condenatorio, y no por un motivo cualquiera, sino por el más importante. Pues por una falsa acusación, el mismo Sócrates podría ser corruptor de los jóvenes y destructor de todas las creencias de los hombres, empezando por los dioses[56]. Pues ¿a quién dejaron de calumniar estos que acusan falsamente de todo? ¿A Sócrates

---

[55] En la traducción de esta frase, seguimos la lectura de Arnim, que cambia en *ou* el *hōs* de H. Lamar Crosby.

[56] Ésas fueron, en efecto, las dos acusaciones fundamentales que sirvieron de pretexto para condenar a Sócrates: que corrompía a la juventud y que no sólo no creía en los dioses de la ciudad, sino que introducía otros nuevos (cf. PLATÓN, *Apología de Sócrtates* 24b; JENOFONTE, *Apología de Sócrates* I 10).

acaso? ¿A Pitágoras?[57]. ¿A Platón?[58]. ¿Al mismo Zeus, a Poseidón, a Apolo y a los demás dioses? También la emprendieron con las diosas, a quienes era natural que reverenciaran más aún que a los dioses varones. Ya oís, por Zeus, lo que dicen sobre Deméter, Afrodita y Eos. Y no se privan de hablar de Atenea ni de Ártemis. A Ártemis la presentan desnuda delante de Acteón[59]; a Atenea la reúnen con Hefesto y, por poco, hacen madre a la virgen[60]. Sabiendo como sabéis estas cosas, ¿os admiráis de que se haya divulgado contra este hombre alguna clase de censura, como la que no puede evitar ninguno de los que han pasado la vida entre honores, y que tiene como pretexto el mismo encanto de sus palabras, —o como tengamos que llamarlo—, y que vosotros habéis aceptado con vuestras mujeres y vuestros hijos?

¿No lo vais a examinar? ¿No vais a reflexionar si este 34
hombre ha hecho en vuestra ciudad algo parecido? Realmente, vivís en una ciudad, la más afortunada[61] de las pre-

---

[57] Filósofo y matemático griego, nacido en Samos, emigró al sur de Italia en el año 531 a. C. huyendo de la tiranía de Polícrates. Fundó una escuela religioso-científica a cuyos adeptos impuso ciertas prácticas y creencias que no siempre fueron bien interpretadas por sus contemporáneos.

[58] Alude aquí el orador seguramente a las anécdotas jocosas que la tradición refería sobre la vida y el pensamiento de Platón y que fueron recogidas por Diógenes Laercio, en su *Vida de los filósofos ilustres* III 26-33.

[59] El mito de Acteón tiene distintas versiones. La más autorizada refiere que Acteón vio desnuda a la diosa que se estaba bañando. La diosa, ofendida, lo convirtió en ciervo, por lo que fue devorado por sus propios perros. Otras versiones insinúan que Acteón fue castigado porque tuvo la pretensión de casarse con la diosa. Cf. Apolodoro, *Biblioteca* III 30-31.

[60] De toda esta historia tenemos una relación en la obra citada de Apolodoro, III 188-190.

[61] El adjetivo con el que se califica a la ciudad de Corinto (*epaphroditа*) podría entenderse también en el sentido de ciudad favorecida por

sentes y de las pasadas, pero no habéis oído nada sobre el particular, y casi me atrevería a decir que ningún otro griego lo ha oído. Además, ¿creéis que quien ha vivido honradamente en Grecia gozando de total confianza y comprensión se ha transformado en Roma al lado del emperador mismo y de las leyes? Desde luego, esto es como si alguien afirmara que el atleta cumple el reglamento en privado, pero lo viola cuando está en el estadio y ante el maestro de los juegos[62].

35 Considero que la libertad de palabra tiene dos caras, una la del que tiene conocimiento de algún fallo, otra la del maestro de los juegos. Si éste está convencido de que ha habido algún fallo, debe exigir el correspondiente castigo del que ha faltado a las normas; el que se haya enterado, debe denunciarlo. Y eso es lo que ha hecho este hombre[63]. Pero vosotros, después de seguir a otros hombres..., aunque no quiero decir nada de esos hombres en plan de venganza; sólo que es más justo que ellos os sigan a vosotros que el
36 que vosotros les sigáis a ellos. Porque vosotros sois, como suele decirse, la proa y la popa de Grecia, llamados felices, opulentos y otros apelativos semejantes por los poetas y los dioses desde los tiempos antiguos, unos tiempos en los que también otros tenían la oportunidad de conseguir riqueza y poder. Pero ahora, desde que la riqueza ha huido de Orcómeno y Delfos[64], estas ciudades pueden superaros en la ca-

---

Afrodita. En efecto, la diosa tenía un santuario muy famoso sobre la Acrocorinto.

[62] Es el denominado *agōnothétēs*, organizador y presidente de los juegos y encargado de que se cumplan correctamente las normas de la competición.

[63] Según el orador, que es el que se ha visto privado de la estatua, el denunciante no ha actuado correctamente, si lo que pretendía era el bien de la ciudad.

[64] Orcómeno, ciudad situada al norte del lago Copais en la región de Beocia, tuvo un floreciente pasado en la época micénica. Los abundantes

pacidad de excitar la compasión, pero nadie provoca más envidia que vosotros.

Todas estas cosas se han dicho a favor de una ciudad 37 que no merece sentir vergüenza delante de los griegos, cuando todos de buen grado no sólo acogen al que ha sido desterrado por vosotros, sino que lo invitan y lo envían con embajadas, y lo distinguen con toda clase de honores, incluida la dedicatoria de estatuas. Pero sobre mí y sobre mi estatua, voy a decir ahora una frase que pronunció Anaxágoras cuando perdió a su hijo: «Ya sabía que había engendrado a un mortal»[65]. Pero no sabía que lo era tanto. Pues cada una de las estatuas es erigida con la intención de que dure eternamente, pero todas son destruidas, una por un destino, otra por otro. Ahora bien, el destino más común y más justo, el que está fijado para todas las cosas, es el del tiempo. De manera distinta lo celebró el poeta que, según 38 dicen, compuso el epitafio escrito sobre la tumba de Midas[66]:

---

restos de monumentos la avalan como una de las ciudades más potentes de Beocia. Fue un centro muy activo del culto a Dioniso. Más tarde fue eclipsada por Tebas, cuya liga provocó su ruina en el año 364 a. C. En la *Ilíada* IX 380-381, Orcómeno es citada como ciudad rica al lado de Tebas de Egipto, lo mismo que el tesoro de Apolo en Delfos *(Ibid.* vv. 404-406). Heródoto cuenta de los abundantes dones que se enviaban al tesoro del dios (cf. I 14).

[65] La anécdota, citada en otros casos como paradigma de integridad, es referida por Diógenes Laercio, II 13.

[66] El rey Midas tuvo fama de convertir en oro todo lo que tocaba. De su generosidad con el dios de Delfos, nos certifica Heródoto (I 14). Su tumba se alza, todavía hoy, en forma de pirámide en la ciudad moderna de Gordio, lugar que fuera campamento de invierno de Alejandro Magno en Frigia. Cf. la referencia jocosa que hace Aristófanes a Midas y a sus orejas de burro en *Pluto* 285-287.

Soy una doncella de bronce, yacente sobre la tumba de Mi-
[das.
Mientras el agua fluye, y árboles altos florecen,
al permanecer allí junto a su tumba regada con lágrimas,
anunciaré a los transeúntes que aquí está Midas enterra-
[do[67].

39 Pero, oh doncella mensajera de sí misma, oímos al poeta, pero aunque te buscamos, no te hemos encontrado, ni tampoco la tumba de Midas. Aquellas aguas y aquellos árboles siguen manando y floreciendo, pero con el tiempo parece que se van a secar, lo mismo que Midas y la doncella.

El hombre se llamaba Hipemón, el caballo Podargo[68];
el perro, Letargo[69] *y el criado Babes*[70].

Ahora bien, ¿qué griego conoce no ya al caballo, sino ni siquiera al mismo Hipemón? Y tengo la impresión de que tampoco lo conoce ningún habitante de Magnesia[71], de donde procedía Hipemón. Pues bien, este hombre desapareció de entre los hombres con el mismo Babes y con Podargo.

---

[67] El mismo epigrama aparece en boca de Sócrates con ligeras variantes durante su paseo en compañía de Fedro (PLATÓN, *Fedro* 264d).

[68] Podargo, que significa «de pies ligeros» (o blancos), era el nombre del caballo de Héctor (*Ilíada* VIII 185) y del de Menelao (*Ilíada* XXIII 295

[69] Letargo, aplicado a animales, particularmente, a perros, hace alusión a su pereza o a su perfidia.

[70] Epigrama contenido en la *Antología Palatina* VII 304.

[71] La Magnesia a la que se hace referencia es la de Tesalia, tierra de buenos caballos y expertos jinetes. Fueron habitantes de Magnesia los que llevaron su nombre a otras ciudades, como la Magnesia del Meandro, o la del Sípilo en Lidia.

Otros, en cambio, siguen estando en pie, y se conoce su 40
nombre, aunque tienen la inscripción de otras personas. Pero pasa algo así como con el antispasto en poesía[72], pues en cierto modo los autores dan informes contrarios[73]. El estilo es de los griegos, la fortuna es de los romanos[74]. Yo vi una vez a Alcibíades, el hermoso hijo de Clinias[75], no sé dónde, sólo sé que lo vi en un lugar importante de Grecia con la inscripción de Calcopogón[76]. Vi también otra estatua con ambos brazos cortados, que era, según decían, obra de Policles[77]. ¡Terrible espectáculo, oh Tierra y Sol, el de Alcibíades lisiado! Sé también que Harmodio y Aristogitón es- 41

[72] Antispasto es, en métrica, un pie con medidas inversas, por ejemplo, un yambo seguido de un troqueo (breve, larga, larga, breve).

[73] Aunque el texto habla de los «poetas», el autor se refiere a los creadores (=poetas) tanto de la estatua como de la inscripción. Pues, tal como se nos informa, en el caso de cambio de inscripción, la estatua se refiere a una persona mientras que la inscripción hace referencia a otra distinta. Se dan, por tanto, enseñanzas contrarias.

[74] Un vicio bastante extendido en la antigüedad consistía en cambiar las inscripciones de las estatuas, con lo que, de forma barata y atrevida, el hombre más deforme podía dedicarse la del más hermoso efebo. La costumbre fue muy usada en el antiguo Egipto. Pero, como nos informan Dión y Favorino, fue también una práctica en la época romana. El romano ponía el nombre; la figura era griega. El discurso 31 de Dión trata precisamente de este tema.

[75] Alcibiades, uno de los generales atenienses de la Guerra del Peloponeso fue en su tiempo paradigma de la elegancia. Tanto que los atenienses encontraban gracioso hasta un cierto defecto de pronunciación, como nos cuenta PLUTARCO (*Alcibíades* 1).

[76] *ChalKopôgōn* (barba de bronce) es la versión griega de *Ahenobarbus*, nombre usado por Nerón. No es de extrañar que el vanidoso emperador pusiera su nombre en cualquiera de las estatuas del hermoso Alcibíades.

[77] Escultor del siglo II a. C.

tán como esclavos en Persia[78], y que los atenienses derribaron en un mismo y único día mil quinientas estatuas de Demetrio Faléreo[79]. Tuvieron incluso la osadía de verter vasos de noche sobre el rey Filipo[80]. En efecto, los atenienses derramaron orina sobre su estatua, pero él derramó sobre la ciudad sangre, ceniza y polvo. Pues era realmente indignante poner al mismo hombre no ya entre los dioses, sino ni siquiera entre los hombres.

42 Además, sabiendo yo que los hombres no perdonan ni siquiera a los dioses, ¿Voy a pensar que vosotros os preocupáis de una estatua? Y creo que no voy a decir nada de los demás, pero a Istmio[81], vuestro maestro de los juegos, lo arrancó Mumio[82] de su pedestal y lo consagró a Zeus. Es el colmo de la ignorancia, convertir al hermano en ofrenda[83], y

[78] La conocida estatua de los tiranicidas, Harmodio y Aristogitón, había sido robada por los persas con otros muchos tesoros. Así, los que habían traído a Atenas la esperanza de la libertad, eran ahora siervos de los persas.

[79] Demetrio de Falero (350-283 a. C.), discípulo de Teofrasto, fue un ilustre político, orador e historiador ateniense. Casandro, hombre fuerte de Grecia en aquella época, lo nombró tirano de Atenas. Caído en desgracia, los atenienses destruyeron las estatuas que se había construido. Diógenes Laercio, con Plinio el Viejo, nos da la cifra de trescientas sesenta estatuas levantadas en trescientos días. Plinio nos dice de las estatuas: *quas mox laceravere* («que pronto fueron destruidas»).

[80] H. Lamar Crosby sospecha que se trata de un suceso apócrifo. De todos modos, las actuaciones de Filipo y los discursos de Demóstenes eran suficiente motivo para levantar la más airada reacción contra el macedonio.

[81] Se trata de Poseidón.

[82] Lucio Mumio fue el cónsul romano que en el 146 a. C. venció a la Liga Aquea, saqueó y arrasó Corinto. Luego, se llevó a Roma muchas obras maestras que encontró en la ciudad conquistada.

[83] Poseidón y Zeus eran hermanos, hijos, junto con Hades, de Crono. Por lo demás, no era difícil cambiar una estatua de Poseidón en otra de Zeus, ya que las posturas de uno blandiendo el tridente, y del otro lanzando el rayo podían fácilmente confundirse. Recuérdese la larga disputa que

eso por parte de un hombre sin instrucción, absolutamente ajeno al buen gusto. El mismo que a Filipo, el hijo de Amintas[84], al que había traído de Tespias, le dedicó una estatua poniendo el nombre de Zeus, y a los jóvenes de Feneo[85] a uno con el nombre de Néstor y a otro con el de Príamo[86]. El pueblo romano, naturalmente, pensaba que veía a aquellos héroes cuando en realidad estaba viendo a los arcadios de Feneo.

Estas cosas pueden incluso tomarse a broma. Pero, en serio, me entran deseos de felicitar por su buen criterio a Agesilao, rey de Esparta, quien jamás juzgó conveniente hacerse ni una estatua ni un retrato de su persona, y no, como dicen, porque era cojo y bajito[87]. Pues ¿qué dificultad había para que la estatua se hiciera de gran tamaño? ¿Y qué para que se la hiciera con piernas bien proporcionadas, co- 43

---

existió acerca de la identidad de la estatua de bronce encontrada en Artemision.

[84] En uno de los fragmentos conservados de la *Historia de Filipo*, de Teopompo, se contiene un encendido elogio de «Filipo, el hijo de Amintas». Se trata del rey que elevó a Macedonia a categoría de gran potencia y que tuvo como descendiente y sucesor a Alejandro Magno. Su reinado se extendió desde el 359 al 336 a. C.

[85] Feneo fue una ciudad de la Arcadia al lado del lago del mismo nombre. Heródoto (VI 74) da detalles de la zona.

[86] Néstor fue el rey de Pilos, famoso por su elocuencia y sensatez durante la Guerra de Troya. Príamo era el rey troyano, padre de Héctor.

[87] Agesilao (440-360 a. C.) fue, ante todo, un gran estratega y un gran político. Jenofonte, que le dedicó un precioso tratado, le admiraba sin restricciones. Pero Agesilao era cojo, pequeño y poco agraciado. Consciente de estas limitaciones, no consintió que se le retratara ni vivo ni muerto. Los espartanos, a quienes no les agradaban los reyes pequeños, impusieron una multa a su padre, Arquidamo, porque se había casado con una mujer pequeña. Pero Agesilao suplió con inteligencia, simpatía y personalidad lo que le faltaba en su físico. Tal es el juicio, entre otros, de Plutarco (*Agesilao* 2).

mo hizo Eufranor con su Hefesto?[88]. Pero aquel sabía con mucha exactitud que no conviene ampliar los márgenes de la fortuna humana, ni provocar riesgos para el cuerpo por causa de piedras o bronces. Pues ¡ojalá también fuera posible hasta librarse del cuerpo!

44 Adios, pues, a Dédalo y a sus obras artísticas que lo representan. Basta ya de Prometeo, basta ya de barro[89]. Pues, en efecto, suele decirse que incluso el cuerpo de las almas nobles es un elemento extraño,

ya que hay mucha distancia entre[90]

cuerpo y alma. Pues el alma no está presente ni se preocupa cuando el cuerpo está sufriendo[91]. Cambises estaba loco pensando que apuñalaba y flagelaba a Amasis, rey de Egipto, cuando lo hacía con su cadáver[92]. Pero los egipcios cuentan que Amasis, mirando con desconfianza desde hacía mucho tiempo la crueldad de Cambises, mandó ocultar su cadáver y colocar otro en su lugar, y que fue ese el que cayó en manos de Cambises. Pero, oh egipcios y Cambises, ya fuera otro el que recibió aquel trato, ya fuera el mismo Amasis, se

---

[88] Eufranor, escultor corintio del siglo IV a. C., era particularmente apreciado porque hacía trabajos que favorecían el aspecto de sus clientes. Es lo que hizo con Hefesto, el dios cojo.

[89] Prometeo, uno de los Titanes, cuyo nombre significa «Previsor», fue, en muchos aspectos, bienhechor de la humanidad. Entre otras cosas, la leyenda cuenta de él que hizo a los hombres con agua y barro.

[90] Palabras de Aquiles para ponderar la distancia que separaba Troya de su patria (*Ilíada* I 156).

[91] Preferimos el *kámnontos* de Von Arnim, mejor que el *kamontos* de Crosby.

[92] Heródoto refiere las locuras de Cambises. Entre ellas, sacó el cadáver de Amasis de su tumba, lo hirió con punzones, lo azotó, le arrancó los cabellos y finalmente, viendo que su momia ofrecía resistencia a la destrucción, lo mandó quemar (I 16).

trataba de una figura sin sangre, sin carne, sin alma. A ése, si es lo que te place, arrástralo, desgárralo, apuñálalo, porque lo que es a Amasis, no lo has apresado. Y otro hombre que vivía, alentaba y sentía, dijo en una ocasión: «Golpea, golpea el saco de Anaxarco; pues a Anaxarco no le puedes golpear»[93]. Porque este hombre, arrojado en un mortero, mientras era golpeado con las manos del almirez, afirmó que él no era golpeado sino las cosas que le servían de envoltura. Así, según cuentan, reciben los azotes los altos dignatarios persas[94], en sus caftanes y no en su cuerpo.

Los persas, pues, llevaban a mal hasta tal punto el castigo, mientras que un griego presentaba su cuerpo para que lo golpearan como si fuera un vestido. ¿Y no vamos a presentar nosotros nuestra estatua para que la funda aun en el caso de que lo sintiera? Ahora bien, Anaxarco era más fuerte que la sensación de dolor, pero yo, según las palabras de la *Laodamía* de Eurípides, 46

no traicionaría a un amigo, aunque estuviera muerto[95].

Por lo tanto, quiero consolar a mi estatua como si lo sintiera: «Oh imagen silenciosa de mis palabras, ¿no se te puede ver? Pues tampoco fue visible Aristeas, el que vivió antes que tú[96]. Pues, tal como yo me lo imagino, las cosas le su-

---

[93] La anécdota está recogida en la *Vida de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio, IX 58 ss.

[94] Se trata aquí de los llamados «homótimos» o «iguales en honor», persas pertenecientes a la nobleza, quienes, si tenían que recibir un castigo consistente en azotes o golpes, se quitaban las túnicas para que sobre ellas se descargara el castigo.

[95] Eur., *Frag.*, 655 Nauck; Laodamia dice estas palabras refiriéndose a su marido.

[96] Heródoto (IV 14-15) refiere datos varios sobre la vida de este Aristeas. Era efectivamente de Proconeso, isla de la Propóntide o mar de

cedieron así también a él: fue desterrado por los habitantes de Proconeso y lo hicieron desaparecer sus enemigos. Estos mismos hombres extendieron el rumor de que Aristeas no volvería a aparecer ni vivo ni muerto. Sin embargo, entonces, ahora y para siempre Aristeas ha estado vivo».

47 «Yo aseguro que alguien se acordará de mí incluso en el futuro»[97], dijo Safo muy bellamente. Y mucho más bellamente, Hesíodo:

La fama nunca desaparece totalmente cuando pueblos abundantes la divulgan; pues ella también es una diosa[98].

Yo te levantaré al lado de la diosa, de donde nadie pueda arrancarte, ni terremoto, ni vendaval, ni nevada, ni aguacero, ni envidia, ni enemigo[99], sino que también ahora te encuentro yo en pie. Pues el olvido ha inducido a error y ha engañado a muchos, pero el criterio de los hombres honra-

Mármara. Vivió, según parece, hacia la mitad del siglo VII a. C., aunque la *Suda* sitúa su vida en el tiempo de Creso (s. VI a. C.). Aristeas, como los chamanes nórdicos, podía dejar el cuerpo y viajar en forma de pájaro. Heródoto cuenta de varias desapariciones y apariciones de Aristeas, y refiere que el mismo Aristeas decía que acompañaba a Apolo en forma de cuervo. Compuso un poema épico denominado *Arismaspea* acerca de unos extraños habitantes de Asia Central.

[97] SAFO, *frag.*, 147 V.

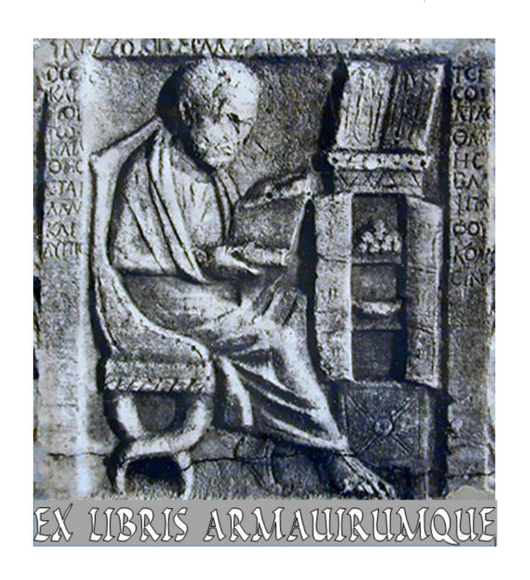
[98] Hesíodo habla en este pasaje de los peligros que entraña la fama. Se debe, pues, cuidar de sofocarla antes de que se haga insoportable y difícil de contrarrestar.

[99] Crosby ve en estas palabras un eco del conocido pasaje de HERÓDOTO (VIII 98) sobre los correos persas, que el historiador compara con la carrera de antorchas. Ningún humano lleva un mensaje más rápidamente que ellos. Porque «ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor ni la noche» les impide cumplir su carrera. En efecto, las palabras que traducen nieve y lluvia son las mismas en Heródoto y en nuestro autor.

dos, a nadie[100]. Por eso sigues enhiesta para mí como los hombres.

---

[100] Registramos la posibilidad de que, según EDMONDS (*Lycra graeca* I, pág. 236) podamos tener aquí una expresión tomada del poema citado de Safo. La forma no ática *látha* podría ser un buen argumento.



XXXVIII

A LOS HABITANTES DE NICOMEDIA, SOBRE LA CONCORDIA CON LOS NICENOS

INTRODUCCIÓN

El discurso XXXVIII es el primero del grupo de los llamados «Discursos bitínicos», pronunciados por Dión sobre temas y problemas relacionados con las ciudades de Bitinia. Por la correspondencia entre Trajano y Plinio el Joven, gobernador romano de Bitinia, tenemos noticia de las frecuentes revueltas que conmovieron la región hacia finales del siglo I y principios del II d. C. El joven gobernador tuvo que recurrir al emperador en demanda de sus sabios consejos. Trajano hizo gala de sus dotes de tacto, inteligencia y moderación.

Los griegos de Bitinia no eran unos súbditos cómodos. Roma repartía honores y privilegios con la suprema razón de su fuerza. Con ello, fomentaba la rivalidad entre unas ciudades demasiado vecinas para no tener algo que echarse en cara. Nicomedia distaba de Nicea unos 50 kilómetros. Estaba situada en el seno más oriental del mar de Mármara, mientras Nicea se encontraba un poco en el interior, al suroeste de Nicomedia. Prusa, la actual Bursa, quedaba más al sur a poco más de 50 kilómetros de Nicea.

Augusto había establecido en Nicea el culto de Roma y de César. Además, en el momento de la actuación de Dión, Nicea gozaba de la titularidad de ciudad «primera». Era

demasiado para que no se sintiera herido el amor propio de Nicomedia. Tanto más cuanto que Nicomedia tenía motivos para aspirar a semejantes honores. Era la «metrópoli» de la región. Y tenía la ventaja de su salida al mar, lo que le proporcionaba una cierta superioridad sobre otras ciudades y le permitía ejercer un cierto domino del mar (§ 32 y 39). Esa situación geográfica le daba la posibilidad de favorecer a otras ciudades. Y el favor, como es bien sabido, crea siempre un vínculo de obligación hacia los bienhechores.

Pero hay un hecho incontestable para Dión. La armonía y el buen entendimiento son el elemento determinante para una prosperidad común y sostenida.

Puntos básicos del discurso:

1. Introducción (1-6). Dión empieza recordando a los ciudadanos de Nicomedia el favor que le hicieron honrándole con el título de ciudadano. Luego teoriza sobre las necesidades y carencias de las ciudades para llegar a lo que considera la necesidad primordial.

2. Planteamiento del tema del discurso (7-20), que no es otro que la concordia. Antes de definirla, deja sentado el principio de que la concordia es absolutamente necesaria para la buena marcha de la ciudad. Dión presenta de manera sucinta el plan del discurso. Va a hablar, dice, «en primer lugar a favor de la concordia en general, indicando en qué consiste y qué efectos produce». Después, definirá la discordia y el odio frente a la amistad y demostrará qué se ha de hacer para que resulte provechosa y duradera. En la concordia intervienen aspectos diversos, como los sentimientos de amistad, buen entendimiento, familiaridad. La concordia produce en las ciudades lo mismos efectos que la salud en los cuerpos. La discordia, por el contrario, es como la enfermedad que conduce las ciudades a la ruina. La idea va ilustrada con otros ejemplos: la nave (§ 14), la casa, el carro, el matrimonio (§ 15), etc.

3. Los absurdos de la enemistad entre Nicea y Nicomedia (21-50). Son ciudades vecinas, con muchos intereses comunes, y unidas por múltiples lazos geográficos, sociales y culturales. Y todo por una cuestión de nombre más que de realidades. Como si no fueran los hechos, y no la denominación, lo que determina el valor de las cosas (§ 30). «Los nombres», dice Dión, «no son la garantía de los hechos, sino los hechos de los nombres» (§ 40). Frente a los absurdos de la discordia, las ventajas de la concordia. Una de ellas, la ascendencia que las ciudades tendrán ante los gobernadores y el respeto que se granjearán de parte del poder romano. Otra, la eficacia y la rentabilidad práctica. Como en todos los temas políticos, los sentimientos deben ceder ante la utilidad.

4. Conclusión (51). Una plegaria a los dioses pone broche a las hermosas ideas vertidas en el discurso, plegaria que enlaza con la que Dión hacía después de la presentación del tema. Allí pedía ayuda a los dioses para expresar correctamente su pensamiento y luz para que su auditorio lo comprendiera. Aquí, da por supuesto que se ha adoptado la decisión de hacer las paces con los nicenos, y pide a los dioses que conserven la concordia lograda.

A LOS HABITANTES DE NICOMEDIA, SOBRE LA CONCORDIA CON LOS NICENOS

No comprendo, hombres de Nicomedia, las razones por 1
las que me nombrasteis ciudadano[1]. Pues no veo que posea grandes riquezas como para pensar que, por mi dinero, fui objeto de vuestra atención. Además, estoy íntimamente convencido de que no soy la persona apropiada para halagar a la multitud. No parece que me necesitéis ni siquiera para que os sirva con diligencia en cualquiera de vuestras aspiraciones. Más aún, yo no soy un buen comensal, ni resulto agradable en tales reuniones, de modo que pueda proporcionar por ese motivo diversión a la gente. Y si no me equivoco al juzgar vuestra actitud favorable para conmigo, y sé todo aquello en que puedo seros útil, no encuentro otra cosa por la que haya llegado a ser ciudadano en vuestra ciudad sino el que yo quiero y puedo, posiblemente más que cualquier otro, aconsejaros algo acerca de vuestros intereses
comunes. Pero si esto no es así, vosotros os habéis equivo- 2

---

[1] Elijo esta forma para traducir una frase en anacoluto, que posiblemente iba subrayada con un gesto. Textualmente sería: «Cuando considero, hombres de Nicomedia, las razones por las que me nombrasteis ciudadano...»

cado en vuestro interés para conmigo, y yo tengo la impresión de que he atendido en vano a vuestra demanda en la esperanza de ser útil a la ciudad, puesto que vosotros no hacéis de mí el uso para el que únicamente estoy preparado. Y si todas las ciudades, particularmente las grandes, tienen necesidad de los ricos para que financien los espectáculos[2] y tengan a honra costear esos gastos acostumbrados; y si necesitan también de hombres aduladores para que la gente esté contenta gracias a su conducta demagógica; y si necesitan igualmente de consejeros que lleven una política sana, yo también, en la medida de mis posibilidades, no vacilaré en aconsejar en los asuntos más importantes lo que pueda ser provechoso para la ciudad.

3 Ahora bien, hay algunas otras cosas en vuestra ciudad que necesitan enmienda, y de ellas me ocuparé sucesivamente si es que, por decir la verdad sobre los asuntos más importantes, merezco vuestra confianza. ¿Qué me pasa, pues, o qué pretendo para no daros consejo en primer lugar sobre las cosas más pequeñas, ni para intentar conseguir en aquellos temas la credulidad del pueblo, sino que en seguida estimo conveniente arriesgarme dándoos consejo sobre el asunto más importante?[3]. Porque tengo la impresión de que es más fácil convencer a la gente sobre los asuntos más importantes que sobre los más pequeños y triviales. Pues de los pequeños puede uno menospreciar incluso el daño que de ellos se deriva. Pero el hombre, aparte de aquellas cosas de las que le es imposible librarse, cuando no ha querido con-

---

[2] Estos hombres ricos eran los coregos, ciudadanos encargados de elegir, pertrechar y pagar todos los gastos ocasionados por los coros de las tragedias. Era una de las «liturgias» o servicios públicos a los que estaban obligados los ricos.

[3] La concordia es, según Dión, el asunto más importante para la buena marcha de una ciudad.

vencerse sobre los asuntos importantes, está claro que ni siquiera prestará oídos a los más insignificantes.

Así pues, estoy totalmente seguro de que si aceptáis mis 4
consejos, quedaréis convencidos de aquellas cosas por las que he venido a aconsejaros. ¿Qué es ello? Resulta difícil que vosotros no consideréis pesada, ni superflua ni inoportuna la exposición que hago sobre el asunto. No quiero que me vengáis con cosas como ésta: «¿Por qué tú nos aconsejas sobre asuntos que nosotros ni siquiera hemos empezado a deliberar? ¿Por qué te concedes a ti mismo la palabra que nosotros no te hemos concedido? ¿Por qué razón, cuando tantos hombres han practicado la política en nuestra ciudad, nativos, de adopción, oradores, filósofos, ancianos, jóvenes,
nadie se ha atrevido jamás a darnos este consejo?». Quiero, 5
hombres de Nicomedia, haceros precisamente esta petición, y que me la otorguéis, y tengáis paciencia para escucharme un discurso superfluo, inoportuno y que no os va a convencer. Y no creo que se trate de un don importante. Pues en el caso de que os dejéis persuadir, vale la pena escuchar al que os habla en provecho vuestro; pero si estáis reticentes para dejaros convencer, ¿qué dificultad hay para que concedáis la palabra a un hombre amigo que desea hablaros desinteresadamente?

¿Qué es exactamente aquello de lo que voy a hablaros, pero que no acabo de nombrar? El nombre, ciudadanos de Nicomedia, no es desagradable ni en las casas, ni en las familias, ni entre las amistades, ni en las ciudades, ni en las na-
ciones. Pues vengo a hablaros de la concordia, hermosa pa- 6
labra y hermoso tema. Sin embargo, si continúo preguntando con quiénes se ha de tener concordia, me temo que creáis que, en efecto, la concordia es hermosa por sí misma, pero que penséis que es imposible practicarla con aquellos hombres con los que aseguro que debéis vivir en concordia.

Pues lo que hasta ahora os pone en recíproca enemistad, y no permite que haya amistad entre vosotros es el estar convencidos sin argumentos de que la concordia es imposible entre vuestras ciudades. No os alborotéis, pues, si vuelvo con el tema, sino tened paciencia.

7 Lo que afirmo, hombres de Nicomedia, es que vosotros debéis vivir en concordia con los nicenos[4]. Escuchad, pues, y no os enojéis antes de que os exponga los motivos. Pues tampoco el enfermo se irrita con el médico que le prescribe el tratamiento, sino que le escucha de mala gana cuando dice que hay que amputar o cauterizar, pero le obedece, pues es un problema de vida o muerte. Sin embargo, ¿por qué he dicho esto? Pues el remedio que ofrezco a las ciudades es el remedio más agradable, sin el cual nadie, que sea sensato, querría vivir.

8 Pero quiero precisar mi discurso, y hablar en primer lugar a favor de la concordia en general, indicando en qué consiste y qué efectos produce. Después, desde una perspectiva contraria, definir la discordia y el odio frente a la amistad. Pues una vez que se demuestre que la concordia es provechosa para todos los hombres, se demostrará en consecuencia que esa concordia entre las ciudades es para vosotros la más necesaria y provechosa. No me privaré de explicar tampoco cómo puede perdurar una vez conseguida. Pues
9 veo que es algo que preocupa a muchos. Ruego, pues, a todos los dioses, a los vuestros y a los suyos[5], que, si digo ahora estas cosas sólo por la benevolencia que siento por vosotros, y no por granjearme gloria alguna o ventaja de carácter personal de vuestra reconciliación, y, por encima de

[4] Es la tesis del discurso: Nicomedia debe mantener un estadio de concordia con Nicea.

[5] Estos dioses a los que Dión invoca, son prácticamente los mismos, como asegura en § 22.

todo, si ello ha de servir para provecho de vuestra ciudad, que me permitan decir palabras dignas de este empeño, y a vosotros os concedan que queráis dejaros pesuadir en los asuntos que os interesan.

Ahora bien, todos han alabado siempre la concordia de 10
palabra y por escrito. De sus alabanzas están llenas las composiciones de los poetas y los escritos de los filósofos. Cuantos nos transmitieron las historias para que sirvieran de ejemplo de los hechos[6], demostraron que es el mayor de todos los bienes humanos. Y aunque muchos sofistas se han atrevido a hacer pronunciamientos paradójicos, lo único que no se les ha ocurrido afirmar es que la concordia pueda no ser buena y saludable. De tal modo que tanto los que ahora desean encomiarla como los que siempre lo han hecho tienen abundancia de razones, y siempre podrán hablar más y mejor sobre ella.

Si alguien desea investigar acerca de su origen, tendrá 11
que situarlo[7] entre los más importantes asuntos divinos. Pues la concordia es amistad, reconciliación, familiaridad, y su concepto comprende todas estas cosas. ¿Y qué otra cosa sino la concordia une los distintos elementos?[8]. Por ella se salvan todas las cosas de importancia, como todas se destruyen por lo contrario. Por consiguiente, si los hombres no fuéramos mortales por naturaleza, ni fueran tantas las fuerzas que nos arrastran a la corrupción, no habría ni siquiera discordia en los asuntos humanos, como tampoco la hay entre los divinos. La única cosa en la que somos inferiores a

[6] La historia, como modelo de praxis social y política, era la tesis de Polibio. Recordemos que, para Cicerón, la historia es *magistra vitae*.

[7] Preferimos, con Von Arnim y Reiske el genitivo *autês* frente al acusativo *autên* del texto de Lamar Crosby: «Es preciso situar el principio mismo».

[8] Los cuatro elementos primordiales, agua, tierra, fuego y aire.

los dioses, por lo que a su felicidad e incorruptible estabilidad se refiere, es precisamente este detalle, que no todos somos sensibles a la concordia. Más aún, los hay que prefieren su postura contraria, que es la discordia, y de la que son parte y efecto las guerras y las batallas. Estas cosas se suelen dar en pueblos y naciones, lo mismo que las enfermeda-
12 des en nuestro cuerpo. Pues aunque sabemos que la salud es el más importante de los bienes humanos, sin embargo, conspiramos muchas veces contra ella para nuestro propio daño, unos dejándonos llevar de los placeres, otros huyendo de los trabajos saludables y de las formas de vida sensatas. Y es que si los mayores males no tuvieran la ventaja del placer momentáneo, no tendrían la menor posibilidad de hacernos daño. Ahora bien, la naturaleza les ha concedido la capacidad de engañar y deleitar a sus víctimas.

13 Lo que más se podría echar en cara a los hombres es precisamente que conocen todos los males que pueden causarles molestias. Si alguien preguntara a algún hombre, o a muchos a la vez, acerca de los nombres de esos males y en qué categoría están colocados, nadie vacilaría en responder que son las guerras, las revoluciones, las enfermedades y otras cosas por el estilo; y que estas cosas no sólo están incluidas entre los males, sino que lo son realmente, y están
14 consideradas como tales y son llamadas males. En cuanto a sus contrarios, la paz, la concordia y la salud, nadie se atrevería a negar que son y se llaman bienes. Siendo así manifiesta la lucha entre las cosas malas y las buenas, sin embargo, hay algunos, o más bien muchos, que nos alegramos con las cosas consideradas como malas. Pasa como en una nave, todos los pasajeros saben que la única salvación está en que los marinos sean del mismo parecer y obedezcan al timonel. Pero cuando surge una rebelión a bordo y un motín, lo mismo que muchas veces los vientos favorables rolan hasta

ponerse contra la marcha de la nave y la apartan de los puertos aunque ya estén cercanos, así los marineros pueden amotinarse de manera insensata, lo que los lleva a la ruina aunque sepan la causa de su perdición[9].

Igualmente, cuando la salvación de las casas depende de 15
la armonía de los amos y de la obediencia de los criados, a muchas las ha perdido la disensión de sus dueños y la mala servidumbre. Pues ¿qué salvación le queda al carro si los caballos no quieren correr a la par? Porque cuando empiezan a separarse y tiran cada uno por un lado, es de absoluta necesidad que corra peligro el cochero. ¿Qué otra cosa es el buen matrimonio sino la concordia entre el marido y la esposa? Y el matrimonio malo ¿qué otra cosa puede ser sino la disensión entre ellos? ¿Qué provecho aportan los hijos a sus padres cuando, llevados de la insensatez, se rebelan contra ellos? ¿Qué es la fraternidad sino la concordia entre hermanos? ¿Y qué, la amistad sino la concordia entre amigos?[10].

Todas estas cosas son no solamente buenas y hermosas, 16
sino también agradables. Y sus contrarias son no sólo malas, sino también desagradables. Y sin embargo, muchas veces las preferimos a los bienes más placenteros. Hubo algunos que incluso eligieron las guerras en vez de la paz a pesar de las grandes diferencias que hay entre ambas, y no porque combatir fuera mejor, más agradable o más justo que vivir en paz, sino que unos lo hicieron por un reino, otros por la libertad, otros por conquistar una tierra que no poseían y otros por lograr el dominio del mar. Sin embargo, aunque eran tan grandes los premios que se ofrecían, mu-

---

9 La misma imagen aparece en el discurso XXXIV 16, que es el segundo dirigido a los habitantes de Tarso.

10 Aquí, como en otros muchos pasajes de sus discursos, ilustra Dión sus doctrinas con frecuentes ejemplos y comparaciones.

chos abandonaron la guerra como algo malo e indigno de
17 ser elegido frente a los otros bienes más importantes. Porque el hacer la guerra y combatir sin motivo ¿qué otra cosa es sino una completa locura y, en consecuencia, un deseo insensato de males? Precisamente por eso, los hombres odiamos a las fieras, porque mantenemos siempre con ellos una guerra irremediable por las mismas cosas. Muchos de nosotros, que tratan a los hombres como si fueran fieras, se alegran incluso cuando surge un conflicto con sus semejantes.

18 Tampoco percibimos las señales de los dioses[11] con las que tratan de enseñarnos a vivir en concordia unos con otros. De algunas de esas señales se dice que son heraldos de los dioses. Por eso, se proclama la paz entre nosotros, mientras que las guerras surgen la mayoría de las veces sin necesidad de proclamación. Mensajeros desarmados van a tratar de paz con hombres armados, y no está permitido hacerles ningún daño, porque se estima que todos son mensajeros de los dioses. Y cuando, juntos ya los ejércitos para combatir, se produce una súbita señal de Zeus[12] o un terremoto, se retiran los hombres inmediatamente, y se apartan los unos de los otros en la idea de que los dioses no quieren
19 que entren en combate. En cambio, nadie cree que exista una señal divina para la guerra. Pero todas aquellas cosas que son especialmente agradables para los hombres y signo de felicidad, las hacemos tan pronto como surge la paz. Entonces nos coronamos con guirnaldas, ofrecemos sacrificios y celebramos fiestas. Todo lo contrario pasa en las gue-

---

[11] La alusión a las señales de los dioses delata en Dión un fuerte sentimiento religioso y un concepto de la providencia de los dioses sobre los asuntos humanos.

[12] El término *diosēmeía* (señal de Zeus) suele referirse a presagios consistentes en fenómenos meteorológicos como rayos, truenos, tormentas, etc.

rras, lo mismo que en los lutos, que nos encerramos dentro de la ciudad, tenemos miedo de todo y estamos desesperados. Las mujeres lloran entonces por sus maridos, y los hijos por sus padres como en las mayores calamidades.

Cuando surge, pues, una peste o un terremoto, acusamos 20
a los dioses de que ocasionan a los hombres motivos de desgracias; y afirmamos que no son justos ni benévolos, incluso aunque nos castiguen justamente por haber cometido los más graves pecados. Tan grande es el odio que sentimos frente a los males que sobrevienen sin causa externa. En cambio, nosotros mismos elegimos la guerra, que produce no menos ruina que un terremoto, y no acusamos en absoluto a los hombres que las provocan como acusamos a los dioses por las catástrofes naturales. Por el contrario, creemos que esos hombres son unos patriotas, les escuchamos gustosamente cuando nos hablan y les obedecemos cuando nos aconsejan. Y a cambio de tantos males, les devolvemos toda clase de —no ya recompensas, pues serían recompensas si les pagáramos con la misma cantidad de males— sino de favores, honores y elogios. De modo que serían unos perfectos insensatos si disculparan a los que incluso dan las gracias por los males.

Por tanto, veamos en primer lugar, ciudadanos de Ni- 21
comedia, las causas de la revuelta. Pues si son tan grandes como para que merezca la pena emprender una guerra, no de las cortas que se podrían resolver con las armas y que tendrían como consuelo la rapidez de su resolución, sino una guerra larga e interminable, tanto que se la traspase a los hijos y a los nietos sin esperanza alguna de arreglo, luchemos entonces, organicemos revueltas y procurémonos unos a otros todas las molestias posibles con el único sentimiento de no poder causarnos molestias mayores. Pero si no hay premio alguno en absoluto por este mal, y los que lo

parecen son premios pequeños e insignificantes y tales que ni si siquiera merece la pena que los particulares se peleen por ellos, y mucho menos ciudades tan grandes, no hagamos como los niños insensatos, quienes, temiendo que parezca que se enfadan sin motivo con sus padres y con sus madres, prefieren no hacer las paces demasiado fácilmente.

22 Ahora bien, no luchamos ciertamente por la tierra o por el mar; más aún, los nicenos ni siquiera tienen pretensiones frente a vosotros sobre el mar, sino que renuncian de buen grado para no provocar ningún conflicto. Y tampoco discutimos por los ingresos, sino que a unos y a otros nos bastan nuestras propiedades. Todas ellas están bien delimitadas lo mismo que todas las demás cosas, como cuando se está en situación de paz y de amistad. Hay intercambio de productos y matrimonios mixtos, de los cuales han surgido ya muchos parentescos. Tenemos lazos de hospitalidad[13] y amistades personales. Creéis en los mismos dioses y celebráis la mayoría de las fiestas en común. Y realmente, ni siquiera en tema de costumbres, existe entre vosotros ninguna rivalidad. A pesar de que todas estas cosas no dan motivo para la enemistad, sino, al contrario, para la amistad y la concordia,
23 estamos enfrentados. Y aunque alguien se presente y os pregunte: «¿En qué os tratan injustamente los nicenos?», no tendréis nada que responder. Y si a ellos se les pregunta a su vez: «¿En qué obran injustamente con vosotros los habitantes de Nicomedia?», tampoco ellos podrán responder ni palabra.

Sin embargo, hay un premio propuesto sobre el que estáis en desacuerdo. ¿Cuál es ese premio? Pues no es ningu-

[13] La «proxenía» era una especie de hospitalidad oficial, por la que el Estado se encargaba de la atención a huéspedes cualificados. Era, pues, lógico que entre dos ciudades vecinas, como Nicea y Nicomedia, existieran esas especiales relaciones.

na de aquellas cosas que vale la pena mencionar o reconocer, o por las que cualquiera disculparía a los contendientes. Se trata, por tanto, de cosas que no está bien mencionar ni valorar. Cosas de tal clase, tan insignificantes, tan ordinarias, que de ellas podrían quizá sentirse orgullosos los insensatos, pero de los sensatos ninguno. Pues algunos de és- 24
tos os provocan al enfrentamiento, —y creo que no soy yo el que debo investigar los motivos—, pero los que se alegran de la situación andan diciendo solamente esto: «Luchamos por la hegemonía». Pues a éstos les vuelvo yo a preguntar: «¿De qué hegemonía habláis? ¿De algo que se os ha de entregar de hecho y en la práctica, o vuestro enfrentamiento es más bien una cuestión de nombre?».

Pues ya en otra ocasión anterior, según oigo decir, este 25
mismo motivo fue la causa de enfrentamiento entre los griegos, cuando lucharon por la hegemonía los atenienses y los espartanos[14]. Pero que a aquellos tampoco les aprovechó el enfrentamiento y la guerra, sino que al luchar unos con otros por la hegemonía, ambos la perdieron, ya lo sabéis todos, y posiblemente hablaré también yo dentro de un momento sobre el tema. ¿Y qué? ¿Es que los que proponen el enfrentamiento lo comparan con aquél? Los atenienses hicieron la guerra para seguir recibiendo los tributos de los isleños, y unos y otros lucharon entre sí para seguir tratando

[14] No es la primera vez que Dión alude a la rivalidad histórica entre Atenas y Esparta. Ya abordó el tema en el discurso XXXIV 49-51. El enfrentamiento al que aquí se refiere el autor es el que tuvo como efecto la Guerra del Peloponeso (años 431-404 a. C.). El recurso a su pasado, sobre todo, el de la época clásica es frecuente en los autores de la Segunda Sofística. Puede verse, sobre el tema, el capitulo «Los griegos y su pasado en la Segunda sofística» en *Estudios sobre historia antigua,* M. I. Finley (ed.), Madrid, 1981.

en su propia ciudad las causas de todos. Aquellas ciudades
hicieron, pues, la guerra por conseguir el poder.
26 Pero si nosotros recuperamos la hegemonía porque nos
la ceden sin lucha los nicenos, ¿vamos a recibir los tributos
que ahora ellos reciben? ¿O vamos a citar aquí a aquellas
ciudades que ahora resuelven sus pleitos ante sus propios tri-
bunales? ¿Vamos a enviarles gobernadores militares?[15]. ¿O
vamos a hacer que obtenga menos diezmos de Bitinia?[16].
¿O qué es lo que va a pasar? ¿Y qué vamos a salir ganando?
Pues yo creo que los hombres, en todas las cosas que em-
prenden, no actúan ni en vano ni a la ligera, sino que siem-
27 pre que surge una contienda, es por algo. El que hace una
guerra, o lucha por la libertad, cuando otros pretenden re-
ducirle a esclavitud, o por el poder, cuando es él quien trata
de esclavizar a los otros. El que se hace a la mar no se lanza
a la aventura por las buenas, sino que se arriesga por afición
a viajar o por motivos comerciales. Para no referir todos los
ejemplos, diré sencillamente que los hombres hacemos todo
por un fin bueno, y evitamos las prácticas contrarias por te-
mor a un mal resultado. En efecto, el afanarse o trabajar sin
28 motivo es propio solamente de gente insensata. Por ejem-
plo, si alguien se toma el empeño de ser llamado rey cuando
es un particular, y eso conociendo perfectamente su condi-
ción de tal, al contrario de lo que piensa, sólo conseguirá
que se rían de él por usar un nombre falso que no responde

[15] Eran los «harmostas» o jefes militares de las guarniciones que los espartanos sembraron por todo el Egeo después de la derrota de Atenas en la Guerra del Peloponeso.

[16] Bitinia es la región del noroeste de Asia Menor en la que se encontraban las ciudades de Nicea, Nicomedia y Prusa, entre otras. Fue reino independiente en la época helenística. Su rey Nicomedo IV legó el reino de Bitinia a los romanos, decisión que Mitrídates trató de impedir, pero sin éxito.

a la realidad. Y lo mismo ocurre en las demás cosas, tanto si uno pretende aparecer como flautista cuando no sabe tocar la flauta, o músico cuando no sabe nada de música, o tañedor de cítara cuando no sabe ni siquiera sujetar la lira correctamente. Nada impide, pues, que tales personajes sean tenidos por locos. Y nosotros, porque aparezcamos en alguna inscripción como los primeros, ¿nos creemos que vamos
a tener la hegemonía? ¿Qué clase de hegemonía? Os lo vol- 29
veré a preguntar por segunda y tercera vez. ¿Una hegemonía, con qué utilidad? ¿Una hegemonía, con qué función? ¿Acaso llegaremos a ser con ella más ricos, más importantes o más poderosos? Se tiene la idea de que caer en la vanagloria es cosa de necios, incluso entre los particulares. Y nos reímos especialmente de ellos, y los despreciamos, y acabamos compadeciéndonos de unos hombres que no saben en qué se distingue la gloria vana de la verdadera. Ninguna persona educada adopta frente a ella una actitud así como para desear una cosa tan insensata[17].

¿Acaso podría alguien decir que conviene a las ciudades en común lo que no conviene ni siquiera a los particulares
que son honrados y educados? Si alguien os preguntara en 30
términos generales, ciudadanos de Nicomedia, qué preferís, si ser los primeros de verdad o ser llamados los primeros sin serlo, seguramente reconoceríais que preferís ser los primeros mejor que os lo llamen sin fundamento. Pues los nombres nunca tienen la fuerza que los hechos. Y las cosas que son lo que son en verdad, necesariamente reciben la deno-
minación que les corresponde. Por ello, tratad de conseguir 31
la primacía entre las ciudades, en primer lugar, en virtud de vuestra solicitud por ellas. Pues ésa es vuestra particular fun-

[17] Von Arnim suprime la última frase «como para... insensata» por considerarla una interpolación.

ción, dado que sois una metrópoli[18]; y luego, mostrándoos ante todos como hombres justos y moderados, sin ser ambiciosos en nada, ni violentos. Pues tales cosas provocan necesariamente odios y disensiones, ya que los inferiores adoptan naturalmente frente a los más poderosos una actitud de sospecha, como si los poderosos fueran a conseguir ganancias de todo. Y cuando ello sucede de hecho, su hostilidad llega a la exasperación.

32 Está en vuestra mano la posibilidad de favorecer a las ciudades, más y mejor que los nicenos; en primer lugar y sobre todo, por causa del mar. Pues se benefician de todas las mercancías que llegan por él, unas veces como favor, —pues la ciudad debe hacer esos favores a todo el mundo y no a algunas personas en particular—, otras veces porque practican el contrabando, y otras porque lo solicitan en cada caso. Nunca se lo negáis a los solicitantes; sin embargo, resulta un fastidio el hecho mismo de tener que pedir el permiso. Pero si vais a permitir que participen de todas estas ventajas aquellos pueblos que soliciten diariamente lo que necesitan con urgencia, ¿cómo no va a ser razonable que vosotros seáis más importantes a sus ojos si sois sus bienhechores? A la vez, haréis que la concordia crezca y se extienda por todas partes.

33 Procurad también dar a los gobernantes motivos para que os respeten, dejando siempre claro que no os basta con estar bien gobernados vosotros solamente, sino que os preocupáis de toda la gente de Bitinia, y no os sentís menos molestos con las injusticias que se cometen contra los demás que con las que se cometen contra vosotros mismos. Si

---

[18] Metrópoli era, en primer lugar, la ciudad que fundaba o colonizaba otras ciudades. Pero también podía ser la ciudad más importante, correspondiente a nuestras capitales. Nicomedia era metrópoli en este segundo sentido frente a los demás ciudades de Bitinia.

algunos recurren a vosotros en demanda de auxilio, socorredles rápida y desinteresadamente. Esto sí que os proporcionará la primacía verdadera, y no la disputa con los nicenos por las denominaciones.

Yo quisiera que ellos también hicieran lo mismo. Y lo 34
harán si cambiáis de actitud; y vuestra fuerza será mayor si os ponéis de acuerdo. Porque cuando forméis una federación, dominaréis a todas las ciudades; y los gobernadores tendrán hacia vosotros mayor miramiento y temor en el caso de que quieran cometer alguna injusticia. Pero, tal como están ahora las cosas, las otras ciudades se sienten envalentonadas por vuestras querellas. Pues da la impresión de que las necesitáis, y las necesitáis realmente, a causa de la contienda que mantenéis unos con otros. Y os pasa lo mismo que cuando dos hombres, igualmente sobresalientes, sostienen entre ellos una disputa política: que, por necesidad, tratan de ganarse la voluntad de todos, y muy especialmente la de aquellos de quienes más necesitan. Así, mientras voso- 35
tros seguís luchando por la primacía, corréis el riesgo de que la primacía esté en manos de aquellos cuyo favor tratáis de conseguir. Pues es posible que piense la gente que otros poseen lo que, a vuestro parecer, tenéis que recibir de ellos. Y será absolutamente necesario que las ciudades adopten su propia constitución y, como es razonable y justo, que ellas tengan necesidad de vosotros y no vosotros de ellas. Con esto, no quiero decir que os portéis con ellos despóticamente, sino con amabilidad y moderación, como os he dicho hace un momento, a fin de que vuestra primacía no resulte pesada, sino que sea primacía de verdad y a la vez sea apreciada.

En cuanto al tema de los gobernadores, tal como ahora 36
se encuentra, ¿qué necesidad tenéis de que os hable, si ya estáis bien informados? ¿O es que no os dais cuenta de la tiranía que vuestra querella pone en mano de los que os go-

biernan?[19]. Pues enseguida, el que quiere cometer alguna injusticia contra vuestra gente sabe ya, cuando llega, lo que tiene que hacer para no tener que responder por su delito. Porque, o bien se asocia con el partido de los nicenos y tiene a sus partidarios para que le ayuden, o bien, si toma partido por Nicomedia, goza de vuestra protección. No solamente no es amigo ni de unos ni de otros, aunque parece que prefiere a uno de los dos bandos, sino que realmente es injusto con todos. Y a pesar de que obra injustamente, se salva gracias a aquellos que creen ser sus únicos amigos.
37 Los gobernadores os echan públicamente en cara vuestra locura, y os tratan como si fuerais niños, a los que se ofrecen pequeñeces en vez de cosas importantes. Pues los niños, como ignoran lo que es verdaderamente importante y disfrutan con menudencias, se alegran con cosas intranscendentes. Y así, en vez de justicia, en vez de abstenerse de expoliar a las ciudades y de privar a sus habitantes de sus propiedades, en vez de evitar que os insulten, en vez de no portarse como borrachos, os ofrecen títulos y os llaman «primeros» bien de palabra, bien por escrito. Además, quedan impunes al trataros en adelante como si fuerais los últimos.

38 Estas cosas, de las que os sentís orgullosos, son rechazadas con desprecio por las personas juiciosas, causan particularmente risa a los romanos y, lo que es todavía más bochornoso, reciben el nombre de «deslices griegos»[20]. Pues

---

[19] Las querellas y disensiones entre las ciudades podía provocar el enfado de Roma y el consiguiente aumento de la represión.

[20] En la dialéctica de orden cultural entre griegos y romanos, algunas actitudes griegas eran consideradas como verdaderas manías, que no valían la pena en la valoración pragmática de los romanos. Los romanos soportaban esas flaquezas griegas siempre que su soberanía quedara a salvo con la correspondiente rentabilidad en los impuestos.

deslices son realmente, hombres de Nicomedia, pero no griegos, a no ser que se diga que son griegos en tanto en cuanto los antiguos atenienses y espartanos rivalizaron por la gloria. Ya he dicho anteriormente en otro lugar que sus gestas no eran pura vanagloria, sino un combate por el verdadero poder. Ello, si es que no pensáis ahora que luchaban valientemente por el derecho de dirigir una procesión, como los que en los ritos de algún misterio rivalizan sobre un asunto que les es ajeno.

Pero si poseéis la denominación de «metrópoli» en 39
exclusiva, mientras que la de la primacía la compartís con otros, ¿qué salís perdiendo con ello? Yo me atrevería a afirmar que, aunque os quedéis totalmente sin los títulos, no perdéis nada. ¿O qué creéis que puede pasar? ¿Que el mar se retire de vuestra costa, que vuestro territorio se haga más pequeño o vuestros ingresos sean menores? ¿Acaso habéis asistido ya a un espectáculo? Más bien, casi a diario contempláis no sólo a los actores trágicos, sino también a los otros, que parece que suben al escenario para dar placer y diversión, pero que sólo aprovechan a los que se dan cuenta de lo que se está representando. ¿Es que alguien os parece que es allí verdaderamente un
rey, o un tirano o un dios? Y sin embargo, reciben todos 40
esos nombres, y también los nombres de Menelao y Agamenón. Y no sólo tienen nombres de dioses y de héroes, sino también el aspecto y hasta el vestido; y dan muchas órdenes lo mismo que aquellos. Pero cuando termina la representación, se retiran como lo que son, nada. Que alguien quiere ser denominado «el primero», pues que lo sea. Pero si uno es el primero, aunque otro tenga el título, el primero es el que lo es de hecho. Porque los nombres no son garantía de los hechos, sino que los hechos lo son de los nombres.

41 Pensad, además, en las ventajas de la concordia. Ahora, cada una de las ciudades tiene a sus propios hombres; pero si os ponéis de acuerdo, tendréis los de ambas. En cuanto a los honores, —pues toda ciudad los necesita—, los tendréis dobles, lo mismo que los servicios. Que alguien de los vuestros es diestro en hablar, también les aprovechará a ellos. Que alguien de ellos es rico, también gastará su dinero en vuestra ciudad. En una palabra, nadie que sea indigno de ocupar la primacía en una ciudad será honrado entre vosotros porque hable contra los nicenos; ni por los nicenos porque hable contra vosotros. Y si se descubre que alguien es de baja condición y merece un castigo, tampoco podrá librarse de la sanción porque se marche de Nicomedia a Ni-
42 cea o de Nicea a Nicomedia. En cambio, en la situación actual, como vuestras ciudades están la una al acecho de la otra, los que ofenden a una pueden huir a la otra. Pero si se logra la concordia, los hombres tendrán que ser necesariamente buenos y justos, o tendrán que emigrar de Bitinia. Ahora estáis orgullosos por la sobreabundancia de población, pero seréis más numerosos. Creéis que tenéis territorio suficiente, pero tendréis más que suficiente. En una palabra, si todo lo unís, —frutos, dinero, cargos de las personas, fuerza militar—, los recursos de ambas ciudades se duplicarán.

43 El placer, por el que los hombres hacen cualquier cosa, será más grande de lo que se puede explicar. Pues, por una parte, desaparecerán las cosas que os causan molestias, como la envidia, la rivalidad y la lucha que de ellas se deriva, el estar poniéndoos asechanzas unos a otros, el alegraros con los males de los vecinos y entristeceros con sus bienes; por otra, entrarán en vuestras ciudades las cosas contrarias: la comunidad de bienes, la buena armonía, la alegría por los sucesos comunes. ¿No se parecen todas estas cosas a una

festividad pública? Fijaos en esto. Si alguno de los dioses, 44 hombres de Nicomedia, os hubiera dado la opción de tener, si queríais, no sólo vuestra propia ciudad, sino también la de los nicenos, ¿no os hubiera parecido algo maravilloso por su importancia y haríais toda clase de votos con tal de conseguirlo? Pues bien, eso que os parece tan maravilloso puede ahora hacerse realidad, Nicea puede ser vuestra y vuestras propiedades pueden ser de los nicenos.

Quizás admiramos a aquellos dos hermanos que habitan 45 una casa común a todos los efectos, pero que no se han repartido la herencia paterna por ser muy pequeña. Su riqueza es tanto más objeto de admiración cuanto que es mayor por el hecho mismo de no haber sido dividida, con lo que cada uno de ellos parece ser el dueño no de la mitad sino de todo lo de ambos. Más aún, todo el mundo los considera honrados, justos y verdaderos hermanos. Cuando se da esa hermandad en las ciudades, ¿no es mayor el bien, más hermoso y más fecundo?

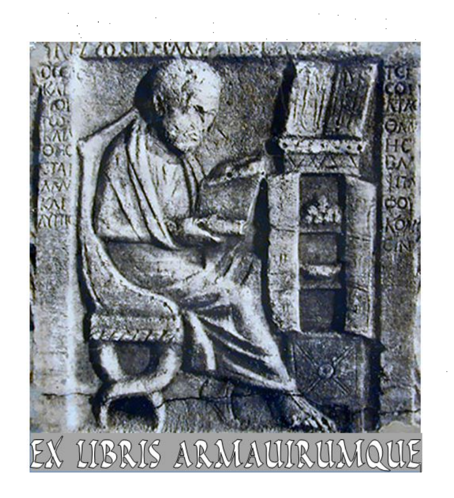
Vale, pues, la pena que se realice tal hermandad, y no 46 sólo por los antepasados comunes a las dos ciudades y por los dioses, cuyo culto es similar en su ciudad y en la vuestra. Y eso precisamente resulta más doloroso que teniendo todo en común, antepasados, dioses, costumbres, festividades, y muchos, incluso, lazos personales de parentesco y amistad, luchamos como griegos contra bárbaros, y lo que todavía se parece más a lo que está sucediendo entre vosotros, como hombres contra fieras. ¿Es que no vais a miraros 47 los unos a los otros? ¿No vais a escucharos mutuamente? ¿No se van a tender la mano vuestras ciudades cuando fuisteis vosotros los que lo hicisteis primero? ¿No adquiriréis, si os reconciliáis, todos los bienes que hay en ambas ciudades? ¿No vais a disfrutar de ellos a gusto? ¡Ojalá fuera posible hacer también al pueblo de Éfeso vuestro hermano!

¡Ojalá las edificaciones de Esmirna pudieran ser también
48 propiedad vuestra! Y siendo tantas todas estas ventajas, las
perdéis solamente por un nombre. Pero ¿qué provecho o
qué placer os reporta?

Ya he explicado suficientemente que la reconciliación
será ventajosa para vuestras dos ciudades, y que la presente
revuelta no os ha aprovechado en nada; y os he expuesto los
bienes que se derivarán de vuestra concordia y los males
49 que se están produciendo por vuestra enemistad. Sólo me
queda deciros que esa situación será permanente cuando
hagáis las paces. Pues ya hay algunos que temen que esto
suceda. Y comprendo las razones de su miedo, al menos si
hablan con auténtico deseo de concordia y con temor de que
se quebrante; pero no si, por el contrario, hacen propuestas
con el único fin de que no haya reconciliación.

Ahora bien, que la garantía mayor y más firme para que
la concordia permanezca sea su utilidad. Porque si ya os ha
convencido, al parecer, lo que os he demostrado sólo de
50 palabra, en el sentido de que os va a ser útil, ¿cómo no va a
ser necesariamente más firme el convencimiento que se de-
riva de los hechos? Más aún, yo también me siento animado
por la dificultad que tenéis para cambiar de costumbres.
Porque si la revuelta, siendo un mal tan grande, ha durado
entre vosotros tanto tiempo sólo por la fuerza de la costum-
bre, ¿cómo la reconciliación, que es más agradable y más
justa, no va a crear lógicamente una costumbre más estable?
Será también necesario que toméis precauciones ante los
asuntos menores, sobre todo, ante los hombres mezquinos,
si tratan de levantar calumnias entre vosotros. No les hagáis
caso cuando persiguen ventajas personales, si lo que preten-
den es procurarse alguna satisfacción; y no os irritéis por
51 cosas pequeñas. También es natural que los dioses se preo-
cupen, más que de otra cosa, de que la concordia se conser-

ve firme. Pues tengo la impresión de que esta actuación procede de ellos, y no se me hubiera ocurrido atreverme a dirigiros la palabra acerca de un asunto tan importante, sobre el que nadie, ni joven ni viejo, ha hablado anteriormente. Es justo, pues, dirigirles otra vez una plegaria. En efecto, al principio les pedí que estuvierais bien dispuestos para escucharme. Y puesto que, según parece, lo habéis hecho, sólo me queda suplicarles que conserven para siempre lo que tan acertadamente habéis decidido.



XXXIX

EN NICEA, SOBRE LA CONCORDIA, UNA VEZ TERMINADA LA REVUELTA CIVIL

INTRODUCCIÓN

Los discursos bitínicos tienen como obsesión el tema de la concordia. Ello es una prueba de que Bitinia necesitaba, más que ningún otro, este consejo. Los griegos nunca sobrellevaron a gusto el peso de la dominación romana. Y las ciudades de Bitinia, menos todavía. En el mismo Dión advierten algunos autores el disgusto interior por la presencia y el poder omnímodo de Roma. Aunque, como hombre práctico y bien relacionado con la potencia dominante, comprendía que la dialéctica de los hechos se imponía sobre posibles veleidades.

En el discurso XXXVIII, Dión peroraba ante los ciudadanos de Nicomedia demandando un esfuerzo para lograr y conservar la concordia. En éste, se dirige a la otra parte de la polémica. Como el título advierte, ha cesado la querella y renacido la concordia. No es, pues, desatinado situar este discurso en el mismo contexto histórico que el anterior, es decir, después del destierro de Dión, que terminó el año 97 d. C. Es la opinión de Von Arnim frente a la de Lemarchand y Schmid, y la que me parece más probable por varias evidencias:

1) La situación de discordia previa, a la que se ha puesto fin, no es aventurado suponer que es la misma que Dión denuncia en el discurso XXXVIII.— 2) Dión es ya un per-

sonaje de prestigio como para que ambas ciudades lo distingan con honores personales.— 3) El quebranto de su salud está más de acuerdo con una edad castigada por el duro y largo destierro (§ 7).— 4) Los ejemplos usados para ilustrar el tema de la concordia son los mismos que en el discurso XXXVIII: la salud, la nave, el carro (§ 5-7), la plegaria a los dioses (§ 8).

La concordia es aquí, más que un proyecto deseable, una gozosa realidad. Dión presenta, como garantía de su palabra, los honores con que le ha distinguido la ciudad de Nicea (§ 1).

Muy en línea con la ideología griega, subraya Dión la fundación de la ciudad, en cuyos orígenes hay héroes y dioses. Según el testimonio de la numismática, Dioniso podría haber sido su fundador; mientras que el nombre de la ciudad se deriva de la ninfa Nicea. Según Estrabón (XII 565), habría sido su fundador Antígono I (382-303 a. C.), general de Alejandro, quien denominó Antigonia a la ciudad. Pero, muerto Antigono en la batalla de Ipso, su vencedor Lisímaco la denominó Nicea en honor de su esposa. De todos modos, Dión hace a Dioniso antepasado, mientras que menciona a Heracles como fundador, lo mismo que afirmaba de Tarso en su segundo discurso dirigido a esta ciudad (XXXIII 47). Toda esta disquisición de Dión tiene como objetivo destacar la antigüedad de Nicea, lo que añadiría nuevos quilates a su prestigio.

En esta breve alocución, la concordia es ensalzada y elogiada como el bien supremo de una ciudad. Sin ella, cualquier ventaja inicial resulta baldía. Con ella, se potencia la capacidad de los ciudadanos por cuanto unen sus cualidades particulares para lograr una prosperidad común tan importante como duradera.

La súplica a los dioses está concretada en los que tienen alguna conexión con los orígenes e intereses de la ciudad, como son Dioniso, Heracles, Zeus, Atenea, Afrodita y las diosas-virtudes, como la Amistad, la Concordia y Némesis.

EN NICEA, SOBRE LA CONCORDIA, UNA VEZ TERMINADA LA REVUELTA CIVIL

Yo me alegro de verme honrado por vosotros[1], como es 1 natural que se alegre un hombre sensato cuando es honrado por una ciudad noble y famosa, como es vuestra ciudad. Una ciudad que no es inferior ni en poder ni en grandeza a ninguna de las ilustres de cualquier parte, ni por la nobleza de su gente ni por la cantidad de sus habitantes. Pues aquí han llegado las gentes más distinguidas, y no hombres mezquinos e insignificantes, venidos de otros lugares, sino los primeros de entre los griegos y los macedonios. Y lo que es más importante, una ciudad que ha tenido por fundadores a héroes y a dioses[2].

Conviene, pues, que los que han sido fundados por dio- 2 ses tengan paz, concordia y amistad unos con otros. Pues es una vergüenza que no sean enteramente felices y amados de los dioses, y que no sobresalgan por encima de los demás en

[1] No se especifica la clase de honor. Pero es fácil suponer que sería la ciudadanía, como Dión reconoce en el discurso XXXVIII haber recibido de Nicomedia.

[2] Dión capta la benevolencia de los nicenos haciendo encendidos elogios a su ciudad. Uno de ellos es el hecho de tener a héroes y dioses como fundadores. Cf. § 8, donde se dice que el fundador es Heracles.

prosperidad, al menos si quieren demostrar que es verdad el tema del nacimiento y no una palabra falsa y vacía de sentido. Pues los dioses, que son fundadores, parientes y antepasados, no desean que los suyos posean otra cosa, ni belleza del país, ni abundancia de frutos ni muchedumbre de hombres, tanto como la sensatez, la virtud, el gobierno legítimo, la honra de los buenos ciudadanos y la deshonra de los ma-
3 los. ¡Cómo me alegro ahora al ver que tenéis una misma actitud, que habláis un mismo lenguaje y abrigáis las mismas aspiraciones! Pues ¿qué espectáculo hay más hermoso que una ciudad en buena armonía? ¿Qué fama más digna de respeto? ¿Qué ciudad delibera mejor que la que delibera unida? ¿Cuál actúa con más comodidad que la que actúa en armonía? ¿Cuál se equivoca menos que la que toma las mismas decisiones? ¿Para quiénes resultan más agradables las ventajas que para los que son de la misma opinión? ¿Para quiénes son más ligeras las pesadumbres que para los que las llevan en común, como si se tratara de un peso? ¿Quiénes sufren menos tropiezos que los que se defienden
4 unos a otros?[3]. ¿Qué ciudad es más amable para sus ciudadanos, más honorable para los forasteros, más útil para sus amigos, más temible para sus enemigos? ¿De quiénes es más fidedigna la alabanza, más verdadera la reprensión? ¿Quiénes son en mayor medida tan honorables como sus gobernantes? ¿A quiénes los gobernantes respetan más? ¿A quiénes aprecian más los buenos gobernantes y a quiénes desprecian menos los malos? ¿No está claro que a los que viven en concordia les prestan atención no solamente los gobernantes sino también los dioses, mientras que los que están en desacuerdo no se escuchan ni siquiera unos a

[3] La idea es muy similar a la del principio bíblico del «Vae soli» *(Ecl.* 4, 10).

otros? Porque nadie escucha fácilmente lo que dicen los coros desunidos ni las ciudades amigas de disensiones[4].

¿Qué clase de edificaciones, qué tamaño de territorio, 5
qué cantidad de hombres hace a un pueblo más fuerte que la concordia interior? Todos los ciudadanos de una ciudad que vive en la concordia son otros tantos ojos para ver lo que conviene a la ciudad, otros tantos oídos para oír, otras tantas lenguas para aconsejar, otras tantas mentes para pensar. Es como si un dios hubiera hecho una sola alma de una ciudad tan grande y populosa. De forma que ni la abundancia de riquezas, ni la de hombres, ni cualquier otra fuerza aprovecha a los que andan en disensiones; por el contrario, todas estas ventajas son motivo de un daño tanto mayor y más molesto cuanto más abundantes son. Es lo que pasa, creo yo, con los cuerpos. Al que está sano le son de provecho la gran estatura y el grosor, pero al enfermizo y de complexión mezquina le resulta arriesgada esa condición y lo pone en peligro
constante. De modo semejante, la nave que navega en la 6
concordia entre timonel y marineros, se salva ella y salva a los pasajeros; pues, de lo contrario, cuanto mayores sean las velas, tanto más violenta será la tormenta y mayor el desorden[5]. Y lo mismo sucede en el caso de los carros. Si el auriga sabe conducir con acierto y los caballos van al unísono y son obedientes, hay esperanza de que un carro así venza en la carrera y se salve en la guerra. Pero si surgen la disensión o el desorden, el peligro es tanto mayor cuanto más fuertes

[4] El tema de los coros es muy querido de Dión. A él recurre para subrayar la importancia del buen entendimiento para la buena marcha de una sociedad, así como la ruina provocada por el desorden. Cf. XXXII 2.

[5] El símil de la nave es sumamente plástico para definir la utilidad de la concordia. Dión lo usa en XXXIV 16 y XXXVIII 14.

7 y rápidos sean los caballos[6]. De igual modo, a la ciudad que vive en la concordia le son provechosas todas estas ventajas: la abundancia de riquezas, la población numerosa, los honores, la fama y el poder. Porque, de lo contrario, le resultan incómodas y molestas. Como pasa cuando numerosos animales salvajes o rebaños son criados en un mismo lugar; si se ven aprisionados por un recinto, se cornean unos a otros, se pisotean y se atropellan.

En fin, si yo tuviera salud[7], no me hubiera apartado del tema antes de haberlo desarrollado según mis propias fuerzas. Pero ahora, vosotros estáis quizá más interesados en otras cosas, y yo me siento muy limitado frente a la importancia de
8 este debate. Sólo me queda decir una palabra, la más breve y eficaz, la que se refiere a los dioses. Pues ellos conocen lo que piensan hasta los que hablan en voz baja. Y posiblemente, ser así es propio de personas positivamente bien intencionadas. Por ejemplo, los buenos padres aconsejan a sus hijos en lo que pueden; y cuando no son capaces de convencerlos, ruegan a los dioses por ellos. Ruego, pues, a Dioniso, el antepasado de esta ciudad, a Heracles, su fundador, a Zeus, Tutor de las ciudades, a Atenea, a Afrodita, a la Amistad, a la Concordia, a Némesis y a los demás dioses que a partir de este día infundan en esta ciudad un interés por ella misma, un amor apasionado, un criterio común, y que todos quieran y piensen lo mismo. Por el contrario, ruego que arrojen fuera la discordia y la disensión, para que en adelante esta ciudad se cuente entre las más prósperas y más nobles.

---

[6] En el discurso XXXVIII 15, Dión comparaba también la marcha de la ciudad a la de un carro cuyos caballos deben tener sus pasos acompasados.

[7] No es la única vez que Dión alude a su estado de salud. Aquí, lo hace como excusa para no extenderse hablando de un tema cuyo tratamiento era digno de una mayor atención.

XL

PRONUNCIADO EN SU PATRIA SOBRE LA CONCORDIA CON LOS DE APAMEA

INTRODUCCIÓN

Esta vez Dión está hablando a sus paisanos de Prusa. Pero, una vez más, el tema es la concordia entre dos poblaciones vecinas como eran Prusa y Apamea. No es fácil descubrir el alcance del conflicto. Pero como pasa entre los vecinos, siempre existen problemas de derechos y competencias. Apamea era en la práctica el puerto de Prusa, como Prusa era fuente de recursos para Apamea. No podían, pues, vivir de espaldas por la lógica decisiva de los hechos geográficos. Lo mismo que en los discursos pronunciados en Nicomedia y en Nicea, se expresan con claridad y profusión los numerosos puntos de contacto existentes entre dos ciudades tan próximas.

Como sabemos por el discurso XLI, Dión tenía la ciudadanía de Apamea, lo mismo que su padre, su madre y un tío. Apamea pudo ser igualmente un refugio para Dión durante los años difíciles de su destierro. La situación entre ambas ciudades era tan tensa en aquellos momentos (año 101 d. C.), que Dión no aceptó una invitación de los apameos para no disgustar a sus propios paisanos (§ 16).

Pero si este discurso, como el resto del grupo de los bitínicos, es interesante como documento para conocer la situación socio-política de Bitinia en aquella época, no lo es

menos como fuente de datos autobiográficos para ilustrar la vida de Dión. Su prestigio era tan grande, que sus paisanos y vecinos recurrían a sus servicios de mediador para resolver problemas de alto riesgo. Y ello, cuando acababa de regresar de un destierro rico en peripecias y pesadumbres.

Dión, con un gesto que le honra, señala que ya hay en la ciudad hombres jóvenes, que unen a su juventud la capacidad de dirigir de manera idónea los asuntos públicos. Cansado y con la salud quebrantada, y en situación de quiebra en los asuntos domésticos, abandonados durante tanto tiempo, hubiera preferido retirarse tranquilamente para dedicarse a sus asuntos privados. Pero la lealtad hacia sus paisanos hizo inexcusable su actividad política.

Dión nos da noticia de ciertas obras de reforma que, con el apoyo de la autoridad romana, se estaban realizando en Prusa. Y como nunca llueve a gusto de todos, hubo comentarios y críticas de toda índole. Se trataba de unas obras precisas para modernizar la ciudad y ponerla a la altura de otras grandes ciudades. Pero algunos ciudadanos, llevados de un sentimentalismo trasnochado, interpretaron aquellas obras como la destrucción de locales y de valores tradicionales. Ruinas miserables, en la interpretación de Dión (§ 9). Pero los que se ofendían ante las brillantes mejoras de otras ciudades, ahora se sentían descontentos con las reformas de su propia ciudad.

A partir del § 16, aborda el orador el tema del discurso que es uno más, dice, de los varios que ha pronunciado sobre la concordia. Se ha producido una ruptura en las relaciones entre Prusa y Apamea. Para resolver el problema, se pide la colaboración de Dión, como hombre con predicamento a los ojos de ambas ciudades. Después de exponer ciertas reticencias para ocuparse del asunto, desarrolla la tesis general de los beneficios de la concordia y los perjui-

cios de la discordia. Que son tanto mayores cuanto que se dan entre las dos ciudades demasiadas cosas en común.

El orden natural del mundo de los astros y de los animales es una lección práctica de eficacia y permanencia. La acción de los dioses va dirigida a garantizar la armonía de los elementos y su consiguiente conservación. No hay envidias ni recelos entre ellos. El sol nace y se pone, con lo que da paso a la luna y las estrellas que también se retiran cuando el sol aparece. Y ejemplos de orden los encontramos igualmente en el entorno de los pájaros y de otros animales.

Empezaba, al parecer, a sacar conclusiones de sus ejemplos, cuando el discurso quedó bruscamente interrumpido.

PRONUNCIADO EN SU PATRIA SOBRE LA CONCORDIA CON LOS DE APAMEA

Yo pensaba, ciudadanos, que ahora, ya que no antes, 1
iba a tener completa tranquilidad después de regresar a la patria[1]; y que no me iba a encargar, ni de buen grado ni a la fuerza, de ningún asunto público. En primer lugar, porque veo que, gracias a los dioses, hay siempre, tanto entre los ancianos como entre los jóvenes, hombres que quieren y pueden gobernar la ciudad y ponerse al frente de vuestros intereses con acierto. Unos hombres que no están faltos ni de palabras ni de obras, más aún, que conocen
vuestra forma de gobierno. Además, a decir verdad, exis- 2
tía la sospecha de que yo resultaba molesto para algunos como forastero y extraño[2]. En segundo lugar, porque tengo que preocuparme, creo yo, de mi salud, agotada por tantas y tan continuas fatigas y por los asuntos domésticos, que se encuentran en una situación de total abandono y que no han tenido ninguna mejora después de estar en la

[1] Después de sufrir un azaroso destierro, Dión esperaba hallar un ambiente de descanso al regresar a su patria. Las circunstancias no se lo permitieron.

[2] Su larga ausencia pudo hacer que pareciera un extraño. Mucho más, si emprendía obras de reforma para modernizar la ciudad.

ruina durante tanto tiempo. Pues cuando la ausencia prolongada del amo es capaz de llevar a la ruina hasta la más grande de las haciendas, ¿qué cabía esperar durante tantos años de destierro? Pues nadie podría esperar que yo regresara sano y salvo, excepto vosotros por vuestra generosa benevolencia. Sin embargo, mientras era la pobreza el único peligro que yo corría, no había nada que temer. Pues no me falta experiencia, como quien dice, para tal situación, después de andar errante tanto tiempo no sólo sin patria ni hogar, sino sin poder contar ni siquiera con un acompañante. Además, tampoco esperaba que mi hijo soportara con dificultad la pobreza, ya que no es por naturaleza inferior a mí.

3 Pero ya que tratamos de la obligación de no engañar a la patria ni privaros de la promesa que os hice sin que nadie me obligara, promesa nada fácil ni de pocos gastos, creo que es un tema difícil y que requiere mucha reflexión. Pues no hay cosa más importante ni deuda con mayor interés que el favor prometido. Y resulta vergonzoso y amargo un préstamo, a mi parecer, cuando, por el retraso, el favor se convierte en obligación. Préstamo que reclaman más áspera-
4 mente los que callan que los que gritan. Porque nada puede traer estas cosas a la memoria de vuestros deudores tanto como el hecho de que vosotros os hayáis olvidado totalmente. Por eso, consideraba necesario dedicarme a mis asuntos personales y no atender a ninguno de los públicos, ni siquiera para pronunciar un discurso hasta que sienta, como dice el poeta,

Lo que de malo o de bueno ha sucedido en mi palacio[3].

[3] De autor desconocido, esta cita es un hexámetro holodáctilo, perteneciente seguramente a la poesía épica.

Pues hasta ahora, no tuve ni siquiera un corto descanso, 5
quizá por mis numerosas ocupaciones. Y cuando me sentí en la obligación de encontrarme con vosotros, de presentaros solamente mis respetos, sacrificar a los dioses y, por Zeus, leer la carta del emperador[4], —lo que era un asunto urgente—, para después retirarme y dedicarme a mis asuntos particulares, pronuncié un discurso sobre cierta obra[5], aunque no por mi propia cuenta sino con el respaldo de los gobernadores. Ellos deseaban probablemente haceros algún favor, o quizás hacérmelo también a mí, y mejorar vuestra ciudad y hacerla toda más respetable. Porque lo que es antes, como sabéis, éramos inferiores en estos detalles a nuestros vecinos.

Cuando hube pronunciado entonces aquel discurso, se 6
levantó el pueblo entusiasmado para apoyarlo. Pues no sois mal nacidos ni insensibles por naturaleza. Y muchos ciudadanos empezaron a sentirse orgullosos. Después, cuando de nuevo traté del asunto ante vosotros, varias veces en el Consejo y varias en el teatro[6], para no ofender a nadie en el caso de que no aprobarais mi propuesta ni la aceptarais —pues yo sospechaba que tendría problemas con este caso— aprobasteis la proposición repetidas veces y también repetidas veces la aprobaron los gobernadores sin ningún voto en contra.

Y cuando empezaron los trabajos, no quiero ahora refe- 7
rir cuánto sufrí tomando medidas y más medidas, y haciendo cálculos para que no resultara una obra inconveniente ni

---

[4] Cree Von Arnim que se trata de la carta del emperador Nerva, de la que se hace mención en XLIV 12.

[5] Dión habla con excesiva discreción de esa «cierta obra» que debía de tener sus detractores.

[6] Era frecuente que las asambleas se celebraran en los teatros por razones de comodidad y por sus condiciones acústicas.

inútil, como muchas de las obras realizadas en otras ciudades, que acabaron destruidas sin ningún provecho. Finalmente, quedé agotado con el viaje a la montaña[7], aunque no tenía experiencia en ninguna de estas cosas ni tenía necesidad de obra alguna. Sin embargo, yo podía haberme ocupado más bien en otras actividades, posiblemente más importantes, por las que hubiera alcanzado mayor reputación, y no sólo a vuestros ojos. Porque nada me resultaba pesado si lo hacía por vosotros.

8 Hubo muchos comentarios, aunque no por parte de muchas personas, pero fueron muy desagradables. Decían que estaba socavando la ciudad, que la estaba dejando tan desolada que prácticamente condenaba a sus ciudadanos al destierro, que todo estaba destruido, arrasado, y que no quedaba nada en pie. Algunos se lamentaban terriblemente por la fragua de un cierto individuo[8], llevando muy a mal que no permanecieran los recuerdos de la antigua prosperidad. Era como si en Atenas se quitaran de en medio los Propileos o el Partenón, o como si derribáramos el templo de Hera en Samos, o el Didimeo de Mileto o el nuevo templo de la Ár-
9 temis Efesia[9], y no unas ruinas vergonzosas y ridículas, mu-

[7] Se trataba seguramente de una salida a las montañas vecinas en busca de los materiales idóneos. Dión, lleno de achaques por causa de la edad, debió de sentirse particularmente cansado.

[8] Debía de ser una fragua conocida, y el individuo lo suficientemente famoso como para que Dión vuelva a hablar del tema en XLVII 11.

[9] Dión ilustra habitualmente sus palabras por medio de comparaciones tomadas de los hechos sociales de cada día. Así, compara el taller de un herrero de Prusa con los grandes monumentos de las ciudades griegas. Los Propileos son la entrada en la Acrópolis de Atenas y fueron edificados por Pericles en el siglo v a. C. El Partenón, o templo de la diosa Palas Atenea, es todavía el edificio más representativo de la Grecia antigua, obra del arquitecto Ictino y del escultor Fidias, también en el siglo v a. C. El Hereo de Samos era el grandioso templo dedicado a Hera Samia en el siglo vi a.

cho más miserables que chozas, en las que se cobijan las ovejas, pero en las que no podría entrar ninguno de los pastores, ni siquiera los perros. De ellas os avergonzabais vosotros mismos y, por Zeus, apartabais a los gobernadores que pretendían entrar[10]. Y los que os quieren mal se burlaban y se reían de lugares en donde los herreros no podían prácticamente ni siquiera mantenerse erguidos, sino que tenían que trabajar inclinados. Locales a punto de caerse y apuntalados, que a los golpes del martillo temblaban y se desencajaban. Sin embargo, había personas que veían con malos ojos que desaparecieran los signos de la pobreza anterior y de la infamia. Y no porque les importaran las columnas que se estaban levantando, ni las cornisas, ni los talleres que se estaban edificando en otros lugares, sino para que vosotros no pudierais sentiros más orgullosos que aquella gente.

Sabéis muy bien que con los edificios, las fiestas, con 10
una administración de justicia independiente, con el derecho a no ser investigados en otras ciudades ni a contribuir con impuestos comunes[11] como si fuerais, digo yo, una aldea, con todas estas cosas se mantiene el espíritu de las ciudades, aumenta la categoría del pueblo y alcanza mayor honra no sólo por parte de los forasteros residentes sino también de los gobernadores. Estas cosas proporcionan un gozo admi-

---

C. junto a la orilla del mar, frente al promontorio de Mícale. Sus dimensiones eran proporcionales a las ambiciones de los tiranos de Samos. El Didimeo era el templo jónico que albergaba uno de los más famosos oráculos de Apolo en las costas del Asia Menor. El Artemision de Éfeso era una de las maravillas del mundo. El espacio de sus ruinas da idea de la grandiosidad de un templo que fue centro de peregrinaciones y base de un negocio de recuerdos (cf. *Hechos de los Apóstoles* 19).

[10] Presumiblemente, en funciones de inspección.

[11] Se trataba de derechos adquiridos que representaban una consideración pública y una fuente de ingresos nada despreciable.

rable a los que aman a su propia patria y no tienen miedo de que algún día aparezca como menos importante de lo que es en realidad. En cambio, a los que tienen una actitud contraria, que prefieren mandar en personas débiles y consideran la gloria de la ciudad como infamia propia, les aportan ne-
11 cesariamente tristeza y envidia. Ahora bien, por lo que se refiere a un zapato, debe adaptarse al que lo lleva y a su propio pie; y si se cree que es demasiado grande, se debe cortar. Pero a una ciudad, nunca se la debe mutilar, ni reducir a los gustos particulares de una persona, ni medirla según su propio espíritu, sobre todo, si lo tiene mezquino y servil. Y ello, cuando existen precedentes. Me refiero al asunto de los esmirnios, de los efesios, de los famosos tarsenses, de los antioquenos[12].

Sé perfectamente que algunos, en tiempos anteriores, cuando oían estas cosas, se ponían frenéticos, y llevaban a mal que os acostumbrarais a escuchar semejantes discursos, y que hubiera quien se atreviera a nombrar a vuestra ciudad
12 al lado de esas otras. Sin embargo, quejándose de ello, diciendo tales cosas, no permitiendo que nadie diera nada y tratando de impedir las obras, me pusieron en tal tesitura como para que yo mismo me condenara al destierro. Pues sería ridículo que, después de un destierro tan largo, después de tan graves acontecimientos y de tan odioso tirano[13], llegado aquí para descansar y olvidarme en adelante de las

[12] Las cuatro ciudades mencionadas, Esmirna, Éfeso, Tarso y Antioquía, todas en Asia, eran ciudades particularmente prósperas en la época de Dión. El bienestar económico llevaba consigo signos externos de prosperidad que provocaban reacciones de rivalidad. Las cuatro ciudades fueron también centros de cultura en la época de la denominada Segunda Sofística (siglos II-V).

[13] Se trata de Domiciano (81-96), el que decretó la expulsión de los filósofos de Roma y el consiguiente destierro de Dión.

pasadas pesadumbres, como salvado inesperadamente de un mar funesto y bravío y de una tempestad por la benevolencia de algún dios, una vez aquí, naufragara en el puerto.

Me admiro en especial de la malevolencia de algunos 13
hombres, mejor dicho, de su locura, cuando recuerdo los chismes que se inventaban, ante todo, sobre la embajada que enviasteis para demostrar vuestra gratitud[14]. Pues decían que él[15] no había recibido con agrado a los embajadores, sino que más bien se había mostrado molesto. Pues lo correcto es que les saliera al encuentro en la puerta de la ciudad y abrazara a los que habían llegado, o que nombrara a los que aún no se habían presentado, o preguntara, sobre fulano y mengano, qué hacían y por qué no habían venido todos. Otros hacían correr el rumor de que había hecho mu- 14
chísimos regalos a los esmirnotas y que había enviado incontables riquezas con las Némesis[16]. Y, por Zeus, otro individuo contaba que el emperador había tenido una reunión con diez mil senadores, y que había hecho desviar hacia la ciudad un río de oro[17]. También había dado grandes canti-

---

[14] La misión debía de tener como objeto demostrar la alegría de la ciudad por el advenimiento de Trajano al trono del imperio, que tuvo lugar el año 98 d. C.

[15] Se trata de Trajano.

[16] Némesis era la diosa de la venganza o del buen reparto. Cuando alguien era demasiado feliz, la «envidia de los dioses» provocaba un reparto más equitativo de la fortuna, que, lógicamente resultaba negativo para el hombre excesivamente afortunado. Esmirna era conocida por dar culto a dos Némesis en vez de a una. Estas diosas, según Pausanias (VII 5, 1-3), inspiraron a Alejandro Magno la refundación de la ciudad. Trajano, para captar la benevolencia de sus habitantes, les había enviado imágenes de estas Némesis.

[17] No lejos de Esmirna, desemboca en el Hermo su afluente el río Pactolo, del que se decía que arrastraba pepitas de oro (Heródoto, V 101). Dión, al hablar de los generosos favores del emperador, puede haber tenido en la mente lo que la fama decía del río Pactolo.

dades de dinero. Pero nada de esto era verdad, aunque a mí
15 me hubiera gustado que lo fuera. Pues el que muchos tengan suerte y consigan grandes beneficios nunca podría entristecer a un hombre de buen juicio, y mucho menos si es el primero que los ha recibido y el que ha sentado el primer precedente[18]. Lo contrario sería igual que si alguien creyera que era el único para quien el sol debía brillar, o Zeus llover, o soplar los vientos, o que ningún otro pudiera beber de las fuentes. Pero el emperador, que es el más amable y a la vez el más discreto de todos los hombres, me otorgó todo lo que yo le pedí y concedió también a otros lo que le pidieron[19].

16 ¿Por qué razón os he dirigido todo este discurso cuando vosotros estáis deliberando sobre otros temas? Porque yo fui el primero que abordé también este asunto, y pronuncié aquí mismo varios discursos sobre la concordia, pensando que era conveniente para la ciudad, pero que lo mejor era no tener diferencias con otros hombres, y mucho menos, a mi parecer, con los que viven tan cerca y son nuestros vecinos. Sin embargo, no me dirigí a ellos ni les dije ninguna palabra de cortesía antes de que la ciudad se reconciliara con ellos oficialmente y de que sellarais con ellos vuestra amistad. No obstante, me enviaron enseguida una resolución en tono amistoso rogándome que fuera a su ciudad. Yo tenía muchas obligaciones hacia ellos, lo mismo que cualquiera de nuestros paisanos. Sin embargo, no me atreví a expresarles mi amistad por mi cuenta, sino que preferí hacerme su ami-

---

[18] Dión alude a su amistad con los emperadores Nerva y Trajano que tantas ventajas reportó a su persona y a su ciudad.

[19] Se refiere a ciertas ventajas políticas concedidas a Prusa por las autoridades romanas gracias a las gestiones del mismo Dión. Entre otras, la concesión de un Consejo de cien senadores (cf. XLV 3).

go en común con vosotros. Por eso, me miraban con recelo y me trataban con desdén.

Y ahora, después de enterarme de la ruptura y de que se 17
estaba negociando un tratado de amistad, vosotros decidisteis llamarme, posiblemente por esta razón, pues quizás esperabais que, si yo mediaba, todo se arreglaría más fácilmene y con más seguridad. Y realmente, incluso ahora, quizás al repartir honores no sólo para los presentes sino también para mí en compañía de los demás, juzgando que yo también soy conciudadano vuestro, han adoptado una mejor disposición para con vosotros. Sin embargo, no he querido darme mucha prisa en venir, no fuera a crear dificultades, y no sólo a los de Apamea sino también a algunos de los nuestros. Muchos hombres suelen mirar, como quien dice, con recelo no los asuntos que se están tratando sino a las
personas que los tratan. Precisamente el año pasado, sus je- 18
fes me hacían estas mismas proposiciones, y entonces podíais haberos visto vosotros libres de estos problemas. Pero yo tuve miedo de que mis gestiones resultaran fastidiosas a algunos ciudadanos de Prusa y de que llevaran a mal que fuera yo el que las hiciera. En cierto modo por esta razón, me he demorado ahora intencionadamente. Por consiguiente, todo lo que por mí o por otros se pueda hacer en favor de la ciudad, prefiero que se lo encomienden a ellos, para que nadie se sienta contrariado ni se tome la molestia de hablar contra mí. Pero en lo que no es fácil de realizar para ninguno de los de aquí, quizás por ser demasiado complicado, sabed que yo trataré siempre de ayudar mientras me dure el
aliento[20]. Más aún, el que se preocupe por los asuntos de la 19

[20] Llamo la atención sobre los capítulos 17-18, en los que abundan las palabras dubitativas («posiblemente», «quizás») y las construcciones de temor, así como las partículas. Todo ello delata en Dión una situación de tensión y turbación desconocida en otros lugares de su obra.

ciudad y sea capaz de hacer algo que os interese me tendrá a mí el primero como testigo y colaborador. Y yo estaría dispuesto a elogiar con agrado y buena disposición la misma empresa, con tal de que se haga correctamente, más si la ejecuta otro que si fuera yo el que llevara la iniciativa. Pues no es porque yo quiera ser estimado, ni porque necesite de gente que me alabe, ni por afán de notoriedad, sino por benevolencia hacia vosotros, por lo que quiero que se haga lo que es necesario. Pido a todos los dioses que, ya que me voy haciendo viejo, pueda ver a muchísimos más capacitados que yo para trabajar en provecho de la ciudad.

20 Y ahora, alabo sobre el particular tanto al director de esta empresa como al que hizo la propuesta. Pues toda enemistad y disensión surgida contra cualquier persona es, por así decirlo, molesta y desagradable tanto para la ciudad como para los particulares, sea cual sea su disposición. Pues no es sólo suficiente para poner en evidencia y humillar a los débiles con los problemas que ya tienen encima, sino que puede molestar a los afortunados y turbar su vida. Por eso, los hombres inteligentes prefieren sufrir derrotas en cosas sin importancia, y no aferrarse con gran ahínco a sus derechos, mejor que, por andar en pendencias con cualquier motivo y sin ceder en nada y por nada, tener siempre a gentes conspirando contra ellos y haciéndoles la guerra. Unas gentes que se enfadan con los buenos sucesos y ponen todos los obstáculos que pueden; pero si ocurre algún percance —y suelen ser frecuentes los que ocurren entre los
21 hombres— se alegran y pasan al ataque. Pues no hay nadie tan débil y tan inepto por naturaleza que, siendo hombre frente a otros hombres, no encuentre ocasión de demostrar su hostilidad y su odio ya sea por su cuenta ya en compañía de otros, o de hacer alguna afirmación con la que cause disgusto a todo el mundo o de plantear algún asunto que pueda

hacer daño. Pues tampoco hay enfermedad tan imperceptible para los que la padecen que no cause daño alguna vez y sea un obstáculo para alguna actividad; y aunque no sea excesivamente molesta para las fuerzas del cuerpo cuando uno está despierto o caminando, se le viene encima al menos cuando se va a la cama, y perturba y destruye su sueño.

Así también, yo afirmo que nunca resultan provechosas 22
la hostilidad y la rivalidad ni siquiera en el caso de una gran ciudad enfrentada con la aldea más insignificante. Y menos, cuando se dan contra hombres que habitan una ciudad nada pequeña, poseen una forma espléndida de gobierno y gozan, si son sensatos, del aprecio y el poder de los gobernadores —pues conviene que oigáis la verdad y no os enfadéis si alguien elogia a otros con el deseo de ayudaros—[21]. Y lo que es más importante, unos hombres que comparten vuestras fronteras, son vuestros vecinos y se relacionan con vosotros casi a todas horas. Muchísimos de vosotros estáis relacionados con ellos con lazos de matrimonio, y algunos de vuestros ciudadanos, prácticamente los más importantes, gozan de gran estima entre ellos[22]. ¿Cómo se puede suponer que esa enemistad sea innocua e inofensiva?

Nadie debe sospechar que, según mi propuesta, hemos 23
de estar totalmente sumisos y que, cuando ellos decidan algo injusto o inconveniente, sólo nos queda rogarles y suplicarles. Ahora bien, cuando ellos optan con gran interés por la amistad, debemos aparecer mejor dispuestos que ellos para esa actitud, porque es mucho mejor cambiar en amistad la

---

[21] Apamea, en efecto, cuya amistad propugna Dión para sus paisanos, gozaba de alto predicamento entre las ciudades de Bitinia, y era colonia romana (cf. XLI 9). Además, se encontraba a pocos kilómetros de Prusa junto al mar.

[22] Al parecer, Dión y su padre, tenían el derecho de ciudadanía en Apamea.

rivalidad nacida de las diferencias. Así apareceremos como más sensatos y más capaces de menospreciar la riqueza y
24 las ventajas de población[23]. Pues no es tan vergonzoso el ser inferior en obras promovidas por el odio y, por Zeus, en las que provocan la enemistad, como en las que nacen de la moderación y de los sentimientos humanitarios. Porque el que es superado en aquellas corre el riesgo de granjearse fama de debilidad; pero el que lo es en éstas conseguirá fama de torpe y pendenciero. Por consiguiente, cuanto es mejor parecer débil antes que perverso, tanto es preferible ser tardo para la lucha antes que para la reconciliación.

25 Con razón, pues, podríais vosotros prestarme vuestra atención más que otros, e incluso con mayor razón, fijándoos también en el detalle de que no tengo ningún interés personal, ni por temer alguna molestia o gasto por mi parte, descuido por ello lo que os conviene. Pues sé perfectamente que no me molestaréis si yo no quiero, y que no me mandaréis emigrar, puesto que ya llevo mucho tiempo viviendo entre vosotros. Y sobre todo, porque yo creo que os interesa que no esté ocioso ni que emigre de esta manera. Pero como iba diciendo[24], considero que es mejor para todos los hombres, y no sólo para vosotros, que no se suscite fácilmente una enemistad que no sea absolutamente necesaria, y que las que ya existen se disuelvan, en la medida de lo posible, de cualquier modo. Debéis pensar que el daño que algunos padecen por sus discordias es mayor que el perjuicio que se
26 pueda recibir por la reconciliación. Pues cualquier paz es, como suele decirse, mejor que la guerra; y cualquier amistad es mucho mejor y más provechosa para los hombres

[23] Este detalle revela que la querella entre las dos ciudades estaba basada en intereses económicos.

[24] Son los razonamientos expuestos en § 20-22.

sensatos que la enemistad; y no sólo en la esfera privada de las familias sino también en la pública de las ciudades. Porque la paz y la concordia jamás han hecho daño alguno a los que las practican; en cambio, sería extraño que la enemistad y la discordia no resultaran males absolutamente graves e irreparables. Pues de la concordia hasta el nombre es de buen agüero, y su experiencia resulta la mejor y más provechosa para todos. En cambio, de la discordia y la discrepancia la misma denominación es siniestra y desagradable, y su práctica es todavía mucho peor y más siniestra. Porque se pueden decir y oír muchas cosas que no se quieren, e igualmente hacerlas y sufrirlas.

En efecto, la discordia y el odio entre los que son veci- 27
nos y tienen fronteras comunes a nada se parece tanto como a la revuelta de una ciudad. Entre ellos se dan matrimonios mixtos y convenios; unos a otros se visitan prácticamente todos los días, están unidos entre sí por lazos de parentesco y de amistad, y todos son en cierto modo huéspedes los unos de los otros[25]. Una ciudad vecina, que es enemiga y hostil, es de todas las maneras penosa y difícil de tratar, lo mismo que una que sea agradable y amistosa es provechosa y deseable. Pensad qué agradable resulta visitar a los veci- 28
nos cuando abrigan sentimientos de amistad y no de hostilidad; y cuánto mejor es acoger sin recelo a los que solicitan nuestra hospitalidad; y en los festivales comunes, en las fiestas de los dioses y en los espectáculos, cuánto más preferible y más prudente es mezclarse unos con otros en los sacrificios y en las plegarias, en vez de, por el contrario, dirigirse maldiciones e imprecaciones. Las aclamaciones de 29
ambas multitudes en los estadios y en el teatro, ¿no resultan

[25] Dión repite los argumentos esgrimidos en su discurso a los ciudadanos de Nicomedia (XXXVIII 22).

mejor cuando van acompañadas de elogios y buenas palabras que cuando se profieren con odio y con insultos? Pues esto no sería propio de hombres razonables ni de ciudades sensatas, sino más bien de mujeres desvergonzadas, que no sienten ningún pudor de decirse desde sus respectivos burdeles palabras indecentes[26], como dice Homero:

Ellas se lanzan airadas en medio de la asamblea
increpándose unas a otras, pues así se lo pide su ira[27].

30 ¿Cuánto vale el evitar estas cosas? ¿Y cuánto más el no hacerlas? ¿Cuál podría ser la cantidad de riquezas o el tamaño de territorio por el que los hombres inteligentes deberían cambiar su correcto comportamiento de cada día, como el asistir dignamente a los espectáculos o el estar dispuestos a viajar fuera de la ciudad? Más aún, las circunstancias del territorio, del mar y de las montañas os mantienen unidos de todas maneras; y aunque no queráis, os obligan a relacionaros unos con otros. Porque ellos necesitan de vuestros bosques y de otras muchas cosas, y nosotros no tenemos otro puerto por donde recibir nuestras importaciones ni por donde exportar nuestros productos.

31 Es, por lo tanto, la mayor de las desdichas que todos tengan que comprar a los que no son amigos, vender a los que les odian, arribar al país de los que se sienten molestos con su presencia, hospedar a los que los menosprecian y tener que comer algunas veces con las personas más hostiles; y si uno se embarca en una nave, conocer claramente que tanto el timonel como todos los marineros le están dirigien-

---

[26] Es la escena que Aristófanes refleja en *Asambleístas* 877-937.

[27] La cita de la *Ilíada* XX, 253-255 queda resumida a dos hexámetros en el texto de Dión, compuestos con palabras tomadas del texto de Homero.

do imprecaciones; y la que es la visión más desagradable de todas, la de los enemigos, tenerla siempre delante tanto si se navega como si se camina, y encontrarse con enemigos cada vez más numerosos durante los viajes, —mala señal y de mal agüero—, hasta el punto de que siempre que uno va por la calle o dice algo desagradable o lo escucha. De tal modo 32
que muchas veces he llegado a pensar que, por su ignorancia y corrupción, los hombres son inferiores de espíritu a las criaturas más despreciables y vulgares. Pues muchas veces los hombres, cuando se encuentran con otros, se pelean y se insultan antes de separarse. Las hormigas, por el contrario, aunque caminan en grupos tan compactos, nunca se molestan unas a otras, sino que tranquilamente se encuentran, pasan unas al lado de otras y se ayudan mutuamente.

Más todavía, lo que ha sucedido ahora con nuestra ciu- 33
dad afecta realmente a muchos e irrita a todos los demás, porque vosotros tratáis sus procesos y porque han de ser juzgados en vuestra ciudad. Por eso, es preciso que os portéis con amabilidad y que no os hagáis odiosos. Por ejemplo, ¿de qué lugar han de partir los embajadores elegidos para el asunto?[28]. ¿No es desde su ciudad? ¿No tendrán que hacerse a la mar en territorio de sus mayores enemigos, y hacer uso del puerto de la ciudad enemiga? ¿O tendrán que dar un rodeo como si nuestro mar cercano fuera incómodo e inaccesible? Pues yo considero que estas cosas, para los que antiguamente tenían disensiones con sus vecinos, eran más duras y pesadas que el tomar las armas para invadir su territorio, atacar sus murallas, talar sus árboles o prender fuego a sus cosechas. Pues siendo, creo yo, tales actos tan penosos, 34

[28] El «asunto», como dice Dión, debe de ser una misión que implique un viaje de alto riesgo. Con toda probabilidad, se trata de una embajada en la que están implicados los intereses tanto de Prusa como de Apamea. Y es lógico que el viaje se refiera a una negociación con Roma.

más penosos son en todos los aspectos la enemistad y el odio de donde se derivan. Porque no es posible que de estas actividades se consiga alguna utilidad o beneficio. Pues el fruto del odio es el más amargo e hiriente de todos; lo mismo, digo yo, que al contrario, el de la benevolencia es el más agradable y provechoso. Porque el no ceder nunca ni hacer concesiones a nuestro prójimo, quiero decir sin sentir vergüenza, y no aceptar nosotros unas cosas y conceder otras a los demás, no es una actitud varonil, como piensan algunos, ni noble, sino insensata y necia.

35 ¿No veis el orden eterno, la concordia y la marcha acompasada de todo el cielo y de los mundos divinos y felices que hay en él, que no hay cosa más hermosa ni más espléndida que se pueda imaginar? Y por lo que se refiere a los llamados elementos, como son el aire, la tierra, el agua y el fuego, ¿no veis su eterna estabilidad y exacta armonía, con qué equidad y moderación subsisten por naturaleza,
36 conservándose y conservando al mundo entero? Pues fijaos: aunque algunos crean que el tema es etéreo y que no guarda absolutamente ninguna afinidad[29] con vosotros, porque esos elementos son por naturaleza incorruptibles, divinos y están gobernados por la voluntad y el poder del primero y más grande de los dioses, tienden a conservarse eternamente por su mutua amistad y concordia, tanto los más fuertes y mayores como los que parecen más débiles. Pero cuando esta unión se disuelve y sobreviene la sedición, su naturaleza no es tan indestructible ni tan incorruptible como para no caer en la confusión y sufrir la que llaman irremediable e in-
37 creíble corrupción de la existencia a la no existencia. Pues

[29] Noto, con Lamar Crosby, el sentido técnico de la palabra «afinidad» en la filosofía estoica, cuyos planteamientos desarrolla Dión, sobre todo, en los § 35-39.

el dominio del éter, como dicen los sabios, en donde está la morada y la fuerza suprema de su poder espiritual, que muchas veces no se desdeñan en llamar fuego, al realizarse con limitaciones y suavidad en ciertos tiempos determinados, se ejerce, al parecer, en términos de amistad y concordia. En cambio, la ambición y la discordia en las demás cosas, al ser algo fuera de la ley, suponen un peligro inminente de destrucción, que nunca será total porque reina en el mundo toda clase de paz y justicia, y porque todas las cosas sirven con fidelidad a una ley razonable, a la que obedecen y se someten.

¿No veis el detalle del sol, que da paso a la noche y 38
permite que salgan los astros menos visibles, y deja también que la luna ilumine toda la tierra mientras está ausente la lumbrera mayor? ¿No veis igualmente cómo las estrellas se retiran delante del sol, sin pensar que sufren nada ni que perecen por el poder de aquel dios? ¿Y que a su vez el sol queda oscurecido algunas veces en mitad del día, cuando pasa por delante la luna a la que él mismo proporciona la luz; y que muchas veces está cubierto por las más tenues nubes o por alguna ligera niebla que se levanta de los lagos o los ríos, de modo que hay ocasiones en que está totalmente obstaculizado, y otras emite un rayo fino y ligero? ¿Y no 39
veis la danza incesante de los planetas, que nunca se ponen tropiezos unos a otros? Además, la tierra aguanta a su vez que le haya tocado en suerte la parte inferior, como si fuera el fondo de la nave; a su alrededor está derramada el agua, y por encima de ambos el aire suave y limpio. El éter es la parte superior que todo lo ocupa, y a su alrededor corre un fuego divino. Ahora bien, siendo estas cosas tan poderosas y tan grandes, sobrellevan una comunicación mutua y permanecen libres de enemistad. ¿Y unas ciudades tan pequeñas de hombres cualesquiera, y gentes insignificantes que

habitan en una parte de la tierra no van a poder estar tranquilas y vivir en buena vecindad?

40 Ni los pájaros, cuando hacen sus nidos unos cerca de otros, se molestan mutuamente ni disputan sobre la comida o sobre el abrigo; tampoco lo hacen las hormigas, aunque tienen sus hormigueros vecinos y acarrean muchas veces el trigo de la misma era, sino que se ceden el paso, se apartan del camino y colaboran frecuentemente; ni los abundantes enjambres de abejas, aunque liban en un mismo prado, se olvidan de su labor para disputar por el rocío de las flores.
41 Más aún, los rebaños de bueyes y caballos pacen tranquila y mansamente mezclados muchas veces unos con otros, hasta el punto de que los dos grupos parecen un solo rebaño. Incluso los rebaños de cabras y de ovejas, mezclados mientras pastan durante el día, son separados luego por los pastores fácil y tranquilamente. Pero los hombres son, al parecer, peores que los rebaños y que las fieras en lo que se refiere a la amistad y a la vida en común. Pues lo que la naturaleza ha hecho con la mejor intención[30], puede verse convertido en motivo de enemistad y de odio. Por ejemplo, la primera y más importante amistad es la de los padres con los hijos...[31].

[30] La naturaleza ha preparado a los hombres para la vida en común, pero la convivencia es muchas veces fuente de luchas y de discordias.

[31] Está claro que un discurso no puede terminar de esta forma. La idea queda truncada, por lo que es natural pensar en una brusca interrupción que deja el pensamiento de Dión inacabado.

XLI

A LOS HABITANTES DE APAMEA, SOBRE LA CONCORDIA

INTRODUCCIÓN

Este breve pero bello discurso, pronunciado ante el Senado de Apamea, es el complemento lógico al discurso XL. Ambos tratan sobre el tema recurrente en los Discursos Bitínicos, que es la concordia. Y ambos se refieren a la deseada concordia entre las ciudades de Prusa y Apamea. Pero la concordia es básicamente el acuerdo amistoso entre individuos o sociedades. En los discursos XL y XLI, se pretende promover la concordia entre dos ciudades vecinas y enemistadas. Primero, Dión se dirige a sus paisanos de Prusa para animarlos a una inexcusable reconciliación. Ahora, habla a los senadores de la otra ciudad para rematar su faena de mediación.

Es obvio pensar que ambos discursos, dedicados al mismo tema, tanto de argumento como de ocasión, deben situarse en un mismo contexto cronológico. Y así lo avalan no sólo el marco temático, sino su tratamiento retórico. Los discursos deben de estar tan cercanos en el tiempo, que resulta inevitable la cercanía de las ideas.

El discurso tiene dos partes claramente distintas. En la primera (§ 1-8), al orador capta la benevolencia de su auditorio recordando las abundantes y variadas razones que justifican su actuación. La segunda es la presentación de las

ventajas de la concordia y los inconvenientes de la discordia y el odio (§ 9-14).

Dión se dirige al Senado, donde asisten también ciudadanos que no son senadores. Con toda probabilidad, forma parte de la delegación de Prusa, llegada para ejecutar la reconciliación. Pero habla como ciudadano de Apamea por las vinculaciones familiares que tiene con esa ciudad; más aún, en ella se siente como en su propia casa. Dión asegura rotundamente que tiene mentalidad y disposición de ciudadano (§ 5-7). Ello quiere decir que tiene, en cierto sentido, el corazón repartido entre sus dos patrias. Es lógico, pues, que sienta mayor disgusto por la rivalidad que ambas se profesan. Estas manifestaciones son algo más que una *captatio benevolentiae*, algo más que una mera excusa para intervenir. Dión quiere ser útil colaborando a la reconciliación de sus dos ciudades (§ 8).

A partir del § 9, repite las ideas desarrolladas en el discurso XL. En efecto, la discordia es como la enfermedad de las ciudades, tanto más peligrosa cuanto más duradera. Pero también es absurda en ciudades tan vecinas como Prusa y Apamea, que tantos elementos comunes poseen. El odio y la enemistad nunca han producido positivo provecho para nadie. La concordia y la amistad, por el contrario, hacen afortunados a los amigos o aliados y redoblan la eficacia de sus empresas comunes.

A LOS HABITANTES DE APAMEA, SOBRE LA CONCORDIA

Tengo la impresión de que vosotros, miembros del Con- 1
sejo y demás hombres moderados aquí presentes, abrigáis hacia mí una disposición pacífica y amistosa. Pues yo mismo reconozco en mi interior que aprecio en gran manera vuestra benevolencia, y que nunca he dicho ni hecho nada contra vosotros. Además, tan pronto como regresé[1], me honrasteis oficialmente enviándome una resolución en la que os congratulabais de mi regreso y me rogabais que os hiciera
una visita. Y posiblemente no hacíais nada de particular; 2
pues donde quiera que estuve, no sólo en las demás ciudades, sino prácticamente en la mayoría de las que son de la misma categoría que la vuestra, me honraron, sin que yo lo pidiera, con la dignidad de ciudadano, me hicieron miembro del Consejo y me concedieron los honores más importantes; y ello porque pensaban que podría serles útil y que merecía tales honores. Vuestro gesto no es algo propio de extraños, sino que es como si la patria honrara a su propio ciudadano

[1] Una vez más, Dión alude a su destierro, durante el cual tuvo prohibido vivir en Roma y en su propia patria. Como es sabido, el destierro marcó muchos aspectos de la vida de Dión.

en señal de benevolencia y gratitud. Pues el que haya algunos de los habitantes de Apamea que, como quien dice, no están demasiado contentos conmigo[2], cosa que ocurre en cualquier estado democrático, no me sorprendería por la rivalidad que hay entre nuestras ciudades. Sin embargo, sé muy bien que no puedo agradar a todos los ciudadanos de Prusa, sino que algunos están disgustados precisamente
3 porque les parezco demasiado patriota y decidido. Conviene que el varón razonable y moderado conceda a sus propios paisanos esta posibilidad. Pero el hecho de que nadie pueda contradecir a otro en una ciudad ni censurarle, aunque en lo demás parezca que obra correctamente, no es propio de un estado democrático ni es razonable, sino que tal conducta se suele dar más en tiranos que en benefactores[3]. Ahora bien, si hay algunos que están en mala disposición para conmigo, en ellos precisamente tengo más confianza. Pues está claro que tienen esa actitud porque piensan que yo amo a mi propia patria y quiero hacerla prosperar por todos los medios. Por lo tanto, si se convencen de que también considero a esta ciudad como mi patria y de que estoy dispuesto a hacer por ella lo que esté de mi parte, cambiarán fácilmente y me querrán lo mismo que los otros.

4 No niego que amo a mi patria más que a ninguna otra cosa. Pero yo les pregunto si creen que es cosa de un hombre injusto y bastardo, y si no querrían que hubiera entre ellos ciudadanos así. Pues bien, vosotros tenéis la oportunidad de tenerme como ciudadano sin sospecha lo mismo que a los mejores de mis paisanos. En efecto, por esto mismo

---

[2] Dión insiste en una idea, ya repetida en otros discursos, de que no todos aceptaban su gestión.

[3] En una democracia sana y madura, el ejercicio de la crítica es no sólo bueno, sino positivamente digno de aprecio.

podríais confiar en mí con mayor razón. Pues el que no tie-
ne consideración con sus padres naturales[4], tampoco podrá
ser respetuoso con sus padres adoptivos; y el que ama a los 5
que le han engendrado, nunca podrá desatender a los que se
han hecho sus padres por benevolencia. Porque lo que se ha-
ce por naturaleza es espontáneo, mientras que lo que se hace
por benevolencia es voluntario. Ahora bien, yo soy ciuda-
dano de ambas ciudades; pero a los habitantes de Prusa no
tengo que darles las gracias por ello, mientras que a voso-
tros es justo que os corresponda como a benefactores, ya
que por vuestra benevolencia y vuestro favor soy miembro
de vuestra ciudad.

Sin embargo, todos los que han llegado a ser ciudadanos
por sí mismos tienen solamente el deber de gratitud por el
favor, pero no un compromiso natural. Yo, en cambio, par- 6
ticipo de ambas cosas. Pues mi abuelo, junto con mi madre,
consiguió del que entonces era emperador y amigo suyo[5], la
ciudadanía romana a la vez que la vuestra; y mi padre obtu-
vo de vosotros la ciudadanía. De manera que soy vuestro
conciudadano tanto por gracia como por nacimiento. Y por
lo que se refiere a mis hijos, ésta es más bien su patria. Por-
que lo obligado es que los hijos sigan al padre, pero mucho
más agradable es que el padre siga a sus hijos[6].

Por esta razón, sucede que siento benevolencia hacia 7
vosotros y tengo mentalidad de ciudadano, cosa que he de-

[4] Dión ama a Prusa, su patria natural, pero no por eso deja de amar a su otra patria de adopción, que es Apamea. Más aún, esa actitud lo califica como un hijo leal.

[5] El abuelo materno de Dión fue persona distinguida, como se desprende de XLIII 3. Von Arnim cree que ese emperador amigo pudo ser Claudio (10 a. C.-57 d. C.).

[6] Ya hemos sugerido que Apamea pudo ser el refugio de la familia de Dión durante su destierro. En tal caso, sus hijos podían haber nacido en aquella ciudad.

mostrado públicamente. Porque cuando se desencadenó la discordia entre nuestras ciudades, mi patria sentía grandes reparos en molestarme contra mi voluntad; pero como deseaba grandemente volver a reabrir el caso, me invitaba frecuentemente tentándome con honores. Sin embargo, sólo por este motivo, no quise hacer caso. Pero no hubiera tenido pereza para hacer algo en su favor siendo así que estaba en mi mano el hacer posiblemente no menos que cualquier otra persona; además, tenía muchos y poderosos amigos[7] como para decir algo que resultara odioso o molesto para alguien. Más aún, no tenía pereza en ponerme en camino, pues tenía que ausentarme de todas maneras.

8 Estando así las cosas, me mantuve al margen del problema, no como traición a la causa de Prusa, sino por respeto a vosotros, pensando que sería más útil a los de Prusa y a vosotros si podía hacer amigas a nuestras ciudades, resolviendo sus anteriores disputas y haciendo que vivieran en adelante en situación de benevolencia y concordia. Pues esto es lo más positivo de todo y lo mejor, no sólo para los que son de la misma categoría hacia sus iguales, sino para los superiores hacia los inferiores.

9 Ya sé que es difícil arrancar la discordia de los hombres, mucho más si se la ha fomentado durante largo tiempo; lo mismo que una enfermedad, enraizada desde mucho antes, no puede arrojarse del cuerpo, y mucho menos si se la quiere curar sin dolor. Sin embargo, tengo confianza en las costumbres de vuestra ciudad, que no son desabridas ni vulgares, sino propias realmente de grandes hombres y de una ciudad afortunada, como la que os envió aquí como amigos para vivir entre amigos. Una ciudad que, siendo superior a

---

[7] Para Lamar Crosby, Dión podía estar aludiendo directamente a su amistad con Trajano.

los demás hombres en fortuna y poder, ha sobresalido más aún por su comprensión y humanidad, pues ha repartido su ciudadanía, sus leyes y sus cargos sin considerar extraño a ninguno de los hombres honrados; y ello, defendiendo la justicia para todos por igual.

Conviene, pues, que vosotros, imitando a una ciudad 10
así, os mostréis amables y generosos, y que para unos hombres que viven tan cerca, prácticamente convecinos vuestros, no seáis unos vecinos desagradables ni altaneros. Pues con ellos tenéis en común lazos familiares, hijos, instituciones políticas, sacrificios a los dioses, festivales, espectáculos; os educáis todos juntos, celebráis banquetes comunes, os hospedáis unos a otros, pasáis juntos la mayor parte del tiempo, y sois prácticamente un solo pueblo y una sola ciudad, a muy poca distancia unos de otros[8]. Es más, a muchos habitantes de Prusa los nombrasteis ciudadanos vuestros, los admitisteis como miembros del Consejo, no os desdeñasteis de que fueran magistrados en vuestra ciudad, y los hicisteis partícipes de aquellos privilegios que son propios de una ciudad romana. ¿Cómo va a ser razonable considerar 11
amigos y honrar a los particulares individualmente, y en cambio, tener a la ciudad en su conjunto como enemiga, vosotros a la nuestra y nosotros a la vuestra? Pues los que aman a otros hombres, viven mezclados con ellos y los acogen como ciudadanos, ¿qué otra cosa pueden aborrecer sino el aire, la topografía o, lo que ni siquiera es lícito decir, odian a los dioses de los otros? Más aún, toda enemistad es molesta y desagradable para todos; porque no hay enemigo tan débil que no pueda hacer daño por algún tiempo incluso al que parece ser más fuerte, ni que deje de demostrar su

[8] En efecto, Prusa y Apamea de Bitinia no distaban más de 18 kilómetros. Eran, por tanto, inevitables la convivencia y una cierta simbiosis.

odio bien diciendo alguna palabra desagradable, bien haciendo alguna obra perjudicial.

12 Pues nunca es, por así decirlo, agradable o provechoso el fruto del odio, sino que, por el contrario, es el más desagradable y amargo de todos; lo mismo que no hay peso tan difícil y trabajoso de llevar como la enemistad. En efecto, representa siempre una incomodidad para los sucesos felices, a la vez que hace mayores las desgracias; y mientras dobla la pena para el que está disgustado con algo, no deja que los afortunados disfruten como es debido. Pues, a mi parecer, es inevitable que los hombres en su mayoría se hagan daño unos a otros y sean menospreciados e ignorados por los demás; de una parte, por los enemigos que tienen; y
13 de otra, porque son insensatos y pendencieros. Por el contrario, no hay nada más hermoso y divino que la amistad y la concordia, tanto entre hombre y hombre como entre ciudad y ciudad. Pues ¿quiénes poseen los bienes de forma más honorable que aquellos a quienes se los sirven sus amigos? ¿Y quiénes se libran de los males con más facilidad que aquellos que tienen a sus amigos por aliados? ¿A quiénes afectan menos las desgracias que a los que tienen a otros que sufren con ellos y les ayudan a soportarlas? ¿Y a quiénes resulta más agradable tener buena suerte que a los que, con su fortuna, no sólo se hacen felices a sí mismos, sino también a otros? Pues por mi parte, no consideraría afortunado al hombre que no tiene a nadie que se regocije con él[9].
14 ¿Qué colaborador, qué consejero se puede encontrar mejor que un amigo encontrado de forma inesperada? Pues ese sí

[9] En los § 12-13, reitera Dión la argumentación repetida en los discursos anteriores.

que es probablemente no sólo el augurio más prometedor[10], sino también el más útil; y el hombre que lo encuentre es un afortunado. En cambio, las cosas hechas con odio y con enemistad son, desde todos los puntos de vista, penosas y desagradables. La presencia de un enemigo es molesta tanto en el trabajo serio como en la diversión; y es penosa de ver, penosa de recordar y lo más dañino de todo para los que la experimentan.

---

[10] Dión juega con los términos *sýmboulos* (consejero) y *sýmbolos* (augurio, señal). Los antiguos consideraban como augurios los encuentros casuales.

XLII

ALOCUCIÓN PRONUNCIADA EN SU PATRIA

INTRODUCCIÓN

Tiene razón Von Arnim cuando asegura que esta pequeña pieza es como el telón, detrás del que se esconde una obra importante. La finalidad parece ser la preparación del auditorio para una intervención más amplia y representativa. Por eso, es una deliciosa autorrecomendación, donde para captar las simpatías de sus paisanos, pone en duda sus méritos personales. Una duda más metódica que real; pues, a través de su aparente humildad, se advierte la seguridad que tiene de sus posibilidades.

En primer lugar, reconoce que sus paisanos buscan oír de él algo maravilloso y especial. Y si la intención de los que acuden a escucharle es la de criticarle, les reta en actitud de gallo de pelea. Pero, al ver la consideración con que muchos lo valoran, acaba por confesar que alguna virtud, aunque sea oculta, debe de haber en él (§ 3).

Luego, nos da noticias muy sugestivas sobre sus obras, lo que vale para ilustrar la suerte de las obras literarias en la antigüedad. Todos, dice, conocen sus discursos y los transmiten reformándolos, bien por deseo de mejorarlos, bien por la flaqueza de la memoria. Y reconoce, en suma, que cualquiera puede adquirir a bajo precio la sabiduría de sus discursos.

La falta total de referencias nos impide saber dónde, cuándo y a quiénes dedica esta alocución. Sólo sabemos que hablaba en Prusa, su patria. El período sería ya, para Von Arnim, el del Dión filósofo. Lo que parece evidente por el prestigio de que goza. Nos encontramos, pues, en los años siguientes a su destierro.

ALOCUCIÓN PRONUNCIADA EN SU PATRIA

No puedo imaginar cuál es vuestra disposición[1] para 1
con mi persona, ya sea sobre mi sabiduría o sobre mi ignorancia; ni si realmente deseáis escucharme decir algo tan maravilloso, que no podría decirlo ninguno de los hombres actuales. O por el contrario, si lo que pretendéis es refutarme y demostrar que no sé nada importante ni interesante.
Porque si esa es vuestra disposición, me presento a vosotros 2
confiadamente para que podáis satisfacer vuestro deseo. Pero si no es así, temo vuestra opinión en contra mía, no sea que después de escucharme, me condenéis luego injustamente por no haberos formado sobre mí una opinión correcta. Pues yo nunca jamás aseguré a nadie que fuera experto en hablar, o en pensar; o que tuviera más conocimientos que la mayoría, sino que en toda ocasión, antes de lanzarme a hablar, polemizaba sobre este punto y contradecía a los que me consideraban capaz de hacerlo. Muchos, incluso, juzgaban esta actitud como un alarde.

Sin embargo, por lo que de mí depende, adopto unas ve- 3
ces un sistema y otras veces otro. Pues cuando me fijo en mí

[1] Falta toda referencia de lugar o de ocasión; tampoco lleva vocativo que nos aclare cuál podía ser el auditorio.

mismo y en mi propia inexperiencia, —en general sobre todas las cosas, pero en especial en lo que se refiere a los discursos—, comprendo que soy un hombre privado y que como hombre privado voy a vivir el resto de mi vida. Pero cuando veo a los que me valoran y me suplican, me siento obligado a sospechar si no habrá algo en mí digno de tenerse en cuenta. Y no advierto que lo tengo, como les pasa a algunos animales útiles a los hombres, que poseen cierto poder en sí mismos para curar enfermedades, ya sea la bilis, la sangre, la grasa o el cabello, pero no lo saben. En cambio, los hombres, que sí lo saben, los persiguen y tratan de apoderarse de ellos de cualquier manera, y no por su carne sino por aquel poder[2].

4 Posiblemente, me obligan también a mí a hablar en cada ocasión no porque tengan necesidad de mis discursos, sino por alguna otra cosa. Pues no puedo ni siquiera sospechar que estén interesados porque no me conozcan y porque no me hayan escuchado, como pasa seguramente con muchos que desean muchas cosas en razón de su ignorancia. Todos, por así decirlo, conocen mis discursos, y los van publicando unos por un lado y otros por otro, lo mismo que las malas canciones que los niños cantan en las ciudades al caer la tarde. Así también, todos prácticamente se van transmitiendo unos a otros mis discursos, no como fueron pronunciados, sino mejorándolos según su propia capacidad; unas veces, reformándolos voluntariamente —cosa que claramente se avergüenzan de recordar—, introduciendo muchos cambios y mejoras; otras, quizás involuntariamente porque no se acordaban muy bien. De tal manera que era posible ad-

[2] PLINIO dedica los libros XXVIII-XXX y XXXII de su *Historia Natural* a explicar las virtudes curativas de los animales.

quirir mi sabiduría, como alguien dijo[3], no por un óbolo en el mercado, sino sólo con agacharse para recogerla del suelo. A mis discursos les pasa casi lo mismo que a la cerámica de Ténedos. Pues todo el que navega por aquellos parajes recoge cerámica, pero nadie la transporta intacta fácilmente, sino que muchos, después de haberla estropeado o haberla hecho añicos, no se dan cuenta de que sólo traen cacharros rotos.

---

[3] Ese «alguien» podría ser PLATÓN, que en su *Apología* 26d, habla de los que pueden adquirir por una dracma las obras de Anaxágoras.

XLIII

DISCURSO POLÍTICO PRONUNCIADO EN SU PATRIA

INTRODUCCIÓN

Lo mismo que el discurso anterior, este parece ser una introducción a un desarrollo más amplio. Dión aparece un tanto tenso y preocupado. Como el título deja entrever, hay de por medio un problema político. Dión es atacado por hombres «incapaces y envidiosos». Por eso, se siente obligado a defenderse. Y empieza echando mano de uno de los recursos en los autores de la Segunda Sofística: la mirada al pasado para extraer ejemplos y modelos de conducta. Según sus propias palabras, se trata de una costumbre (§ 3).

La anécdota de Epaminondas le sirve para demostrar cómo siempre hay hombres mezquinos y malintencionados, que tratan de molestar a los hombres más honrados y liberales. Es lo que sucede ahora en Prusa con nuestro autor. Acaba de regresar a la patria, y ya se le está acusando de actitudes interesadas y torcidas. Dión no es profesional de la abogacía. Pero se esfuerza en ayudar a los más desamparados haciendo uso de sus dotes oratorias y de sus amistades con personajes influyentes. Ello resulta molesto a los oportunistas de turno.

Otro caso, que viene espontáneamente a la memoria de Dión es el de Sócrates. Un hombre honrado, incapaz de hacer mal a nadie, y maestro desinteresado de la juventud. La

sociedad ateniense le pagó con la muerte. También contra Dión existía un escrito de acusación, donde se mezclan motivos religiosos con políticos. Los motivos religiosos tenían derivaciones socio-políticas, por cuanto el que disgusta a los dioses de la ciudad, provoca la ira de esos dioses contra ella.

Particularmente peligrosa es la acusación de que Dión es el que ha convencido al «malvado gobernador» para que adopte una conducta tiránica con el pueblo de Bitinia. Lo que dice la acusación es lo que se corresponde con el comportamiento del procónsul Julio Baso, que acabó juzgado y condenado en Roma el año 103 d. C. El texto habla de torturas, destierros, muertes, tiranía..., si bien, se le condenó por delitos de exacción y soborno.

Pero el carácter de introducción de este breve parlamento queda claro en las palabras del propio Dión: «Contra todas estas acusaciones, me voy a defender...» Ahí queda reflejada su intención. El plan del discurso prometido puede adivinarse por la lista de presuntas irregularidades que va desgranando el escrito de acusación (§ 11-12).

DISCURSO POLÍTICO PRONUNCIADO EN SU PATRIA

1 Cuentan de un lidio que no tenía problemas, pero que salió a comprarlos. Así pues, el lidio logró tener problemas porque él mismo los deseó. Pero yo, que no deseaba tener problemas, los tengo de parte de unos hombres incapaces y envidiosos, no por otra cosa sino porque, al parecer, os tengo cariño; pues por una parte, he hecho bien a mi patria demostrando que es igual a las primeras en cuestión de honores[1]; por otra, se lo seguiré haciendo si Dios me lo concede.
2 Dije esto no por pura jactancia —pues vosotros sabéis que nunca os he recordado estas cosas en tantos discursos que he pronunciado ante vosotros—, sino para defenderme contra los que nos desacreditaban a mí y a vosotros, para que, si es posible, revienten, que sería lo mejor para toda la ciudad; y si no, para que, por lo menos, sufran. Que tales personas están a mal conmigo y con la ciudad, lo podéis testificar vosotros mismos si queréis acordaros de los que os aman y de los que os odian. De todos modos, se portan conmigo con mayor consideración que con vosotros; porque

[1] Posiblemente, se refiere el autor a sus esfuerzos por modernizar la ciudad.

a mí me acusan aquí, mientras que a vosotros os acusan en el tribunal[2].

3 Así pues, si, según mi costumbre, hago públicamente uso de ejemplos tomados de la historia griega[3], no os riáis. Porque yo no menosprecio a mi patria, ni os considero incapaces para comprender tales cosas, ni creo que sea ignorante ni vuestro pueblo ni vuestro senado. Es que, más que nada, deseo que practiquéis las costumbres de los griegos, y que no seáis ni desagradecidos ni necios. Porque si no, tampoco sería mala cosa escuchar palabras por las que, a mi parecer, podríais mejorar vuestras costumbres.

4 ¿Cuál es, pues, el ejemplo? Había en Tebas un hombre, llamado Epaminondas. Aquel hombre amaba a su patria sobre todas las cosas. Aprovechando las oportunidades que entonces había, hizo muchos y grandes servicios a su patria. Pues en vez de hombres temerosos, débiles y sometidos a otros, hizo que sus paisanos fueran los primeros entre los griegos y aspiraran a la hegemonía[4]. Estas cosas eran entonces posibles, mientras que ahora los tiempos han cambiado; salvo que la benevolencia y la buena disposición son siempre iguales. Pues los traidores, los sicofantas y los que hacen de todo en contra de sus conciudadanos también existían entonces en las ciudades. Ahora bien, los que amaban a sus patrias y no querían que sus propios conciudadanos sufrieran ningún daño, sino que se esforzaban por enaltecer a sus patrias, eran entonces muchos y realizaban grandes ha-

---

[2] Dión habla, pues, no ante el tribunal, sino ante la asamblea.

[3] Reitero la costumbre de la Segunda Sofística de recurrir al pasado glorioso de Grecia.

[4] Epaminondas fue, en efecto, el que preparó la estrategia que condujo a la victoria de Tebas sobre Esparta en la batalla de Leuctra (371 a. C.). La hegemonía de Grecia pasó entonces de Esparta a Tebas hasta la muerte de Epaminondas en Mantinea (362 a. C.).

zañas, mientras que ahora son menos y no son capaces de hacer cosas importantes.

Sin embargo, aquel famoso Epaminondas era objeto de 5
odio por parte de los que no eran como él, y algunos incluso le levantaban calumnias. Pero el pueblo, como pueblo que es, seguía en la ignorancia y se dejaba convencer. En una ocasión, uno de los descontentos y de los menos honorables, que cuando la ciudad estaba sometida y dominada por la tiranía, había hecho de todo contra ella, empezó a insultar a Epaminondas en la asamblea, y a dirigirle muchas y duras invectivas. Pues el hombre mentiroso no examina lo que puede decir de verdadero, ya que no tiene ninguna verdad que decir, sino que busca lo que pueda molestar. Entonces Epaminondas se levantó cuando le llegó el turno, y no habló sobre las demás cosas, ni se defendió contra ninguna acusación. Pero, hablando en su propia lengua de Beocia, dijo: «Pues que Deméter se enfade». Cuando lo oyeron los tebanos, se alegraron y se rieron con razón, pues recordaban, creo yo, la benevolencia de Epaminondas para con el pueblo y la calidad de sicofanta del hombre que le había insultado. Pues bien, si alguien dijera alguna indignidad contra 6
mí, ya sea abiertamente, ya con adornos para dárselas de orador, sobre todo, si él mismo no es precisamente una persona distinguida, yo le daría la respuesta de Epaminondas.

Bien sabéis que dicen y hacen estas cosas porque se sienten molestos con mi regreso[5], y no por otro motivo. Porque yo no estoy al acecho contra ningún ciudadano, ni recibo dinero de nadie, ni estoy dispuesto a imponer contribuciones a vuestra ciudad, ni soy aparentemente molesto a

[5] Dión se siente dolido de que algunos de sus paisanos se sientan incómodos con su regreso, y no agradezcan los sacrificios personales que ha hecho para favorecer a su patria.

nadie en el ágora, puesto que no soy orador[6]. Tampoco he hablado en defensa de nadie, más que de un pobre desgraciado, a quien salvé de ser despedazado por sus parientes y tutores, que previamente le habían quitado sus documentos, le habían arrebatado gran parte de su hacienda y luego le-
7 vantaban contra él falsos testimonios. Pero no pronuncié ninguna otra defensa, por lo que no soy en absoluto molesto para nadie. De lo que se trata es de que, si surge una ocasión, como algunos están deseando, semejante a la anterior[7], no pase lo mismo. Pero si surge, lo que quieren es que yo no esté al lado del pueblo para que los que son objeto de calumnias no tengan quien les ayude y les compadezca. Por esta razón, hay quien lleva a mal el que yo haya regresado. Y aunque haya más, como realmente los hay, ninguno estará más dispuesto que yo a dirigir la palabra. Tengo ante vosotros más libertad de palabra que nadie. Pues he renunciado a mi propio bienestar en favor vuestro, y he participado
8 de vuestras desgracias. Pero ahora, tengo que marcharme no sin tristeza[8], como la vez anterior, cuando todos me amaban y admiraban, sino con la enemistad de algunos. Ya que, por mi parte, no he sufrido ningún daño.

Pues nunca jamás me quitaron mis bueyes ni mis caballos[9].

No me sorprende la situación presente. También aquel famoso Sócrates, a quien tantas veces he recordado, durante

---

[6] La palabra «orador» se refiere a la profesión del maestro de retórica. Y no tenemos noticia de que Dión la ejerciera. También suele rechazar la etiqueta de «sofista».

[7] Probablemente, alude Dión a la situación de paroxismo, creada con la actuación de Julio Basso.

[8] El viaje, al parecer, era a Roma para celebrar la llegada al trono de Trajano (98 d. C.), amigo y admirador de Dión.

[9] *Ilíada* I 154. Palabras dirigidas por Aquiles a Agamenón.

la tiranía de los Treinta[10], hacía todo el bien posible a favor del pueblo, y no participó en las malas acciones de nadie; al contrario, enviado por los Treinta a buscar a León de Salamina, no les obedeció, sino que se puso a insultar públicamente a los tiranos, diciendo que eran iguales que los malos boyeros, quienes se hacen cargo de vacas fuertes y numerosas, y las convierten en pocas y más bien débiles[11]. Sin em- 9
bargo, siendo apreciado Sócrates por el pueblo, por el que arrostraba peligros, fue calumniado por algunos sicofantas y condenado a muerte. Su acusador fue Meleto, hombre desvergonzado y sicofanta, que decía: «Sócrates obra injustamente al corromper a los jóvenes, no venerar a los dioses que venera la ciudad e introducir nuevas divinidades»[12]. Es
prácticamente lo contrario de lo que hacía Sócrates. En 10
efecto, honraba a los dioses como ningún otro y había compuesto un peán en honor de Apolo y Ártemis, himno que ahora todavía suelo cantar. No sólo impedía que los jóvenes cayeran en la corrupción sino también los ancianos. Y los reprendía y corregía, si alguno de ellos era insaciable, desenfrenado o traficaba con los bienes de la ciudad, porque sobornara a unos, chantajeara a otros y saqueara a los desgraciados isleños[13] bajo pretexto de obtener tributos o reclutar soldados, como hacen algunos en nuestra ciudad. Por

[10] Se refiere al gobierno de los Treinta Tiranos, impuesto por Esparta al terminar la Guerra del Peloponeso (303 a. C.).

[11] El episodio de León de Salamina está recogido por Platón en su *Apología* 32c-d. Sobre los Treinta tiranos, puede verse la opinión que le merecen a Jenofonte en *Memorabilia* I, 2, 32.

[12] Las acusaciones contra Sócrates son las mismas que Platón recoge en la *Apología* 24b, y coinciden con el relato de Jenofonte en su *Apología* I 10.

[13] Denominación genérica de los aliados de Atenas después de las Guerras Médicas.

esta razón, odiaban a Sócrates y decían que corrompía a los jóvenes.

11 Pero el escrito de denuncia contra mí era más largo y más noble casi y, al parecer, secreto: «Dión es injusto porque no honra a los dioses ni con sacrificios ni con himnos y suprime las fiestas de nuestros antepasados; ha convencido a un gobernador malvado[14] para que torture al pueblo, destierre a cuantos ciudadanos pueda y mate incluso a algunos; pues los obliga a morir voluntariamente ya que no pueden, por ser ancianos, ir al destierro, ni soportan tener que abandonar la patria. Y ahora colabora con el que tiraniza a nuestra nación, preparando las condiciones, en la medida en que puede hacerlo, para que aquél lleve a cabo su lucha con
12 éxito y se apodere de las ciudades y de los gobiernos. Destruye también el mismo gobierno popular presentándose como acusador y actuando ilegalmente con sus palabras y con su don de lengua en contra de sus conciudadanos y de los miembros de su comunidad; y realiza otras muchas cosas que me da vergüenza mencionar una por una. Se presenta a sí mismo como un mal ejemplo de pereza, ostentación y deslealtad para los jóvenes y los ancianos. Y soborna a la multitud para que nadie le eche en cara lo que hizo en aquella ocasión, sino que se olviden de su odio y sus asechanzas».

Ahora bien, contra estas acusaciones me voy a defender, hombres de Prusa, aunque depués de escucharme, toméis la decisión de condenarme. También los atenienses condenaron a Sócrates después de escucharlo.

---

[14] Julio Baso.

XLIV

DISCURSO AMISTOSO DIRIGIDO A SU CIUDAD CUANDO LE OFRECÍA HONORES

INTRODUCCIÓN

Este discurso es uno de los que Dión pronunció en un estado de mayor euforia y relajación. Acababa de llegar de su destierro. Todavía no había paladeado los brotes de ingratitud de parte de algunos de sus conciudadanos. El ambiente que se respira en estas páginas es de optimismo y de actitudes benevolentes. Lo que no quiere decir que no se perciban detalles de inquietudes sociales y políticas, fruto corriente de la Bitinia de estos años de finales del siglo I d. C. La fecha de esta alocución es, con toda probabilidad, el invierno del 96-97 d. C., apenas ascendido al trono imperial Nerva, y regresado Dión de su destierro.

Se trata de una reunión de la asamblea de Prusa. Han hablado otros oradores proponiendo ciertos honores para el recién llegado. Dión hace un hermoso canto a su ciudad. El honor más importante, el que le llena de mayor orgullo y satisfacción es el ser ciudadano de Prusa y sentirse querido por los suyos. Lo demás, —«estatuas, proclamaciones, asientos de preferencia»— no tiene importancia, dice. Y aduce como argumentos de ese cariño los honores con que la ciudad ha distinguido a sus propios parientes: estatuas, sepulturas, juegos. Pero si Prusa ha demostrado aprecio hacia la familia de Dión, él mismo incluido, Dión ha corres-

pondido con absoluta lealtad, hasta el punto de haber evitado sistemáticamente cualquier vínculo con otras ciudades, que hubiera podido oscurecer su carácter de ciudadano de Prusa (§ 6). Ni Atenas, ni Esparta, ni Argos serían para Dión patrias mejores que su querida ciudad.

Por encima de los fríos datos cuantitativos de territorio o población, la calidad de sus ciudadanos es la mejor garantía de su grandeza y prosperidad. En ese contexto, introduce el orador unas reflexiones moralizantes con la seguridad de que serán bien recibidas por un auditorio entregado.

Termina la alocución con el anuncio de la lectura de dos cartas: una de Nerva a Dión, y la respuesta correspondiente de nuestro orador. La amistad entre ambos es bien conocida. Lamentablemente, no se han conservado. Pero los ligeros indicios que se transparentan a través de las palabras de Dión, delatan una confianza notable entre el «poderoso y el sabio». Que es Nerva el corresponsal de Dión es lo más verosímil por la fecha y por las expresas referencias en el discurso XLV 2-3.

DISCURSO AMISTOSO DIRIGIDO A SU CIUDAD CUANDO LE OFRECÍA HONORES

1 Para mí, ciudadanos, no hay vista más agradable que vuestra presencia, ni voz más querida que la vuestra, ni honores más importantes que los de esta ciudad, ni elogio más espléndido que el que me viene de vosotros. Aunque todos los griegos, y con ellos el pueblo romano, me admiraran y elogiaran, no podrían alegrar tanto mi mente[1]. Porque, en realidad, Homero que habló tantas cosas sabias y divinas, no dijo nada más sabio y más verdadero que este verso,

No hay nada más dulce que la propia patria[2].

2 Pues ciertamente sabéis que todos los honores, no sólo los que ahora me ofrecéis, sino también otros que pudiera haber, los encuentro en vuestra benevolencia y amistad; además, no necesito ninguna otra cosa. Pues para el hombre razonable, lo más gratificante es sentirse amado por sus propios conciudadanos. Y el que tiene esta ventaja, ¿para qué

---

[1] Dión había sido, en efecto, distinguido con honores antes en Roma, como en otras ciudades griegas.

[2] *Odisea* IX 34. Odiseo hace esta afirmación cuando se encuentra en el palacio de Alcínoo.

más podría necesitar estatuas, proclamaciones o asientos de preferencia? Ni siquiera aunque se le erigiera una imagen de oro repujado en los templos más ilustres. Pues una sola palabra pronunciada como fruto de la benevolencia y la amistad es más importante que todo el oro, las coronas y las demás cosas consideradas de valor entre los hombres. Así es que, hacedme caso y actuad en consecuencia.

3 Pero si realmente yo también debo recibir tales honores, tengo también otros muchos en vuestra ciudad. En primer lugar, los honores de mi propio padre, con los que le honrasteis como hombre bueno durante todo el tiempo que vivió presidiendo correctamente la ciudad. Luego, los de mi madre, a quien vosotros erigisteis no sólo una estatua sino también un templo. Además, los de mis abuelos y los de mis otros antepasados, así como los de mis hermanos y otros
4 parientes. Pues se les ofrecieron de parte de esta ciudad muchas estatuas, sepulturas oficiales, juegos fúnebres y otros muchos y preciosos honores, de ninguno de los cuales yo me he olvidado, sino que los tengo todos presentes lo mejor que puedo. Pienso que yo os debo gratitud por estos favores, y pido a los dioses que pueda pagaros convenientemente. Pues aunque estoy convencido de que mis parientes fueron dignos y de que obtuvieron los honores con todo merecimiento, sin embargo, la ciudad ha sido por demás generosa. Pues la patria les mostraba su gratitud aún por aquellas cosas que, por cualquier circunstancia, no pudieron cumplir
5 aunque lo intentaron. Mi abuelo, por ejemplo, aunque hubiera gozado más tiempo de la amistad del que entonces era emperador[3], y el plazo del que dispuso no hubiera sido absolutamente corto, tenía la intención, según cuentan, de con-

[3] Posiblemente, el emperador Claudio (10 a. C.-57 d. C.).

seguir la libertad para nuestra ciudad[4], y ya tenía preparado su discurso sobre el tema. No conviene, pues, desesperar mientras la ciudad produzca hombres buenos y amantes de la gloria como los actuales. Porque yo, que he visitado muchas ciudades, no conozco hombres mejores que los de Prusa.

Yo podría hablar largo y tendido de cada uno, si no fuera porque, al ser prácticamente todos parientes míos, me da reparo elogiarlos y, como quien dice, pagar mi contribución por los honores que se me han concedido. Pues he escucha- 6
do también a estos hombres[5], aunque siento gran respeto hacia los que os han dirigido la palabra, complacido por su generosidad y buena disposición, más aún, por la fuerza de su elocuencia. No tiene nada de admirable el que yo haya amado a una patria como ésta de tal manera que, en vez de ella, no hubiera elegido como patria ni a Atenas, ni a Argos ni a Esparta, que son las primeras y más famosas ciudades de Grecia. Y esto os lo he demostrado con los hechos. Pues cuando muchos en muchos lugares me rogaban que residiera en su ciudad y me pusiera al frente de sus asuntos públicos, y no sólo ahora sino cuando estaba desterrado, —algunos enviaron incluso resoluciones al emperador dándole las gracias por el honor que me había hecho—, no pronuncié ni tan sólo una palabra de aceptación, sino que ni siquiera adquirí casa o terreno en otra ciudad, para que no hubiera ninguna señal de que tenía una patria en otro lugar.

Realmente sería terrible que los hombres fueran más 7
injustos que las abejas. Porque ninguna de ellas abandona jamás su propia colmena y se traslada a otra mayor y más próspera, sino que acompaña a su propio enjambre y lo acre-

---

[4] Cf. § 12.

[5] Los oradores que han hecho la propuesta ante la Asamblea.

cienta, aunque la región sea más fría, el pasto peor y el néctar más escaso; y aunque el trabajo relacionado con los panales sea más duro, y el agricultor más descuidado. Y se quieren tanto, según dicen, unas a otras y cada una a su colmena que, cuando se quedan fuera en tiempo de invierno y sopla un fuerte viento, cada una toma una piedrecilla con los pies a manera de lastre y así se echan a volar, para que no sean arrastradas por el viento ni equivoquen el camino de la colmena.

8 Cuando uno tiene una patria tan bien dispuesta y tan honrada, ¿cómo no va a pensar que las demás cosas son de poca importancia? Yo me alegro cuando pienso en estas cosas, al ver no sólo a mi hijo sino también a mi sobrino y a los demás jóvenes —veo a muchos, gracias a Dios, y a todos, que son hijos de buenos padres y parecen buenas personas— y me alegro al verlos mentalizados para rivalizar unos con otros sin envidia ni celos, y lo mismo con los demás hombres, en virtud y buena reputación tanto personal como de la patria. Se esfuerzan igualmente todos y cada uno por ser los primeros de la ciudad en justicia y patriotismo, y para no sentirse incapaces de hacer el bien y de acrecentar a su patria.

9 Sabéis muy bien que, aunque Prusa no es la mayor de la ciudades ni la que lleva más tiempo habitada, es más famosa que muchas otras entre los demás hombres; y prácticamente, si se la compara con todos los griegos, tiene desde hace tiempo a sus propios ciudadanos clasificados no ya entre los últimos, sino ni siquiera entre los terceros o los segundos[6]. Y hago esta afirmación no por mí mismo, sino por otros, de los cuales unos han hecho viajes al extranjero y, al hacerse famosos ante muchos hombres, han poseído una

[6] PLINIO EL JOVEN habla de la *dignitas* de Prusa en su *Carta* X 23.

fama notoria; y otros, haciendo política y permaneciendo en la ciudad, no son inferiores a aquellos ni en palabras ni en obras.

Veo que no solamente por la palabra sino también por la 10
filosofía, han proliferado en la ciudad los hombres honrados y distinguidos. Por ello, no dudaré en exhortar a los jóvenes en privado y en público siempre que se presente la ocasión. Y considero justo que el pueblo, o sea, vosotros tengáis la esperanza de que van a ser realidad las cosas que dependen de nuestros gobernantes, y pidáis para que podáis tener una cierta honra, fama y abundancia de riquezas. Y en cuanto a lo que depende de vosotros mismos, lo tengáis por ser superiores en disciplina a los demás pueblos, por vuestro respeto a los demás, vuestra obediencia a los hombres honrados, vuestra laboriosidad, vuestra prudencia en la vida diaria, por no descuidar ni vuestro cuerpo ni vuestra alma en la medida en que a cada uno os lo permiten vuestras propias ocupaciones; por criar y educar cuidadosamente a vuestros hijos; por hacer de vuestra ciudad una ciudad realmente griega, libre de tumultos y estable; por dedicar lo más agudo y humano de vuestra naturaleza así como vuestra inteligencia a las cosas más importantes y hermosas, y apartaros, en la medida de lo posible, de la discordia, del desorden y de andar molestándoos unos a otros[7].

Porque hay, señores míos, una educación del pueblo y 11
una conducta de la ciudad que son sabias y razonables. Y no solamente los espartanos, los atenienses y otros pueblos de la antigüedad[8], por su política ordenada, hicieron a sus ciudades grandes e ilustres, aun partiendo de principios peque-

[7] Dión es consciente de las revueltas que amenazan la región. El discurso XLVI es una prueba.

[8] Es de notar una vez más la mirada al pasado de Grecia.

ños y débiles, sino que también ahora pueden hacer lo mismo aquellos que se lo propongan. Pues si os preocupáis de estas cosas, os serán más provechosas que el número de vuestros consejeros, más que la capacidad de resolver vuestras causas en la ciudad, más que la posibilidad de recibir de fuera alguna clase de riquezas, y más que la misma libertad,
12 si es que algún día conseguís estas ventajas. Pues bien sabéis que algunas veces no es posible poseer la llamada libertad, y ni siquiera ese nombre, que se da entre quienes tienen poder y autoridad. La libertad verdadera, esa que los hombres poseen de hecho, la consiguen por sus propias fuerzas, tanto a nivel individual como a nivel de ciudades, cuando administran con gran sensatez y no de manera servil y frívola sus propios asuntos. Y para que conozcáis desde otra perspectiva mi opinión, os voy a leer la carta que yo mismo envié al emperador cuando me llamó, en la que le rogaba me disculpara porque tenía que visitaros, y también os leeré la respuesta que me remitió.

XLV

DEFENSA DE SU CONDUCTA ANTE SU CIUDAD

INTRODUCCIÓN

Dión pronuncia este interesante discurso delante de la Asamblea de la ciudad de Prusa el año 101 ó 102 d. C. Como el título advierte, se trata de defender su conducta ante sus conciudadanos. Dado que sólo se defiende de aquello que necesita defensa, llegamos a la conclusión de que existen dificultades, malentendidos o malas voluntades que acusan a Dión de oscuras maquinaciones. Al hacer su defensa, Dión, visiblemente afectado, nos da varios detalles autobiográficos. Su largo destierro había resultado particularmente duro por la soledad, la pobreza y las enfermedades que hubo de soportar. Y todo, frente a un enemigo poderoso y abiertamente hostil. Era Domiciano, el promotor del destierro de todos los filósofos de Roma, y a quien nuestro orador correspondía con el más profundo desdén.

Pero Domiciano murió asesinado por sus cortesanos el año 96 d. C. Nerva, su sucesor, significó una esperanza que quedó truncada con su muerte prematura en el 98 a. C. Dión, a quien Nerva honraba con su amistad, no tuvo tiempo de conseguir de su poderoso amigo todas las ventajas que pretendía para Prusa. Porque —y esto lo deja bien claro el orador—, todas las influencias las usó en procurar ventajas en favor de su ciudad. Unas ventajas sólo comparables

a las que los emperadores concedieron a la ciudad de Esmirna.

Trajano, en efecto, fue especialmente generoso con Esmirna, porque un oráculo de sus dioses había predicho su ascensión al trono imperial (§ 4). Pero Trajano era también amigo y admirador de Dión, y por él hizo a su ciudad determinadas concesiones sobre temas económicos y políticos. El Consejo pudo ser uno de los aspectos de la benevolencia imperial. Pero, también en la elección de sus miembros, surgieron discrepancias y descontentos. Dión se expresa claramente contra el amiguismo y contra los partidismos que desgarraban la conciencia ciudadana (§ 8).

Las acusaciones vertidas contra Dión y las protestas del propio orador son una prueba fehaciente del prestigio y la ascendencia de que gozaba en su propia ciudad. Su criterio o su apoyo podía inclinar la balanza en favor de una u otra postura (§ 9-10). Sin embargo, las reformas estaban erizadas de problemas. Dión los había encontrado, incluso cuando pretendía aplicar su programa de reformas patrocinado por su imperial amigo. También los encontró Odiseo cuando regresó a Ítaca. Y los encontraron otros próceres que quisieron engrandecer a sus patrias.

Lo que pasa es que la envidia siempre ha sido mala consejera. Y mucho más, si los cipreses, que sobresalen, dejan a sus pies una abundante alfombra de juncos rastreros.

DEFENSA DE SU CONDUCTA ANTE SU CIUDAD

Ciudadanos, quiero daros razón de esta estancia, pues 1
creo que es breve el tiempo que me queda[1]. Quiero contaros cómo pasé mi destierro sin dejarme vencer por la ausencia de amigos, ni por la escasez de recursos, ni por la debilidad del cuerpo; y además de todas estas cosas, teniendo que soportar como enemigo no a un innominado cualquiera de los que a veces son llamados iguales o de igual categoría, sino al hombre más fuerte y más importante, denominado por todos los griegos y bárbaros señor y dios, pero que en verdad es un demonio perverso[2]. Y ello cuando yo no sólo no trataba de adularle ni de mitigar su enemistad, sino que le irritaba abiertamente. Pues sus maldades, por Zeus, no es que ahora vaya a contarlas o escribirlas, es que ya entonces las expuse y las dejé escritas. Aunque aquellas palabras y aquellos escritos están por todas partes, no porque yo me dejara arrastrar por alguna locura o desesperación, sino porque confiaba

[1] Aquí, como en el § 14, alude Dión al escaso tiempo de que dispone. Se cree que tenía que ir a Roma para asistir al inminente juicio contra el procónsul corrupto, Julio Baso.

[2] Es el emperador Domiciano (51-96 d. C.), hijo menor de Vespasiano. Por Suetonio (*Domiciano* 13), sabemos que iniciaba sus cartas aplicándose el título de «señor y dios».

en el poder y la protección que viene de los dioses y que
2 muchos menosprecian y consideran inútil... [3]. Creo que es superfluo hablar de estas cosas una por una, pues son conocidas bastante bien por otras gentes, y gozan de la fama y la honra que les corresponde. Y si os explicara el tiempo de mi destierro, podría decir alguien que no me lamento, sino que más bien me siento orgulloso.

Cuando murió aquel emperador[4] y se produjo el cambio, estaba a punto de salir para visitar al nobilísimo Nerva. Pero impedido por una grave enfermedad, me vi totalmente perjudicado en aquella ocasión, al quedar privado de la presencia de un emperador tan humano, que me amaba y era antiguo amigo mío. Y os juro por todos los dioses que si me lamento de haber perdido aquella oportunidad, no es por lo que hubiera podido conseguir para mí o para cualquiera de los míos, sino por lo que hubiera podido obtener para vosotros y para la ciudad en general[5]; eso sí que lo considero un
3 gran daño y perjuicio. Pues lo que ahora hemos conseguido, lo podíamos haber tenido ya entonces, y lo hubiéramos usado en la presente ocasión para obtener nuevas ventajas. Ahora bien, aquel emperador tuvo hacia nosotros tan gran amabilidad y atención cuanta conocen los que estuvieron presentes. Pero si yo os hablara del tema, disgustaría gravemente a algunos[6]. Pues posiblemente ni siquiera parecería creíble mi explicación de que uno que goza de tan gran

---

[3] Lamar Crosby cree que este anacoluto podría ir acompañado de un gesto significativo del orador.

[4] Dión se refiere obviamente a la muerte de Domiciano, acaecida el año 96 d. C.

[5] El autor deja entrever que aprovechará el nuevo viaje a Roma para conseguir para Prusa lo que no pudo al verse impedido por una grave enfermedad.

[6] En Prusa, aparece siempre un grupo de ciudadanos, que miraba con desconfianza las iniciativas que Dión tomaba en beneficio de su ciudad.

aprecio, intimidad y amistad haya omitido y descuidado todos estos temas, como si deseara que aquí hubiera confusión y dificultades... y no quiero decir más. Sin embargo, no empleé aquella ocasión y la benevolencia del soberano para conseguir ninguna ventaja personal, ni siquiera en parte, como, por ejemplo, para restaurar mi hacienda arruinada o para conseguir algún cargo o poder, sino que todo lo que se podía obtener lo desvié para vosotros, y solamente me fijé en el interés de la ciudad.

Pero no quiero insistir en que tales concesiones son úti- 4
les e importantes, o en que no las han recibido muchas otras ciudades sino una sola, y ésta la más insigne prácticamente de toda el Asia, que tiene reputación tan grande ante el emperador, porque fue su dios el que profetizó y predijo su subida al trono, y el primero que lo proclamó señor del universo[7]. Pero quizá vale la pena tener en cuenta que vosotros deseabais aquellas cosas más que ninguna otra, y que fue largo el tiempo en que las estuvisteis esperando y fuisteis objeto de engaño, y que dabais honores excesivos sólo a aquellas personas particulares que os hacían promesas, —pues ningún gobernador esperó nunca nada ni lo prometió—, y salisteis en masa a buscarlas lejos de Prusa, y permanecis-
teis en otras ciudades. Sin embargo, cuando se realizaron 5
aquellas concesiones, tan pequeñas e insignificantes, entonces era cuando aquel hombre noble, en nada dominado por la envidia y la maledicencia, tenía que haber dicho: «Sois unos locos y unos mentecatos, al aferraros tan firmemente a tales cosas, y al cultivar el trato con unos hombres tan humildes acerca de asuntos que ni son precisos ni importantes, sino más bien dudosos, más aún, que no ofrecen ninguna

---

[7] Posiblemente, Esmirna, ciudad favorecida muchas veces por los emperadores. Cf. XL 14.

seguridad». Pero, creo incluso, que de cualquier modo que sucedieran, representaron una dificultad para ellos. Por cierto que no disgustó por igual a todos el que fuera tal o cual gobernador el que hiciera y ofreciera las concesiones, y no alguno de nuestros conciudadanos. Más aún, había una velada esperanza que los tenía engañados acerca de concesiones que nunca se cumplieron.

6 Y es más, también he oído decir a muchos que, cuando en una ocasión anterior, uno de los gobernadores envió un escrito acerca de la administración, y el proyecto fracasó, muchos se burlaron de la ciudad, —y no nuestros vecinos, que hubiera sido un mal menor, sino nuestros conciudadanos—, pensando que la ciudad aspiraba a metas mayores de las que le corresponden y que en nada sobresalía, en materia de insensatez, sobre los hijos de los reyes. Al decir estas cosas, no se avergonzaban de ridiculizar a su propia patria y desacreditarla con sus palabras de una forma tan necia. Porque si son de los principales de la ciudad o de los más honorables, se desacreditan a sí mismos, al haber sido los jefes de una ciudad débil y oscura; y si son de los desarrapados y de los últimos, hacen su propia deshonra mayor y más dura por cuanto resulta que son los últimos de la última de las ciudades.

7 Pero, para no apartarme del tema principal a causa de estas reflexiones ocasionales, una vez que fueron conseguidas estas ventajas y traídas a nuestra ciudad, considerad si he sido gravoso para alguno de los ciudadanos, ya sea en privado, hablando en mi propio interés, ya públicamente, presentando y echando en cara los favores, o promocionando a algunos que yo quería. O si por el contrario, elegidos no menos de cien miembros del Consejo, mientras que otros introducían a sus propios amigos y los disponían para tener gente que lo apoyara y ayudara en todos los asuntos que plantearan, yo no hice nada de eso, ni lo hablé siquiera, en

la seguridad de que si yo quisiera, se unirían a mí antes que a ningún otro. Porque sobre todo, yo consideraba conve- 8
niente que nadie introdujera tales costumbres, ni gobernara por medio de sociedades políticas[8] ni dividiera la ciudad en partidos. Y si lo hacía, yo me apartaría de tales errores, aunque acabara teniendo menos poder que los demás y fuera considerado como persona de ninguna importancia.

¿En qué me equivoqué, pues, acerca de estos asuntos, y en qué me descuidé? Tengo razón cuando os confieso que yo no cometí ninguna acción injusta ni ilegal; y que nunca fui un obstáculo para nadie, cuando podía haberlo sido con una sola palabra, presentándome a denunciar lo que estaba sucediendo, aunque ya lo conocierais tanto vosotros como los gobernadores. Pero si vosotros no prestabais atención, ni el tema afectaba a los gobernadores, no me resultaba nada difícil dirigirme al emperador. Esto fue lo que me hizo pe- 9
manecer tranquilo, para que no pareciera que yo estaba acusando a algunas personas o calumniando a la ciudad, en una palabra, para no ser molesto a ninguno de los habitantes de Prusa. El asunto del Consejo lo resolvisteis así de forma correcta en términos generales, pues no elegisteis a hombres inútiles ni indignos; sólo que al recibir todos la misma dignidad, aunque la habían conseguido justamente y por sus propios méritos, sin embargo, como pasa con los iniciados, tenían necesidad de técnicos en la iniciación[9]. Tampoco

---

[8] Trajano, en su correspondencia con PLINIO (X 34), advierte al joven gobernador de Bitinia de las *hetaeriae* o sociedades que han proliferado en la provincia de Bitinia y que están provocando problemas. Entre otras, menciona concretamente el *collegium fabrorum* que funciona en Nicomedia.

[9] Dión alude en este pasaje a los *mystagogoí*, especie de padrinos que ayudaban a los iniciados de los misterios de Eleusis en todo lo relativo a los ritos de la iniciación.

consideré conveniente dar yo solo mi voto a favor de nadie, para que no diera la impresión de que con este gesto le daba un cierto espaldarazo y apoyo, y para que otros no tuvieran
10 reparo en escribir o expresarse contra mí. Dos o tres días después de realizada la votación, salí de la ciudad porque no quería en modo alguno que, porque yo estuviera presente en los sucesos, alguien se sintiera deudor o comprometido conmigo, ni tuviera que estarme agradecido por el resultado del asunto[10]. Pues si solicité consejeros, fue para vosotros, no para mí.

Además, cuando fue presentado entonces por vez primera el tema de la administración financiera, fui tratado injustamente por muchos en varios detalles, —cosa lógica en uno que acaba de venir del destierro después de tantos años—; y aunque contra algunos no necesitaba recurrir a la justicia, sino más bien hablar y hacer memoria de lo que retenían bajo su poder, no quise denunciar a nadie ni hacer ninguna declaración. Sin embargo, muchos esclavos habían escapado hacia la libertad, muchos se habían quedado con mi dinero, muchos habían ocupado mis tierras, ya que
11 nadie se lo impedía. Porque Odiseo, que había dejado en su casa a su padre, a su buena esposa y a sus hijos, ¿no fue menospreciado por haber estado ausente, tanto como para que algunos, apoderándose de su casa, comieran y bebieran a diario escanciando su vino y matando sus rebaños, y ni siquiera se mantuvieron alejados de su mujer, sino que la obligaron a casarse por la fuerza, y a abandonar a su marido y a su casa? ¿Y no era lógico que yo sufriera mu-

[10] Todas estas declaraciones demuestran que la influencia de Dión en su ciudad natal era tan grande como para condicionar la actitud política del Consejo.

chas cosas parecidas de parte de muchos, cuando todos me daban por perdido, y nadie esperaba ya que me salvara?[11].

Ahora bien, acerca de estos temas quizá no conseguí ser 12
igual a los otros; quiero decir, que no fui más sensato no sólo que las personas particulares, sino que muchos llamados filósofos. Sin embargo, disgusté con mis hechos a la ciudad. De estas cosas, ya habéis oído muchas veces contar cómo sucedieron; sin embargo, conviene recordarlas ahora. Pues, por mi parte, ciudadanos, reconozco que tenía la intención de adornar la ciudad y dotarla no sólo de pórticos y de fuentes, sino también, si era posible, de murallas, puertos
y arsenales. Tampoco niego haber tenido el vehemente de- 13
seo, llámese realmente infantil o insensato, de pretender hacer de la ciudad cabeza de una confederación, de atraer a ella tanta multitud de gente cuanta fuera posible, y de obligar no sólo a los pueblos vecinos, sino, si se podía, a otras ciudades a reunirse con nosotros. Es lo que hizo Epaminondas cuando reunió a Beocia en la ciudad de Tebas; y Teseo concentró el Ática en Atenas; se cuenta igualmente que los habitantes de Mitilene, una vez que se hicieron dueños de la Eólida y de los territorios que están junto al Helesponto y la Tróade, reunieron a toda Lesbos en una sola ciudad, la suya propia[12].

No obstante, conociendo la mentalidad de algunos hom- 14
bres de aquí, así como mi capacidad, mis trabajos y la duración de mi presencia en Prusa, —que de todos modos ha de ser corta—, ni pretendí nada realmente importante ni lo esperé; solamente no pude contener mi propio pensamiento,

---

[11] También habla en el discurso XL 2, sobre la situación lamentable de sus propiedades durante el destierro.

[12] Son varios casos paradigmáticos del fenómeno llamado «sinecismo», por el que determinadas poblaciones periféricas de un núcleo importante se concentraban en una unidad política superior.

sino que lo mismo que los enamorados se extienden hablando de aquellas cosas que más desean, así yo también recordé muchas veces aquello que, a mi parecer, era conveniente para la ciudad, tanto para su acondicionamiento, como para lograr su confederación, para sus ingresos y para otros miles
15 de cosas. Si alguna vez surgiera la ocasión de cumplir estos programas, y alguno de los dioses los realizara, veríais entonces el colmo de la hostilidad de algunos y de su odio contra mí, por no decir contra vosotros. Ya no hablarán ni insultarán ambigua y sosegadamente, sino abiertamente y a las claras; y si no son capaces de obstaculizar la marcha de las cosas, se ahorcarán antes de ver que la ciudad se convierte en lo que podría ser, si lo quieren los dioses. Entonces, pues, cuando el gobernador aceptó la propuesta[13] —quizá por vosotros, aunque posiblemente también por mí—, y reunió la asamblea sin que yo lo supiera previamente, mientras hacía la lectura del tema, no pude contenerme, sino que me levanté, hice mi recomendación y traté de informar a los
16 que desconocían el asunto. Y a continuación, el pueblo, es decir, vosotros ni siquiera expresasteis el deseo de ejecutar el proyecto, pero un alto cargo manifestó su actitud contraria a la ejecución del plan. Sin embargo, nadie más expresó su oposición, más aún, no hubo nadie que tuviera la misma disposición y opinara como él, sino que todos, como si se tratara de cosas buenas y convenientes para la ciudad, colaboraron no sólo de palabra, sino con su contribución material. Y así, se realizó el proyecto como bueno, espléndido y conveniente para la ciudad.

[13] Más detalles, en XL 6.

XLVI

PRONUNCIADO EN SU PATRIA ANTES DE SU DEDICACIÓN A LA FILOSOFÍA

INTRODUCCIÓN

El título de este discurso nos ofrece la única referencia concreta de que fue pronunciado antes de que Dión se dedicara a la filosofía. Era el planteamiento de su biógrafo Sinesio, quien divide los discursos de Dión en dos grandes grupos, separados por su presunta «conversión». Los del primer grupo serían de carácter más sofístico y retórico. Los del otro grupo tendrían un tono más serio y doctrinal. Esta consideración y la total ausencia de alusiones a su destierro nos lleva, con Von Arnim, a una época relativamente temprana en la vida y en la carrera de nuestro orador.

En efecto, Dión parece ser un hombre semidesconocido o, por lo menos, sin el halo de prestigio que sus hechos y sus amistades le dieron más adelante. Cuando se ve en apuros, necesita recurrir a los méritos de sus antepasados para tener razones positivas que presentar ante su paisanos irritados (§ 2-3). Luego, ofrece detalles de sus situación de heredero con sus ventajas y sus inconvenientes de índole económica. Pero que su fortuna no era nada despreciable, lo demuestra el hecho de que Dión había tenido que prestar los servicios públicos o liturgias que la ciudad imponía a los ciudadanos ricos.

El alboroto, que trae revuelta a la ciudad, es lo suficientemente grave como para que los ciudadanos de Prusa intenten apedrear y prender fuego a la casa de los culpables. Al lado de Dión, aparece otro personaje innominado, objeto también de las iras de la plebe (§ 6).

¿Qué ha sucedido en la ciudad para que se provoque un motín de tan graves consecuencias? El mismo Dión se reconoce incapaz de comprenderlo. Su conducta ha sido, en todos los aspectos, correcta. Ni siquiera en su profesión de abogado ha hecho a nadie, ni con sus hechos ni con sus palabras, un daño, que ahora pudiera volverse contra él (§ 7-8).

Pero el orador expone las raíces verdaderas del motín. El precio del trigo ha experimentado una sensible subida. Los promotores del alboroto señalan a Dión como responsable con su política de ventas y sus maniobras para alterar el precio del grano. Y él tiene que defenderse aportando datos de sus tierras y sus productos (§ 8-9).

Pero no es el único motivo de la inquietud ciudadana. Dión es también blanco de las iras populares por unas obras en los edificios de su propiedad. Sus celosos paisanos creen que su ciudad pierde valores que podrían considerarse representativos de las tradiciones de sus mayores. Dión está no solamente reformando sus edificios, sino desfigurando la ciudad.

Todo ello ha llevado a una sesión borrascosa de la asamblea. Los alborotadores debieron de interrumpir al orador, sobre todo, cuando subió a la tribuna y cuando abordó el problema del precio del grano. Pero Dión conservó la calma en tan adversas circunstancias. Denunció los sucesos del frustrado asalto a su propia casa, y señaló el diálogo y la buena voluntad como el camino idóneo para la solución. Y, ¿por qué no?, también la presencia de

los gobernadores romanos, que eran puntualmente informados de todo lo que pasaba en las ciudades. Sobre todo, si ello ponía en peligro la paz y el orden público entre los ciudadanos.

PRONUNCIADO EN SU PATRIA ANTES DE SU DEDICACIÓN A LA FILOSOFÍA

No estoy sorprendido, ciudadanos, por vuestro compor- 1
tamiento, siendo como es. Pero lo que me tiene desconcertado es que no veo que haya motivo para que estéis disgustados conmigo. Porque una ira justa, se puede resolver entre hombres por medio del diálogo. Pero ¿quién podría curar un odio injusto? Sin embargo, estimo que debéis escucharme porque hablo no tanto en mi propio interés sino en el vuestro [1]. Pues si no soy responsable de ninguna injusticia, tampoco vosotros deseáis odiar sin razón a ninguno de vuestros conciudadanos. Pero si soy culpable, mis palabras se alzarán contra mí, no a mi favor. Y así, incurriré ante vosotros en un castigo mayor del que vosotros pretendéis. Pues el ser convicto de maldad es, desde todos los puntos de vista, más
terrible que ser apedreado o quemado vivo [2]. En primer lu- 2
gar, habéis de saber que lo que os parece más temible, como son las piedras o el fuego, no causa temor a nadie. Y no sois

[1] No debió de ser fácil para el orador dominar las iras del alborotado auditorio, ni al empezar su alocución, ni cuando abordó el tema del precio de los cereales.

[2] Dión presagia ya el peligro que describirá más tarde (§ 12-13).

fuertes por estas cosas, sino los más débiles de todos, a no ser que se incluya en esta relación la fuerza de los bandidos y de los locos. Pero la fuerza de una ciudad y de un pueblo está en otras cosas, sobre todo, en la sabiduría y la práctica de la justicia.

Por lo que se refiere a mi padre, no hace ninguna falta que yo diga que era buena persona, pues siempre lo tratabais con deferencia tanto como colectividad como cada uno en particular, siempre que aludíais a él, afirmando que no
3 era precisamente un ciudadano vulgar[3]. Es preciso, sin embargo, que sepáis que no sacaba ninguna utilidad de estos elogios, pero cuando me aceptáis a mí, que soy su hijo, entonces también estáis acordándoos de él. Sobre mi abuelo[4], nadie podría decir ni que fue motivo de vergüenza para la ciudad ni que no gastó nada de sus propios bienes. Pues toda la fortuna que había heredado de su padre y de su abuelo la gastó en actos de munificencia, de tal manera que no le quedó nada, pero consiguió una nueva fortuna con su edu-
4 cación y con la benevolencia de los emperadores. Sin embargo, aunque gozaba de tan grande amistad y aprecio, no solicitó, al parecer, ningún favor para sí mismo, sino que conservó y administró en favor vuestro la buena disposición del emperador[5]. Y si alguien piensa que es una frivolidad el que vosotros hagáis memoria de la benevolencia y de la virtud de vuestros ciudadanos, no sé cómo el tal individuo pretende ser tratado favorablemente por otros. Siendo, pues, yo descendiente de tales antepasados, aunque fuera malvado

[3] Éstas son las únicas noticias que tenemos del padre de Dión. Su nombre, Pasícrates, es citado por Focio en el código 209 de su *Biblioteca*.

[4] Se trata de su abuelo materno, recordado con especial cariño y admiración en los discursos XLI 6 y XLIV 5.

[5] Probablemente, el emperador Claudio (10 a. C. - 57 d. C.).

en extremo, sería digno de alguna consideración por causa de ellos, y no de ser apedreado o quemado vivo.

Considerad, pues, mi caso, ciudadanos, con benevolencia. 5
Mi padre nos dejó una fortuna, grande en la opinión de la gente, pero pequeña en su valor real, y mucho más pequeña que la de otros. Pues las deudas ascendían a no menos de cuatrocientas mil dracmas, y los negocios con el exterior eran de tal naturaleza que resultaban más problemáticos que las mismas deudas. Porque no había ninguna seguridad, por así decirlo, en ninguna de nuestras propiedades; pero mi padre, confiando en su propia capacidad, lo adquirió todo pensando
que nadie le discutiría sus derechos. Y aunque quedé en una 6
situación así, y no he podido todavía ahora pagar la parte correspondiente de sus deudas, sin embargo, os he prestado los servicios públicos[6] más importantes, hasta el punto de que nadie en la ciudad los ha prestado mayores que yo[7]. Pero que hay muchos que son más ricos que yo, lo sabéis vosotros mismos. Entonces, ¿por qué razón estáis airados contra mí, y de todos los ciudadanos, me acusáis a mí y a otro individuo de infamia, y traéis piedras y fuego contra nosotros? Y que nadie diga que hablo en favor de aquel hombre. Pero posiblemente no había motivo para irritarse de esta manera con nadie, ni siquiera con los malhechores; por otro lado, bastante tenía yo con mis problemas.

---

[6] Se trata de la contribución especial que pesaba sobre los ciudadanos ricos y que recibía el nombre técnico de «liturgia». En la antigüedad, las liturgias más corrientes eran las de costear los gastos de las representaciones teatrales, armar barcos de guerra, construir edificios públicos, etc.

[7] En tales casos, ante la sospecha de que otros ciudadanos más ricos se quedaran sin contribuir, el ciudadano obligado a una contribución proponía la *epídosis* o cambio de fortunas. Con ello, su contribución pasaba al otro.

7 Considerad qué clase de ciudadano soy en los demás aspectos, comparándome con quien queráis de tantos a los que no condenáis al fuego. Pues tengo propiedades, todas ellas en vuestro territorio. Y ninguno de mis vecinos, ni rico ni pobre, —muchos de éstos son vecinos míos—, nunca jamás me ha acusado de haberle despojado de algo o de haberle expulsado ni justa ni injustamente. Yo no soy ni superhábil en hablar, aunque quizá tampoco el último en el manejo de
8 la palabra. Luego ¿es que hay alguien a quien he disgustado con mis palabras, y he causado algún problema ultrajando a gente pacífica? ¿Acaso he puesto a alguien en peligro de perder su hacienda, como si fuera propiedad del César, o traicionado a alguien en mis funciones de abogado?

Más aún, nadie tiene menos culpa que yo de la escasez actual. ¿O es que por haber recogido mayor cantidad de trigo que nadie, la he guardado para hacer subir su precio? Pero vosotros conocéis la capacidad de mis tierras, porque rara vez vendí trigo, si es que alguna vez lo hice, ni siquiera cuando la cosecha había sido sobreabundante en cantidad. Y en tantos años no he tenido ni siquiera la cantidad suficiente para mí, sino que todos mis productos se derivaban del vino y del ganado. Y aunque presto dinero, dicen que no quiero darlo para comprar grano. Pero tampoco hace falta que yo diga nada sobre este detalle. Pues ya conocéis vosotros quiénes son los que prestan en la ciudad y quiénes los que toman prestado[8].

9 ¿Qué es lo que yo podía hacer, que no haya hecho, para libraros del apuro, o por qué tenéis esa actitud conmigo? Yo, por Zeus, he edificado los soportales junto a las termas,

[8] La condición de prestamista estaba mal vista. Su valoración era, ante la gente, la de un usurero.

y los talleres. Y con eso precisamente, según algunos, yo he hecho daño a la ciudad. Pero ¿es que vosotros o cualquier otro de los ciudadanos ha censurado a alguien por edificar una casa en su propio campo? ¿O es que, por eso, el grano es más caro? Sin embargo, yo adquirí el terreno por cincuenta mil dracmas, un precio evidentemente más alto que su valor real. Pero me da vergüenza, por Zeus y todos los dioses, de que alguno de los ciudadanos —porque no se trata de la ciudad— sea tan mezquino como para sentirse triste y envidioso si ve que otro ha edificado un pórtico o un taller.

Además, el asunto por el que os irritasteis necesita real- 10
mente cierto cuidado; sin embargo, no es algo irreparable ni tan grave como para que os portéis así. El precio del grano ha subido por encima de lo que era habitual entre vosotros, pero no tanto como para desesperarse. Hay ciudades en las que siempre ha tenido este precio cuando la situación era muy favorable. Y vosotros volvéis a alborotaros como si yo dijera que también en Prusa debe tener el mismo precio y nunca un precio inferior[9]. Pero lo que yo afirmo es que se debe poner atención para que sea más barato, y no amargarse de esa manera con lo que ha sucedido ni perder la compostura. Pues, al menos, lo que ha pasado ahora no es para ponerse así; porque si hubiera matado a vuestros hijos o a vuestras mujeres, no podríais haber actuado más duramente.
Y el enfadarse con los propios ciudadanos —lo mismo da 11
que sea con razón o sin ella, y con ciudadanos cabales, tan buenos como el que más— sin dar razón ni aceptarla, sino enseguida tratando de apedrearlos y de incendiar sus casas para, si es posible, quemarlos con sus hijos y sus mujeres, ¿de qué clase de hombres es? Yo, por Zeus y todos los dio-

[9] Las palabras del orador suponen una reacción airada del auditorio.

ses, aunque me escuchéis de mala gana, pienso que tales cosas no son propias de quien vive en la escasez y de quien no tiene lo necesario. Porque la necesidad produce sensatez.

Si creéis que estas cosas no las digo por vosotros, estáis
12 muy equivocados. Y si sois así, por más que os irritéis con alguno —y es lógico que en una ciudad sucedan muchas cosas tanto justas como injustas—, ¿vais a considerar justo aplicar un castigo tan grave como quemar inmediatamente al culpable junto con sus hijos, y obligar a algunas mujeres, que son personas libres, a presentarse ante vosotros con los vestidos desgarrados y suplicantes como en estado de guerra? ¿Quién es el hombre tan insensato y desgraciado que elija vivir ni siquiera un día en una ciudad como ésta? Mucho mejor es ser desterrado y habitar en tierra extraña que padecer tales desventuras. Puesto que también ahora, la supuesta excusa por la que, según cuentan, os retirasteis de mi casa cuando sospechasteis de la estrecha hondonada del ac-
13 ceso, mirad en qué ha quedado. Porque si es eso lo que me salvó, ya va siendo hora de que cuando la ciudad esté en campaña trate de ocupar los lugares difíciles y las zonas elevadas o escarpadas[10]. Ahora bien, por los dioses, tampoco en los campamentos tratan unos de colocar la tienda en un lugar más seguro que otros, sino que lo que buscan es protección contra los enemigos.

Gracias, por lo tanto, a la fortuna, por la que os volvisteis atrás, ya sea porque lo pensasteis bien, ya sea por cualquier otro motivo. Porque yo no me hubiera defendido contra vosotros, por lo que en ese aspecto teníais absoluta seguridad cuando pretendíais quemar mi casa, a mí me bastaba con tomar a mi mujer y a mi hijo, y retirarme.

[10] Como en otros pasajes, Dión recurre a la ironía.

Que nadie piense que yo, por estar enfadado, he dicho 14
estas cosas en favor mío sino más bien en favor vuestro, porque tuve miedo de que fuerais tachados de violentos y desleales. Pues nada de lo que pasa en las ciudades se les oculta a los gobernadores, —me refiero a los gobernadores más importantes de la zona—, sino que lo mismo que los parientes acusan ante los maestros a los niños que son más bien desordenados en su casa, así también los errores de los pueblos son denunciados a los gobernadores. Ahora bien, estas cosas no podríais hacerlas ni correctamente ni de la manera que os conviene a vosotros mismos, pero sí podéis preocuparos del mercado y de elegir a hombres capaces y que no hayan contribuido ya con servicios especiales. Y si no podéis, elegid al menos a los que queráis, pues esto es propio de hombres sensatos; y en este tema nadie podrá oponerse a vosotros.

XLVII

ALOCUCIÓN AL PUEBLO DE PRUSA

INTRODUCCIÓN

Tenemos en el discurso XLVII otro de los denominados «bitínicos», que abre ante nuestros ojos un panorama de inquietudes sociales en la región de Bitinia. Es un eco más de las revueltas que son el trasfondo de la correspondencia de Plinio el Joven con Trajano. Ya en otros discursos, se oían rumores sobre protestas y descontentos (cf. XLV 12-14). En éste, se explican, con gran despliegue de detalles, las razones del disgusto que provoca la conducta de Dión entre sus paisanos. Las obras de reforma y embellecimiento de la ciudad de Prusa no son comprendidas o aceptadas por todos, con el consabido pretexto de que se destruyen valores y bienes de carácter histórico.

Dión vuelve a hacer vibrar la cuerda de su amargura, no exenta de un cierto sabor de ironía y sarcasmo. Y recuerda lo difícil que fue, para muchos filósofos, la vida en su propia patria. Tanto que tuvieron que emprender la vía del destierro para poder realizar libremente su magisterio. Los ejemplos alcanzan su clímax en Heracles. El héroe viajó por los países más lejanos, —Egipto, Libia, el Ponto—, y cuando regresó a su patria, tuvo que afrontar los famosos doce trabajos.

Es una forma de buscar paralelos a su situación personal. Dión había regresado de un amargo destierro. Llegado a su ciudad, encontró abundantes tropiezos, dificultades, incomprensiones. Y ello, cuando más se esforzaba por favorecerla y hacerla más grande y más próspera. Pero ni siquiera fue mejor la suerte para otros filósofos que prefirieron permanecer en su patria. La muerte de Sócrates es el ejemplo más preclaro de la ingratitud de una sociedad para con sus bienhechores (§ 7).

Dión, según su costumbre, ha buscado paralelismos y lecciones en la historia griega. Pero se da cuenta de que el tema está todavía intacto, y se decide a abordarlo con decisión. Él quiere que Prusa no sea menos que otras ciudades importantes, tanto de la zona de Bitinia, como de otras latitudes de Asia. La ciudad necesitaba urgentes reformas. Plinio nos informa del edificio de unos baños de Prusa que estaba *sordidum et vetus*. Era, pues, preciso reformarlo, añadía el joven gobernador, porque así lo exigía la *dignitas civitatis* (X 23, 2, 1). Luego, en X 70, habla de todo un programa de reformas, que muy bien podría ser el mismo que Dión perseguía.

El pueblo de Prusa estaba de acuerdo básicamente con los proyectos de la obra (§ 14). Para ella, era necesario, como en otros casos, limpiar espacios y trasladar sepulcros y templos. Pero surgieron voces que hablaban de impiedad contra los dioses y los difuntos, así como de afán destructor de la riqueza nacional. Los responsables de las obras, y Dión entre ellos, eran tachados de impíos y de antipatriotas. El orador responde pidiendo a los descontentos que expongan su parecer, con la garantía de que se les atenderá. Pero no puede soportar las graves acusaciones que se le hacen. Porque llegan a decir que su comportamiento es propio de un tirano.

De pasada, nos informa Dión de que está construyendo una casa, demasiado lujosa a los ojos de algunos de sus paisanos. Como son también lujosos sus vestidos y su talante todo (§ 25). Estos datos y la referencia a sus amistades imperiales y a su precaria salud completan el cuadro de aspectos autobiográficos que nos brinda este discurso.

ALOCUCIÓN AL PUEBLO DE PRUSA

En primer lugar, ciudadanos, cuando me levanto para dirigiros la palabra, no penséis que vais a oír un discurso admirable y extraordinario. Quiero decir, un discurso construido para agradar o que sea ejemplo de belleza o sabiduría. Pues, posiblemente, tampoco estoy capacitado para algo semejante, sino que por una cierta fatalidad he decepcionado a todos los públicos y a todas las ciudades. Pero sea como sea, ahora es natural que sienta gran desconcierto y que me olvide de tales discursos. Pues en todo lo que uno haga y en las circunstancias en que se encuentre, es preciso que sus palabras estén de acuerdo con sus hechos. En cuanto a mí, llevo ya mucho tiempo dedicado a cosas pequeñas y sin relieve. 1

Eso quizás haya sido necesario. Porque yo, anteriormente, admiraba a los filósofos que abandonaban sus propias patrias sin que nadie los obligara, y elegían vivir en otras ciudades. Y eso, cuando ellos solían manifestar que se debe honrar a la patria y apreciarla más que a ninguna otra cosa, y cuando decían que dedicarse a los asuntos públicos y participar en la política es algo natural al hombre. Me refiero a Zenón, a Crisipo, a Cleantes[1], 2

[1] Zenón de Citio (335-263 a. C.), Crisipo (280-207 a. C.) y Cleantes (331-232 a. C.) son tres ilustres representantes de la escuela estoica, fundada en Atenas por el chipriota Cleantes.

ninguno de los cuales permaneció en su patria, aunque solían hacer estas manifestaciones. ¿Es que no creían lo que decían? Y
3 más que nadie, a mi parecer. Pues consideraban una ocupación hermosa, realmente gratificante y conveniente a los hombres sabios, la preocupación por la propia ciudad. Si bien miraban con desconfianza las dificultades y los problemas inherentes, como la ignorancia de unos y la envidia e insensatez de otros, a no ser que alguien, a la vez que era sabio, tuviera la fuerza y el poder de un Heracles, cosa que consideraban imposible.

4 Ahora bien, de Heracles oímos decir que dominó Egipto y Libia, y además a los que habitaban junto al Ponto Euxino, a los Tracios, a los Escitas; conquistó Troya tomándola con una pequeña flota[2], mandó sobre todos aquellos pueblos y se estableció a sí mismo como rey. Pero cuando regresó a Argos, le ordenaron sacar el estiércol de Augias, o cazar las serpientes o perseguir a las aves para que no molestaran a los campesinos de Estínfalo, y otras tareas parecidas viles y humillantes[3]. Finalmente, cuentan que fue enviado al Hades[4]. Con tanta amabilidad lo trató su conciudadano[5]. Pero los argivos y los tebanos, que elogian y aman a Heracles, disimulan sus humillaciones.

5 Yo creo que, pensando en estas cosas Homero, que no sólo era un buen poeta, sino también a su modo un filósofo, anduvo viajando continuamente, de modo que nadie supo cuál era su patria. Y prefirió, al parecer, recibir veinticinco dracmas mendigando, incluso como un hombre loco, antes

[2] Sobre la conquista de Troya, hecha por Heracles, puede verse la *Ilíada* 640 ss. y el discurso de Dión, XI 56-57.

[3] Son algunos de los Trabajos de Heracles.

[4] El último de los doce Trabajos, fue el encargo de bajar al infierno para capturar al perro Cerbero.

[5] Afirmación llena de ironía.

que vivir en su tierra[6]. En consecuencia, todos se lo disputaron más adelante[7]. Y su nombre es conocido entre todos los griegos y los bárbaros, mientras que muchos no han oído ni siquiera el nombre de Íos, si es que Homero nació allí, como tampoco se habla mucho de Quíos o de Colofón, aunque éste último nos presenta un poeta no inferior a Homero, a saber, Apolo[8]. Pitágoras huyó de Samos voluntariamente cuando la ciudad estaba bajo la tiranía[9], y entre los demás pueblos, particularmente, creo, en Italia, fue honrado como un dios[10].

«¿Y qué?», dice uno que hace tiempo se sienta entre nosotros, «¿te comparas tú a ti mismo con Homero, Pitágoras y Zenón?». No, por Zeus, eso no lo hago yo; sólo que todos los filósofos opinan que es dura la vida en la propia patria. ¿Qué pensáis, pues? ¿Que aquellos no amaban a sus patrias, y que cuando Homero se lamentaba por Odiseo y decía que éste deseaba morir tan pronto como viera salir el humo de 6

[6] La imagen de Homero como mendigo es la base de la explicación negativa que Dión hace de la obra del poeta en su Discurso Troyano. Homero falseó el resultado de la guerra de Troya para halagar a los griegos y obtener más ingresos de su *captata benevolentia*. Cf. *Disc.* XI 15-16.

[7] Son, por demás, conocidos los hexámetros del epigrama que reza: «Siete ciudades disputan sobre el origen de Homero: Esmirna, Rodas, Colofón, Salamina, Íos, Argos, Atenas».

[8] El oráculo de Apolo en Claros se encontraba, para PAUSANIAS (VII 5, 4), «en tierra de Colofón».

[9] Se refiere a la tiranía de Polícrates, que duró desde el 540 hasta el 522 a. C.

[10] Pitágoras era, en efecto, natural de Samos, isla frente a las costas del Asia Menor. Emigró a la Magna Grecia, donde estableció una escuela filosófico-mística, en la que el argumento de autoridad se expresaba con la frase típica: «Él (Pitágoras) lo ha dicho».

Ítaca[11], no amaba a su propia ciudad, sino que no quería reconocer el cariño y la añoranza que sentía por su patria bajo
7 el nombre de Odiseo? Pero no necesito decir si fue provechoso para los atenienses aquel hombre que permaneció todo el tiempo en su patria, haciendo lo que parecía bien a los ciudadanos y a las leyes, pero lo que sí sé es el daño que les sobrevino. Pues aún todavía son objeto de reproche sobre Sócrates, porque no trataron a aquel hombre ni con justicia ni con piedad, y aseguran que todos los males que les sucedieron después fueron motivados por esta causa.

8 Estas cosas las habéis oído simplemente a un hombre vagabundo y charlatán. Pero como he dicho[12], os ruego que no esperéis de mí en este momento ningún discurso de altos vuelos y sabio, sino corriente y ordinario, como son los mismos hechos. Pues bien sabéis que, desde que he llegado esta vez, he preferido guardar silencio; y no hubiera hablado si no hubiera sucedido algo urgente. Pero me he referido a un asunto que ha sido realmente para mí la causa de muchos problemas y de un formidable disgusto. De modo que antes yo no sabía qué quería decir lo de las mujeres tesalias, que hacen bajar la luna sobre ellas[13]; pero ahora lo he aprendido
9 bastante bien. Y he sentido algunas veces admiración por Aristóteles, que, siendo estagirita —Estagira era una aldea del territorio de Olinto[14]—, cuando Olinto fue conquista-

[11] *Odisea* I 57-59: Odiseo, ausente tantos años de su patria, desea tanto contemplarla que no le importa morir en seguida, una vez que vuelva a ver el humo de su ciudad y de su hogar.

[12] En el § 1.

[13] Tesalia fue siempre considerada por los griegos como tierra de brujas. ARISTÓFANES (*Nubes* 740-752) menciona la práctica de unas mujeres de Tesalia que se esfuerzan por hacer bajar la luna del cielo.

[14] Aristóteles es conocido como el filósofo estagirita, es decir, natural de Estagira, aldea de la península más occidental de la Calcídica, en lo que fuera territorio de Olinto.

da[15], fue a ver a Alejandro y a Filipo y consiguió que su aldea fuera reedificada. Y se solía decir que solo él tuvo la inmensa fortuna de ser el fundador de su patria. Entretanto, he dado hace poco con una carta en la que se arrepiente, se lamenta y dice que algunos de los nuevos reinos tratan de corromper no sólo al rey, sino también a los sátrapas que llegaron después, hasta el punto de que no se ha producido ninguna ventaja y que ni siquiera se ha reedificado completamente la ciudad.

Pero cuando algunos se disgustaban porque, aun siendo 10
desterrados y apátridas, podrían tener una patria y ser gobernados en libertad según las leyes, pero preferían habitar en aldeas como los bárbaros mejor que tener la forma y el nombre de ciudad, ¿había razón para admirarse de que se disgustaran algunas personas? El mismo Aristóteles, escribió en su carta que estaba cansado de las cosas, —llega a decir incluso que levanta los dedos[16]—. Pensad que yo también levanto mis propios dedos, aunque sean otros los
dedos que se levantan. Pues pudo más la mezquindad de 11
aquellos hombres que el empeño de Aristóteles, de modo que no permitieron que la aldea creciera hasta alcanzar el rango de ciudad, y ahora todavía sigue deshabitada. Pero que nadie me acuse de que yo llamo a nuestra ciudad Estagira o aldea, pues puedo asegurar con juramento que ninguna otra ciudad me ha parecido mejor, aunque sólo tuviera la

[15] Olinto se opuso a los afanes expansionistas de Filipo. El macedonio, después de una guerra cruel y despiadada, arrasó la ciudad, que nunca más fue reedificada. Demóstenes luchó con su elocuencia para advertir a Atenas del peligro que representaba la pérdida de tan importante colonia. Fruto de su solicitud fueron sus tres discursos Olintíacos. Olinto cayó el año 348 a. C.

[16] Gesto por el que un luchador reconocía su derrota.

herrería de ese personaje que yo, el devastador de ciudades y fortalezas, derribé[17].

12 Pero, para no olvidar por qué razón subí a la palestra, quizás he cometido un error humano. Ahora, pues, ¿qué castigo queréis que sufra por este error, o qué tengo que hacer? Considero conveniente que vosotros seáis mis consejeros. ¿Tengo que derribar a mis expensas la obra que ya está hecha y dejar todo como estaba antes? Pero posiblemente

13 no voy a poder. ¿O qué tengo que hacer, por los dioses? Decídmelo. Pues yo veía que otras ciudades pretenden tales honores, —y no me refiero sólo a las de Asia, Siria y Cilicia, sino a estas ciudades vecinas y cercanas, como Nicomedia, Nicea, y a los habitantes de Cesarea, hombres todos ilustres y profundamente griegos, que habitan una ciudad mucho más pequeña que la nuestra—; además, los que participan de los derechos de ciudadanía en todas estas ciudades, aunque se diferencian en lo demás, están de acuerdo en asuntos como éstos; y también, por fortuna, el emperador había enviado un escrito diciendo que, de todos modos, quería enaltecer vuestra ciudad —y permitid que os lea su carta, ya que leer la de Aristóteles sería prolijo y super-

14 fluo—. Al ver, pues, todas estas cosas, yo pensaba que iba a ocurrir con vosotros lo mismo que en otras ciudades, y que nadie se había de disgustar porque la ciudad se reforme. Y eso es lo que sucedió. Porque aprobasteis estos proyectos, y luego hicisteis muchas y repetidas contribuciones, y demostrasteis buena disposición.

Entonces ¿qué pretendéis? Porque yo os juro por todos los dioses que con tal de no disgustaros a vosotros, o a algunos de vosotros, o de no resultaros molesto, no elegiría po-

[17] La herrería citada en LX 8-9. Dión se refiere a sus detractores que lo califican de «destructor de ciudades y devastador de fortalezas».

seer en propiedad el palacio de Darío o el de Creso[18], o tener mi propia casa paterna hecha realmente de oro y no sólo
de nombre, como llaman a la de Nerón[19]. Pues no tiene nin- 15
guna utilidad una casa de oro, no más que una jarra de oro o que el plátano de los persas[20]. La utilidad de una ciudad se logra cuando se hace digna y decorosa, cuando recibe más aire, espacios abiertos, sombra en verano, sol bajo techado en invierno, edificios altos y dignos de una gran ciudad en vez de pobres y miserables ruinas. Pues se pretende que suceda con vuestra ciudad lo mismo que con los potros y perros de raza, cuyo tamaño futuro se imaginan los que los ven, cuando sus miembros son altos y largos, pero si son pequeños y cortos, aseguran que siempre van a permanecer iguales[21].

Pero, ¿a qué hablar ahora de estas cosas? Con razón me 16
llamó ruiseñor uno de los sofistas con intención de insultarme. Por eso, creo que los poetas llaman también parlero al ruiseñor. Y quizá también podría ser yo semejante a las cigarras, porque, sedientas por el sol, cantan como locas sin obtener ningún provecho. Sólo una cosa no se debe posiblemente olvidar sobre el tema de los sepulcros y los templos, y es que no es probable que los antioquenos no tocaran

[18] Darío, rey de los persas, sirve a Dión como paradigma de opulencia y elegancia. Lo mismo que Creso, el rey de Lidia, que perdió su reino el año 529 a. C. al ser vencido por Ciro el Grande, fundador del imperio persa. El acontecimiento tiene un tratamiento conmovedor en la obra de HERÓDOTO, I 80-90.

[19] Se refiere Dión a la famosa *Domus Aurea* que Nerón proyectó edificar en la colina del Celio después del incendio del año 64 d. C. Unos pocos restos en las cercanías del Coliseo recuerdan el sueño de Nerón que no llegó a verse cumplido.

[20] Se trata del plátano de oro que, con una vid también de oro, regaló Pitio, natural de Celenas, al rey Darío de Persia (HERÓDOTO, VII 27).

[21] ARISTÓTELES, *Historia de los Animales* 500b-501a.

ninguno de ellos, pues tuvieron que habilitar mucho más terreno que nosotros. Además, su ciudad tiene treinta y seis estadios de largo, y han construido columnatas a ambos lados[22]. Lo mismo pasó con los habitantes de Tarso o los de Nicomedia, quienes tomaron la decisión de trasladar las
17 tumbas. El mismo Macrino, a quien declarasteis benefactor de la ciudad, quitó del ágora el sepulcro y la estatua del rey Prusias[23]. Porque, claro, no hay en aquellos pueblos ningún patriota ni nadie que se preocupe de los dioses; en cambio, en nuestra ciudad los había, y muchos[24].

No obstante, estas cosas parecen estar como en otras épocas. Pero yo, ¿qué tengo que ver con el pórtico de la ciudad? Como si no tuviera otro sitio a donde ir a pasear, por ejemplo, el Pórtico Pecilo de Atenas, el Pórtico Persa de Esparta, los pórticos de oro en Roma, los de Antioquía y Tarso, objeto de gran honor, o como si fuera yo el único que sale a pasear y ningún otro ciudadano. Pero tampoco tiene nadie en la ciudad un gimnasio para ir él solo a hacer ejercicio, ni un pórtico, ni un baño ni ningún otro de los edificios públicos. De lo contrario, es que yo estoy ciego o tonto.

18 Pero, como ya os he requerido, dadme vuestro consejo. Porque, aunque deseo daros gusto de todas las maneras, no encuentro la fórmula. Ya que ahora, si me dedico al asunto y me esfuerzo para que la obra continúe, dicen algunos que actúo como un tirano y que arraso la ciudad y todos sus

---

[22] Antioquía del Orontes era la tercera ciudad del imperio, después de Roma y Alejandría. Los restos del antiguo recinto están hoy día muy alejados del centro de la ciudad moderna. Todas las ciudades romanas solían tener forma rectangular, con una calle que dividía en dos el rectángulo por su parte más larga (*cardo maximus*) que se cruzaba con varios *decumani*. El cruce del *cardo maximus* con el *decumanus maximus* daba ocasión a pórticos monumentales.

[23] Fundador epónimo de la ciudad de Prusa.

[24] Dión habla con una carga de ironía fuerte y un tanto amarga.

santuarios. Pues lo que está claro es que fui yo el que pren-
dió fuego al templo de Zeus. Sin embargo, salvé del verte-
dero sus estatuas, que ahora están en el lugar más visible de
la ciudad. Pero si permanezco tranquilo, porque no quiero
que nadie se lamente ni se enfade con otros, empezáis a
gritar: «Que prosiga la obra o que se derribe lo que ya está
hecho». Como si me lo echarais en cara y me lo reprocha-
rais. Pero, ¿qué queréis que yo haga? Porque lo que me di- 19
gáis, lo haré; y sobre las demás cosas, no pondré ningún re-
paro; ni siquiera aunque haya alguien que ha hecho una
obra y no ha rendido cuentas; ni aunque tenga todavía la obra
en marcha y siga recibiendo siempre dinero de los arcontes
del año, como si lo fuera echando en una tinaja insaciable,
ni aunque se haga otra cosa. Pero ¿qué tengo yo que ver con
estos temas? Pues sabéis perfectamente que yo no voy a pa-
sear por el pórtico. Sin embargo, ¿tengo yo que hacer la
obra, presentarme al procónsul y rogarle que con toda ama-
bilidad y en la medida de lo posible reclame las contribu-
ciones a los que las prometieron? Pues no sólo estoy dis-
puesto a hacer esto, sino también a contribuir personalmente
con una parte de la suscripción, con la intención de aligerar
de la carga a los demás. Sólo os pido una cosa: que me deis 20
vuestras órdenes. De lo contrario, permaneceré tranquilo por
más que gritéis; o mejor, me marcharé. Pues no me va a pa-
sar como a la zorra que, después de comer la carne, no po-
día salir de la encina por estar hinchada[25]; a mí, por eso, no
me será difícil salir, ya que estoy más delgado que cuando
entré[26].

---

[25] ESOPO, 31.

[26] Dión no ha hecho ningún negocio personal al dedicar su esfuerzo a la reconstrucción y mejora de su ciudad. Al contrario, ha gastado de su fortuna para contribuir a la empresa. Por eso, puede decir que ahora está más ligero que cuando entró (en el cargo).

Y, por los dioses, no penséis que me hacéis un favor cuando dais gritos sobre el tema del pórtico. Pues a mí, hay prácticamente un hombre solo que me está agradecido en la ciudad, según he oído, y que se preocupa de manera muy particular de mis intereses. Ningún otro amigo, ni pariente se cuida así de mí. Considerad si os vais a convencer de que razona correctamente a mi favor y de que me quiere bien.
21 Pues piensa, en primer lugar, que yo tengo que permanecer tranquilo después de haber corrido tantos peligros y pasado tantas penalidades, y que debo atender a mis asuntos personales en vez de cultivar la amistad con los gobernadores y dedicarme a cualquier otra ocupación. Luego, después de recuperar una pequeña parte de mis propiedades y además de mis anteriores quebrantos, aunque no sólo no obtuve ningún beneficio de la muerte de mi hermana, sino que perdí todas las cosas mías que ella administraba, y tuve que pedir un préstamo para comprar mis terrenos, propone que pague esa deuda y todo lo que anteriormente debía en vez de edifi-
22 car el pórtico y gastar por encima de mi capacidad. Y también, como yo tenía trato con el emperador, y posiblemente hasta amistad, como con otros muchos, prácticamente los más poderosos de los romanos, decía que yo debía vivir entre ellos, ya que gozaba de su aprecio y admiración, pero no entre vosotros como preferido frente a tal o cual ciudadano. Por lo tanto, si me gusta viajar, que vaya a las ciudades más importantes, donde soy recibido en olor de multitud, y donde me agradecen que les visite, y me piden que les dirija la palabra y les aconseje, y acuden a mi puerta muy de mañana[27], sin que yo haya hecho ningún gasto ni contribución,

[27] Dión nos da noticia de la fama que le rodeaba cuando visitaba otras ciudades.

hasta el punto de que todos me admiran y algunos posiblemente hasta puede que digan:

¡Ay, ay! ¡Qué amable y honrado es este varón para cuantos hombres habitan las ciudades y tierras a donde llega[28].

Así no tendría que gastar nada de mis pocas pertenencias, ni 23
me dedicaría a trabajos inútiles ni, con mis descuidos, desgastaría mi cuerpo, necesitado de cuidados y de mucha atención, ni dejaría a mi alma durante tanto tiempo ayuna de filosofía y de enseñanzas similares, ni me vería sometido a investigación frente a individuos cualesquiera, ni oiría a veces hablar mal de mí ni me vería zaherido[29].

Por los dioses, ¿no es ese ciudadano, que se preocupa tanto por mí y me defiende, el más benévolo para conmigo de todos los hombres y el más digno de recibir mi cariño? Pero cuando oigo que alguien habla de mí como si yo fuera
un tirano, me parece algo increíble y ridículo. Porque las 24
obras de los tiranos que yo conozco son: seducir a las mujeres del prójimo, corromper a los niños, golpear y maltratar a hombres libres a la vista de todos, y a algunos hasta aplicarles tormentos tales como arrojarlos en una caldera hirviente o embadurnarlos con pez. Yo no hago ninguna de estas cosas. Sé también de la mujer tirano, Semíramis[30], que siendo de avanzada edad y llena de lascivia, obligaba a algunos hombres a acostarse con ella. Y he oído de un personaje

[28] *Odisea* X 38-39. Es la voz que oye Odiseo cuando zarpa de la isla de Eolo, cargado con los vientos.

[29] Dión contrapone la situación molesta que ha de soportar en su patria frente a la vida relajada y llena de compensaciones que vive en las ciudades donde es objeto de admiración y cariño.

[30] Reina de Asiria y esposa de Nino. Cf. Heródoto, I 184.

entre los tiranos que, siendo un anciano osado, hacía lo mismo[31].

25 ¿Qué tengo yo que ver con estas cosas? ¿Es porque construyo mi casa lujosamente y no permito que se desmorone? ¿O porque me visto de púrpura y no con una miserable casaca? ¿O es acaso porque llevo cabellos largos y barba?[32]. Porque estos detalles no son cosa de tiranos, sino de reyes. Alguien ha dicho incluso que eso de recibir insultos cuando se ha obrado bien, también es cosa de reyes.

---

[31] Según WILAMOWITZ, podría tratarse de Tiberio que, en su vejez, fue muy dado a perversiones. El dato es confirmado por sus biógrafos.

[32] El cabello largo y la barba no estaban de moda en aquel tiempo entre la alta sociedad romana. Ya en el discurso XXXV 2, alude Dión a esta costumbre, que llamaba la atención entre los que le trataban.

XLVIII

ALOCUCIÓN POLÍTICA EN UNA ASAMBLEA

INTRODUCCIÓN

La alocución tiene lugar en una Asamblea, reunida para dar la bienvenida al nuevo gobernador, Vareno Rufo. Después de la funesta administración de Julio Baso, causa y raíz de muchos de los disturbios de la región, Vareno estaba realizando una visita de inspección para conocer de cerca el estado de las ciudades y calmar los ánimos exaltados. Por las palabras de Dión, comprendemos que las asambleas habían sido un foco de revueltas, y que existía el peligro y la sospecha de que la actual pudiera degenerar en un motín.

Pero las cosas habían cambiado con la llegada de Vareno, hombre lleno de buena disposición y mejores intenciones. Merece, por tanto, un voto de confianza en sus labores de inspección. Además, organizar revueltas no tiene sentido cuando no se han puesto previamente los medios adecuados para resolver los problemas (§ 3).

Al parecer, los inquietos ciudadanos de Prusa se vuelven a Dión como a su tabla de salvación. Dión asume el reto jugando todas las cartas favorables de que dispone: su prestigio personal, sus amistades en las más altas instancias de la administración romana, la buena disposición del nuevo gobernador, la capacidad de sus paisanos para la amistad y la concordia. Quiere que Prusa sea como un coro bien acom-

pasado o como una nave, cuya salvación depende de la colaboración de todos los pasajeros (§ 6-7).

Dión sigue con su salud en precario. Sin embargo, sale a la palestra para recomendar a sus conciudadanos que hagan las cosas no con algaradas y revueltas, sino con seriedad y sensatez. Hay defectos, hay problemas, pero debe existir un empeño común para resolverlos, para ayudar a los responsables, para corregirles, si llega el caso. Pero siempre, sin crispaciones ni arrebatos. Todo tiene siempre un lado positivo. Hay unas obras de embellecimiento en marcha, la ciudadanía colabora con sus contribuciones, la administración ha mejorado sensiblemente la situación económica. Son factores que conviene aprovechar.

Dión vuelve a sus ejemplos favoritos: la nave, la armonía del mundo, las abejas, las hormigas. Modelos todos muy queridos del orador y muy plásticos para recomendar una vida social en la concordia y la colaboración. Porque, por encima de todo, hay un remedio definitivo: la razón. Una razón para ayudar a los funcionarios que cuidan de la buena marcha de la ciudad. Entre ellos, el nuevo arconte, en quien Von Arnim quiere ver al propio hijo de Dión.

ALOCUCIÓN POLÍTICA EN UNA ASAMBLEA

1 En primer lugar, ciudadanos, debemos dar las gracias al excelentísimo Vareno por la buena disposición que ha manifestado en favor de la ciudad, y porque cuando queríamos celebrar una asamblea, nos ha dado su permiso no sólo con buena disposición sino con gusto. Eso es propio de alguien que confía en vosotros y que sabe que no vais a aprovecharos del permiso para nada inconveniente. Pues así como nadie recoge leña verde para quemarla, sabiendo que se formará necesariamente un humo abundante y desagradable, así tampoco el gobernador juicioso reúne al pueblo que anda revuelto, a no ser por razones de causa mayor. Ahora,
2 es tarea vuestra no defraudar la idea que tiene de vosotros, sino demostrar que sois capaces de reuniros en asamblea sensata y ordenadamente; y en primer lugar, a mi parecer, debéis mostraros adornados de mutua amistad y concordia, para que, si viene, aceptando nuestra invitación, aplacéis los otros temas por los que gritabais. Pues él tratará de investigar los asuntos públicos, aun cuando vosotros pretendáis imperdírselo. Pero ahora, mostraos agradecidos, dadle la bienvenida y acogedlo con agrado y honor, para que no sea como el médico que visita a sus enfermos y es recibido con sospechas y desagrado por causa del tratamiento, sino como

quien visita a hombres sanos con gusto y buena voluntad.
3 Pues ahora, posiblemente se ausente después del día de hoy, pero regresará pronto. Entonces, si nosotros mismos[1] no logramos convenceros, y en el caso de que alguien tenga algún asunto público pendiente, sirviéndonos unos de otros como de jueces y árbitros, podremos entonces hablar y gritar. Pero, al menos, el preparar un motín no debe ser consecuencia de vuestra ignorancia. Porque, ¿dónde lo habéis intentado, o cuándo habéis hecho contra ellos alguna reclamación? ¿O quién es el que no os ha escuchado?

4 Ahora bien, las palabras favorables que me dedicáis, dirigidlas hacia todos. Pues lo mismo que en los banquetes es del todo vergonzoso que beba uno solo de los invitados y, por eso, nos enfadamos no sólo con el escanciador sino también con el que bebe, lo mismo ocurre con los elogios en política. Si seguís, pues, esta conducta, os honraréis a vosotros mismos, porque el mayor adorno para una ciudad es el elogio que reciben sus ciudadanos. ¿De qué otra cosa os sentís orgullosos? ¿No sobresalen otras ciudades por su tamaño y, ¡por Zeus!, por su riqueza, su abundancia y sus edificios públicos? Pero hay una sola cosa de la que nos sentimos orgullosos frente a casi todos los hombres: que tenemos varones capaces de actuar y de hablar, y lo que es más importante, que aman a su patria[2]. Y si alguien os quita ese privilegio, ¿no seréis inferiores a cualquier ciudad, aunque sea la más humilde? Pues ahora, si tenéis diferencias con otra ciudad, —lo que no permita ninguno de los dioses—, y luego los de esa ciudad insultan a nuestros ciudadanos diciendo que son ladrones y desleales, ¿cómo lo vais

[1] Dión y los socios de quienes habla en el § 10.

[2] Otras ciudades presumen de territorio, riquezas, monumentos. Prusa tiene la riqueza mejor, que son sus hombres.

a sobrellevar? ¿No estaréis irritados? ¿No os pondréis en
seguida a gritar, os insultaréis, llegaréis posiblemente a las
manos, como ha sucedido antes muchas veces? Además, lo 5
que no soportáis cuando se lo oís decir a otros, ¿eso os lo vais
a decir entre vosotros mismos? Si alguna vez surge alguna
disensión, y ellos os echan en cara que tenéis malos ciudadanos y que sois unos revoltosos, ¿no os dará vergüenza? Yo, por mi parte, os juro por todos los dioses, que me disgusté muchísimo cuando alguien me dijo: «Reconcilia a tu ciudad»[3]. Y la verdad es que me enfadé con él. Ojalá no viera yo aquel día en que necesitéis de reconciliación. Sino, como suele decirse, que tales cosas se vuelvan contra la cabeza de nuestros enemigos, es decir, contra los malditos getas, y no contra nadie de nuestra misma raza.

¿Qué provecho se podría seguir de mi regreso si no lo- 6
grara llevaros por la persuasión hacia tales actitudes, después de haber mantenido con vosotros discursos siempre orientados a fomentar la concordia y la amistad[4], en la medida de mis posibilidades, y tratando de desterrar por todos los medios la enemistad, la discordia y la envidia irreflexiva e insensata? Porque ciertamente es hermoso y útil para todos ver a una ciudad que vive en concordia, en amistad consigo misma y en unidad de sentimientos; cuando sobrellevan por igual el reproche y el elogio, y dan en favor de buenos y malos un testimonio igualmente leal para unos y
otros. Es hermoso, lo mismo que en un coro bien ordenado, 7

---

[3] Lamar Crosby cree que puede ser Trajano, sobre todo por la referencia a los getas con los que Roma tenía problemas. Pero el verbo «enfadarse» parece demasiado fuerte para describir la reacción de Dión frente al emperador.

[4] La concordia es el tema recurrente en los discursos bitínicos.

cantar al unísono una sola y la misma canción[5], y no a la manera de un mal instrumento, emitir sonidos dobles y resonancias que surgen de dobles y variadas disposiciones. En circunstancias tales, surgen no ya menosprecios y desgracias solamente, sino la más completa incapacidad entre ellos mismos y ante los gobernadores. Porque tampoco escucha uno fácilmente lo que dicen ni los coros discordantes ni las ciudades divididas. Como pasa, digo yo, con los que navegan en la misma nave, que no pueden salvarse si cada uno actúa por su cuenta, sino todos juntos, así sucede también
8 con los miembros de una misma ciudad. Conviene, pues, que vosotros, que sobresalís por vuestra educación, vuestra naturaleza y por ser realmente griegos puros, demostréis en esto mismo vuestra nobleza.

Podría seguir diciendo muchas cosas sobre estos temas de acuerdo con la importancia del asunto, si no fuera porque me siento totalmente débil de salud[6], y porque os veo, como ya he dicho, incapaces de aguantar. Pues no ha sucedido nada, ni crece tal enfermedad entre vosotros, sino posiblemente sea una ligera sospecha, de la que, como pasa con la enfermedad de los ojos, nos han contagiado nuestros vecinos. Esto mismo suele suceder con frecuencia con el mar. Cuando el fondo se remueve violentamente, y se produce una tempestad en la superficie, muchas veces llegan también los efectos imperceptiblemente hasta los puertos.

9 ¿Pensáis acaso que los revoltosos sacan algún provecho del ágora, del teatro, de los gimnasios, de los pórticos y de las riquezas? No son estas cosas las que hacen hermosa a

---

[5] Ya en el discurso XXXII 2, usa Dión la imagen del coro bien acompasado frente a la del coro mal avenido.

[6] Una vez más alude Dión a su precaria salud, como ya hizo en XXXIX 7 y XL 2.

una ciudad, sino la sensatez, la amistad, la lealtad mutua[7]. Y cuando censuráis a vuestra asamblea, a vuestras autoridades, a los que han sido elegidos, ¿no os estáis censurando a vosotros mismos? Pues si los mejores de entre vosotros son malos, ¿qué se debe sospechar de los demás? «¿Es que vamos a perder lo que es nuestro?» Eso tampoco lo dice nadie. Pero sabéis muy bien que en todas las ciudades hay fondos públicos, y que los tienen unos pocos en su poder; unos por ignorancia, otros por otras razones. Conviene, pues, ser precavidos y tenerlos a salvo, pero no con odio ni con rencillas.

Esos hombres trabajan con empeño, muchas veces hasta 10
os han ofrecido contribuciones de sus propios bienes. Tratad de convencerlos, suplicadles. Si se resisten, exponedles vuestras razones delante de ellos solos, sin que haya ningún extraño delante. ¿No erais vosotros los que nos elogiabais a lo largo de todo el día, diciendo que unos éramos los mejores, otros Olímpicos, otros salvadores y otros tutores? Además, por Zeus y todos los dioses, ¿vais a ser convictos de falso testimonio en vuestra propia ciudad? ¿Pues qué? ¿Acaso ahora habláis porque estáis irritados y entonces lo hacíais para adular? ¿Y ahora os sentís engañados, cuando entonces erais los que engañabais? ¿No vais a poner fin a vuestros escándalos y a reconocer que tenéis unos ciudadanos muy refinados y una ciudad que puede ser próspera? Yo puedo hacer mucho bien con la ayuda de los dioses, si tengo a tales colaboradores. Pues digo lo del proverbio: «Un solo hombre no es ningún hombre»[8].

Sin embargo, posiblemente estáis disgustados porque no 11
se ha realizado la obra. Se está haciendo, y estará terminada

[7] Pensamiento típico de Dión. Una ciudad no es grande por sus ventajas materiales, sino por la virtud de sus ciudadanos.

[8] Uno solo nunca puede resolver los problemas de la colectividad.

muy pronto, particularmente porque estos hombres están bien dispuestos e interesados, siempre que hagan sus aportaciones con gusto. Pues tampoco es que hicieran sus promesas de mala gana. ¿Por qué, pues, reclamáis las contribuciones a esos hombres y no me las reclamáis a mí? ¿Os parece que ya las he pagado? Además, ¿pensáis que ya he contribuido por haber hecho más honorable a mi propia patria al proporcionarle ventajas económicas, como las que se derivan de las cuotas del Consejo y, por Zeus, de los ingresos, que han aumentado por la reforma de la administración?[9]. Pero esto es igual que si yo hubiera intercedido por vosotros, mientras que los dioses son los que han realizado la labor.

12 Pues si otra vez puedo, lo volveré a hacer. Y podré, si tengo por amigos a los habitantes de Prusa. Y no cargaré a vuestra cuenta ninguna de estas gestiones. Pues tampoco los padres cargan sus oraciones como gastos en la cuenta de sus hijos. ¿Pensáis que yo hablaría de un pórtico o de alguna otra cosa, si os viera envueltos en discordias? Es como si a un hombre enfermo, que padece delirios, y necesita, a mi parecer, cataplasmas y reposo, se le ungiera con perfume y se le ofreciera una corona. Estas cosas las tienen como excedente los sanos que no sufren ningún mal. ¿Creéis que los atenienses, cuando andaban en guerra civil, y se echaron encima a los enemigos y se traicionaron unos a otros los pobres desgraciados, no tenían los Propileos, el Partenón, los pórticos y el Pireo?[10]. Pero los Propileos, los arsenales y el Pireo mismo devolvían aumentado el eco de sus lamentos.

---

[9] Parece ser que el viaje que Dión hizo a Roma el año 100 d. C. tuvo como resultado ventajas de tipo económico. Por eso, sus paisanos no le reclamaban su contribución.

[10] La posesión de gloriosos monumentos no impidió las desgracias de los atenienses. Los Propileos son el monumento de entrada a la acrópolis

Sin embargo, una ciudad grande y populosa, si se mete 13 en disensiones y no tiene buenos criterios, puede durante algún tiempo sufrir fracasos. Pero, con todo, ved cómo son estas cosas. ¿No se acusan unos a otros, no se mandan al destierro, no meten a unos en el Consejo y sacan a otros? ¿No pasa como en un terremoto, que todo se mueve, todo es incierto, y nada hay seguro? Han llegado a tal punto que no se conforman con sus propios jefes, sino que, como en las enfermedades incurables, piden médicos de fuera. Esto es también lo que sucede con los caballos difíciles; cuando el freno no basta para sujetarlos, se les pone por fuera un bozal de hierro para sujetarlos[11].

Yo me preocupo del asunto no sólo por vosotros sino 14 también por mí mismo. Porque si un filósofo que ha alcanzado el gobierno, no consigue ofrecer una ciudad unida, el hecho es ya terrible e inexcusable. O como si un armador, que se embarca en una nave, no consigue hacer que la nave navegue; o como si uno, que se dice piloto, enfila directamente la ola; o un arquitecto que se encarga de una casa, al ver que está a punto de venirse abajo, no se preocupa de ello y, enluciendo y pintando, cree que está haciendo algo.

Si yo tuviera ahora la intención de hablar sobre la concordia, habría dicho muchas cosas no sólo sobre las experiencias humanas sino también sobre las celestiales. Porque estas divinas y grandes realidades necesitan casualmente de la concordia y la amistad. Porque de lo contrario, esta hermosa creación que es el mundo, corre el peligro de perecer

---

de Atenas, situados en su lado occidental. Fueron construidos en tiempos de Pericles (s. v a. C.), lo mismo que el Partenón o templo de Palas Atenea. El Pireo era y sigue siendo el puerto de Atenas.

[11] Con hechos y comparaciones, describe Dión la situación de Atenas durante y después de la guerra del Peloponeso. Los espartanos tuvieron que venir de fuera para imponer el orden.

15 y quedar destruida[12]. Aunque quizás me estoy alargando, cuando lo que hace falta es ir a invitar al gobernador. Sólo voy a decir una cosa. ¿No es vergonzoso que las abejas mantengan siempre la concordia, y que nadie haya visto nunca a un enjambre peleándose y luchando entre sí, sino que colaboran y viven juntas ofreciéndose unas a otras comida y sirviéndose de ella? ¿Qué pasa, pues? ¿No se encuentran allí también los denominados zánganos, molestos animales que devoran la miel? Por Zeus, ya lo creo que los hay. Sin embargo, los campesinos los toleran muchas veces, porque no quieren alborotar al enjambre, y consideran mejor perder parte de la miel que estorbar a todas las abejas.
16 Sin embargo, no creo que haya entre nosotros ningún zángano ocioso, zumbando inútilmente, comiéndose la miel. Igualmente, es muy agradable ver a las hormigas, cómo habitan con agrado unas con otras, cómo salen del hormiguero, cómo se ayudan a transportar la carga, cómo se apartan unas del camino para que pasen las otras[13]. ¿No es, por lo tanto, vergonzoso que los que son hombres sean más insensatos que unos animales tan pequeños y sin inteligencia?

Ahora bien, estas cosas ya se han dicho de alguna manera en otro lugar. Pero lo que es la lucha intestina, no merece ni siquiera que se la nombre, ni nadie debe hablar de ella.
17 No obstante, me parece que debemos purificar la ciudad —no con hierbas o con agua, sino con algo mucho más puro, la razón— y realizar en común lo que resta, preocuparnos de los reguladores del mercado[14] y de los demás funcionarios,

---

[12] Tema estoico muy querido de Dión, como puede verse también en XXXVI, 22 y 30.

[13] En XL, 40, usa también Dión el modelo de las abejas y las hormigas para defender el orden y la convivencia entre los ciudadanos.

[14] Eran una especie de inspectores de mercado, mencionados ya por Aristófanes, que llamaba así a los azotes con que iban armados los ins-

y convocar el Consejo con este objetivo, para que, según la costumbre, se tenga cuidado de la ciudad. Son cosas fáciles de hacer para vosotros. Y vale la pena que os esforcéis, incluso por el jefe que habéis elegido, para que, si habéis tomado a un hombre sin experiencia, no lo abandonéis luego en medio de las olas y la tormenta[15].

---

pectores (*Acarn.* 723-724). Según Aristóteles, eran cinco para Atenas, y cinco para el Pireo. Vigilaban para que las mercancías fueran puras y sin engaño (*Const. aten.* LI 1).

[15] Según Von Arnim, podría tratarse del hijo de Dión, que también siguió la carrera política (cf. L 5-6, 10 y LI 6).

XLIX

PRONUNCIADO EN EL CONSEJO. RECHAZO DEL CARGO DE ARCONTE

INTRODUCCIÓN

El título del discurso y una de sus frases nos ayudan a determinar su tema, motivación y circunstancias cronológicas concretas. Se trata de una reunión del Consejo de Prusa, encargado de la elección del arconte. Dión, designado para el cargo, declina la elección, basado, entre otros motivos, en la inminencia de un viaje, que será provechoso para los intereses de la ciudad.

La ocasión, sin embargo, le brinda la oportunidad de desarrollar sus teorías sobre el gobernante ideal. Un tema que ya fue el núcleo de sus discursos I-IV sobre la realeza. Para Dión, tiene decisiva importancia el argumento de autoridad. Los ciudadanos perciben instintivamente la honradez o la desvergüenza de sus gobernantes. Como los animales, que captan el poderío o la debilidad de sus dueños. Los buenos caballos no soportan a los malos jinetes.

Lo que decía San Pablo del obispo lo viene a confirmar Dión, aplicándolo al filósofo gobernante. Mal puede gobernar la casa de Dios quien no sabe gobernar la suya propia (I *Tim.* 3, 5). El filósofo verdadero puede gobernar a una ciudad porque sabe previamente gobernarse a sí mismo (§ 3). El guía que lo conduce por el camino correcto no es otro que la razón y Dios. Por eso, los reyes han buscado siempre

consejeros entre los filósofos, en la idea de que ellos podían ofrecerles una ayuda tan útil como insustituible.

El orador ofrece un muestrario de ejemplos sacados de la historia griega, que confirman su tesis de la utilidad de la unión de los poderosos con los sabios. El muestrario se extiende a otras culturas. Así, menciona a los magos de Persia, a los sacerdotes de los egipcios, a los bracmanes de la India y a los druidas celtas. Y recoge el argumento para reiterar que quien es capaz de dominar a la peor de las bestias, que es el hombre, no tendrá problema para gobernar lo mismo a griegos que a bárbaros.

Supone, pues, Dión que es un filósofo quien debe gobernar en Prusa, siempre que lo quieran sus ciudadanos. Pero él no puede hacerlo, porque tiene que ausentarse. De lo contrario, no hubiera sido necesario que lo llamaran. Él mismo se hubiera presentado espontáneamente al ver que la patria lo necesitaba.

PRONUNCIADO EN EL CONSEJO. RECHAZO DEL CARGO DE ARCONTE

Para los hombres razonables y bien formados, el desem- 1
peñar el cargo de arconte no es ni desagradable ni difícil. Pues con nada se gozan más que con hacer el bien. El jefe de una ciudad, de un pueblo o de hombres más numerosos tiene no sólo la posibilidad de hacer el bien, sino casi también la obligación. Porque de lo contrario, no aguantan al arconte funesto no ya los hombres, que son considerados como los más agudos de todos los seres, sino ni siquiera los más estúpidos
de los animales. Pues ni los bueyes soportan fácilmente la 2
negligencia de los boyeros, ni los rebaños de cabras y de ovejas a los pastores que provocan su ruina. Pues unas veces huyen de ellos y no les hacen caso; otras, se defienden incluso contra los malos guardianes. Los caballos, dejando caer a los malos aurigas, los castigan mucho peor que los aurigas a los caballos cuando los golpean con la fusta. El hombre es el más hábil de todos estos seres y el que tiene mayor inteligencia. Por eso, resulta el más hostil de todos para un mal jefe, lo mismo que es el más benevolente para el bueno. Mandar resulta agradable para los que saben hacerlo; pero ningún asunto es difícil para el que se ejercita desde el principio y está bien preparado para el oficio.

3 El que realmente es filósofo no se esforzará claramente por otra cosa que no sea el ver cómo podrá mandar bien tanto a sí mismo como a su casa, a la ciudad más importante y, en general, a todos los hombres, en el caso de que se lo permitan. En cuanto a él, no necesitará de ningún jefe, más que de la razón y de Dios, y estará capacitado para cuidar y atender a todos los hombres. Esto no se les ha escapado ni a los reyes mismos ni a los poderosos que no son completamente insensatos. Pues, para los asuntos más importantes, necesitan tener consejeros entre las personas bien instruidas; así, los que mandan a los demás reciben órdenes de aquellos consejeros sobre lo que deben hacer o evitar.

4 Como en el caso de Agamenón, de quien Homero dice que necesitaba siempre de la opinión de Néstor; y cuando no seguía sus consejos, se lamentaba y se arrepentía en seguida[1]. Filipo, que parecía ser el más inteligente de los reyes, nombró a Aristóteles maestro y preceptor de su hijo Alejandro, como si él no fuera capaz de educar a nadie en la ciencia de la realeza. Y el que se consideraba capacitado para mandar a los demás macedonios, a los tracios, a los ilirios y a todos los griegos, entregaba su hijo a otro para que ejercitara el mando con él; daba órdenes a tantas miríadas de personas, pero no soportaba dárselas a aquel único hombre. Pues consideraba que, si se equivocaba con los demás, no corría el mismo riesgo que si cometía algún pequeño error en el caso de su hijo.

5 Sin embargo, cuando se encontraba en Tebas en calidad de rehén, vivió con Pelópidas, hombre muy instruido, y hasta se decía que Pelópidas era su amante. Tuvo, pues, la

[1] En *Ilíada* I 274-279, Néstor aconsejó a Agamenón que no quitara a Aquiles la joven Briseida, que le había tocado en el reparto del botín. Agamenón no siguió el consejo. Su gesto provocó la ira de Aquiles y las consiguientes desgracias de los aqueos.

oportunidad de ver las obras de Epaminondas y de escuchar sus palabras. No fue casualidad que Epaminondas lograra tanto poder entre los griegos y realizara un cambio tan grande, como para derrocar a los espartanos que habían tenido el mando durante tanto tiempo[2]; y es que había tenido trato con Lisis, el discípulo de Pitágoras[3]. Por esta razón, creo yo, Filipo fue muy superior a los que habían reinado anteriormente en Macedonia. Y sin embargo, a pesar de haber recibido tan exquisita educación, no se atrevía él mismo a ser el maestro de Alejandro.

Raras veces, se pueden encontrar filósofos que hayan 6
ocupado cargos de gobierno entre los hombres. Me refiero a los denominados «mandos», tales como generales, sátrapas o reyes legítimos. Pero, además, los que fueron gobernados por ellos obtuvieron de su gestión muchísimas e importantes ventajas: los atenienses, de Solón, de Arístides y de Pericles, el discípulo de Anaxágoras; los tebanos, de Epaminondas; los romanos, de Numa, de quien cuentan algunos que participó de la sabiduría de Pitágoras[4]; todos los griegos de Italia, de los pitagóricos, por lo que vivieron felices durante tanto tiempo y condujeron su política con la mayor concordia y paz, mientras los pitagóricos cuidaron de sus ciudades[5].

---

[2] En efecto, en la batalla de Leuctra (371 a. C.), los tebanos, dirigidos por Epaminondas, vencieron a los hoplitas espartanos y les arrebataron la hegemonía que mantenían desde el final de la guerra del Peloponeso.

[3] Lisis había nacido en Tarento, donde había entrado en el círculo de los pitagóricos. Cuando se disolvió esta comunidad, Lisis se refugió en Tebas donde trabó amistad con Epaminondas, en quien influyó poderosamente si hemos de creer a las noticias de NEPOTE (*Epaminondas* 2).

[4] No es posible que Numa (s. VIII-VII a. C.) tuviera contacto con los pitagóricos, seguidores de Pitágoras (s. V a. C.).

[5] Dión aduce casos de gobernantes famosos, que unieron a sus virtudes políticas un cierto sentido filosófico de la manera de gobernar.

7 Además, las naciones más poderosas, como no pueden ser gobernadas por reyes que sean filósofos, nombran a éstos instructores y mandatarios de los reyes. Los persas, según creo, nombraban a los que ellos denominan magos, porque eran expertos en la naturaleza y sabían cómo se debe dar el culto a los dioses. Los egipcios designaban a los sacerdotes, que tenían la misma ciencia que los magos, se preocupaban de los dioses y conocían el lugar y el modo de todas las cosas. Los indios eligen a los bracmanes[6], hombres sobresalientes por su templanza y su justicia, así como por su amistad con la divinidad; por eso, conocen el futuro
8 mejor que los demás hombres su presente. Los celtas nombraban a los que llaman druidas, especialistas también en cuestiones de adivinación y en los demás aspectos de la sabiduría. Sin ellos, no les estaba permitido a los reyes hacer nada ni ejercer la realeza, de tal modo que eran estos personajes los que en realidad mandaban, mientras que los reyes eran sus servidores y ministros de sus intenciones, aunque se sentaran en tronos de oro y habitaran grandes mansiones y celebraran fiestas espléndidas[7].

En efecto, es lógico pensar que desempeñará con la mayor eficacia cualquier cargo aquel que, ejerciendo sin interrupción el cargo más difícil, puede presentarse a sí mismo
9 libre de error. Pues bien, el filósofo siempre se domina a sí mismo. Lo cual es para cualquiera más difícil que reinar sobre todos los griegos o los bárbaros. Porque ¿qué raza humana es tan salvaje como las iras, las envidias y las porfías,

[6] De los bracmanes y sus costumbres, habla Dión en el discurso pronunciado en Celenas de Frigia (XXXV 22).

[7] Es una constante, el recurso del poderoso al sabio. La historia nos ha legado modelos de parejas, en los que el sabio hacía como de voz de la conciencia del poderoso. De ahí, la doctrina platónica que defiende la necesidad de que los reyes sean a la vez filósofos o sabios.

cosas que el filósofo debe dominar? ¿Y cuál es tan villana, tan intrigante y tan traidora como los placeres y los apetitos, por los que el filósofo nunca debe dejarse vencer? ¿Cuál, tan violenta, espantosa y humillante para las almas como los miedos y las tristezas, cosas a las que nunca debe ceder en
público? ¿Qué armas, qué defensa opone a estos peligros, 10
como las que los reyes y generales de una ciudad usan frente a sus enemigos? ¿De qué aliados o guardias de escolta puede servirse para estos fines, si no es de las palabras sabias y prudentes? ¿A qué otros puede encomendar la custodia o encargar de la vigilancia, o qué servidores puede usar? Al contrario, ¿no tiene que preocuparse él mismo y permanecer despierto noche y día para hacer esta guardia, no sea que, sin darse cuenta, se vea agitado por los placeres, espantado por los temores, engañado por las pasiones o humillado por la tristeza, hasta el punto de apartarse de las obras mejores y más justas, convertido en traidor a sí mis-
mo? Pero para el hombre, que ejerce este cargo con fortale- 11
za y moderación, no resulta ya difícil llegar a ser el mejor de todos los hombres.

Cuando expongo estas cosas tan detalladamente acerca de los filósofos[8], nadie piense que hablo con la mirada puesta en la apariencia exterior y en el nombre. Porque tampoco los hombres inteligentes juzgan el vino por la vasija que lo contiene, ya que, muchas veces, podrás encontrar en una vasija preciosa el vino que ha salido de las tabernas. Así, tampoco debes juzgar al hombre bien instruido por su
apariencia. Sin embargo, no me sorprende que muchos se 12
engañen con estas cosas. Pues a Odiseo y a Iro, los enfrentaron los pretendientes a causa de su aspecto por el que nada

[8] Los filósofos profesionales solían usar una forma especial de vestir y de asearse. Cf. XXXIV 2-3; XXXV 11.

se distinguían[9]. Uno de los filósofos, que ha vivido no hace mucho, contó algo que molestaba particularmente a Ismenias[10], a saber, que era absurdo llamar flautistas a los músicos de los funerales, porque no era exactamente lo mismo, a mi parecer. Pues los músicos de los funerales no hacen ningún daño a los muertos ni los molestan, mientras que algunos de los que presumen de filósofos causan, además, mu-
13 chos problemas. Sin embargo, la función del verdadero filósofo no es distinta del gobierno de los hombres. Y aquel que rehúsa administrar su propia ciudad cuando es positivamente invitado, y va diciendo que no está suficientemente preparado, es semejante a uno que no quisiera curar su propio cuerpo, a pesar de reconocer que es médico, y, sin embargo, tratara diligentemente a otros pacientes por dinero o por honores; como si la salud fuera una recompensa menor que el dinero. O como si uno, que reconoce ser un competente profesor de gimnasia o maestro de letras, estuviera dispuesto a enseñar a niños extraños, y enviara a sus propios hijos a cualquiera de los más ineptos; o como si alguien, que no se ha preocupado de sus propios padres, prefiriera cuidar a los ajenos porque se ha enterado de que son más ri-
14 cos o más nobles que los suyos. Porque no es ni más justo ni, por Zeus, más agradable menospreciar a los allegados y ayudar a los que no son en absoluto sus parientes.

Por consiguiente, de estas palabras se sigue que el que debe gobernaros es el que vosotros queráis. Pero bien sabéis que, si no fuera porque existe una grave dificultad, yo no hubiera esperado a que vosotros me reclamarais, sino que yo mismo me hubiera ofrecido y hasta os lo hubiera pedido.

---

[9] Se refiere a la lucha que provocó el mendigo Iro contra Odiseo y que sirvió de diversión a los pretendientes *(Odisea* XVIII 1 ss.).

[10] Es el músico flautista del que habla Dión en XXXII 61.

Pues es también una cosa propia de hombres honrados y prudentes el presentarse como candidato, dar las gracias por la designación, y así gobernar a los ciudadanos, en vez de rebajar o deshonrar el cargo. ¿Cuál es, pues, la dificultad que lo hace imposible por el momento? Yo considero que se me debe creer también en las demás cosas que digo, —pues nunca os he engañado en nada, pienso yo, ni he dicho una cosa cuando pensaba otra—, pero siempre tuve muchos problemas[11]. Sin embargo, no ha habido nada que, hasta el momento, me impida abandonar por mi propio gusto. Pero ahora, prácticamente, ya no es posible. Pues el que yo siga viviendo en Prusa no es lo mejor ni para mí ni posiblemente para vosotros. Por esta razón, declino la elección. Porque sé que no hubiera necesitado que me investigarais, sino que, lo mismo que antes votasteis todos abiertamente cuando sospechabais que yo quería el cargo, también ahora habríais hecho lo mismo. Sin embargo, no soy así; pero sé que no tenía por qué suplicaros para conseguir el cargo, aunque tampoco me avergüenzo de recurrir a vosotros para evitarlo.

---

[11] Según WILAMOWITZ, se debe admitir que hay una laguna, pues falta una palabra que sirva como sujeto del verbo *katéschēken*.

L

SOBRE SUS TRABAJOS. DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONSEJO

INTRODUCCIÓN

Lo mismo que el discurso XLIX, el L se mueve también en la esfera del Consejo o Senado de Prusa. El momento político parece ser el mismo. El orador menciona el viaje que anunciaba como inminente en XLIX 15. Este discurso, como subraya Lamar Crosby, pudo ser anterior al XLIX, pero pronunciado en fecha muy cercana. La apreciación parece coherente si tenemos en cuenta la actitud de Dión. Aquí, se defiende contra los que le acusan de estar preparando su acceso a la presidencia del Consejo. Allí, rechazaba la oferta formal de una alta magistratura, que este mismo Consejo le hacía.

Se percibe en ambos discursos un ambiente algo enrarecido. Dión es consciente de las críticas que algunos dirigen contra su persona. Hay quien piensa que, al renunciar a la más alta magistratura, ha maquinado para que su hijo ocupara el cargo. Siendo así las cosas, era lógico que sus enemigos políticos le echaran en cara su gesto. Dión renunciaba por varias razones, pero sus gestiones podrían hacer que sus criterios políticos siguieran operantes en manos de su hijo.

De todos modos, una acusación concreta, contra la que se defiende, habla de los obstáculos puestos por Dión para

impedir la convocatoria del Consejo (§ 10). No sabemos en qué se basaban sus detractores. En cambio, sabemos que nuestro orador no asistía a algunas sesiones del Consejo para evitar suspicacias. Su orgullo de padre le rezuma a través de su retórica, cuando viene a insistir en que su hijo se basta para desempeñar el cargo sin necesidad de ayudas externas.

Pero algo ha sucedido para que Dión necesite justificarse ante los consejeros. Que haya ayudado y favorecido a los plebeyos no quiere decir que olvide el aprecio que siente por los miembros del Consejo. Lo que pasa es que, mientras ellos son los que más lo merecen, los humildes son los que más lo necesitan. Lo mismo que los pies enfermos precisan mayores atenciones que los ojos sanos.

Dión presume de sinceridad y honradez, las mismas que atribuye al Consejo de Prusa. Lo que hace o dice ha pasado previamente por un proceso de maduración interior. Pero todo, como buen griego, con un respeto absoluto por la libertad. Y en la seguridad de que será comprendido por griegos como él, se permite elogiar al Consejo de su ciudad, a la vez que expresa su disgusto personal por los rumores vertidos acerca del abandono en que tiene los intereses de la sociedad de Prusa. Unos intereses que están en buenas manos, las de su hijo, cuya gestión respeta desde la más estricta discreción.

SOBRE SUS TRABAJOS
DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONSEJO

Ciudadanos, yo os tenía cariño ya antes, como es natural 1
que un hombre razonable y prudente ame lo que es más sensato y firme de su patria. Pero el apreciar a otros más que a vosotros es algo así como si uno, que dice ser un patriota, se gozara con las casas y los talleres de la ciudad, pero mirara con indiferencia el ágora[1], el local de los prítanes[2], la sala del Consejo y los otros lugares sagrados; o como si, por Zeus, un espartano tuviera cariño a la gente del pueblo, pero menospreciara a los reyes, a los éforos y a los ancianos, que superaban en prudencia a los demás y por quienes toda la
ciudad se encontraba a salvo[3]. Lo mismo entre los atenien- 2
ses, que eran, de todos los hombres, los que tenían un go-

[1] Dejamos el término «ágora» por ser una palabra universalmente reconocida. Era la plaza pública, que servía de punto de encuentro y de lugar del mercado. En ella se encontraban los monumentos principales de la ciudad, como eran el «Pritaneo», local en donde residía la permanente de la ciudad, y el «Buleuterion» o sala en donde se reunía el Consejo de ancianos.

[2] Eran los miembros de la comisión permanente del Consejo.

[3] Las instituciones políticas espartanas contaban con dos reyes, cinco éforos o ministros y un Consejo de Ancianos, denominado *Apellá*.

bierno más democrático y los que más poderes repartían entre la masa y entre los plebeyos, nunca jamás hubo demagogo tan osado, ni siquiera el famoso Hipérbolo o Cleón[4], que considerara al Areópago o al Consejo de los Seiscientos[5] como menos digno de honor que el pueblo. Así pues, si continuamente estoy recordando a los espartanos y a los atenienses, que me disculpen los más críticos, pero es que os juzgo dignos de tales ejemplos; y al dirigirme a griegos, como creo que estoy haciendo, considero que no debo acordarme de otros más que de los griegos más sobresalientes.

3 Ahora bien, de mi benevolencia hacia vosotros así como de mi fidelidad, os servirá de testimonio el hecho de que me presento confiado ante vosotros no porque cuente con el apoyo de alguna organización política ni porque tenga entre vosotros algunos parientes. Además, pienso que no podría estar en inferioridad de condiciones con respecto a nadie, ya que está claro que he confiado en la amistad pública y en mi benevolencia para con todos, y no porque parezca ser un hombre influyente y temible o porque pretenda ser honrado por este motivo. Pero si me compadecía de los plebeyos cuando eran dignos de compasión, y trataba de aliviarlos en la medida de lo posible, ello no es señal de que yo me comportara con ellos más amistosamente que con vosotros. También por lo que se refiere al cuerpo, cuidamos siempre más la parte enferma; y prestamos más atención a los pies que a los ojos, cuando los pies están doloridos y sufren,
4 mientras que los ojos están sanos. Por lo tanto, si dije que los plebeyos eran dignos de compasión, que nadie sospeche

---

[4] Son dos famosos demagogos del siglo v a. C., que fueron objeto de la crítica de los cómicos.

[5] El Consejo, instituido por Solón (594 a. C.) con cuatrocientos miembros, fue ampliado a quinientos por Clístenes a fines del siglo vi a. C., y a seiscientos por Demetrio Poliorcetes (336-283 a. C.).

que digo que sufrían injusta e ilegalmente; pues lo mismo pasa cuando compadecemos a los que sufren amputaciones o cauterizaciones de parte de los médicos, a pesar de que sufran tales cosas para su curación; e igualmente, cuando lloran por ellos sus madres y sus padres, aunque saben que esos tratamientos les son provechosos.

Lo que os decía[6], que ya anteriormente sentía cariño por
vosotros antes de tener suficiente experiencia de vuestra
actitud, ahora os juro por todos los dioses que yo, por mi
parte, no sólo juzgo al Consejo digno de honra y amistad,
sino que también admiro vuestra fuerza, vuestra lealtad y
vuestra libertad. Y me he comportado de tal manera que pa- 5
rece que he pagado enteramente al pueblo según mi propia
capacidad como ciudadano, en cambio, a vosotros os sigo
debiendo, y creo que nunca podría superar vuestra benevo-
lencia. Con razón podría yo decir de vosotros lo que dijo
uno de los antiguos oradores con un cierto exceso de lison-
ja: «Podría llevar con razón al pueblo en mis ojos». Y este
hijo mío, si es inteligente y sensato, pienso que os dedicará
su vida entera y os atenderá no menos de lo que yo lo hice.

«¿Qué es lo que ha sucedido», preguntará alguien, «y 6
qué experiencia has tenido de estos hombres para exagerar
de esa manera?». Quizá me ha venido espontáneamente una
inspiración y un cierto impulso del alma acerca de vosotros.
Con todo, sabéis perfectamente que yo no puedo demostrar
con mis palabras mi cariño o mi favor ni hacia el pueblo, ni
hacia el Consejo ni hacia hombre alguno, ya se trate de un
sátrapa, un príncipe o un tirano, si antes no lo he alabado en
mi interior y he aceptado su disposición espiritual. En cam-
bio, veo que vosotros, prácticamente siempre que se ha he-
cho una prueba de vuestra mentalidad, nunca habéis demos-

[6] En el § 1.

trado tener nada de injusto, ni de ambiguo, ni de abyecto, ni de inconstante, ni de insensible, ni de afición a alborotos o
7 situaciones desagradables. De modo que, —me atrevería a decir—, tenéis jefes magníficos, pero ninguno digno de vosotros, ni siquiera, hablando de los anteriores, mi padre, mi abuelo u otros de vuestros antepasados, hombres buenos y dignos de aprecio.

Que nadie, pues, piense que yo hablo con intención de presentarme a mí mismo para la presidencia del Consejo. Pues yo voy a salir de viaje por varios motivos, —y creedme que ahora digo la verdad—, y posiblemente no por alguna utilidad o ventaja de carácter personal. Sin embargo,
8 no podría ocultar mis intenciones. Y no hay miedo de que parezca que estoy tratando de adularos, yo que no he adulado al odioso tirano[7] ni le he dicho ninguna palabra indigna o servil, en unos tiempos en que muchos se contentaban con salvar la vida, aunque tuvieran que hacer o decir cualquier cosa[8]. Sin embargo, lo que estaba sucediendo en vuestra ciudad me parecía algo grande y divino. Porque no sé con demasiada precisión cómo sois en vuestra vida privada; aunque pienso que sois mejores que mucha gente. En cambio, en público, cuando os reunís aquí, y lo mismo en la asamblea, sé que nunca jamás habéis dicho o pensado nada rastrero o servil. Entre vosotros, no tienen ningún valor las súplicas, la promesas y las amenazas, si es que hay alguien capaz de creer que va a hacerse fuerte mediante amenazas. Pero ¿por qué no digo lo que realmente pienso, como si el filósofo debiera censurar solamente lo que es malo y callar lo bueno, o como si la libertad fuera útil sólo cuando se refiere

[7] El emperador Domiciano (51-96 d. C.).

[8] En tiempos de Domiciano, el emperador que expulsó de Roma a los filósofos y persiguió a muchos buenos ciudadanos, hubo quien estuvo dispuesto a decir o hacer cualquier cosa con tal de salvar la vida.

a cosas malas, y no lo fuera igualmente cuando se refiere a cosas buenas por ser elogiosa?

Pero dirá alguno: «¿Entonces tú te has levantado porque 9
querías hacer un elogio del Consejo?» ¿Y qué tiene de particular si es verdad lo que digo? Y por lo que se refiere al elogio, si resulta que sois distintos de lo que se dice, no será un elogio en favor vuestro, sino una acusación contra el que lo ha proferido. Sin embargo, yo no hubiera pronunciado ninguna palabra de este estilo si no fuera porque estoy muy dolido, como ya en otra ocasión anterior, al oír que me olvido de vuestros asuntos. Por eso, me he defendido sin menospreciar el hacer mi defensa. ¿Y por qué no? Además, tampoco lo consideraba demasiado humillante para mí. Porque defenderse ante un juez, como suele decirse, medio adormilado, o por Zeus, ante un tirano mezquino y malicioso, sí que es humillante. Pero hacerlo ante ciudadanos, parientes y amigos a los que cualquiera tiene como hombres moderados, no es humillante, sino sensato y justo. Por eso actué entonces correctamente, y mucho más ahora que ya os
conozco mejor. Pues acabo de enterarme —y tal fue el ru- 10
mor que se propaló— de que, según la opinión de algunos, yo había sido un obstáculo para que no se reuniera el Consejo. Llegué a oír incluso que pensaban que todo lo relacionado con el cargo de gobierno se hacía según mi criterio[9]. Pero yo no le privo a mi hijo de la capacidad de hacer cualquier cosa de las que están bajo su competencia en contra de mis propios gustos, ni le impongo otra cosa que no sea el fijarse también en mis criterios[10]. Y juro que nun-

[9] Todos estos rumores demuestran la enorme autoridad de que Dión gozaba en su patria.

[10] Las habladurías, que acusaban a Dión de injerencia en las labores del gobierno de Prusa, no se ajustan a la verdad. Él nunca ha dado órdenes

ca jamás le he mandado nada, me refiero a los temas públicos. Porque el que uno que es padre aconseje lo que considera que es mejor, puede tener fuerza de mandato. Precisamente para evitar esta sospecha, hace algún tiempo que no asisto a las reuniones del Consejo. Pues el tener un hijo digno de cuidar los problemas de la ciudad hasta el punto de poder ejercer el cargo de consejero y administrar los bienes de la comunidad, y mientras tanto, hacerlo de hecho un ciudadano privado e incapacitarlo para ejercer el poder que la ley le confiere, no es, bajo ningún aspecto, ni razonable ni equitativo para un hombre de mi edad.

---

a su hijo en este sentido. Otra cosa es que su hijo pueda haber actuado según los criterios del padre, cuyos deseos son órdenes para el buen hijo.

LI

RESPUESTA A DIODORO ANTE LA ASAMBLEA

INTRODUCCIÓN

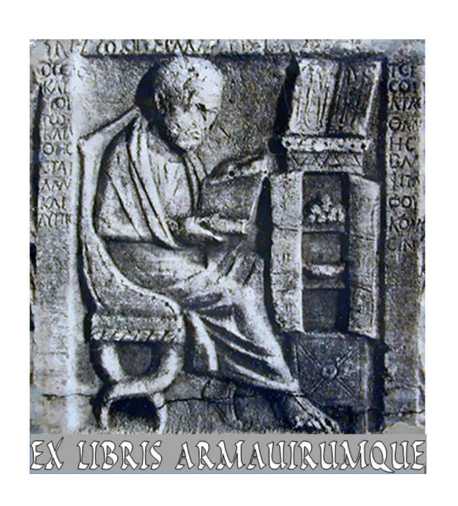
De este discurso conocemos las circunstancias generales, pero ignoramos los detalles. Sabemos que se pronunció en Prusa y en una reunión de la Asamblea, que se trataba del homenaje a un hijo benemérito de la ciudad, que el ciudadano en cuestión había sido elegido para desempeñar un cargo de alta responsabilidad.

Pero desconocemos quién era ese Diodoro que, al parecer, había hecho de manera correcta el elogio del personaje. Tampoco sabemos nada del personaje objeto de los encomios. Dión nos da noticias muy genéricas de sus méritos. Pero cuando parece que era el momento justo para hacer su panegírico, se extiende hablando de los méritos y valores de la ciudad (§ 3-5). Da incluso la impresión de que el orador, por razones inconfesadas, estuviera un tanto reticente con los honores dedicados al anónimo ciudadano. Como si dijera: la ciudad de Prusa sí que merece elogios y honores.

Tampoco se nos dice de forma concreta cuál es el cargo que desempeñará el elegido. Aunque sí se nos informa que es un cargo de gobierno, que entraña dificultades y que tiene algo que ver con la educación. Pues los éxitos obtenidos con los jóvenes en virtud de su magisterio, se pretende trasvasarlos a otras esferas de la ciudadanía.

Ante las reticencias de Dión a ensalzar sin trabas al hombre, objeto del homenaje, piensa Von Arnim que podría tratarse del propio hijo de Dión. Podría ser. Pero no olvidemos que censura en cierto modo la actitud de la ciudad de Prusa, convertida en una sociedad de alabanzas mutuas. Aquí, dice, todos alaban a todos (§ 2). Y parece dar a entender que la ciudad es demasiado pródiga y rápida a la hora de repartir honores.

Pero, como en otros escritos de Dión, se destaca en éste el profundo e incondicional amor que tiene a su Patria.



RESPUESTA A DIODORO ANTE LA ASAMBLEA

Suele causar gran admiración, ciudadanos, el que alguien, que no se lleva bien con otro ni le tiene afecto, se levante de pronto y le ensalce en un discurso, y algunas veces se extienda en un largo elogio, compuesto incluso con exquisito cuidado. Pues un hombre así tiene clara conciencia de todas las cosas más vergonzosas que existen, como son la envidia, la estrechez de miras y, lo que es lo peor de todo, la esclavitud. Ya lo decían no sin razón los antiguos: 1

Esto que has dicho es cosa de esclavos[1].

Ahora bien, ¿Cómo no va a ser un esclavo el que, ante tantos ciudadanos[2], hace lo contrario de lo que piensa, y ello no simplemente, sino con premeditación y deliberación, adulando muchas veces y admirando a un hombre a quien no aprecia? Esto, para decirlo de forma moderada.

Ahora bien, vosotros sabéis seguramente que todos elogian a todos en nuestra ciudad. De modo que yo mismo me alegro, y os considero felices si es cierto que todos a todos nos queremos tanto; pues es lo más natural. Sin embargo, 2

[1] Eurípides, *Fenicias* 393.

[2] El detalle demuestra que la alocución se pronuncia en la Asamblea.

me gustaría que, de la misma manera que en los Consejos y en las Asambleas se pueden oír muchos elogios, también pasara lo mismo en el ágora y en las restantes reuniones. Pero ahora, las cosas que se dicen son de una manera o de otra según el lugar, y lo mismo que hacen los que se entrenan en sus ratos libres, nosotros también intentamos hablar en los dos sentidos[3]. Por lo tanto, si un extranjero asiste a nuestra Asamblea, pensará que se trata de una ciudad de héroes y sabios. Pero si se presenta en el ágora, no hace falta decir qué clase de ciudadanos pensará que somos; pues lo sabéis
3 vosotros mismos. «¿Y qué?», dirá alguno, «¿te has levantado para censurar a los que elogian?» No, por Zeus, sino para que, si es posible, seamos humanos y amistosos no sólo aquí, sino igualmente en todo lugar y en toda ocasión.

Veo, pues, que el elogio de este hombre[4] ha quedado cumplidamente realizado por vosotros, de modo que no puede ser superado. Pero también es conveniente alabaros a vosotros, porque tengo la impresión de que estáis muy por encima de todos los pueblos. Yo no lo hubiera dicho si no lo pensará así. Pues los demás sólo miran su propio provecho, y elogian sólo a los que les dan o les pueden dar algo. Vosotros, en cambio, consideráis que también son importantes la
4 buena disposición y la voluntad. No quiero decir con ello que no haya hecho muchas cosas y muy importantes, pues las ha hecho realmente; pero, para vosotros, bastaba con su buena voluntad. Más aún, los demás aceptan con agrado hasta las más pequeñas realizaciones; me refiero a las que entrañan algún gasto. Vosotros, en cambio, valoráis las más importantes según su mérito. Pero más importante que gas-

[3] Se refiere Dión a la costumbre de defender dialécticamente ideas o posturas contrarias.

[4] Dión pronuncia este discurso en la Asamblea, reunida con ocasión del homenaje a un ciudadano.

tar es el que uno se preocupe de la ciudad y se muestre benévolo con vosotros. Además, los hombres en su mayoría odian a los que les reprenden, aunque lo hagan sólo de palabra[5], mientras que tratan con admiración a los que los adulan con halagos. Entre vosotros, en cambio, el que hace uso de la mayor libertad de expresión, y reprende y corrige a los que se equivocan, es sumamente apreciado.

¿Quién, pues, no amará a una ciudad así, y a una forma 5
de gobierno en la que los mayores honores son para los que aman la gloria, y en donde el que reprende con amabilidad es más apreciado que el que habla con adulación, y la mayoría está dispuesta a dejarse corregir y enmendar más que a recibir un trato lisonjero y a vivir lujosamente? ¿O quién no se sorprenderá ante vosotros, y felicitará a aquel que sea considerado por hombres como vosotros digno de ocupar un cargo de vuestro gobierno?

Sin embargo, yo veo que a ese hombre le espera una ta- 6
rea importante entre vosotros. Porque aquel a quien la ciudad entera y el pueblo encomendaron voluntariamente la tarea de la educación de la sociedad, aquel a quien se eligió como guardián de las virtudes públicas, y a quien se dio el poder supremo para velar sobre la prudencia, el buen orden y la forma correcta de vida de cada individuo, ¿cómo no va a tener ese hombre una tarea tan importante como para que no parezca en nada inferior a la opinión que tenéis de él? Observad, pues, para que veáis, que ninguno de los antiguos, ni siquiera entre los más admirados, gozó durante todo el tiempo de tales honores de parte de sus propios conciudadanos.
Por ejemplo, el famoso Pericles, de quien se dice que vivió 7

[5] El inciso empleado por Dión recuerda que los griegos acompañaban a veces sus reprensiones con algo más que palabras. Cf. ARISTÓFANES, *Avispas* 254-255.

en Atenas en los mejores momentos de la ciudad, alcanzó la dignidad de general. Sin embargo, no fue considerado digno de ejercerla durante todo el tiempo[6] *** [Sócrates logró también una gloria importante][7], y ello, sin estar encargado de la administración financiera ni del cuidado de las edificaciones; sino que, procurando que los ciudadanos fueran buenos, quiso reprender a los que andaban descarriados y, por lo que de él dependía, hacerlos mejores. Sin embargo, sus contemporáneos no lo soportaron porque eran indisci-
8 plinados. Vosotros, pues, los que os sometéis personalmente y encomendáis a otros vuestra educación, sois mucho mejores que los que se enfadan cuando alguien está dispuesto a hacer lo mismo por su cuenta, y no sólo le niegan los honores, sino que matan al que se preocupa por ellos, como hicieron los antiguos con Sócrates.

Ahora bien, ¿qué elogio, más hermoso aún, podría hacer alguien ya sea de este hombre ya de vosotros mismos? Vosotros, por lo menos, cuando os habéis dado cuenta de que ha hecho mejores a los efebos[8] y a los jóvenes, habéis pensado que también puede haceros mejores a vosotros. Y, por Zeus, no se puede decir que los adolescentes tienen necesidad de educación y de virtud, y que no la tienen los mayores y la ciudad. Es como si un médico pensara que los niños y los jovencitos tienen necesidad de atención médica, y no los
9 adultos. Además, ¿cómo no va a ser admirable la magna-

[6] Se trata del cargo de estratego, principal magistratura de la época. En efecto, Pericles, ocupó el cargo la mayor parte del tiempo desde su llegada al poder en el 461 a. C. hasta su muerte, acaecida en el 429 a. C., durante la guerra del Peloponeso. Fue varias veces objeto de duras críticas de parte de sus adversarios políticos.

[7] Rellenamos así la laguna existente en el texto según la conjetura de Capps. En efecto, a partir de la laguna, se sigue hablando de Sócrates.

[8] Efebos eran, en Atenas, los jóvenes en la edad del servicio militar; más o menos, entre los 18 y los 20 años.

nimidad de la ciudad en materia de honores? ¿Y qué prueba de honor no habéis concedido diligentemente? ¿No habéis concedido retratos, estatuas, embajadas ante las ciudades o ante el emperador?[9]. ¿No habéis otorgado honores públicos? ¿No los habéis hecho también a título individual? ¿Quién, pues, no se alegrará de que estas cosas sucedan así? ¿O quién no estará dispuesto a hacer por vosotros todo el bien que pueda? Por eso, yo también pienso que he pronunciado el elogio de este hombre lo mejor que he podido. Pues el elogio de los que aceptan y honran a un hombre podría ser evidentemente la más hermosa alabanza para ese hombre.

---

[9] La misión de embajador era obviamente una señal de confianza y un honor.

LII

«SOBRE ESQUILO, SÓFOCLES Y EURÍPIDES» O «SOBRE EL ARCO DE FILOCTETES»

INTRODUCCIÓN

Uno de los hábitos literarios de la Segunda Sofística era su crítica de los antiguos autores. En el punto de mira de Dión, aparecen particularmente las obras de Homero. Pero Homero era la fuente que inundó la literatura con abundantes temas y personajes. Uno de ellos, el que fue objeto de una conmovedora tragedia de Sófocles, fue Filoctetes (cf. *Ilíada* II 716-726).

Heracles había regalado a Filoctetes su arco y sus flechas, que antes habían sido de Apolo. El héroe agradecía así a Filoctetes el servicio de prender fuego a la pira de su holocausto final. Pues bien, mientras los griegos ofrecían en la isla de Crise un sacrificio a los dioses, una serpiente mordió a Filoctetes en el pie. La herida despedía tal hedor que, por consejo de Odiseo y orden de Agamenón, quedó abandonado en las playas de Lemnos. Hecho prisionero Heleno, el adivino troyano, declaró a los griegos que Troya no sería tomada si no era con la ayuda de Filoctetes y su arco. Odiseo y Neoptólemo fueron enviados a Lemnos con la misión de llevar a Filoctetes a Troya. Después de laboriosas gestiones, lograron convencer a Filoctetes, que se incorporó a la campaña. El héroe, curada su herida por los médicos griegos, mató a Paris con sus flechas y facilitó así la conquista de la ciudad.

Éste es básicamente el relato, sobre el que los trágicos construyeron sus obras, objeto de la crítica y el comentario de nuestro autor. Una conmovedora introducción nos brinda la ocasión de conocer lo que podía ser una jornada corriente en la vida de un hombre enfermo y erudito, como Dión. Se levanta temprano, se arregla, sale de paseo, regresa, se baña y se enfrasca en sus lecturas. Las circunstancias climáticas nos sitúan en Prusa, bajo las frescas brisas de verano junto al monte Olimpo de Misia.

El orador se entrega a la lectura gozosa de tres tragedias. Todas tratan del mismo tema: el arco de Filoctetes. Conocemos el Filoctetes de Sófocles, una de sus siete tragedias conservadas. Pero apenas conocíamos algunos fragmentos discutibles de las obras homónimas de Esquilo y de Eurípides.

Dión va a participar, privilegio único, en un concurso en el que compiten simultáneamente los tres monstruos sagrados de la tragedia. Y va a ser a la vez corego, juez y espectador (§ 4).

De Esquilo, como esperábamos, alaba la grandiosidad y la elevación de su pensamiento y su expresión. Esquilo no se preocupa de armonizar posibles incoherencias o faltas de verosimilitud, como hace Eurípides. Pero adopta en todo una actitud sumamente digna, incluso al recoger los engaños de que se vale Odiseo para convencer a Filoctetes.

De Eurípides, ensalza la sagacidad y el cuidado que pone en hacer verosímil su relato. Es, dice Dión, la antítesis de Esquilo. Su tratamiento hábil y «político» de los hechos lo hace idóneo para el provecho de sus lectores. Según Dión, es el que tiene más recursos y el más capacitado de todos para los efectos trágicos. Recordemos el calificativo de Aristóteles en su *Poética*: «El más trágico» (1453a, 24-30).

Sófocles ocupa el centro entre Esquilo y Eurípides. Tiene una poesía llena de solemnidad y sublimidad. Sobresale

por la disposición de los hechos y la caracterización de los personajes. Los datos recogidos por Dión evidencian que habla del Filoctetes de Sófocles que se nos ha conservado.

«SOBRE ESQUILO, SÓFOCLES Y EURÍPIDES» O «SOBRE EL ARCO DE FILOCTETES»

Después de levantarme casi hacia la primera hora del 1
día, y a causa de la debilidad de mi cuerpo, como el aire era demasiado fresco por ser tan temprano, y se parecía mucho al del otoño aunque estábamos a mitad del verano, me arreglé e hice mis oraciones. Luego, subí en mi carruaje y di varias vueltas en el hipódromo. Mi carruaje se movía tan tranquila y serenamente como era posible. A continuación, me di un paseo y descansé un rato. Después, me ungí, me bañé, comí un poco y me entregué a la lectura de unas tragedias.

Se trataba de obras de los hombres prácticamente más 2
cualificados, de Esquilo, Sófocles y Eurípides, que trataban todos del mismo tema: el robo o secuestro —o como convenga llamarlo— del arco de Filoctetes[1]. Ahora bien, Filoctetes había sido despojado de sus armas por Odiseo y trasladado en persona a Troya, en parte voluntariamente, y en parte convencido por la necesidad; pues había sido privado de las armas que no sólo le procuraban la subsistencia en la

[1] No deja de sorprender la noticia de que los tres grandes trágicos hayan compuesto obras sobre el mismo tema, detalle confirmado por este comentario de Dión.

isla, sino también confianza en su terrible enfermedad y fama a la vez.

3 Por consiguiente, disfrutaba del espectáculo y reflexionaba conmigo mismo que si hubiera estado en Atenas por aquel tiempo, no hubiera podido asistir al concurso de aquellos ilustres varones[2]. Algunos asistieron a la disputa del joven Sófocles con el anciano Esquilo, y de Sófocles anciano cuando disputaba el premio con el joven Eurípides. Pero Eurípides queda, por su edad, fuera de la época de Esquilo[3]. Y además, rara vez o quizá nunca compitieron con la misma obra. Pero a mí, me parecía gozar de un inmenso
4 lujo y de tener un nuevo consuelo para mi enfermedad. Por lo tanto, actuaba de corego[4] para mí mismo con total brillantez, y trataba de poner mi atención, como si fuera un juez de los antiguos coros trágicos[5].

Sólo que no hubiera podido expresar bajo juramento ningún juicio por el que hubiera podido ser vencido alguno de aquellos ilustres autores. La grandiosidad de Esquilo y su arcaísmo, lo elevado de su pensamiento y de su expresión me parecían lo más apropiado a la tragedia y a las antiguas

[2] Dión se imagina que puede participar en el concurso simultáneo de los tres grandes trágicos del siglo v a. C., lo que no pudieron lograr sus contemporáneos.

[3] Las fechas de las vidas de los trágicos explican la idea de nuestro orador. Esquilo vivió *ca.* desde el 525 al 458 a. C.; Sófocles, del 496 al 405; Eurípides compitió desde el 455 al 406 a. C., aunque había nacido en el 485.

[4] El «corego», introductor o guía del coro, era el ciudadano encargado de sufragar los gastos necesarios para la representación de una tragedia. Él era el que buscaba los cantores y cuidaba los ensayos previos a la representación.

[5] Los jueces eran diez ciudadanos seleccionados para cada festival, de cuyo juicio dependía el premio de los contendientes.

costumbres de los héroes[6]; y no había nada en él de premeditado, ni de ligero ni de abyecto. El mismo Odiseo, a 5 quien presenta como agudo y astuto para aquellos tiempos, dista mucho de la maldad de nuestros días, hasta el punto de que parecería realmente anticuado al lado de los que ahora pretenden ser sencillos y magnánimos. Así que no tuvo ninguna necesidad de poner que Atenea lo transformaba[7] para que no pudiera ser reconocido por Filoctetes, como Homero y Eurípides, que sigue sus pasos, lo presentan en su poesía. Por ello, posiblemente, alguno de los que no quieren a Esquilo podría acusarle de que no se preocupó de hacer verosímil la escena en que Odiseo no es reconocido por Filoctetes. Pero podría presentar, creo yo, una defensa contra esta 6 apreciación. Porque aunque el tiempo no era posiblemente tan largo como para que olvidara sus rasgos, ya que sólo habían pasado diez años, sin embargo, la enfermedad de Filoctetes, su quebranto y el haber vivido en soledad el tiempo transcurrido, no hacía imposible tal suceso. Pues a muchos también, ya por enfermedad, ya por alguna desgracia, les ha pasado lo mismo.

Además, el coro en Esquilo no tuvo necesidad de pedir excusas, como el de Eurípides. Pues ambos formaron su coro 7 de ciudadanos de Lemnos[8]. Pero Eurípides los describió pidiendo en seguida excusas por su anterior descuido, ya que en tantos años ni se habían acercado a Filoctetes ni le habían prestado ninguna ayuda. En cambio, Esquilo introdu-

[6] Los grandes trágicos toman, en efecto, sus temas de la vida de los héroes, envuelta en leyendas. Eurípides, sin embargo, trata sus argumentos desde perspectivas más cercanas a nosotros y más humanas.

[7] Las transformaciones de los héroes a mano de los dioses eran frecuentes en las obras de Homero.

[8] El coro en las tragedias, que fue el núcleo del ditirambo primitivo, venía a ser como la voz de la conciencia.

jo su coro simplemente, lo que desde todos los puntos de vista es más trágico y más sencillo; la otra forma es más política y más correcta. Pues en efecto, si hubieran podido evitar todas las sinrazones en sus tragedias, quizá habría razón para no dejar pasar este detalle. Pero ahora, cuentan muchas veces que los heraldos hacen en una sola jornada el
8 viaje de muchos más días. Además, es totalmente imposible que ninguno de los lemnios se hubiese acercado a él ni le hubiese cuidado, pues me parece que no hubiera ni siquiera sobrevivido los diez años sin haber recibido ninguna ayuda. Por el contrario, es lógico que la recibiera, pero rara vez y de poca importancia, y que nadie se decidiera a acogerlo en su casa y a cuidarlo por lo desagradable de la enfermedad[9]. En todo caso, el mismo Eurípides introduce a Actor, hombre de Lemnos, como conocido de Filoctetes, y cuenta que se le acercaba y que muchas veces conversó con él.

9 Tampoco creo que nadie le pudiera acusar de hacer un relato ante el coro, como si éste ignorara las circunstancias del abandono de Filoctetes por los aqueos y todas las cosas que le sucedieron. Pues los hombres desgraciados acostumbran a recordar frecuentemente sus desgracias, y al referirlas continuamente, resultan molestos a los que ya las conocen al detalle y no tienen ninguna necesidad de oírlas. El truco que Odiseo usó para engañar a Filoctetes así como las palabras con las que consiguió llevárselo, no sólo son decorosas y propias de un héroe, aunque no sean de un Euríbato o un Pateción[10], sino que, a mi parecer, son incluso bastante
10 convincentes. Pues ¿qué falta hacía emplear formas artísticas o insidiosas con un hombre enfermo, que, además era un

---

[9] El mismo Filoctetes lo reconoce en *Filoct.* 900-901.

[10] Ambos son personajes paradigmáticos como hombres mezquinos y desleales.

arquero, cuyos medios de defensa se habían vuelto inútiles sólo con que alguien se le acercara?[11]. Y el anuncio de las desgracias de los aqueos, de que Agamenón había muerto, de que el mismo Odiseo estaba envuelto en una acusación absolutamente vergonzosa, y de que todo el ejército había quedado destruido, no sólo era útil para que Filoctetes se alegrase y aceptase mejor el relato de Odiseo, sino que, en cierto modo, ni siquiera resultaba inverosímil por la duración de la campaña y por lo que había sucedido durante la cólera de Aquiles, cuando Héctor estuvo a punto de prender fuego al desembarcadero.

La sagacidad de Eurípides y el cuidado con que trata to- 11
das las cosas, hasta el punto de no permitirse nada inverosímil ni descuidado, ni hacer uso de los temas de cualquier manera, sino con total destreza en el relato, es como la antítesis a la forma de Esquilo. La de Eurípides resulta mucho más cívica y retórica, y es capaz de ofrecer la mayor utilidad a sus lectores. Por ejemplo, Odiseo es presentado enseguida hablando en el prólogo y reflexionando, entre otras cosas, sobre temas ciudadanos, pero en primer lugar, titubeando sobre su propio caso, no fuera que apareciera ante la mayoría como un hombre sabio y sobresaliente por su sagacidad, cuando era lo contrario. Pues pudiendo vivir tran- 12
quila y despreocupadamente, se veía envuelto continuamente en problemas y peligros. La causa de ello era, a su entender, la ambición de los hombres nobles de nacimiento. Porque, apasionados por la buena reputación y por ser famosos ante todos los hombres, afrontan de buen grado los mayores y más duros trabajos:

[11] El estado de Filoctetes, después de diez años de abandono y enfermedad en la isla de Lemnos, era realmente desolador. No hacía falta usar palabras demasiado ingeniosas para convencerle de que regresara a Troya según solicitaba el oráculo.

Pues nada existe tan orgulloso como el hombre[12].

Además, demuestra Odiseo con claridad y precisión el
13 argumento del drama y por qué había ido a Lemnos. Cuenta
que había sido, en efecto, transformado por Atenea de mo-
do que, al encontrarse con Filoctetes, no pudiera ser reco-
nocido por él, detalle en el que Eurípides imitó a Homero.
Pues Homero representó a Odiseo transformado por Atenea,
cuando se encontró, entre otros, con Eumeo y con Penélo-
pe[13]. Y asegura que va a llegar una embajada de los troya-
nos a Filoctetes, para pedirle que ponga a su disposición su
propia persona y sus armas a cambio del reino de Troya.
Con ello, organiza la trama e inventa temas de conversa-
ción, según los cuales, al enfrentarse con las posturas con-
trarias, aparece más rico en recursos y más capacitado frente
14 a cualquiera. Y no sólo describe a Odiseo llegando solo, si-
no en compañía de Diomedes, detalle también del relato de
Homero. Y así, el desarrollo completo del drama demuestra,
como ya he dicho, la mayor habilidad y verosimilitud en la
presentación de los hechos, un poder extraordinario y ma-
ravilloso en la expresión, unos diálogos claros, naturales y
correctos y unas partes líricas que no sólo proporcionan pla-
cer, sino también una fuerte recomendación a la virtud.

15 Sófocles, a su vez, parece ocupar el centro entre los otros dos, pues ni tiene lo áspero y sencillo de Esquilo, ni lo preciso, agudo y cívico de Eurípides, pero sí una poesía solemne y elevada que abarca los aspectos más trágicos y épicos, hasta el punto de producir el mayor deleite con un sentido de sublimidad y solemnidad. Utiliza la mejor y más

[12] Eurípides, *Trag. Graec. Frag.* 188 (Nauck).

[13] En *Odisea* XIII 429-438, Atenea disfraza a Odiseo de mendigo a su llegada a Ítaca, para que no lo reconozcan.

verosímil disposición de los hechos, al describir cómo Odiseo se presenta con Neoptólemo, ya que estaba determinado por el destino que Troya sería conquistada por Neoptólemo y por Filoctetes, quien usaría el arco de Heracles. Odiseo se esconde, mientras envía a Neoptólemo en busca de Filoctetes, indicándole lo que tiene que hacer. En cuanto al coro, no lo forma con hombres de Lemnos, sino con los que habían venido en la nave acompañando a Odiseo y a Neoptólemo.

Los caracteres son admirablemente respetables y distin- 16
guidos; el de Odiseo es mucho más tranquilo y sencillo que en la presentación de Eurípides. El de Neoptólemo sobresale por su sencillez y nobleza de espíritu, en primer lugar, porque pretende apoderarse de Filoctetes no con dolo y engaño, sino por la fuerza y abiertamente; luego, porque, una vez convencido por Odiseo, después de engañar a Filoctetes y apoderarse de su arco, al darse cuenta Filoctetes de lo sucedido, se lamenta de haber sido engañado y reclama las armas, Neoptólemo no las retiene, sino que está dispuesto a devolvérselas[14]. Sin embargo, Odiseo aparece y trata de impedir la operación, pero finalmente se las devuelve. Después de entregarle las armas, intenta persuadirle de palabra
para que lo siga voluntariamente hasta Troya. Pero Filocte- 17
tes no cede de ninguna manera ni se deja convencer, sino que ruega a Neoptólemo que, como había prometido, lo conduzca a Grecia. Neoptólemo se lo vuelve a prometer y se muestra dispuesto a cumplirlo, hasta que aparece Heracles, que convence a Filoctetes para que navegue voluntariamente hasta Troya.

---

[14] ARISTÓTELES, en *Ética nicomáquea* I 146b7, comenta la «virtuosa inconstancia» de Neoptólemo, incapaz de seguir mintiendo.

Las partes líricas no ofrecen riqueza de sentencias ni exhortaciones a la virtud, como las de Eurípides, pero sí resultan maravillosamente placenteras y grandiosas; tanto que no en vano pudo decir Aristófanes cosas así:

Pero él, a su vez, de Sófocles lamió la boca
de miel untada como si fuera una jarra[15].

---

[15] Aristófanes, *Frag.* 598 Kassel-Austin. El sujeto de *periéleichen* es, según los estudiosos, Eurípides.

LIII

SOBRE HOMERO

INTRODUCCIÓN

Este discurso tiene su lugar en el marco de la crítica literaria. Lamar Crosby sugiere una época tardía en la carrera de Dión. La razón, en la que basa su apreciación, es el conocimiento que demuestra el autor de las opiniones de los diversos autores. Pues, en efecto, son las opiniones de otros autores más que las propias de Dión las que constituyen el núcleo del discurso. Un discurso que muy bien podría ser la introducción a una lectura de Homero.

El texto parte de una afirmación de Demócrito, para quien la sublimidad de Homero supera los niveles corrientes de la razón humana. Cita luego a diversos filósofos como estudiosos de la obra homérica. Y se detiene muy especialmente en Platón, el que nos dijo aquello de que Homero «educó a Grecia entera» (*Rep.* X 606e-607a). Sin embargo, Platón es el que, a pesar de la admiración que profesa a Homero, le censura hasta el punto de no admitirlo en sus ciudad ideal. Su poesía es de las que producirían placer pero no provecho.

Un apartado importante del discurso está dedicado a ponderar la transcendencia de Homero, cuya fama ha traspasado los límites de la Hélade (§ 6-8). Hasta en la India son conocidos y admirados sus poemas, traducidos a la lengua

del país. Muchos bárbaros, aun sin saber griego, se quedan encantados al oír sus poemas.

Termina el discurso con una referencia expresa a la categoría personal de Homero, a su dignidad y a su nobleza de sentimientos, Su humildad lo lleva a ocultar su identidad detrás de sus textos. Unos textos que son escuela de virtud, sobre todo, para los reyes, y que presentan a Zeus como rey ideal y padre de los dioses y de los hombres.

SOBRE HOMERO

Demócrito habla sobre Homero en estos términos: «Homero, habiendo recibido en suerte una naturaleza divina, construyó todo un mundo de versos épicos variados». Da a entender así que sin una naturaleza divina o sobrehumana no es posible producir versos tan hermosos y tan sabios. Otros muchos han escrito también sobre el tema; unos elogian al poeta abiertamente y muestran a la vez algunos de sus dichos; otros, dentro de la misma tarea, explican su pensamiento. Entre ellos, se cuentan no solamente Aristarco[1] y Crates[2], sino otros muchos de los que más tarde fueron llamados gramáticos, y antes se llamaban críticos. El mismo Aristóteles, de quien, según dicen, tomó principio la crítica literaria y la gramática, trata sobre el poeta en muchos de sus diálogos, y lo admira muchísimo y lo valora, como hace también Heraclides Póntico[3]. 1

[1] Aristarco de Samotracia fue, en efecto, un excelente crítico alejandrino, editor de Homero y autor de importantes comentarios sobre su obra.

[2] Es Crates de Malos (Cilicia), filólogo del siglo II a. C. y director de la biblioteca de Pérgamo. Fue rival de Aristarco en la interpretación de Homero, al seguir una interpretación alegórica.

[3] Discípulo de Platón, que presidió la Academia durante uno de los viajes de su maestro a Sicilia. Sus ideas heliocéntricas pudieron influir en Copérnico.

2 Antes que éstos, Platón menciona continuamente a Homero, sorprendido por el encanto y la gracia de su épica, aunque muchas veces también lo censura por sus mitos y relatos sobre los dioses, en el sentido de que no contó en absoluto lo que interesaba a los hombres, sino que exponía las ambiciones y las intrigas de unos dioses contra otros, así como sus adulterios, reyertas y altercados. Además, no admite a Homero en la administración de los asuntos de su propia ciudad ni en su constitución política[4], que debía estar, según él creía, basada en la sabiduría. La intención era que aquellos hombres, a los que presenta como guardianes y jefes de la ciudad, no pudieran, cuando eran jóvenes, oír estas cosas acerca de los dioses, ni historia alguna desagradable sobre el Hades, y así no se hicieran blandos frente a la guerra y la muerte[5], ni fueran como potros mal domados, desconfiados desde el primer momento frente a cosas que nada tienen de temibles[6].

3 Por lo que se refiere a estos asuntos, hay otro tema más importante, más largo y nada fácil de explicar, a saber, si Homero se equivocó en estos detalles o transmitió a la humanidad, según la costumbre de la época, ciertos relatos acerca de la naturaleza, comprendidos dentro de los mitos. Pues no es fácil dictaminar sobre un tema así; lo mismo, creo yo, que no es fácil condenar a uno de dos amigos, ambos respetables, cuando uno hace una acusación contra el otro.

---

[4] Es bien conocida la actitud de Platón contra los poetas, a los que excluye de su ciudad ideal, a excepción de los que componen los himnos laudatorios de los hombres próceres. La razón es que éstos podían ofrecer a los ciudadanos buenos ejemplos de virtudes cívicas. Cf. *República* 398a; 607a.

[5] Ideas todas tomadas de la *República* de PLATÓN, 386-387c.

[6] Sigue Dión glosando a PLATÓN (*República* 413d).

También el filósofo Zenón[7] ha dejado escritos acerca de 4
la *Ilíada* y la *Odisea*, e incluso se ha ocupado del *Margites*[8],
pues opinaba que este poema fue compuesto por Homero
cuando era joven y ensayaba sus cualidades naturales para
la poesía. Pero Zenón no censura nada de las obras de Ho- 5
mero, sino que explica y demuestra que escribió unas cosas
según la apariencia, y otras de acuerdo con la verdad, para
que no aparezca Homero en lucha contra sí mismo en algu-
nos puntos en que parece contradecirse. Esta opinión fue
expuesta antes por Antístenes[9], a saber, que el poeta dijo
unas cosas según la apariencia, y otras según la verdad. Sin
embargo, Antístenes no elaboró totalmente la teoría, mien-
tras que Zenón la desarrolló en todos sus detalles. Además
de éstos, también Perseo[10], el discípulo de Zenón, escribió
sobre el mismo tema; y como él, otros muchos.

Platón, pues, a la vez que acusa a Homero, como he dicho, demuestra que es admirable la fuerza de su poesía, en el sentido de que Homero es capaz de expresar cualquier cosa y de reproducir con naturalidad toda clase de voces, tanto de ríos como de vientos y de olas. Y ordena con mucha ironía que se corone al poeta con cinta de lana, se derrame perfume sobre él y se lo despida para que se vaya a otro lugar[11].

---

[7] Zenón de Citio (335-263 a. C.), fundador de la escuela estoica.

[8] El poema satírico, no conservado, atribuido a Homero, como reconoce Aristóteles en su *Poética* 1448b30.

[9] Antístenes (444-366 a. C.) nacido en Atenas y fundador de la escuela cínica, fue discípulo de Sócrates y maestro de Diógenes.

[10] Filósofo estoico, que también ejerció cargos militares a las órdenes de Antígono Dosón (263-221 a. C.). Cf. Plutarco, *Arato* 18.

[11] En este pasaje, recoge Dión pensamientos de Platón en la *República* (396b y 398a). Después de hablar de la imitación en la literatura, concluye Platón que a los poetas se los debe expulsar de la ciudad.

6 Más aún, el mismo Platón alaba la poesía de Homero por su gracia, y lo trata con gran admiración. Pues, sencillamente, sin el favor divino y sin el apoyo de las Musas y de Apolo, no es posible que se produzca una poesía tan elevada, tan maravillosa y, además, tan agradable[12]. Y ello es verdad hasta el punto de que no sólo tiene encantados durante tan largo tiempo a los que hablan la misma lengua y usan los mismos sonidos, sino también a muchos bárbaros. Los que hablan las dos lenguas o viven mezclados con gente de otra raza conocen profundamente las epopeyas de Homero, aunque desconozcan muchas de las demás obras griegas, y eso que algunos habitan en países muy lejanos. Porque hasta en la India, según dicen, cantan la poesía de Homero después de traducirla a su propia lengua y a su
7 forma de hablar. Así, los indios que no ven muchas de las estrellas que vemos nosotros, —pues cuentan que las Osas no son visibles en su país—, no dejan de conocer los sufrimientos de Príamo, los lamentos y quejas de Andrómaca y de Hécuba, y la valentía de Aquiles y de Héctor. ¡Tanto poder tiene la poesía de un solo hombre! Y tengo la impresión de que con ese poder sobrepasó a las sirenas y a Or-
8 feo[13]. Pues encantar y arrastrar a las piedras, las plantas y los animales, ¿qué otra cosa es sino apoderarse tan fuertemente de unos hombres bárbaros, desconocedores del idioma griego, que no saben nada ni de la lengua ni de los hechos de los que trata el relato, pero se quedan encantados simplemente, pienso yo, ante una cítara? Yo creo que mu-

[12] Es la idea de Demócrito, expresada ya en el § 1.

[13] Mítico cantor tracio, al que se considera fundador del movimiento religioso que, con la denominación de «orfismo», se extendió por Grecia durante los siglos VII y VI a. C. Orfeo, se decía, arrastraba con su canto piedras, árboles y animales. Es lo que hacían con sus canciones las Sirenas, de las que se nos habla en la *Odisea* XII.

chos bárbaros, todavía más ignorantes, han oído al menos el nombre de Homero, aunque no saben claramente lo que quiere decir, ni entienden si se trata de un animal, una planta o de otra cosa.

Esto no obstante, también se podría elogiar la vida de 9
Homero mucho más que su poesía. Pues el sobrevivir en la pobreza, andar errante y ganarse con sus poemas lo necesario para vivir es cosa de una admirable valentía y nobleza de sentimientos[14]. Y lo es más aún el hecho de no haber escrito en ningún pasaje su propio nombre, y no haber aludido siquiera a su persona en su poesía. Todos los demás autores, que gozan de alguna reputación tanto en poesía como en prosa, escriben su propio nombre tanto al principio como al final, y muchos también en medio de sus relatos o de sus
poemas. Así hicieron Hecateo[15], Heródoto y Tucídides, y 10
este último, no una sola vez al principio de su historia, sino muchas veces certifica al aludir a cada invierno y verano[16]: «Esto lo compuso Tucídides». Pero Homero fue tan distinguido y tan noble que en ningún pasaje de su poesía aparecerá mencionándose a sí mismo, sino que realmente, como los profetas de los dioses, habla como desde un lugar secreto y sagrado.

Sin embargo, dado que todo lo que escribió es útil y 11
provechoso, si alguien tratara de explicar cuanto compuso acerca de la virtud y la maldad, tendría mucho trabajo. Pero

---

[14] Dión parece estar evocando las vivencias de su destierro.

[15] Hecateo de Mileto es, posiblemente, el primero de los historiadores griegos o, como se decía en su época, genealogista, logógrafo y geógrafo. Estos términos aluden a aspectos particulares de la Historia. Empieza su obra con la famosa declaración: «Yo, Hecateo, cuento las cosas tal como creo que son». Floreció hacia el año 500 a. C.

[16] Como es sabido, Tucídides estructura su relato cronológicamente por inviernos y veranos.

sobre los reyes, hay que explicar brevemente cómo dice que deben ser. Pues cuando elogia a un rey, dice que es igual a Zeus en sabiduría; y a todos los buenos reyes los llama vástagos de Zeus. De Minos, el que tiene la mayor fama de justo entre los griegos, dice que es el confidente y alumno de Zeus[17], porque aquel rey fue el primero y más importante de todos, y el único que conoció y transmitió el arte de reinar. Conviene, pues, que los buenos reyes mejoren su gobierno fijándose en él y procurando acomodar su propia conducta a la de un dios en la medida en que sea humana-
12 mente posible. En cuanto al carácter de Zeus y a su forma de reinar, lo explica abiertamente de muchas formas, pero para resumirlo de una manera breve, muestra muchas veces su poder y su mentalidad denominándolo prácticamente siempre «padre de los hombres y de los dioses». Con ello, indica que el gobierno de los reyes debe ser paternal y solícito, ejercido con benevolencia y amistad; y nunca deben presidir y gobernar a los hombres sino con cariño y previsión, ya que Zeus no desdeña el ser llamado padre de los hombres.

[17] *Odisea* XIX 178-179, pasaje que Dión cita también en el discurso IV 39-40.

LIV

ACERCA DE SÓCRATES

INTRODUCCIÓN

Este breve apunte *Acerca de Sócrates* tiene todo el aspecto de ser un esquema para un tratado más amplio. El texto no ofrece ninguna referencia de tiempo ni lugar que nos ayude a situar la pieza en su contexto histórico. Pero el contenido en sí mismo, el tono displicente con que son tratados los sofistas, la alabanza incondicionada que se hace de Sócrates, nos llevan con relativa seguridad a los años posteriores a su destierro.

Según Sinesio, biógrafo de Dión, fue precisamente el destierro el que marcó el cambio de vertiente en el pensamiento y en la actitud de nuestro autor. Sería la presunta «conversión», como quieren algunos. Se trata de la «conversión» de sofista a filósofo, de una profesión frívola a otra seria y respetable.

Y resulta significativo que, para ensalzar la figura de Sócrates, recurra Dión a los más directos rivales del gran maestro de maestros. Todo se reduce a marcar el contraste entre ambas posturas, la de los sofistas y la de Sócrates. De los sofistas subraya dos detalles: su afición al dinero y su costumbre de pronunciar discursos vacíos de sentido. Frente a ellos, Sócrates es el modelo de desprendimiento y ge-

nerosidad, que gasta su vida para hacer mejores a los demás. Su instrumento es la palabra, que trascendió del marco de su vida para alcanzar un valor eterno y planetario.

ACERCA DE SÓCRATES

Los sofistas Hipias de Élide, Gorgias de Leontinos, Polo 1
y Pródico[1] florecieron durante algún tiempo en Grecia, y alcanzaron una gloria admirable no sólo en las demás ciudades, sino también en Esparta[2] y entre los atenienses. Amasaron gran cantidad de dinero, recibido oficialmente de las ciudades y de algunos soberanos, reyes y particulares, cada uno según su capacidad. Pronunciaban muchos discursos, aunque vacíos hasta del más mínimo sentido[3]; pero con ellos, era posible, a mi parecer, conseguir dinero y agradar a
los hombres ingenuos. Pero hubo también un hombre de 2
Abdera que no cuidó la manera de recibir dinero de otros, sino que incluso arruinaba su propia hacienda, que era copiosa, hasta que la perdió totalmente por dedicarse a la filosofía, por lo que se ve, de forma insensata, y buscando cosas de las que no se derivaba ninguna ventaja en su favor.

[1] Hipias, Gorgias, Polo y Pródico son famosos sofistas del siglo v a. C. Platón, su rival dialéctico, les presta notable atención en varios de sus diálogos.

[2] Sorprende la mención de Esparta, ciudad poco receptiva para las novedades que aportaban los sofistas.

[3] Aunque Dión es uno de los más excelsos representantes de la Segunda Sofística, se expresa ordinariamente de forma negativa sobre los sofistas.

3 Vivió a su vez en Atenas Sócrates, hombre pobre y popular, que tampoco se sintió obligado por su pobreza a recibir nada de nadie. Sin embargo, tenía una mujer que no odiaba precisamente el dinero, y unos hijos que necesitaban el sustento. Se cuenta que trataba con los jóvenes más ricos[4], algunos de los cuales, según se dice, no escatimaban sencillamente nada con él. Era por lo demás sociable y humano de carácter, y se prestaba a los que querían acercarse y dialogar con él. Vivía la mayor parte del tiempo en el ágora, y entrando en las palestras y sentándose junto a las mesas de cambio —lo mismo que los que exponen sus pequeñas mercancías en el ágora o las van vendiendo de puerta en puerta— por si alguno de los jóvenes o de los ancianos quería preguntar o escuchar algo. Ahora bien, los hombres poderosos y los oradores, en su mayoría, procuraban hacer como si no lo vieran siquiera. Pero el que se le acercaba, como tropezando con él, se retiraba rápidamente dolorido.

4 No obstante, mientras que han desaparecido las palabras de aquellos sofistas tan admirados y no ha quedado otra cosas que sus nombres[5], las palabras de Sócrates han pemanecido, no sé cómo[6], y permanecerán perpetuamente, aun-

[4] Entre los discípulos de Sócrates, figuran Critias, filósofo y estadista, uno de los «Treinta» que gobernaron Atenas después de la Guerra del Peloponeso, y Alcibíades, aristócrata, político y general ateniense durante la misma guerra.

[5] Aunque las palabras de Dión suenan como una exageración, son en términos generales verdaderas. De los sofistas, que tanta aceptación tuvieron en la sociedad ateniense, apenas nos han quedado otra cosa que fragmentos y citas, si exceptuamos el *Encomio de Helena*, de Gorgias y *Sobre el Arte*, atribuido a Protágoras y conservado dentro del *Corpus Hippocraticum*.

[6] La verdad es que la supervivencia del pensamiento y la conducta de Sócrates se debe a las obras de sus discípulos, sobre todos, Platón y Jenofonte.

que él mismo ni ha escrito ni nos ha dejado ninguna obra ni testamento alguno. En efecto, murió aquel hombre *ab intestato* por lo que se refiere a su sabiduría y a sus bienes. Pero no tenía hacienda que pudiera ser confiscada, como es costumbre hacer con los condenados. Sus palabras, en cambio, fueron realmente confiscadas, aunque no por sus enemigos, bien lo sabe Dios, sino por sus amigos. Sin embargo, a pesar de que incluso ahora son bastante conocidas y apreciadas, pocos las entienden y participan de su sabiduría.

LV

ACERCA DE HOMERO Y SÓCRATES

INTRODUCCIÓN

No menos de dieciséis discursos del *corpus* de Dión están desarrollados en forma dialogada. Pero son unos diálogos en los que la forma de preguntas y respuestas no parece otra cosa que el pretexto para una exposición temática. Nunca intervienen, como en Platón, personajes de la vida real con sus nombres y sus circunstancias vitales. Sólo hay un personaje anónimo que plantea preguntas, y otro, presumiblemente Dión, que responde. Es lo que sucede en este diálogo, que mantiene Dión, el maestro, con un anónimo discípulo. El diálogo empieza con preguntas y respuestas de una cierta vivacidad, pero que acaba en un largo monólogo a cargo del maestro, un monólogo que ocupa más de la mitad de la pieza.

El interlocutor anónimo emplaza a Dión para que le responda quién fue el verdadero maestro de Sócrates. La solución, que irá desgranando el maestro a lo largo de sus respuestas, es contundente. El maestro de Sócrates es Homero. Varios ejemplos de la historia griega sirven para poner la cuestión en sus justos términos.

El interlocutor se sorprende de que Sócrates tuviera como maestro a un hombre que ni siquiera pudo conocer. Pero Dión explica que el mero hecho de ver a una persona o de

convivir con ella no tiene importancia definitiva a la hora de aprender. Por el contrario, uno que no ha visto a un maestro, pero que tiene a su disposición su obra escrita, puede ser su admirador, su imitador, su discípulo. Y ése es el caso de Sócrates.

Los maestros suelen dejar la impronta de su personalidad en sus discípulos, Como los discípulos reproducen siempre en cierta medida los perfiles intelectuales de sus maestros. Dión insiste en esta circunstancia como base de su razonamiento. Porque Homero y Sócrates tienen varios aspectos en común: a) Su modestia. Ni Homero ni Sócrates hablan de sí mismos.— b) Su desprendimiento y desinterés frente a las riquezas de orden material.— c) Su costumbre de ilustrar sus doctrinas con comparaciones.— d) Su preocupación por enseñar e instruir a los hombres hasta con los más pequeños detalles. Homero lo hace presentando a sus héroes en acción. Sócrates, acomodando sus lecciones a cada momento y a los distintos personajes.

ACERCA DE HOMERO Y SÓCRATES

INTERLOCUTOR. — Puesto que eres evidentemente un 1
incondicional admirador de Sócrates, y te sientes sobrecogido por las palabras de un hombre así, debes decirme de cuál de los sabios fue discípulo. Del mismo modo, el escultor Fidias fue discípulo de Hegias[1], y el pintor Polignoto[2] y su hermano fueron ambos alumnos de su padre Aglaofonte[3]. Se cuenta que Ferécides fue maestro de Pitágoras, y Pitágoras lo fue de Empédocles, y así sucesivamente. Podemos, en efecto, decir los nombres de los maestros de la mayoría de los demás hombres famosos, y con quién vivió unido cada uno de ellos para llegar a ser digno de consideración, excepto Heráclito de Éfeso[4] y Hesíodo

---

[1] PAUSANIAS (VIII 42, 10) relaciona a Hegias con Ageladas, el que fuera maestro de Fidias.

[2] Polignoto de Tasos, pintor griego del siglo V a. C., fue muy honrado en Atenas y ensalzado más tarde por Aristóteles y Pausanias.

[3] Pintor mencionado por PLATÓN en *Gorgias* 448b. Era, en efecto, padre de Polignoto y Aristofonte.

[4] Filósofo griego, nacido en Éfeso, autor de un libro *Sobre la Naturaleza*, compuesto, al parecer de aforismos, generalmente oscuros. Por ello, Heráclito fue denominado «el oscuro». Particularmente pesimista, confesaba que «todo fluye» y que «la guerra es el principio de todo». Floreció hacia el 500 a. C.

de Ascra[5]. Pues éste, para que no tuviéramos problemas al buscar a su maestro, nos cuenta que, apacentado su ganado en el Helicón, recibió la poesía de parte de las Musas en una
2 rama de laurel. Heráclito, todavía con más honradez, cuenta que él mismo descubrió cómo era la naturaleza del universo, sin que nadie se lo enseñara, y que se hizo sabio por sí mismo. En cuanto a Homero, lo mismo que ocurre con las demás cosas que se refieren a él, también este detalle es desconocido para los griegos. Pero de Sócrates, hemos oído decir que, cuando era niño, aprendió el arte de su padre. Dinos, pues, con claridad y sin reparos quién fue maestro de aquella sabiduría suya que resultó ser tan provechosa y bella.

3 DIÓN. — Pues yo pienso que está claro para muchos que conocen a ambos personajes que Sócrates fue realmente discípulo de Homero y no, como algunos afirman, de Arquelao[6].

INT. — Pero, ¿cómo se puede llamar discípulo de Homero a un hombre que nunca estuvo con Homero ni que lo vio jamás, sino que vivió tantos años después?

DIÓN. — ¿Pues qué? Si alguien vivió en tiempo de Homero, pero no escuchó ninguno de sus poemas, o los escuchó pero no les prestó atención, ¿podríamos llamarle discípulo de Homero?

INT. — De ninguna manera.

4 DIÓN. — Por consiguiente, no es absurdo que alguien que no convivió con Homero, ni lo vio, pero que comprendió su

[5] Es el poeta de la *Teogonía* y *Los Trabajos y los días*. Nacido en Ascra de Beocia, lugar «malo en invierno, penoso en verano, nunca agradable», al decir del mismo HESÍODO (*Trab.* 640).

[6] DIÓGENES LAERCIO en su *Vida de los Filósofos* (II 16), cuenta que Arquelao fue discípulo de Anaxágoras y maestro de Sócrates. Pero su opinión sobre la convencionalidad de los principios morales, contraria a las posturas socráticas, hace el dato poco creíble.

poesía y conoció todo su pensamiento se llame discípulo de Homero. ¿O es que no llamarás a nadie emulador de otro si no ha convivido con él?

INT. — Yo, desde luego, no.

DIÓN. — Entonces, si puede ser emulador, luego también podría ser discípulo. Pues el que es emulador de alguien sabe sin duda qué clase de persona era, e imitando sus obras y sus palabras, intenta mostrarse semejante a él en la medida de lo posible. Pues eso mismo es lo que, al parecer, hace 5
el discípulo. Imitando a su maestro y prestándole atención, asimila su arte. En cambio, el ver o el convivir no significan nada para aprender. Pues muchos también ven y conviven con los flautistas a diario, y sin embargo, no podrían ni siquiera soplar en los instrumentos, a menos que aprendan el arte y le presten mucha atención. Pero si tienes reparo en llamar a Sócrates discípulo de Homero, y prefieres llamarle solamente emulador, me es totalmente indiferente.

INT. — Pues para mí, tan sorprendente es una cosa co- 6
mo la otra. Porque Homero llegó a ser un poeta como no hay otro, mientras que Sócrates es un filósofo.

DIÓN. — Bueno. Pero así tampoco podrías llamar a Arquíloco emulador de Homero, porque no utiliza el mismo metro que él en toda su poesía, sino otros metros distintos la mayoría de las veces; ni a Estesícoro, porque Homero escribía poesía épica, y Estesícoro, poesía lírica[7].

INT. — Pues sí. Al menos en esto, todos los griegos es- 7
tán de acuerdo, en que Estesícoro fue emulador de Homero y que se parece mucho a él en su poesía. Sócrates, en cambio, ¿en qué te parece a ti que es semejante a Homero?

---

[7] El autor de *Sobre lo Sublime* (13, 3) afirma que tanto Arquíloco y Estesícoro, como Heródoto y Platón, son homéricos.

DIÓN. — Lo primero y principal, por su forma de ser. Pues ninguno de los dos era fanfarrón ni desvergonzado, como son los más ignorantes de los sofistas. Homero, por ejemplo, no se dignó decir ni de dónde era, ni quiénes eran sus padres ni cuál era su nombre. Y por lo que de él depende, no conoceríamos ni siquiera el nombre del autor de la
8 *Ilíada* y de la *Odisea*. En cuanto a Sócrates, no podía ocultar cuál era su patria porque Atenas era una gran ciudad, porque era muy famosa y porque dominaba a los griegos durante aquel tiempo. Pero nunca dijo nada importante sobre sí mismo, ni presumía de poseer sabiduría alguna; y sin embargo, Apolo declaró en un oráculo que Sócrates era el más sabio de los griegos y de los bárbaros[8]. Finalmente, no dejó por escrito palabra alguna, y en esto supera a Homero. Pues lo mismo que conocemos el nombre de Homero porque lo hemos oído decir a otros, así también conocemos las palabras de Sócrates porque otros nos las han transmitido. Así eran ambos personajes sobremanera moderados y prudentes.

9 Sócrates, igual que Homero, desdeñaba la posesión de las riquezas. Y además de estas cosas, se dedicaban a tratar los mismos temas, el uno en poesía, el otro en prosa, a saber: sobre la virtud y la maldad de los hombres, sobre sus errores y sus éxitos, sobre la verdad y el engaño, y cómo los hombres, en su mayoría, tienen opinión sobre las cosas, mientras que los hombres sabios tienen conocimiento.

Más aún, los dos estuvieron muy capacitados para hacer semejanzas y comparaciones.

INT. — Esto es lo admirable, que consideres coherente comparar a los alfareros y los zapateros de Sócrates con las

[8] De tal oráculo nos informan PLATÓN (*Apología* 21a) y JENOFONTE (*Apología de Sócr.* 14).

imágenes sobre el fuego, los vientos, el mar, las águilas, los
toros, los leones, etc., con que Homero adornó su poesía.
DIÓN. — Lo mismo, mi querido amigo, que si compara- 10
mos la zorra de Arquíloco[9] con los leones y los leopardos, y
afirmamos que no hay mucha diferencia. Pero es posible
que no te agraden los pasajes de Homero en donde mencio-
na a los estorninos, los grajos, las langostas, las ascuas, la
ceniza, las habas o los garbanzos, o cuando describe a hom-
bres que desaparecen[10]; pues estas cosas te parecen las más 11
deficientes de la obra de Homero. Por el contrario, te admi-
ras solamente de los leones, las águilas, las Escilas, los Cí-
clopes, con los que encandilaba a los ignorantes, como ha-
cen las nodrizas cuando cuentan a los niños las historias de
Lamia[11]. Ahora bien, lo mismo que Homero pretendía con
sus mitos y sus historias educar a los hombres, que son tan
difíciles de educar, así también Sócrates usaba muchas ve-
ces el mismo sistema, reconociendo que unas veces actuaba
en serio, y fingiendo otras veces estar bromeando, con la
intención de aprovechar a los hombres. Sin embargo, entró
en conflicto con los mitólogos y los historiadores[12].

Además, tampoco introdujo en vano como interlocuto- 12
res a Gorgias, o a Polo, a Trasímaco, a Pródico, a Menón, a
Eutifrón, a Ánito, a Alcibíades o a Laques, cuando podía

---

[9] Arquíloco destacó, entre otras cosas, por sus fábulas de animales. De una de ellas, que tenía como objeto a la zorra, se conservan algunos fragmentos. Cf. F. R. ADRADOS, *Líricos Griegos* I, págs. 36-40 (frag. 27 ss.).

[10] *Ilíada* V 506-508; XIII 588-589.

[11] Lamia era un monstruo femenino, del que se dice que era una madre frustrada que robaba a los niños para comérselos. Significaba para los niños griegos lo que el «coco» para los españoles.

[12] Los mitos no siempre están tratados según la ortodoxia oficial, lo mismo que la historia tiene en Homero intereses y parámetros distintos de los que practican los historiadores. Pero el carácter épico de la obra homérica justifica su método de trabajo.

haber omitido sus nombres. Sin embargo, sabía que con ello aprovecharía muchísimo a sus oyentes, si es que lograban entenderle. Porque comprender a los hombres por sus palabras y las palabras por los hombres que las dicen no es cosa fácil para los que no son filósofos o personas instruidas. Pero la mayoría piensa que tales cosas se dicen en vano y las
13 consideran únicamente como algo inoportuno y frívolo. Sócrates pensaba que, cuando introducía a un hombre fanfarrón, es como si hablara sobre la fanfarronería; cuando lo hacía con un desvergonzado e indecente, es como si hablara sobre la desvergüenza y la indecencia; cuando introducía a un hombre insensato e irascible, es como si exhortara a sus oyentes a la insensatez y la ira. Y sobre los demás temas, demostraba cómo eran los padecimientos y las enfermedades con los mismos hombres sujetos a tales padecimientos y enfermedades; y lo hacía con mayor claridad que si lo hiciera sólo con palabras.

14 Pero me parece que Sócrates aprendió este método de Homero. Así, cuando Homero cuenta el episodio de Dolón[13], cómo deseó conseguir los caballos de Aquiles; cómo, pudiendo escapar de los enemigos, se detuvo cuando se clavó la lanza junto a él y no le sirvió de nada su rapidez; cómo se tambaleaba de miedo y le castañeteaban los dientes; cómo contó a sus enemigos no solamente lo que le preguntaron, sino también asuntos sobre los que no se habían interesado, pues les dio detalles sobre los caballos tracios y sobre Reso, cuya llegada nadie conocía. Al contar estas cosas con tanta claridad, ¿no os parece que hablaba Homero sobre la cobardía y el afán de notoriedad?

[13] El episodio de Dolón está narrado en *Ilíada* X 313-464.

Y cuando sobre Pándaro[14] cuenta cómo violó la tregua 15
porque esperaba recibir una recompensa de Alejandro, el hijo de Príamo, y no sólo no mató a Menelao con su disparo, aunque tenía fama de ser un excelente arquero, sino que, al romper los juramentos, produjo un mayor desaliento a los troyanos para la guerra, porque se acordaban continuamente del perjurio:

Pero ahora combatimos como traidores
a los juramentos de lealtad; por lo que nada bueno tendremos[15].

También cuenta de qué modo murió Pándaro no mucho 16
después con la lengua cortada, antes de que Alejandro le hubiera dado las gracias de palabra[16]. Cuando explicaba todas estas cosas con tanto detalle, ¿parecía hablar acaso de otra cosa que de soborno, de impiedad y, en una palabra, de insensatez? Porque el mismo Pándaro maldecía sus flechas y amenazaba con romperlas y quemarlas[17], como si las flechas le temieran.

También cuenta sobre Asio, el hijo de Hirtaco, que, cuan- 17
do el general dio órdenes de dejar los caballos fuera del foso, él fue el único que no obedeció,

---

[14] La violación de la tregua por la acción de Pándaro está narrada en *Ilíada* IV 92-187. En el episodio se contiene el pasaje famoso del disparo (vv. 112-126).

[15] Palabras de Antenor en la asamblea de los troyanos (*Ilíada* VII 351-52). Como suele, Dión modifica ligeramente el texto original con nuevos elementos métricamente válidos.

[16] Pándaro, en efecto, muere en enfrentamiento personal con Diomedes, cuya lanza le atravesó los dientes y le cortó la lengua (*Ilíada* V 290-296).

[17] *Ilíada* V 209-216.

sino que con ellos se acercó a las veleras naves.
¡Insensato! Ya no podría, libre de las funestas Parcas,
gozoso de sus caballos y carros, desde las naves
regresar de nuevo a la ventosa Ilión[18].

18 Avanzando por un terreno tan difícil entre el foso, la muralla y las naves, en donde ni siquiera los infantes sacaron provecho al ser capturados por los enemigos, sino que cuando se hizo una pequeña salida en su socorro, fueron degollados en su mayoría, Asio, orgulloso de sus caballos y de la hermosura de su carro, pensaba que podría cabalgar hasta el otro lado de la muralla, y estaba dispuesto a meterse en el mar y combatir desde su carro. ¿No está hablando entonces Homero, según parece, sobre la desobediencia y la jactancia?

19 Y de nuevo, junto con estas cosas, presenta a Polidamante[19] cuando ordena tener cuidado y no traspasar el foso, y cuando muestra toda la empresa como arriesgada[20], y a la vez el augurio que han recibido[21]. Porque pensaba que nadie le escucharía mientras hablaba, pero que con el augurio convencería rápidamente a Héctor. Y habla también de Néstor, cuando hace que desistan de su cólera Agamenón y Aquiles que se estaban insultando, y les predice claramente lo que les sucederá si persisten en su disputa[22]; y luego, increpa a Agamenón por su conducta errónea y por obligar a que se tenga que recurrir con súplicas a Aquiles[23]. Igualmente,

---

[18] *Ibid.* XII 112-115.

[19] Es el general troyano antes mencionado, que mandó a sus soldados que no pasaran el foso (Cf. § 17).

[20] *Ilíada* XII 60-79

[21] Un águila, que llevaba en sus garras una serpiente herida, había aparecido dejando al pueblo a su izquierda (*Ibid.* XII 201-229).

[22] *Ibid.* I 247-284.

[23] *Ibid.* IX 96-172.

describe cómo Odiseo, al intentar corregir el fallo de Agamenón y probar así al ejército para ver cómo sobrellevarían la prolongación de la guerra, por poco provocó la retirada[24]. ¿No parece acaso que de lo que está tratando Homero es de la prudencia, el cargo de general y la adivinación, y además, de la oportunidad y la inoportunidad?

En cuanto a la *Odisea,* omito lo demás, pero voy a hacer 20
memoria sólo de un caso, el de Antínoo. A éste lo presenta Homero como el más fanfarrón y el más disoluto de los pretendientes. Él fue el primero que menospreció a Odiseo, porque estaba vestido de harapos; él, en cambio, llevaba lujosos vestidos y bebía en copas de oro, y no suyas precisamente; banqueteaba, y no de sus bienes paternos, sino que hacía de parásito en una casa en la que faltaba el dueño[25]. Decía que estaba enamorado de Penélope, pero andaba galanteando con las criadas de Odiseo, y en lo demás, llevaba una conducta desenfrenada. Finalmente, intentó disparar con 21
el arco, siendo como era ignorante del arte de manejarlo; y tenía las manos tan estropeadas por la molicie, que no podía tocar la cuerda a no ser que alguien la untara con manteca; y eso, a la vista de Odiseo, en presencia de la amada y entre tantos hombres. Ni siquiera podía tender el arco ni entendía por qué Telémaco había colocado las hachas[26]. Pues bien, a éste lo describió no en vano muriendo de una herida en la garganta y no en otro sitio cualquiera, exactamente igual que a Pándaro lo hace morir de una herida en la lengua.

---

[24] *Ibid.* II 182-210 y 243-332.

[25] Antínoo y los demás pretendientes podían permitirse toda clase de insolencias, porque estaba ausente Odiseo, dueño y señor de aquella casa.

[26] En la prueba del arco, la flecha tenía que pasar por el círculo formado por el corte de las hachas u hoces. La prueba del arco es propuesta por Penélope en *Odisea* XXI 68-79. Las exigencias de Antínoo para suavizar el arco están descritas en los vv. 176 ss.

Pues incluso si tales cosas suceden por casualidad, se puede decir en muchos casos que tal hombre debió morir de una herida en el vientre, otro en los genitales y otro en la boca.

22 Así pues, ¿os parece que Homero no dice las cosas a la ligera? Pues tampoco Sócrates usaba de otra manera sus palabras y sus ejemplos, sino que cuando hablaba con Ánito, hacía mención de curtidores y zapateros; cuando dialogaba con Lisieles, de corderos y azaleas; si conversaba con Licón, de pleitos y sicofantas; y cuando lo hacía con Menón el tesalio, de amantes y amados[27].

[27] Ánito y Licón fueron dos de los acusadores de Sócrates. Lisicles fue, según el testimonio de PLUTARCO (*Pericles* 24) un pastor que se introdujo en los círculos aristócratas gracias a Aspasia. ARISTÓFANES nos habla de él en *Caballeros* 132 y 765. Menón es el personaje que da título al diálogo platónico que lleva su nombre (cf. *Menón* 70a y 76b).

LVI

«AGAMENÓN» O «SOBRE LA REALEZA»

INTRODUCCIÓN

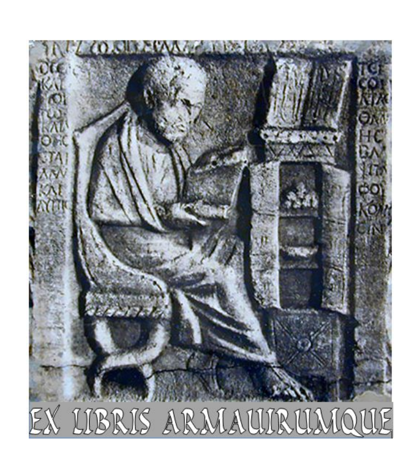
El tema de esta breve alocución, la realeza, fue objeto de la atención de Dión en los discursos I-IV de su colección. La referencia de Filóstrato en su *Vida de Apolonio* (V 34) a una escena, en la que Dión habla sobre la realeza con Vespasiano, nos confirma el interés de nuestro autor por el tema. Un interés compartido aquí por el interlocutor, que cierra el discurso lamentando que cese el maestro cuando ya empezaba a comprender el contenido del debate.

El diálogo es, aquí también, la forma de expresión elegida. Y un poco a la manera de los diálogos platónicos, plantea el reto de buscar una definición de rey y de realeza. Los perfiles de rey son los que aparecen definidos en los grandes personajes que gobernaron a distintos pueblos. Y realeza, el poder absoluto sobre los hombres, ejercido sin la obligación de dar cuenta de los actos.

Según el sistema socrático, el orador refuta esa definición recordando que los reyes dependen de otros ciudadanos que coartan y condicionan el ejercicio del poder. El primer ejemplo es Esparta, donde los éforos ejercían una autoridad práctica por encima de los reyes. El segundo, Agamenón, respetuosamente sometido a las recomendacio-

nes de Néstor. Cuando no obedecía, lo lamentaba amargamente y se imponía una reparación desmedida.

Las últimas palabras del diálogo dejan la puerta abierta para nuevas elucubraciones acerca de la realeza y de otros temas relacionados con ella. Y, en efecto, la realeza fue, como hemos dicho, un problema al que Dión se refirió en diversas circunstancias de su carrera.



«AGAMENÓN» O «SOBRE LA REALEZA»

DIÓN. — ¿Deseas oír sobre Agamenón palabras razonables, con las que se puede mejorar el conocimiento, o te molesta que se nombre a Agamenón, hijo de Atreo, en mis palabras? 1

INTERLOCUTOR. — Ni aunque me hablaras de Adrasto[1], el hijo de Tálao, o de Tántalo[2], o de Pélope[3], me disgustaría, si con ello me hago mejor.

DIÓN. — Bueno, pues acabo de acordarme de ciertas palabras, que yo podría decirte si estuvieras dispuesto a responderme cuando te pregunte.

INT. — Habla, que yo responderé.

DIÓN. — ¿Hay acaso hombres que gobiernan a otros hombres? Lo mismo que otros mandan en cabras, otros en cerdos, algunos en caballos, otros en bueyes, en una palabra, 2

[1] Rey de Argos, uno de los jefes que hicieron la expedición de los Siete contra Tebas.

[2] Hijo de Zeus y padre de Pélope, tan amado de los dioses que podía comer con ellos en su mesa. Por traicionar a los dioses, fue castigado a pasar hambre y sed eternas, mientras tenía agua y alimentos al alcance, casi, de la mano. La maldición de los dioses alcanzó a sus descendientes.

[3] Hijo de Tántalo y padre de Atreo, que lo era de Agamenón y Menelao.

todos esos que comúnmente se llaman pastores. ¿O es que no has leído estos versos de Cratino:

Trabajo de pastor: cuido cabras y bueyes?[4].

INT. — No sabría decirte si es mejor llamar pastores a todos los que apacientan animales.

DIÓN. — Pues no solamente animales irracionales, amigo mío, sino también hombres, si es que tenemos que fiarnos de Homero en estas materias[5]. Pero ¿por qué no has contestado a la pregunta del principio?

INT. — ¿A cuál?

DIÓN. — Si hay hombres que gobiernan a otros hombres.

INT. — ¿Cómo no los va a haber?

3 DIÓN. — Pues ¿quiénes son? ¿Cómo los denominas? No me refiero a los que mandan a los soldados en la guerra, pues acostumbramos a llamar generales a los jefes de todo el ejército. Lo mismo, tomando por partes al ejército, el que manda a una compañía se llama capitán; y el que dirige un batallón, comandante; y el jefe de la armada, almirante; y el de un trirreme, trierarca. Y así, hay otros muchos con otros nombres que mandan en pequeños cuerpos de ejército durante las guerras, porque entonces necesitan los soldados el
4 mayor cuidado y la más firme dirección. Tampoco pregunto sobre los denominados directores de coros, los que dan la señal a los cantores o les indican el tono[6]; ni sobre los jefes de los banquetes, ni sobre cualesquiera otros de los que se encargan de supervisar o mandar a un grupo de hombres para una actividad concreta o durante un tiempo determinado.

---

[4] *Fragm.* 313 KASSEL-AUSTIN.

[5] Homero, en efecto, denomina habitualmente *poimèn laôn* (pastor de pueblos) a los héroes de la *Ilíada*.

[6] Eran los denominados «corifeos».

Sino que me refiero a los que en alguna ocasión mandan a los hombres en sus actividades políticas o agrícolas, si llega el caso, o simplemente en su forma de vivir. Así, por ejemplo, Ciro[7] gobernó a los persas; Deyoces[8], a los medos; Heleno, a los que de él recibieron el nombre; Eolo, a los Eolios; Doro, a los dorios; Numa, a los romanos; y Dárdano, a los frigios.

INT. — Pues no haces ninguna pregunta difícil. Porque 5
todos éstos, que tú ahora nombras, se llamaban reyes, y lo eran realmente. Y este poder del que hablas, el de mandar con poder absoluto sobre los hombres y darles órdenes sin tener que rendir cuentas, se llama realeza.

DIÓN. — Entonces, ¿no llamas tú realeza al gobierno de los Heraclidas en Esparta, que reinaron durante tan largo tiempo? Pues aquellos no hacían las cosas tal como a ellos les parecía, sino que tenían que obedecer en muchos deta- 6
lles a los éforos[9], los cuales, desde que se estableció este cargo en Esparta en tiempo del rey Teopompo, tenían durante un año no menos poder que los reyes. Hasta tal punto que quisieron meter en prisión a Pausanias, hijo de Cleómbroto, el que fuera vencedor en Platea. Y como buscó refugio en el santuario de Atenea, lo mataron allí mismo. De nada le aprovechó el que fuera de la raza de los Heraclidas, ni el que estuviera ejerciendo la tarea de tutor de un joven, ni el haber sido jefe, no sólo de Esparta, sino de Grecia entera.
Más adelante, cuando Agesilao estaba haciendo la guerra al 7

[7] Fundador del imperio persa. Vivió hacia el 576-529 a. C. La admiración que por él sintieron los griegos quedó plasmada en su vida novelada por HERÓDOTO (I 107-122) y por JENOFONTE en su *Ciropedia*.

[8] Fundador del reino de Media, que dirigió durante cuarenta años.

[9] Los ...foros, en número de cinco, eran una especie de ministros que detentaban la autoridad en Esparta y dirigían, entre otras cosas, la política exterior. Su cargo duraba un año.

Gran Rey, y había vencido en una batalla en los alrededores de Sardes, y había conquistado toda el Asia inferior, le enviaron un subordinado para que regresara a Esparta. Y él no se demoró ni un solo día, aunque se había convertido en señor de tantos griegos y de tantos bárbaros, ¿No era acaso rey de Esparta Agesilao, que obedecía las órdenes de otros?

INT. — ¿Cómo pueden ser reyes estos hombres en el sentido exacto del término «realeza»?

8 DIÓN. — Entonces ¿tampoco dirás que Agamenón era en Troya rey de argivos y aqueos, porque tenía como tutor de su cargo al anciano Néstor de Pilos? Por recomendación de Néstor, se edificó la muralla alrededor de las naves y se excavó el foso como defensa de la estación marítima; también por consejo de Néstor, Agamenón dividió el ejército en categorías; pues antes, al parecer, combatían desordenadamente los soldados de a pie y de a caballo, mezclados todos confusamente, pilios y argivos, arcadios y beocios. Pero después le ordenó Néstor que dividiera el ejército por tribus,

para que un familia ayudara a otra familia, y una tribu a [otra tribu[10].

9 «Así», dijo, «reconocerás también a los buenos y a los malos entre los jefes». Y si podía conocer a los jefes, está claro que también conocería a los soldados, demostrando a la vez la importancia de esta ventaja.

INT. — ¿Qué pretendía actuando así?

DIÓN. — Para que, aunque él muriera, Agamenón conociera el arte de la estrategia. Y era tan absolutamente obediente a Néstor, que no sólo cuando mandaba algo en persona, le obedecía con prontitud, sino que cuando en sueños

---

[10] Es el verso 363 de *Ilíada* II.

creía que Néstor le decía algo, tampoco en eso dejaba de hacerle caso. El sueño que tuvo sobre la batalla le engañó por eso, porque se parecía a Néstor[11].

Y no solamente obedecía a Néstor, que parecía el más 10
prudente de los aqueos, sino que no hacía nada sin los ancianos. Así, cuando estaba a punto de sacar el ejército, persuadido por el Sueño, no quiso sacarlo antes de que el Consejo de ancianos celebrara una sesión junto a la nave de Néstor. Y con relación a la prueba que quería hacer en el ejército, para ver si todavía quería quedarse y combatir aunque Aquiles siguiera airado, no hizo nada antes de dar conocimiento al Consejo. En cambio, la mayoría de los demagogos no duda en presentar al pueblo propuestas que no han sido previamente aprobadas por el Consejo. Agamenón, por el contrario, deliberaba primero con los ancianos, y luego daba cuenta al ejército de la situación de la guerra.

INT. — No tiene nada de extraño que, siendo rey, inter- 11
cambiara impresiones con los demás y tuviera un consejero, hombre de confianza a causa de su vejez, aun cuando él fuera soberano en todos los asuntos. De todos modos, ¿por qué resolvió así el asunto de Briseida, sin hacer caso al excelente Néstor?

DIÓN. — Es lo que pasa cuando muchos de los particulares no obedecen a los que mandan ni a las leyes, sino que hacen al margen de la ley muchas cosas, por las que tienen que rendir cuentas. Pues, llevados al tribunal, son castigados con el castigo que cada uno parece merecer.

INT. — Es totalmente verdad.

---

[11] En el canto II de la *Ilíada*, HOMERO describe cómo Zeus envió al Sueño para que transmitiera un mensaje a Agamenón. El Sueño, en efecto, entra en la tienda de Agamenón bajo la figura de Néstor (II 6 ss.).

12 DIÓN. — ¿Pues qué? ¿No te parece que Agamenón, habiendo desobedecido entonces, fue corregido por Néstor? En efecto, éste lo acusó de aquella decisión en presencia de los más prudentes de los aliados, los jefes mismos, señalando la pena que debía sufrir o pagar, acusación gravísima, pues era un hábil orador, cuando decía que ya hacía tiempo que la situación estaba mal:

13 *desde el día en que tú, hijo de Zeus, a la joven Briseida*
te llevaste de la tienda del enojado Aquiles
no con mi aprobación. Yo con gran interés
traté de disuadirte. Pero tú, cediendo a tu ánimo altanero,
menospreciaste a un hombre valeroso
a quien los inmortales honraron,
pues te quedaste con el premio que le quitaste.
Pero tratemos todavía de reflexionar[12].

14 Y, por Zeus, no sólo le corrigió de palabra, sino que le impuso el más severo castigo de todos por su error. En efecto, le ordena suplicar a Aquiles y hacer todo lo posible para convencerle. Y el mismo Agamenón, en primer lugar, se señaló personalmente el castigo como suelen hacer los condenados en los tribunales, fijando la cantidad que podía pagar por su insolencia[13]. Luego, entre otras cosas, después de ofrecer sacrificios, acepta afirmar con juramento sobre Briseida, que no la había tocado siquiera después que se la lle-
15 vó. Y sólo por el hecho de llevársela de una tienda a otra tienda, promete que entregará gran cantidad de oro, caba-

---

[12] *Ilíada* IX 106-112.

[13] Como explica el mismo Dión, se trata de la costumbre, por la que los condenados hacían una propuesta en contra de la pena impuesta por el tribunal. La propuesta del condenado implicaba una rebaja de las penas, de ahí el verbo técnico *hypotimáō*.

llos, trípodes, calderos, mujeres y ciudades. Finalmente, en el caso de que no sea suficiente, le ofrece a la que prefiera de sus tres hijas, para que se case con ella[14]. Nunca jamás fue condenado nadie a un castigo como éste, tener que entregar una hija a otro en matrimonio, además de grandes regalos y sin cobrar la dote, y eso por una criada, prisionera además, que no había sufrido daño alguno. Y sin embargo, no sabemos que se haya pronunciado ninguna sentencia, en el ámbito particular, más amarga que ésta.

¿Crees, pues, por los dioses, que Agamenón mandaba so- 16
bre los griegos sin tener que rendir cuentas, y que no estaba obligado a darlas, y muy exactas, de todo cuanto hacía? Pero sobre estos asuntos, dejemos la palabra en este punto, ya que fueron tratados suficientemente ayer, y vayamos a otro tema.

INT. — No, por los dioses, sino procura exponer todo lo que tienes que decir sobre el mismo tema, ahora que yo acabo apenas de comprender el significado de tu discurso. Pues creo que tú deseas hablar sobre el mando, la realeza o algo parecido.

---

[14] *Ilíada* IX 114-157. Las promesas que hace Agamenón son absolutamente exageradas.

LVII

NÉSTOR

INTRODUCCIÓN

Una vez más, la palabra de Dión recurre a sucesos y personajes de la obra de Homero. Ahora, encuentra tema y razones en Néstor, el rey de Pilos, uno de los héroes más amables de la guerra de Troya. Un héroe que ya fue objeto de la atención de Dión, sobre todo, en el segundo de los discursos *Sobre la Realeza*. Néstor, dice en II 20, «sobresalía por su inteligencia y su capacidad de persuasión». Y para trazar el perfil de la personalidad de Néstor, lo mismo en el discurso II que en este, se vale del pasaje de la Ilíada I 245-284. Surgida la querella entre Agamenón y Aquiles en plena asamblea de los griegos, tiene Néstor una lúcida intervención, digna de su reconocida elocuencia y de su edad. Es una llamada a la reconciliación, no exenta de críticas a la conducta de los dos ilustres contendientes.

Con gran agudeza, sugiere Von Arnim la idea de que esta breve exposición es como la preparación para otros discursos sobre el tema, en los que pudiera dejar caer alguna crítica o recomendación a un futuro destinatario, que no podía ser otro que Trajano. Las conclusiones que apunta Dión en el § 10 encajarían perfectamente en esta hipótesis.

En primer lugar, defiende a Néstor de la acusación de fanfarrón por presumir de antiguas gestiones eficaces frente

a héroes más importantes que Agamenón y Aquiles. Los hombres grandes saben reconocer sus errores. Pero Agamenón y Aquiles, jóvenes todavía, están cegados por el amor propio y el orgullo. No van a aceptar el consejo de Néstor, pero no es por falta de capacidad persuasiva en el anciano rey, sino porque el estado emocional de los dos héroes no les deja razonar.

Los hechos acabarán dando la razón a Néstor frente a la insolencia de los jóvenes. Y ello, aunque sean fuertes y poderosos, cuando quien les habla va avalado por su probada sabiduría y su virtud. Una vez más, se impone la necesaria y fructífera alianza entre el sabio y el poderoso.

NÉSTOR

¿Por qué creéis vosotros que Homero hace decir a Néstor estos versos, dirigidos a Agamenón y a Aquiles, cuando trataba de apaciguarlos y de enseñarles a evitar la discordia entre ellos? 1

Pues ya traté yo en otro tiempo
con hombres aún más valerosos que vosotros,
y ellos nunca me despreciaron.
No he visto todavía ni veré a hombres tales
como Pirítoo y Driante, pastor de pueblos,
como Ceneo, Exadio y el divino Polifemo,
o Teseo, el hijo de Egeo, semejante a los inmortales.
Aquellos fueron los mejores hombres criados en la tierra;
fueron los más fuertes y lucharon con los más fuertes
monstruos de la montaña, y los destruyeron de modo admirable.
Comprendieron mis designios y escucharon mis palabras.
Pero obedecedme también vosotros, que obedecer es lo mejor[1].

[1] *Ilíada* I 260-268 y 273-274. El pasaje alude a la lucha que se suscita entre los lapitas y los centauros con ocasión de la boda del lapita Pirítoo. La escena alcanzó gran transcendencia en el arte griego, tanta que adornó

2 ¿Acaso no presentó Homero a Néstor como un fanfarrón cuando hablaba sobre Pirítoo, Driante y los demás, diciendo que, aunque eran maravillosos por naturaleza y mucho mejores que Agamenón y Aquiles, solicitaban su opinión, y que vino invitado de Pilos a Tesalia porque necesitaban estar y dialogar con él?[2]. Entonces ¿por qué, cuando dijo que eran los más valerosos de los hombres, les pareció que daba un testimonio importante, al afirmar que comprendían sus criterios y se dejaban convencer por sus palabras? ¿O prácticamente por eso, decimos que ningún hombre inteligente desobedece jamás a nadie de los que hablan correctamente, sino que la desobediencia es lo mismo que falta de comprensión?[3].

3 Ahora bien, examinemos también los otros aspectos, si Néstor habló correctamente o por fanfarronería. Pues todos los insensatos desprecian a los hombres oscuros y no les prestan ninguna atención, ni siquiera cuando casualmente dan los mejores consejos. Pero cuando ven a los que son honrados por la multitud o por los más poderosos, no desdeñan hacerles caso. Pues por esta única cosa, Néstor se recomienda a sí mismo, porque a muchos, y poderosos, los pudo convencer en otro tiempo, y porque Agamenón y Aquiles si le desobedecen, desobedecerán por su insensatez y falta de sensibilidad, y no porque Néstor sea incapaz de
4 dar consejo en los asuntos más importantes. Del mismo modo que no habría dudado en desacreditarse a sí mismo, si por desacreditarse y decir que nunca nadie se había dignado

---

el frontón occidental del templo de Zeus en Olimpia y formaba parte de la decoración del Hefesteo en Atenas.

[2] Son datos mencionados por Néstor en el pasaje citado de la *Ilíada*.

[3] Doctrina socrática, asumida más tarde por los estoicos, según la cual, nadie es malo voluntariamente. Cf. JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* III 9, 4-5; PLATÓN, *Protágoras* 358c; etc.

pedirle consejo sobre nada, fuese a convencer a Agamenón
y a Aquiles a que obedecieran a sus palabras, así también, si
hubiera pensado que su elogio los hubiera estimulado a lo
mismo, razonablemente se hubiera elogiado. ¿O no es cosa 5
de hombre insensato el sentir vergüenza de alabarse a sí
mismo cuando con ello se van a conseguir las mayores
ventajas, lo mismo que lo es, creo yo, el caso contrario, el
ensalzarse y hablar muchas veces sobre uno mismo cuando
con ello se sigue algún peligro o daño? Pues de la misma
manera que, cuando un médico desea que un enfermo se
someta a una amputación o cauterización, o a que beba una
medicina desagradable, sabiendo que es un hombre cobarde
y necio, le recuerda a otros que se curaron por someterse
pacientemente al tratamiento, y nadie dice que el que habla
así lo hace por fanfarronería, creo yo que tampoco Néstor 6
puede ser tachado de fanfarrón.

Éste es, por tanto, un beneficio que se siguió de sus
palabras. Pero hay otro más. Néstor sabía que tanto Aga-
menón como Aquiles cometían aquel error no por otra co-
sa que por insolencia. Y pensaba que los hombres son in-
solentes, sobre todo, como quien dice, cuando desprecian
a los demás y los consideran muy a inferiores que ellos
mismos, envalentonados por la gloria o el poder. Y cono-
cía que Aquiles y Agamenón estaban justamente por eso
envalentonados y peleándose, por el orgullo de cada uno
de ellos. El uno, porque pensaba que, siendo hijo de Peleo
y de Tetis, y superior a los hombres de su tiempo en la lu-
cha, no era propio de su dignidad el tener que obedecer
simplemente a otro, ni creía que hubiera nadie superior a
él. Y en cuanto a Agamenón, la razón de su insolencia era 7
el poder de la realeza y el ser el único que mandaba en to-
dos los griegos. Viendo, pues, que ambos estaban perdidos
con estas cosas y que no podían tener concordia entre

ellos, sino que tenían sus almas soliviantadas, como más adelante afirma Aquiles:

Mi corazón se inflama de ira[4],

quiso humillarlos y, en la medida de lo posible, anular su altanería, como hacen los que punzan o comprimen una inflamación. Por eso, mencionó a hombres ilustres y poderosos, más aún, creo yo, hombres de épocas pasadas, pues sa-
8 bía que aquellos iban más acompañados de fama. Por otro lado, no dejaba en manos de los demás la opinión que tenían que formarse sobre aquellos hombres[5], sino que él mismo demostraba con toda claridad que eran muy superiores a Agamenón y Aquiles, por si éstos podían ceder un poco en su vanidad y su locura.

¿Os parece acaso que Homero atribuye gratuitamente estas palabras a Néstor, de quien dice que era el más hábil de los hombres, y que la fuerza de sus palabras era semejante a la naturaleza de la miel[6], cosa la más agradable y dulce de todas para los que están sanos, pero que es lo más odioso para los enfermos de fiebre, y tiene la virtud natural de pu-
9 rificar y escocer las partes ulceradas y enfermas? Igualmente, la palabra de Néstor, que para los demás parecía dulce, resultaba amarga para Aquiles y Agamenón, enfermos y corrompidos por la ira, hasta el punto de que no le hicieron caso por su necedad. Por consiguiente, tampoco dijo en vano Homero estas cosas, ni, como creen algunos, por casualidad.

---

[4] Palabras dichas por Aquiles a Áyax Telamonio durante la embajada en la que pretendieron convencerle para que desistiera de su ira (*Ilíada* IX 646).

[5] Los héroes mencionados por Néstor en su alocución.

[6] *Ilíada* I 247-249.

Dejemos, pues, estos temas. Pero vale la pena recordar 10
algo que se desprende de lo dicho. Si alguien, conversando
con hombres, les explica que también en tiempos pasados
habló a otros muy superiores, —pueblos, reyes o tiranos—,
y que no fracasó con ellos, sino que logró su atención y
obediencia, ¿es justo que el que hace eso nos parezca un
fanfarrón, en la idea de que recuerda aquellas palabras para
conseguir la admiración y parecer un hombre feliz, o más
bien, imitando la enseñanza de Néstor, para hacer que sus
oyentes le obedezcan? Pues también sería entonces absurdo 11
que Sócrates refiriera, con ligeros cambios, las palabras di-
chas en el Liceo a los que estaban en la Academia, y que las
que decía en la Academia no dudara en repetirlas y discutir-
las cuando iba al Liceo[7]; igualmente, hace ya mucho tiempo
que se vuelven a representar las mismas tragedias y come-
dias[8]. En cambio, va a parecer que nosotros hacemos algo
absurdo, si cuando queréis escuchar discursos, os referimos
ahora los que se pronunciaron en presencia del emperador,
como si no fuera interesante saber si son útiles y provecho-
sos no sólo para vosotros sino también para todos los hom-
bres, o son frívolos e inútiles. Pues bien sabéis que las pala- 12
bras dichas a particulares valen para ellos solos y para
pocos más; pero las que se dicen a los reyes se parecen a las
plegarias o imprecaciones públicas. Por eso, yo considero
que el rey de Persia no era discreto, entre otras cosas, por-

[7] La Academia fue, en su origen, la parte consagrada a Academo de un conjunto de jardines de Atenas, dedicados a los héroes. Allí fundó Platón su escuela el año 387 a. C. El Liceo era igualmente un parque incluido en el santuario de Apolo Liceo en Atenas. En él estableció Aristóteles el centro de sus investigaciones y enseñanzas.

[8] Aunque, excepción hecha de las obras de Esquilo, durante el siglo v a. C., no se representaban sino piezas nuevas, a partir del 386 a. C., se estableció la costumbre de reponer las grandes tragedias del siglo anterior. Lo mismo se hizo con las comedias desde el año 339 a. C.

que despachaba por todas partes a hombres cualesquiera, llamados los «Oídos del Rey»[9], a quienes encargaba la tarea de escucharlo todo, cuando lo que convenía era guardar los «Oídos del Rey» mucho más que el plátano de oro[10], para que no oyesen nada desagradable ni dañino.

---

[9] De los «Oídos el Rey» nos habla por vez primera JENOFONTE en su *Ciropedia* VII 2, 10-12. Eran, como se desprende de su denominación, una especie de espías al servicio del rey, que llegaban a donde el rey nunca hubiera podido llegar. Otras veces, se habla de los «Ojos del Rey», como en ESQUILO (*Persas* 979), HERÓDOTO I 114 y ARISTÓFANES (*Acarnienses* 91-97).

[10] El plátano y la vid de oro habían sido un regalo hecho a Darío por el lidio Pitio, cuya riqueza ponderaban los persas ante Jerjes. Las joyas, obra del famoso orfebre Teodoro de Samos, que había trabajado para Creso (HERÓDOTO, I 51) y Polícrates (*Ibid.* III 41), fueron fundidas en el 316 a. C. por orden de Antígono I.

LVIII

AQUILES

INTRODUCCIÓN

Como hemos dicho en otro lugar, Homero es filón de personajes y situaciones para la retórica de Dión. Esta breve viñeta recuerda, como nota Lamar Crosby, los diálogos de Luciano de Samosata. Y bien pudiera ser, en opinión de Von Arnim, paráfrasis de una composición dramática.

El debate, mantenido entre Quirón, el sabio centauro, y su joven alumno, Aquiles, gira en torno a la mayor o menor importancia del hoplita frente al arquero. Un debate que aparece en el *Heracles* de Eurípides. Lico, el rey usurpador de Tebas, protesta contra los méritos que se le atribuyen a Heracles, guerrero que nunca se atrevió a luchar cuerpo a cuerpo, sino que prefirió el arco, «arma la más cobarde», propia de quien siempre está presto para la huida (*Heracles* 157-164). Anfitrión, padre de Heracles, responde ponderando las ventajas del arco para salvarse sin sufrir daño alguno. «El hoplita, dice, es esclavo de sus armas» (*Ibid.* 188-203).

Se trata de un diálogo, interrumpido con algunas frases explicativas de un eventual narrador. Los actores son Quirón y Aquiles; Quirón es el sabio centauro elegido por Peleo como tutor de su hijo Aquiles, cuando Tetis abandonó el domicilio conyugal para regresar al hogar de sus hermanas, las Nereidas. De la tutoría de Quirón, nos informa ya el mis-

mo Homero en *Iliada* XI 830-832. Pero toda la historia, la tenemos en la *Biblioteca* de Apolodoro (III 13, 6-8), que nos cuenta la solicitud posterior de Tetis para salvar a su hijo de su muerte, anunciada por Calcante. La madre llegó a disfrazar a su hijo de doncella para apartarle de su funesto destino.

La personalidad del Aquiles niño de Dión coincide con la del Aquiles homérico: orgulloso, indomable, valiente, egoísta, con un inevitable toque de insolencia tanto en sus palabras como en sus actos.

AQUILES

Aquiles preguntó a Quirón[1]: 1

Aquiles. — ¿Por qué me enseñas a disparar con arco?

Quirón. — Porque también es ése uno de los oficios de la guerra.

Aq. — Es una tarea de cobardes dirigida contra cobardes[2].

Qu. — ¿Cómo?

Aq. — Pues porque no permite pelear de cerca.

Qu. — Tampoco permite que la guerra se aleje demasiado.

Aq. — Es un arma propia de los que huyen.

Qu. — No, sino que es contra los fugitivos.

Aq. — Lo que debe hacer el guerrero es capturar a los que huyen.

Qu. — ¿Más bien con lentitud o con rapidez?

---

[1] Quirón, hijo de Zeus, fue un centauro bueno y sabio, amigo de Peleo y educador de Aquiles y de otros héroes. Murió herido accidentalmente por una flecha de Heracles.

[2] Entre los griegos, se tenía la opinión de que el arco era un arma de cobardes. Con el arco, el más cobarde podía matar al más valiente. Por ello, los espartanos nunca fueron entusiastas de este cuerpo de los ejércitos antiguos.

AQ. — Con la mayor rapidez que sea posible.

QU. — ¿Cómo podría uno capturar más rápidamente a los fugitivos, corriendo o volando?

AQ. — ¿Es que los tiene que capturar uno mismo?

QU. — Pues ¿quién entonces?

AQ. — El dardo.

2 QU. — Pero si disparas un dardo, ¿quién es el que captura?

AQ. — No lo sé.

QU. — Pero, ¿cuándo capturas tú mismo y matas?

AQ. — Cuando lo coges y lo haces pedazos, como hacen las fieras.

QU. — ¿Acaso consideras que las mujeres son más valientes, porque pelean muy de cerca cuando se atacan unas a otras?

Cuando Aquiles oyó estas cosas, se llenó a la vez de cólera y de lágrimas, se puso a insultar a Quirón[3] y dijo que no quería permanecer más tiempo con él, que prefería marchar a Ftía con su padre para educarse junto a él. Y decía que mucho mejor que Quirón era Peleo, y que no era sofista, como lo era Quirón. Era entonces Aquiles un niño que no había llegado todavía a la juventud.

3 QU. — ¿Pues cómo, si es mejor que yo, no te educa él mismo?

AQ. — Porque no tiene tiempo libre.

QU. — ¿Por qué razón?

AQ. — Por las ocupaciones de su dignidad real.

QU. — ¿Es acaso una tarea más importante la de reinar que la de educar?

---

[3] Como hemos apuntado en la introducción, Aquiles tenía desde que era niño la forma de ser que se describe en los relatos de la *Ilíada*.

AQ. — Mucho más. Sin embargo, tú me das un trozo de cuerno, una cuerda, pequeños fragmentos de hierro sujetos a unas cañas ligeras, como si pretendiera cazar pájaros y no luchar con hombres y con fieras. Cualquiera podría conocer lo funestas que son las armas, si alguna vez se acercara y se viera obligado a combatir con ellas cuerpo a cuerpo. Pero es preciso también combatir cuando se huye, cuando uno tiene miedo y se esconde para no ser descubierto, como si fuera un cobarde esclavo; pues el esclavo ni siquiera cuando ha matado a un enemigo, podría despojarlo, ni se lo podrá ver nunca manchado con la sangre de un enemigo. Esas son las cosas que me estás enseñando, a disparar con el arco y a tocar la lira. Y hace nada, incluso a sacar raíces, como hacen las brujas.

Quirón le preguntó: 4

QU. — ¿Es que tampoco te gusta montar a caballo?

AQ. — Tampoco me gustas tú siendo como eres. Pues me da la impresión de que estás más dispuesto para huir que para aguantar a pie firme.

Entonces Quirón, irritado contra él, con el cabello erizado y mirando terriblemente, como un relámpago, se contuvo apenas para no golpearle, pues sentía que estaba dispuesto a quererlo.

QU. — Oh, engendro malo y osado de una madre mari- 5
na, que te ha corrompido de mala manera hinchándote de orgullo por tu raza. Y mucho peor que ella es tu padre, que te contó cómo los dioses cantaron himnos en su boda. Pero a ti, no te interesa nada ni del mar ni del cielo. Yo te aseguro que nunca serás un buen guerrero, aunque así lo crean los insensatos, y que nunca serás un jefe, donde quiera que hagas la guerra, por más que seas hijo de Tetis y Peleo. Sin embargo, por tu osadía, por tu velocidad en la carrera y por tu fuerza, te llamarán en son de halago «el más valiente de

los hombres»[4]. En cambio, considerarán preferible ser gobernados por otros reyes, mientras que a ti, te obligarán con regalos y vanos elogios a luchar y a exponerte al peligro,
6 hasta que mueras[5]. Pero creo que no apartarás tus manos ni siquiera de los cadáveres, sino que incluso los alancearás y arrastrarás, como si estuvieras haciendo algo importante[6]. Es lo que hacen los crios pequeños, que arrastran en círculo todo lo que matan. Siendo, pues, como eres, morirás, y no a mano de ningún hombre noble, como podrías pensar. Matarás fácilmente a los que son como tú, valientes pero insensatos; y tú morirás a mano de un hombre sensato y belicoso, a quien ni siquiera habrás visto[7].

---

[4] Así le llamaron, por ejemplo, Patroclo (*Ilíada* XVI 21) y Odiseo (*Ibid.* XIX 21).

[5] Dión refleja, en los anuncios de Quirón, los hechos narrados en la *Ilíada*. La embajada de los aqueos, presidida por Odiseo, le ofreció espléndidos regalos para que saliera a combatir (*Ilíada* IX).

[6] Tal fue, en efecto, el trato que Aquiles dio al cadáver de Héctor (*Ilíada* XXII 395-404; XXIV 14-21).

[7] Según la tradición, Aquiles murió por una flecha lanzada por Paris, quien no era lo que se dice un hombre noble por su conducta moral y militar. Aquiles, el más valiente, murió pues por el arma de un cobarde.

LIX

FILOCTETES

INTRODUCCIÓN

De nuevo vuelve Dión sobre el tema de la tragedia de *Filoctetes,* tratado ya en el discurso LII. Allí, exponía las distintas perspectivas de los tres grandes trágicos del siglo v a. C. en su interpretación del caso. Aquí, se limita a parafrasear lo que parece ser el núcleo de la obra de Eurípides, sobre todo de lo explicado en LII 11-14. Las omisiones con respecto a los datos aportados en aquel discurso son obvias, dado el alcance limitado de este diálogo. Lamar Crosby señala dos detalles: la ausencia de Diomedes y la naturaleza del coro y su comportamiento con Filoctetes.

Diomedes no era, en ningún momento, personaje estelar. Los protagonistas son siempre Filoctetes y Odiseo. Y en cuanto al coro, la escena recogida por Dión es demasiado breve como para imaginar cómo será su actitud en una eventual intervención después del encuentro de los dos protagonistas.

Pero constituye un argumento importante para ratificar la hipótesis de que Dión tiene ante sus ojos el *Filoctetes* de Eurípides el hecho de que el texto contiene seis fragmentos en los que, con ligeros retoques, pueden adivinarse los yambos de la obra original. Nauck recoge esos fragmentos en *Tragicorum Graecorum fragmenta,* pág. 616. Unos frag-

mentos ubicados en la parte álgida del diálogo (§ 6-8). Otros cuatro fragmentos del *Filoctetes* de Eurípides están recogidos en la obra de Nauck. Son los fragmentos 787-790.

El carácter de Odiseo aparece perfectamente enmarcado en su contexto literario. Era, en efecto, un hombre retorcido y mentiroso, capaz de urdir los más sorprendentes e inesperados trucos para conseguir sus pretensiones. De modo que la elección del mensajero para persuadir a Filoctetes era totalmente acertada, si hemos de dar crédito a cuanto se nos cuenta en la Ilíada sobre el Odiseo «fecundo en recursos».

Por lo demás, la embajada era arriesgada, como reconoce Odiseo en el soliloquio que sirve de prólogo al discurso. El hombre abandonado despiadadamente a su suerte por los griegos en las playas de Lemnos es ahora solicitado para salvar a sus desleales compañeros. Esta introducción es similar a las intervenciones del mensajero, que abren muchas tragedias y preparan al auditorio con la explicación del estado de la cuestión.

El diálogo no está exento de tensión dramática. Odiseo, el hombre más justamente abominado por Filoctetes y causa de su ruina, es ahora el que viene como suplicante. Pero lo hace a su estilo, aliándose con el odio de Filoctetes hacia los griegos y simulando una situación paralela a la del solitario de Lemnos. Para captar la benevolencia del enfermo, tiene que anunciarle la noticia que más le podía agradar: la destrucción del ejército aqueo.

FILOCTETES

ODISEO. — Temo que, según parece, me hayan atribuido 1
en vano nuestros aliados la fama de ser el mejor y más sabio de los griegos. Sin embargo, ¿cuál es la sabiduría y la prudencia, por la que uno se ve obligado a sufrir más que los demás en aras de la salvación común y de la victoria, cuando podía, pareciendo uno más de la muchedumbre no inferior a ninguno, participar de las ventajas tanto como los mejores? Sin embargo, es realmente difícil encontrar a un ser tan magnánimo y tan amante de la honra como es el hombre por naturaleza. Pues a los conspicuos y a los que se atreven a aspirar a más cosas que la mayoría, todos prácticamente los admiramos y los consideramos como verdaderos hombres.

Por ese afán de honra, yo también me siento impulsado a 2
afrontar los más numerosos problemas y a vivir laboriosamente más que cualquier otro hombre, aceptando continuamente nuevos peligros, y con temor de destruir la fama adquirida con los hechos del pasado. Ahora, pues, he venido a Lemnos, con un asunto sumamente resbaladizo y difícil, para llevar a Filoctetes y el arco de Heracles a nuestros aliados[1].

---

[1] Véase lo dicho en la introducción al discurso LII.

Pues el mayor adivino de los frigios, Heleno, hijo de Príamo, declaró, cuando resultó afortunadamente capturado, que sin estas cosas nunca tomaríamos la ciudad.

3 Ahora bien, yo no quise aceptar de los reyes la misión[2], pues conocía la animosidad de Filoctetes, de cuyo abandono había sido yo el culpable, cuando recibió la picadura peligrosa e incurable de una víbora. Por eso, yo no podía encontrar ni siquiera un método tal de persuasión, en virtud del cual me tratara aquel hombre con amabilidad, sino que pensaba que en seguida moriría a sus manos. Pero después, Atenea me recomendó en sueños, según su costumbre, que tuviera confianza y fuera a buscar al hombre, pues ella cambiaría mi apariencia y mi voz para que pudiera estar con él sin que me reconociera; por eso, cobré ánimos, y aquí estoy.

4 Pero me he enterado de que también los frigios[3] han enviado mensajeros en secreto para ver si pueden convencer a Filoctetes, tanto con regalos como por el odio que siente hacia nosotros, y lo llevan a Troya junto con su arco. Cuando se ofrece un premio tan importante, ¿cómo no va estar cualquier hombre dispuesto a colaborar? Porque si se falla en esta empresa, todo lo que se ha realizado anteriormente parecerán esfuerzos vanos.

5 (*Aparte*). ¡Ay! El hombre se acerca. Éste es él, el hijo de Peante, se nota por su enfermedad, pues camina apenas y con dificultad. ¡Oh, qué visión tan dura y tan terrible! Su apariencia, a causa de la enfermedad, es tremenda, y la ves-

---

[2] Como hemos explicado en otros pasajes, Filoctetes había sido abandonado en una isla. Ahora, en virtud de un oráculo, Filoctetes tenía que volver a Troya como condición indispensable para que la ciudad pudiera ser conquistada. Y se eligió al negociador por excelencia, Odiseo, el que con mayor énfasis había defendido el abandono del enfermo.

[3] Se trata aquí de los troyanos.

timenta lamentable, pues va cubierto con pieles de animales. Pero tú protégeme, mi señora Atenea, y que no parezca que me prometiste en vano la salvación.

FILOCTETES. — ¿Qué pretendes, quienquiera que seas, o 6
qué audacia te guía? ¿Vienes a esta pobre cabaña en plan de rapiña o para espiar mi desgracia?

OD. — No estás viendo precisamente a un hombre insolente.

FIL. — Pues no has venido aquí antes como visitante habitual.

OD. — Como visitante habitual, no; pero mi llegada podría ser ahora oportuna.

FIL. — Mucha insensatez demuestras al venir hasta aquí.

OD. — Sin embargo, has de saber que no he venido sin razón, y que se verá que no te soy extraño.

FIL. — ¿Cómo es eso? Pues es lo primero que debo sa- 7
ber.

OD. — Pues soy argivo de los que navegaron contra Troya.

FIL. — ¿Cómo? Dilo otra vez para que lo sepa con mayor certeza.

OD. — Bueno, pues lo volverás a oír por segunda vez. Soy de los aqueos que han hecho la guerra contra Ilión.

FIL. — Bonitamente, en efecto, has confesado ser mi amigo, cuando te has manifestado como uno de mis mayores enemigos, los argivos. Pues ahora mismo vas a padecer el castigo de su injusticia.

OD. — No, por los dioses, deja a un lado ese dardo.

FIL. — Dado que, casualmente, eres un griego, no tienes más remedio que perecer en este mismo día.

OD. — Sin embargo, he padecido por su parte tales co- 8
sas, que debiera ser con razón amigo tuyo y enemigo de ellos.

FIL. — ¿Pues qué es eso tan duro que has padecido?

OD. — Odiseo me ha expulsado del ejército como desterrado[4].

FIL. — ¿Qué es lo que has hecho para merecer ese castigo?

OD. — Creo que conoces a Palamedes, el hijo de Nauplio.

FIL. — No es un cualquiera ni digno de poco aprecio entre los que se embarcaron, ni para los soldados ni para los generales.

OD. — Pues a un hombre así, lo ha arruinado el destructor común de los griegos.

FIL. — ¿Lo ha vencido en lucha abierta o con engaño?

OD. — Por haber traicionado al ejército ante los hijos de Príamo.

FIL. — ¿Era así en verdad, o ha sido objeto de calumnia?

OD. — ¿Cómo es posible que aquél haga algo razonable?[5].

9 FIL. — ¡Oh tú, Odiseo[6], que no te abstienes de ninguna de las mayores crueldades, y eres el hombre más astuto en palabras y en obras! Y por el contrario, ¡qué hombre el que has destruido, que no era menos provechoso, creo yo, para los aliados que tú, que inventas y organizas los planes mejores y más acertados! Así lo hiciste seguramente al dejarme abandonado, cuando, por la salvación común y por la victoria, vine a caer en esta desgracia mientras les mostraba el altar de Crise[7], en donde tendrían que ofrecer sacrificios

[4] Odiseo es, como siempre, mentiroso y ocurrente.

[5] Alusión a sí mismo y a la fama que tenía entre los griegos.

[6] Tiene gran valor trágico este enfrentamiento entre Filoctetes y el hombre que provocó su ruina.

[7] Era una pequeña isla cercana a Troya, en la que se alzaba un templo de Apolo. El servidor del templo era el sacerdote Crises, padre de Crisei-

antes de vencer a sus enemigos. Pues, de lo contrario, la expedición sería en vano. Pero ¿a ti, qué te importa la suerte de Palamedes?

OD. — Has de saber que vino la peste sobre todos sus 10
amigos, y perecieron todos los que no pudieron huir. Así también yo, durante la pasada noche, crucé el mar y me salvé llegando solo hasta aquí. Me encuentro, pues, casi en la misma coyuntura que tú. Por lo tanto, si tienes algún recurso para colaborar conmigo en mi regreso a casa, me habrás hecho un favor y, a la vez, podrás enviar a tu casa un mensajero, que cuente tus presentes males a tus propios parientes.

FIL. — Pero, desdichado, has venido a buscar otro alia- 11
do igual que tú, pobre y sin amigos, arrojado en estas playas, que se procura a duras penas y con trabajo el alimento y el vestido, como puedes ver, gracias a este arco. Pues el vestido, que antes tenía, se ha consumido con el tiempo. Pero si quieres tener parte en esta vida, conmigo y en este lugar, hasta que se te presente alguna otra oportunidad de salvación, no te lo tomaría a mal. Desagradables son, extranjero, las cosas que se ven aquí dentro, vendas manchadas de mis llagas y otras señales de mi enfermedad. Yo mismo tampoco soy de convivencia agradable, cuando arrecia el dolor. Sin embargo, lo peor de mi enfermedad ha remitido, porque al principio era insoportable.

---

dá, la esclava que tenía Agamenón y cuya liberación provocó la querella entre Agameneón y Aquiles.

LX

NESO Y DEYANIRA

INTRODUCCIÓN

Esta vez, la atención de Dión va dirigida al mito, un recurso muy socorrido en los ambientes de la Segunda sofística y, muy concretamente, en los intereses de nuestro autor. No es la única vez que Dión trata de temas míticos con la intención de rectificar y reinterpretar algún aspecto de la versión oficial. El *Discurso Troyano* (XI) es el caso más espectacular en este sentido.

El núcleo del mito es la muerte del centauro Neso por las flechas envenenadas de Heracles. El centauro transportaba a Deyanira sobre sus hombros para ayudarla a atravesar la peligrosa corriente del río Eveno, cuando pretendió forzarla. A los gritos de la mujer, Heracles, que estaba a la orilla, atravesó con un certero disparo el corazón del osado centauro, quien, antes de morir, tuvo tiempo de recomendar a Deyanira un filtro con que apartar a su marido para siempre de otras mujeres. Con el filtro, formado de aceite mezclado con sangre y esperma de Neso, ungiría la túnica de Heracles. Así lo hizo la infeliz e inocente mujer cuando Heracles regresaba al hogar con la hermosa Yola, hija del rey de Ecalia, de la que estaba locamente enamorado.

Del mito trataron, entre otros, Arquíloco y Sófocles, los dos autores mencionados por Dión. De la versión de Arquí-

loco, apenas tenemos otros detalles que los referidos por Dión en este discurso. La interpretación de Sófocles está expuesta en *Traquinias* 555-577. Allí, Deyanira, la protagonista, refiere la solución que tiene para recuperar el amor de su marido, el caprichoso Heracles. Y en efecto, le envía el manto, ungido con el filtro. Pronto sospecha algo extraño, al comprobar que el vellón, con que ha ungido el manto. se ha desintegrado. Y comprende que Neso lo que quiso fue tomarse cumplida venganza de su muerte (*Traq.* 672-722). La tragedia termina con la muerte de los dos protagonistas: Heracles por el manto envenenado, y Deyanira por la espada suicida con la que paga su desesperación.

Dión censura, en cierto modo, la versión oficial para dar la suya propia. Los detalles particulares que añade son los siguientes: 1) Neso no trató de forzar a Deyanira, intento que hubiera sido absurdo ante la mirada de su violento e iracundo marido.— 2) El centauro conspiraba contra Heracles para hacerle cambiar de vida y debilitarlo para que Deyanira pudiera dominarlo.— 3) Heracles mata a Neso no porque quisiera forzar a Deyanira, sino porque sospechaba que nada bueno podía urdir en su conversación con la mujer.— 4) Heracles, a ruegos de su esposa, se puso la túnica, con lo que modificó su manera de vivir y se hizo débil y manejable.— 5) Heracles, desesperado al verse reducido a tan lamentable estado, se suicidó prendiéndose fuego.

El apéndice del discurso es una reflexión del anónimo interlocutor para recordar que los filósofos poseen moldes prefabricados con los que dan forma a sus pensamientos, sea el que sea el tema del que traten.

NESO Y DEYANIRA

INTERLOCUTOR. — ¿Puedes resolverme esta duda y decir- 1
me si acusan con razón o sin ella, unos a Arquíloco y otros a Sófocles, sobre su interpretación del caso de Neso y Deyanira? Porque unos aseguran que Arquíloco desvaría cuando representa a Deyanira en el momento de ser forzada por el centauro. Pues cuenta que Deyanira cantaba versos dirigidos a Heracles, recordando su compromiso matrimonial con Aqueloo[1] y los sucesos acaecidos en aquella ocasión. Así, Neso tuvo tiempo suficiente para hacer lo que pretendía. Otros, en cambio, dicen que Sófocles introduce antes de tiempo el disparo con el arco, cuando estaban todavía atravesando el río[2]. Pues de este modo, Deyanira hubiera perecido al dejarla caer el centauro. No digas, pues, como acostumbras, muchas cosas contra la opinión general, ni cuentes todo más allá de lo que cualquiera pudiera creer.

---

[1] Aqueloo, divinidad del río del mismo nombre, era hijo de Océano y Tetis. Según un poema perdido de Píndaro, luchó con Heracles por la posesión de Deyanira, cuyo hermano Meleagro, se la había recomendado cuando se encontraron en los infiernos (cf. *Traquinias* 507-530).

[2] El centauro Neso ayudaba a los viajeros a atravesar un río de Etolia (*Traq.* 555-565)

2 DIÓN. — Entonces, ¿me ordenas que te diga lo que podría pensar cualquiera que juzgue correctamente, o lo que piense cualquiera, aunque no juzgue con rectitud?

INT. — Yo preferiría lo que diga el que piensa rectamente.

DIÓN. — ¿Qué pasa, pues, con lo que opina la mayoría de los hombres? ¿O acaso es necesario que el que quiera hacer una interpretación correcta hable contra la opinión de la mayoría?

INT. — Sí que es necesario.

DIÓN. — No me sigas, pues, de mala gana si es así lo que voy a decir; antes bien, examina si lo digo de forma conveniente.

INT. — Habla, por lo tanto, y da tu interpretación como te parezca.

DIÓN. — Pues te digo que todo el malentendido acerca del mito está en explicar cómo el centauro intentó forzar a Deyanira.

INT. — ¿Pero es que no lo intentó?

3 DIÓN. — No. ¿O te parece verosímil que, a la vista de Heracles, que iba armado con su arco, intentara Neso forzar a la esposa del héroe, después de haber experimentado antes su valor, y cuando él solo entre los centauros había huido de la gruta de Folo[3], y eso que entonces no le habían hecho ningún ultraje como éste?

INT. — Es difícil de entender tal explicación. Pero no toquemos este punto no sea que suprimamos el mito entero.

DIÓN. — De ningún modo, si antes consideramos cómo sucedió el asunto y cómo era natural que sucediera.

[3] Folo era un centauro que ofreció hospitalidad en su gruta a Heracles. El centauro hospitalario murió en la lucha que Heracles entabló con otros centauros.

INT. — Pues ya puedes empezar.

DIÓN. — Neso, cuando transportaba a Deyanira y duran- 4
te la travesía, intentó en seguida seducirla de la siguiente
manera: no mediante violencia, según cuentan, sino hablán-
dole las palabras convenientes y enseñándole la forma de
dominar a Heracles. Pues le decía: «Ahora es áspero y difí-
cil de tratar; permanecerá contigo sólo un corto tiempo, y de
mal humor, a causa de sus trabajos, sus viajes y el género
de vida que ha elegido. Pero, —añadió—, si consigues con-
vencerle, en parte con tus cuidados y en parte con tus pala-
bras, para que abandone estos sufrimientos y trabajos, y lle-
ve una vida tranquila y agradable, estará mucho más amable
contigo, vivirá mejor y permanecerá en casa el resto de su
vida haciéndote compañía».

Estas cosas le contó el centauro conspirando contra He- 5
racles, para ver si podía llevarlo a una vida de lujo y des-
preocupación. Pues sabía que tan pronto como cambiara de
vida y de ocupaciones sería manejable y débil. Deyanira,
oyéndole, prestaba no escasa atención a sus palabras, sino
que consideraba que el centauro tenía razón en lo que decía,
como era natural, además de que deseaba retener a su mari-
do bajo su poder. Pero Heracles, sospechando que el centau-
ro no podía decir nada bueno en su atenta conversación con
Deyanira, y que ella le prestaba atención, le disparó con el
arco. Y aunque estaba muriendo, recomendó a Deyanira que 6
no se olvidara de nada de lo que le había dicho, sino que lo
cumpliera tal como él se lo había aconsejado[4].

Más adelante, recordando Deyanira las palabras del Cen-
tauro y viendo a la vez que Heracles no se había vuelto más
moderado, sino que emprendía unos viajes todavía más pro-
longados, —el último de ellos cuando conquistó Ecalia—,

[4] Las palabras del centauro están recogidas en *Traquinias* 569-577.

y dijo que se había enamorado de Yola[5], pensó que sería lo mejor poner en práctica lo que se le había recomendado. Se
7 puso manos a la obra contra Heracles y, según el natural lisonjero y astuto de las mujeres, no cejó en su empeño hasta que le convenció en parte con halagos y en parte diciéndole que estaba preocupada por él. Pues temía que sufriera algún daño por permanecer igualmente desnudo en invierno y en verano, cubierto sólo con la piel del león; y le pidió que dejara la piel y se pusiera un vestido semejante al de los demás. Se refería al vestido llamado «la túnica de Deyanira», que Heracles efectivamente se vistió[6].

8 Junto con el vestido, hizo que cambiara los demás aspectos de su forma de vivir, que durmiera en cama y no en el campo la mayoría de las veces, como acostumbraba a hacer antes; que no lo hiciera todo con sus propias manos, ni usara la misma comida, sino que se alimentara de trigo convenientemente elaborado, pescado y vino dulce, y de todas las cosas que acompañan a estos manjares. Como consecuencia de este cambio, como era lógico, creo yo, cayó en debilidad y flojedad de cuerpo, y pensando que cuando se ha vivido en el lujo no es fácil desprenderse de él, se prendió fuego. Y lo hizo no sólo pensando que era mejor librarse de tal vida, sino también disgustado porque había soportado el llevar una vida de lujo.

Aquí tienes la opinión que tengo sobre el mito, tal como he podido exponértela.

9 INT. — Pues, por Zeus, que no me parece que sea en absoluto fútil ni inverosímil. Y no sé, pero tengo la impresión de que el sistema de algunos filósofos acerca de sus discur-

---

[5] Yola era hija del rey Eurito de Ecalia (Tesalia). Heracles se enamoró de ella y se la llevó a su hogar, lo que provocó los celos de Deyanira.

[6] El efecto fue el mismo que el de la túnica que Medea preparó para su rival, Glauca, la nueva esposa de Jasón (*Medea* 955 ss.).

sos se parece en cierto modo al de los fabricantes de muñecos. Porque éstos tienen un molde determinado, y toda clase de barro que meten, lo sacan de una forma igual al molde. De la misma manera, algunos filósofos han llegado a ser ya de tal manera que, sea como sea el mito o el relato que toman, lo estiran y lo moldean según su criterio hasta hacerlo útil y adaptado a la filosofía. Así fue particularmente Sócrates, según tenemos entendido. Pues se introducía en todos los temas y en todas las discusiones, contra los oradores, los sofistas, los geómetras, los músicos, los profesores de gimnasia y los demás artesanos; y en las palestras, en los banquetes y en el ágora, nadie podía impedirle en modo alguno que actuara como filósofo y que exhortara a los presentes para que se dedicaran a la virtud. Y no introducía ningún asunto particular ni problema previamente examinado, sino que siempre usaba el asunto que traía entre manos y lo relacionaba con la filosofía.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Págs.

XXXVI

BORISTÉNICO, QUE DIÓN PRONUNCIÓ EN SU PATRIA

XXXVII

CORINTÍACO

XXXVIII

A LOS HABITANTES DE NICOMEDIA, SOBRE LA CONCORDIA CON LOS NICENOS

Págs.

XXXIX

EN NICEA, SOBRE LA CONCORDIA, UNA VEZ TERMINADA LA REVUELTA CIVIL

XL

PRONUNCIADO EN SU PATRIA SOBRE LA CONCORDIA CON LOS DE APAMEA

XLI

A LOS HABITANTES DE APEMEA, SOBRE LA CONCORDIA

XLII

ALOCUCIÓN PRONUNCIADA EN SU PATRIA

Págs.

XLIII

DISCURSO POLÍTICO PRONUNCIADO EN SU PATRIA

XLIV

DISCURSO AMISTOSO DIRIGIDO A SU CIUDAD CUANDO LE OFRECÍA HONORES

XLV

DEFENSA DE SU CONDUCTA ANTE SU CIUDAD

XLVI

PRONUNCIADO EN SU PATRIA ANTES DE SU DEDICACIÓN A LA FILOSOFÍA

Págs.

XLVII

ALOCUCIÓN AL PUEBLO DE PRUSA

XLVIII

ALOCUCIÓN POLÍTICA EN UNA ASAMBLEA

XLIX

PRONUNCIADO EN EL CONSEJO. RECHAZO DEL CARGO DE ARCONTE

L

SOBRE SUS TRABAJOS. DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONSEJO

Págs.

LI

RESPUESTA A DIODORO ANTE LA ASAMBLEA

LII

«SOBRE ESQUILO, SÓFOCLES Y EURÍPIDES» O «SOBRE EL ARCO DE FILOCTETES»

LIII

SOBRE HOMERO

LIV

ACERCA DE SÓCRATES

LV

ACERCA DE HOMERO Y SÓCRATES

Págs.

LVI

«AGAMENÓN» O «SOBRE LA REALEZA»

LVII

NÉSTOR

LVIII

AQUILES

LIX

FILOCTETES

LX

NESO Y DEYANIRA